

Copyrighted Material

MARIÓN
MARQUEZ

INAPROPIADAMENTE
Hermosa

CONFESIONES EN LA NOCHE 1



Copyrighted Material

INAPROPIADAMENTE HERMOSA

Confesiones en la noche 1

MARIÓN MÁRQUEZ

Incapaz de regirse a las normas de la sociedad de Londres de 1835, Lady Emmeline Laughton estaba lejos de ser la dama apacible y dócil que todos esperaban, pero con su carácter dulce y atrevido era capaz de entrar hasta en el corazón más duro.

Con su constante ceño fruncido y sus modales perfectos, Joseph Whitemore, Marqués de Thornehill, era el hombre más enigmático que ella hubiese conocido. Emmeline se ve inmediatamente tentada a averiguar quién es el hombre que se esconde detrás de todo el misterio, sin saber que en el proceso, podría terminar develando el secreto de su propio pasado.

Copyright © 2014 Marión Márquez
Editor: Marión Márquez.
Diseño de portada: Marión Márquez.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

A todos mis lectores de Wattpad,
por su inmenso apoyo.

*“El verdadero amor
no se conoce por lo que exige,
sino por lo que ofrece”
Jacinto Benavente.*

SINOPSIS

Incapaz de regirse a las normas de la sociedad de Londres de 1835, Lady Emmeline Laughton estaba lejos de ser la dama apacible y dócil que todos esperaban, pero con su carácter dulce y atrevido era capaz de entrar hasta en el corazón más duro.

Con su constante ceño fruncido y sus modales perfectos, Joseph Whitemore, Marqués de Thornehill, era el hombre más enigmático que ella hubiese conocido. Emmeline se ve inmediatamente tentada a averiguar quién es el hombre que se esconde detrás de todo el misterio, sin saber que en el proceso, podría terminar develando el secreto de su propio pasado.

CAPÍTULO 1

El viaje ha sido largo. Oír a mamá hablar de lo mucho que puedo aprender de Beth en el tiempo que pase en Londres es tan agotador...

¡Hipócrita! Como si no supiera que ella solo trata de evitar el tema de su viaje con Francis. Por supuesto que lo hace, no quiere oír la verdad de esto: me está abandonando.

Y he estado encerrada en este maldito carruaje por tantas horas que creo que me voy a marchitar. Y Francis, mi queridísimo hermano no está siendo de mucha ayuda. Oh, ya sé que no debo de blasfemar, pero a veces es muy liberador.

No ha querido detenerse más de una vez y sé muy bien que es porque está apresurado para tomar ese barco e irse al continente.

Y él se habría ahorrado todas mis quejas si tan solo me hubiese dejado traer mi montura para seguir con el viaje cuando tuviera la necesidad de tomar un poco de aire. Pero no, sus palabras exactas fueron: “Las damas en el carruaje, donde deben estar.” ¡Tan solo era una sugerencia! Una amable sugerencia de mi parte, nada egoísta.

Amo a mi hermano, pero esto es demasiado injusto.

—Deja ese cuaderno, Emmeline. Te dije que no escribieras en el camino, puedes tirar la tinta sobre tu vestido —ordenó su madre—. Ya estamos aquí.

Gracias a Dios, pensó, pero no lo dijo. Un minuto más sentada y no estaba segura si podría levantarse alguna vez. Sopló un poco el cuaderno para secar la tinta y lo cerró para así poder mirar hacia afuera.

Mientras ellos se acercaban cada vez más, los criados salían a recibirla y se acomodaban alrededor de una mujer y un hombre, quien creyó que podrían ser Elizabeth, su prima, y su esposo Sebastian.

—Recuerda comportarte Emmeline, por favor. Sé respetuosa, y no te metas ni causes problemas. Y *sobre todo* —enfaticó la última frase haciendo una pausa—. Cierra la boca cuando sea necesario.

Emmie solo soltó una risa al ver la severa expresión de su madre.

—No tengo diez años, madre. Sé lo que tengo hacer.

Annabeth besó su frente y elevó una plegaria en nombre de su problemática hija.

Emmie admiró la construcción que tenía enfrente, hacía al menos cinco o seis años que no visitaba ese lugar, no recordaba cuán hermoso e imponente era. La familia de su madre era adinerada y a veces olvidaba cuanto. Y no es que ellos no tuviesen recursos, pero siempre habían preferido ser un poco más discretos al respecto.

Además, estaba el hecho de que ellos no poseían una gran mansión en la ciudad, o en las cercanías de esta, solo su casa veraniega, ahora perteneciente a su hermano, el Conde de Welltonshire, junto con el resto de las propiedades que había heredado de su padre, de las cuales Emmeline no tenía mucho conocimiento.

No necesitaban una casa en Londres, después de la muerte de su esposo, la Condesa viuda había preferido llevar una vida tranquila y solo visitaba la ciudad de forma esporádica. Las temporadas ajetreadas habían terminado para ella y Francis había decidido comprar una pequeña residencia de soltero para cuando tenía que asistir a las sesiones del Parlamento durante la temporada.

Pero los Whitmore eran diferentes, el Duque de Harsburn, su tío, era dueño de una fortuna inmensa con un título mucho más poderoso y respetado. Y luego estaba su primogénito, el Marqués de Thornehill, quien con dos años menos que Francis, era doblemente acaudalado y solicitado.

Sacudió su vestido de viaje, se quitó los mechones de cabello que se habían volado a su rostro y entonces miró hacia esas dos personas que lucían bastante diferentes al resto de los criados. De cerca, reconoció a Elizabeth y sonrió al ver que no tenía una barriga enorme como ella había imaginado. En silencio, de nuevo volvió a darle las gracias a Dios, todavía tenía tiempo para divertirse un poco antes de ser confinada dentro de esa casa con una mujer embarazada o tener que salir obligadamente con una viuda aburrida y recta como carabina.

Su prima no había cambiado mucho en esos años. Seguía siendo divina, su cabello rubio estaba semirrecogido hacia un costado con un broche celeste agua que hacía juego con sus ojos.

Se acercó casi corriendo y abrió los brazos.

—Elizabeth —dijo cerrándolos alrededor de ella—. Estoy tan feliz de verte, prima, qué alivio que todavía no se nota tu embarazo. Estaba tan preocupada porque no pudiésemos hacer nada juntas, no tienes ni idea. —Su madre, detrás, miró al cielo. Si así iba a comenzar con su promesa de mantener la boca cerrada y comportarse...

—Emmie —rió Beth, tomándola de las manos—. Has crecido, toda una señorita, una hermosa dama. ¿Cómo ibas a creer que te traería aquí para mantenerte encerrada? Con tantos caballeros allí afuera —murmuró cómplice—. Y hablando de hombres, este, Emmie, es mi esposo, Sebastian Greene.

Ella se giró hacia él.

—Oh —fue lo primero que dijo y no se estaba refiriendo a lo guapo que era, ni a sus brillantes ojos marrones o su preciosa sonrisa, sino a su altura—. Oh —repitió—, es usted muy alto, señor —Se volvió hacia su prima de nuevo y se inclinó para susurrarle, aunque su definición de susurro no era muy acertada—. ¿Cómo haces a besarlo, Beth? ¿Tienes que pararte en un banco? ¿O él se pone de rodillas?

Todos alrededor soltaron una risa incluso Francis, excepto, por supuesto, su madre que parecía estar a punto de desmayarse.

—Oh, eres tan ocurrente —respondió ella, y se acercó un poco a su oído—. Te mostraría cómo lo hago ahora mismo, pero no quiero que tu madre te saque de aquí antes de que puedas entrar a la sala.

Emmie la miró entre asombrada y curiosa. Quizá no estaría tan mal pasar un tiempo allí.

—Bienvenida entonces, Lady Emmeline —agregó Sebastian y se inclinó para besar su mano, como sería lo correcto para cualquier persona. Pero ella era distinta, ni de lejos esa era la forma de saludar a la familia, por más lejana que fuese. Así que lo abrazó aprovechando que estaba *casi* a su altura.

—Gracias —contestó luego cuando su hermano, tomándola por los hombros, la impulsó hacia atrás.

—Creí que habíamos hablado de comportarse, Emmeline —siseó Francis y ella solo rodó los ojos. Él no era una persona en extremo recta y controladora como la Condesa viuda sino más bien del tipo encantador, simpático y arrebatador, pero era por mucho más sensato que su hermana menor y sabía cuándo tenía que comportarse.

Se detuvo a observar a todas las personas reunidas allí en busca de alguien más que luciera diferente, pero no lo encontró.

Volvió a mirar a Beth quien estaba, ahora de espaldas a ella, mirando hacia la puerta principal. La imitó, justo en el momento en el que veía salir a un hombre, quizá de la altura de su hermano, tan solo unos centímetros más alto que ella, y vestido con las ropas propias de un rey, o príncipe al menos. Prolijo y perfecto.

Tenía que ser él. Solo que no lo recordaba como el hombre que evidentemente era ahora, sino como un joven que no dejaba de pelear, discutir y competir con Francis por cualquier mínima cosa.

Annabeth apoyó una mano en la espalda de ella, pero Emmie se adelantó a hablar e imitar su voz.

—Compórtate —dijo en su lugar antes de dejar de escapar una risita.

Los criados que estaban cerca escondieron su diversión e inmediatamente le tomaron cariño a esa jovencita tan particular. No era la niña malcriada que todos esperaban.

Joseph caminó hasta ellos, haciendo con su sola presencia, que un silencio duro cayera sobre todos. Eso no pasó desapercibido para Emmie, que arrugó la frente enseguida.

Anna tomó la iniciativa antes de que su hija cometiera alguna locura una vez más.

—Excelencia. —Lady Welltonshire hizo una pequeña reverencia con una moderada sonrisa en cuanto se detuvo delante de ellos—. Muchas gracias por recibir a nuestra pequeña por este tiempo.

—No es molestia —contestó el Marqués, tomando su mano para depositar un beso en el dorso— Puede estar tranquila —expresó con voz grave, pero sin mover más músculos de la cara que los necesarios para hablar.

Emmeline pudo sentir a su hermano tensarse detrás de ella cuando tuvo que estrecharle la mano.

Sin mediar palabra.

—Y luego soy yo la que olvida los modales —murmuró por lo bajo, pero debido al silencio mortal que los rodeaba, y que pocas veces recordaba el significado lo que era susurrar, todo el mundo pudo escucharlo.

Cualquier chica normal se habría desmayado de vergüenza o al menos, sonrojado de pies a cabeza. Pero nada de eso le sucedió a ella.

Joseph, asombrado, levantó una de sus cejas casi rubias y recién allí se percató de su presencia entre ellos.

Cuando al fin tuvo sus ojos sobre ella, Emmeline sonrió y abrió la boca haciendo temblar a su madre.

—Buenos días, Excelencia. —Hizo una minúscula reverencia levantando la falda de su vestido y volvió a acomodarse. Y justo cuando su madre iba a respirar aliviada, agregó: —Gracias por dejar que me quede mientras mi madre y mi hermano se van recorrer todos esos increíbles lugares sin mí —recitó—. Prometo intentar no meterme en problemas, pero debería saber que no soy muy buena en eso, *Excelencia* —advirtió y dio un paso hacia adelante mientras Annabeth trataba de detenerla imaginando lo que haría a continuación.

Pero de nada sirvieron sus esfuerzos.

Emmeline abrazó a Joseph y depositó un beso en su mejilla dejándolo anonadado cuando se alejó tan rápido como llegó.

En esos segundos, el tiempo pareció correr en cámara lenta para todos. Nadie podía creer lo que la muchacha había hecho.

—Enserio —repitió ajena a la conmoción que había causado—. Estoy muy

agradecida.

Sin mucho que poder agregar, y sin salir él tampoco de la sorpresa, Joseph asintió. —Es... Bueno verla de nuevo, Lady Emmeline —pronunció con esa voz tan masculina.

Ella ladeó la cabeza y alzó las cejas.

—¿Lady Emmeline? —Repitió incrédula y divertida. Sacudió la cabeza de un lado a otro en una negación—. Es Emmie —aclaró levantando un dedo—. Deja el Lady para los extraños, nosotros no lo somos ¿no? Y Emmeline es muy... Aburrido. Y yo, mi querido lord, no soy una persona aburrida.

Anna jadeó con horror lista para tomar de nuevo a su hija y salir de allí. Pero Joseph solo volvió a asentir y acodó el brazo para conducirla dentro, algo que Emmeline aceptó con gusto. Lo ideal habría sido ofrecerle el brazo a la Condesa, pero anonadado como estaba no se había detenido a pensar en nada.

—Entonces —susurró mientras caminaban y observaba con atención las paredes de ese pasillo tan poco iluminado. Aún así, parecían los pasillos de un palacio al que ella todavía no había conocido. Había algunas pinturas colgadas, un espejo gigante y varias mesitas con adornos que no alcanzaba a ver ante la falta de luz y por lo rápido que estaban avanzando—. ¿Cómo has estado, Joseph? Voy a llamarte así, si no te molesta. Es un bonito nombre, y sería agotador tener que estar diciéndote, milord, Excelencia, todo el tiempo —indicó curvando los labios hacia arriba—. En fin, ¿de qué hablábamos? Oh, sí, ¿cómo has estado?

—Bien —respondió, extrañado por la pregunta. No quería preguntar en respuesta porque veía venir un aluvión de palabras, pero solo por cortesía estaba obligado a hacerlo—. ¿Y tú?

Qué alivio. Por un segundo, Emmie creyó que no diría más que *bien*.

—Bueno, no tengo una respuesta tan concisa como la tuya, pero creo que ahora estoy feliz de estar aquí, si hubiese sabido que Beth no estaba casi a punto de dar a luz, no habría armado el escándalo que hice antes de salir de nuestra casa. Creí que iba a marchitarme sin ver el sol cuidando a tu hermana y no es como si pudiese hacer mucho, porque no tengo idea de cómo cuidar a una persona embarazada, pero ahora que sé que no es así, me arrepiento de haber atrasado el viaje —inhaló recuperando el aire—. Lamento el atraso también, Joseph, me disculpo. Es por eso por lo que estás molesto, ¿no?

Él giró levemente la cabeza, todavía más confundido.

—No estoy enojado, Emmeline.

Fue a aclarar que parecía todo lo contrario, cuando se detuvo en una amplia sala e hizo una seña para que se adentrara. ¿Allí iba a vivir? No tenía ojos suficientes para apreciarlo todo, las paredes color amarillo opaco llenas de pinturas y retratos, el piano tan bello en una esquina junto a un ventanal, las lámparas que parecían de oro y esa araña que colgaba del altísimo techo estaba hecha para ser admirada.

—Debes estar cansada —comenzó a decir el Marqués y ella lo interrumpió.

—No vas a decirme que puedo sentarme ¿cierto? He pasado unas interminables horas en el carruaje.

Elizabeth se metió entre ambos con los ojos abiertos como plato y ofreció otra propuesta.

—Te llevaré a conocer tu habitación, Emmie. Te va a encantar.

Bueno, entonces, no todo es tan malo. Elizabeth y yo vamos a poder hacer todo lo que sea que puede hacerse en este lugar y Sebastian no parece del tipo de hombres que quiera interferir en todo lo que hace su esposa, así que supongo que con eso tendrá que

bastarme para ser feliz por un tiempo.

Y mi habitación es increíble, Beth dijo que es la mejor de toda la casa, luego de la de Joseph, por supuesto.

El señor de la casa...

Joseph Whitmore, o como todos lo llaman, el Marqués de Thornehill, es un hombre de pocas palabras, puedo asegurarte, todo un caballero, sí, pero hay algo en él que parece oscuro. No es así como lo recordaba, creo, sinceramente, que lo único que hay igual en él son su cabello y sus ojos. Hermosos y perfectos, por supuesto. No es rubio como Beth, sino un tono más oscuro y sus ojos son verdosos y brillantes. Es alto, pero no como Sebastian, un poco más fácil de besar, asumo.

¿Y por qué todos parecen temerle? El silencio que cayó sobre todos nosotros cuando notaron que se acercaba fue, la verdad, aterrador. Y sabes cuánto me asusta el silencio.

Ahora tengo que despedirme de madre, ni siquiera va a quedarse a pasar la noche. Tiene demasiada prisa para comenzar el viaje de sus sueños... Sin mí.

Y yo, bueno, creo que tendré que esperar porque algo ilumine este lugar - literalmente- y le dé un poco de emoción.

CAPÍTULO 2

La mañana despertó a Emmie con un radiante sol y el sonido de sus nuevas doncellas, dos por falta de una, rondando por toda la habitación sin saber cómo despertarla, miedosas de provocar la ira en su nueva ama. No sabían a qué se enfrentarían, proviniendo de la familia de la que venía, no era fácil de decir.

Emmie abrió los ojos y bostezó contemplándolas con el ceño fruncido.

—Buenos días —dijo con un tono interrogatorio en su voz.

Las dos muchachas hicieron una leve inclinación imperfecta.

—Buenos días, Lady Emmeline —dijeron casi al unísono.

—Estamos para ayudarla milady, hemos sido asignadas sus doncellas mientras permanezca aquí.

—Oh. —Se limitó a decir Emmie mientras pensaba en la suya que se había quedado en casa debido a su reciente casamiento. Al parecer todo el mundo se embarazaba en el momento menos apropiado—. Bueno —murmuró saltando de la cama—, eso es maravilloso muchachas, les pido por favor que solo me llamen Emmie. ¿Cuáles son sus nombres?

—Jen —dijo una de ellas con apariencia de ser la mayor—. Y ella es Kat.

Las dos tenían el rostro lleno de pecas y el cabello de un dorado con tonos rojizos a la luz del sol. Jen era más alta y su postura, al lado de Kat, le indicó a Emmeline quién era la más dominante de las dos.

—¿Son hermanas? —Indagó mientras se quitaba el camisón y lo arrojaba a la cama.

—Sí, milady. Toda nuestra familia trabaja aquí, siempre lo ha hecho —respondió Kat esta vez—. Todos están felices de tener alguien más a quien servirle que a Su Excelencia y a la señora Elizabeth.

—Aunque no le servimos a la señora Elizabeth exactamente desde que ella y el señor Sabastian se han trasladado al hogar de él.

Emmie le había oído decir a Elizabeth que ella ahora vivía con su esposo en la casa que Joseph le había asignado cuando lo convirtió en el administrador de la propiedad. Era una pequeña residencia, a un par de kilómetros de allí, que podían ser recorridos a caballo o en carruaje en apenas unos minutos. Y se suponía que Beth actuase como una especie de carabina, pero Emmie no creía que fuese correcto estando ella a la distancia. Y lo más normal, habría sido que ella misma se hubiese trasladado a la casa de su prima, pero no sentía el más mínimo deseo de molestar a los recién casados. Además, no era como si necesitara mucha vigilancia para estar con Joseph, si es que realmente lo vería estando allí. Él parecía del tipo de los que siempre estaban ocupados y trabajando.

—¿Es que no tienen ayuda?

—Bueno, sí la tienen, pero nadie más que ellos dos, el ama de llaves y el mayordomo vive realmente allí. Algunos criados van por turnos durante el día. Pero dado que ambos pasan la mayor parte del tiempo aquí, tampoco los necesitan demasiado —contó Jen.

Emmeline no sabía cómo sentirse al respecto y se guardó su opinión para compartirla con su cuaderno más tarde y deliberar acerca del asunto.

—Ahora, si nos permite, la ayudaremos a prepararse para bajar a desayunar.

Todo estaba tan silencioso, que cuando se acercó al comedor, como le habían indicado las dos jóvenes, pensó que iba a hallarse sola.

Pero se sorprendió al ver que en la mesa había tres personas más que voltearon a verla cuando entró.

—Buenos días —saludó aliviada al verlos allí.

Joseph, por supuesto, estaba sentado en la silla a la cabeza de la mesa y a su derecha estaba Beth con Sebastian a su lado. Ambos hombres se pusieron de pie para recibirla y volvieron a su lugar cuando el mayordomo la ayudó a acomodarse en la silla.

Había un plato vacío a la izquierda del hombre en la punta, por lo que ella asumió que ese era su lugar.

—Buenos días, Emmie. ¿Cómo has dormido? —Preguntó la mujer de cabello rubio y sonrisa deslumbrante, sus ojos celestes eran brillantes, según Emmie, de un brillante bondadoso, que demostraba su felicidad.

—Bien, Beth. Gracias —respondió con simpleza, aunque esa no había sido la verdad. Pero a veces las mentiras piadosas que no hacían más que alegrar a otros, no eran malas. Después de todo, decir que no había dormido bien no era algo tan importante como para alarmar a nadie.

Ella rara vez lograba dormir con tranquilidad. Sus pesadillas eran horribles y tan reales que siempre conseguían asustarla aunque era consciente de que no era más que un sueño.

—¿Has conocido a tus doncellas? —Inquirió Sebastian—. Estaban bastante nerviosas por conocerte. Están muy felices porque tu hermana las ha escogido a ellas, son buenas chicas, puedes tener confianza, Emmeline.

—Emmie, Sebastian. —Lo corrigió—. Y sí, son adorables, creo que nos llevaremos muy bien.

Se giró hacia Joseph esperando alguna intervención, pero él parecía ignorar a las demás personas en la habitación concentrado en cortar lo que fuese que tuviera en el plato. Tenía la espalda recta y parecía pensar en algo más mientras realizaba ese trabajo.

Elizabeth y Sebastian se miraron. Para ellos no era nada nuevo que Joseph no estuviese prestándoles atención, pero la otra chica parecía haber tomado eso como un insulto. Quisieron reír pero lo ocultaron, era gracioso ver cómo los ojos de Emmeline se ampliaban con cada segundo que pasaba sin que él siquiera la mirase.

Entonces, sin poder resignarse volvió a hablar en voz más alta que antes.

—Buenos días, *Excelencia* —remarcó su nombre enfatizándolo con ímpetu.

Él se detuvo y levantó la vista para encontrarse con su sonrisa.

Arrugó la frente. —Buenos días, Emmeline —contestó en respuesta.

Ella quiso preguntar si tenía problemas de audición pero se contuvo. Sería algo parecido a una grosería contra él, y no lo conocía lo suficiente como para saber cómo reaccionaría. En cambio, se limitó a seguir la charla ahora que había captado su atención.

—¿Cómo estás esta mañana, Joseph?

Y allí estaba de nuevo *esa pregunta*, pensó él.

—Bien, ¿cómo estás tú?

Y esa respuesta, pensó ella entrecerrando los ojos. ¿Es que se estaba burlando?

—Espléndida. Es un día hermoso ¿no crees? —Continuó.

Joseph alzó las cejas por un instante fugaz.

—Supongo —murmuró.

Beth se cubrió la boca con la servilleta blanca al ver como el pecho de su prima se

elevaba, moviendo el corsé ante esa simple palabra. Era obvio que quería obtener algo más que una respuesta monosilábica. Annabeth le había explicado antes de marcharse el día anterior, lo que ella consideraba el terrible defecto de su hija. O más bien, los terribles defectos.

Emmie no podía seguir indicaciones, acerca de nada.

Emmie no era buena manteniendo el correcto comportamiento de una señorita de su clase.

Emmie no era capaz de dejar de hablar.

Cualquiera de esas cosas, o quizá todas, eran la constante causa de porqué ella tampoco podía permanecer un minuto sin meterse en problemas.

—En el cielo no hay una sola nube. Diría que es un día perfecto. ¿No crees? —Se aseguró de estirar una mano y posarla sobre su brazo para hacerle entender que estaba hablando con él, así no podría fingir que no estaba escuchándola. A ella le daba igual que fuese un poquitín indecoroso, también debería serlo ignorar de esa forma a alguien que solo trataba de interesarse por él. Su madre, por supuesto, ya estaría regañándola y deshaciéndose en disculpas para con el Marqués. Quizá era bueno tenerla lejos por un tiempo—. ¿O eres una persona de las que prefiere la lluvia? —Los ojos de él se dirigieron primero a la manga de su camisa donde estaban apoyados los dedos de la chica y luego a su rostro—. Porque yo, particularmente, hallo encantadores ambos tipos de días, cada uno tiene magia a su propia manera. ¿Qué te parece?

Incluso el sirviente que se hallaba parado al lado de la puerta bajó la cabeza mientras luchaba con contener la risa ante la expresión del Marqués causada por tantas palabras.

—A mi... —comenzó—, me da igual.

Sí, decidió él. Esa tenía que ser una buena respuesta, que zanjara el tema y la hiciera retroceder.

—Eso no puede ser cierto —insistió y miró a Beth—. Yo creo que Beth adora los días como estos, recuerdo como te gustaba recoger flores en el prado cuando éramos pequeñas, y Sebastian, intuyo que también son tus favoritos, luces como un implacable jinete —sonrió—. Y creo que son pocos a los que les gusta cabalgar bajo la lluvia pesada y fría durante horas. ¿No es cierto?

—Muy cierto —coincidió este.

—Pero luego estás tú... —Se volvió de nuevo hacia el señor de la casa—. No puedo comprenderte todavía, no eres tan transparente como ellos. Entonces, cuéntame, qué prefieres.

—No hay día más apropiado para mi, Emmeline. Solo son días, uno igual a otro. Siempre hay trabajo que hacer, reuniones a las que asistir. —Se encogió de hombros.

Ella arrugó la nariz.

—Si me permites, eso es muy triste, Joseph. Quizá es porque no has disfrutado por completo ninguno de los dos días. Deberías intentarlo —sonrió y le dio un apretón a su mano antes de alejarla—. Sabes, siempre puedes contar con mi compañía. Estaría encantada, y si tienes alguna aventura, también estoy dispuesta. Amo las aventuras sobre todo si incluyen pasar tiempo al aire libre.

—Lo tendré en cuenta, Emmeline —comentó esperando que eso la dejara conforme y dejara de obligarlo a prestarle atención.

Ella curvó los labios con satisfacción.

—Bien —festejó—. Oh, y llámame Emmie, ya te lo dije. —Le recordó con

dulzura—. Al menos en casa, por favor. Cuando me dices Emmeline, parece como si te estuviese molestando o si me regañaras. Es lo que Francis siempre hacía y no me gusta.

Él asintió y ella dudó que hubiese prestado la menor atención. Entonces, si quería ser oída, tenía que concentrarse en llamar su atención y obligarlo a atender durante todo el tiempo.

Si eso no era ser grosero, no tenía ni idea de qué lo sería.

Emmeline comenzó a subir las escaleras luego de terminar de desayunar pero se detuvo ante el llamado de Beth y la esperó en el pie de la escalera.

—¿Sí, Beth? —Preguntó—. ¿Necesitas ayuda? —Abrió los ojos de par en par—. ¿Te estás sintiendo mal o algo así?

Ella negó con la cabeza, riendo.

—Emmie —aclaró—. Es muy pronto para eso, y solo para que dejes de preocuparte, tú no tienes que cuidarme en esa forma, tu mamá te ha dado toda la información errónea. No estás aquí para acompañar a una mujer enferma, relájate. No es tu responsabilidad, ni tu obligación ayudarme en nada.

—Oh, pero a mí no me molestaría ayudar.

—Ya lo sé.

—Es solo que no sabría qué hacer —agregó.

—No pienses en ello, si algún día necesitas ayudar a alguien, tú misma encontrarás la forma de hacerlo aunque no tengas ni idea. Confió en ti y toda tu astucia para hacerlo. Ahora, quería hablarte de otra cosa, mi hermano, para ser más exactas.

Emmie rodó los ojos.

—Oh, ese idiota —susurró para sorpresa de la mujer. Había que ser muy audaz para llamar de esa forma a un hombre de la importancia del Marqués y mucho más en su casa, pero Emmeline parecía no reparar en ese tipo de cosas—. Es muy grosero Beth, no entiendo como siquiera pueden estar emparentados. ¿Es que le caigo tan mal para ignorarme de esa forma?

Ella de verdad parecía apenada y Elizabeth sintió inmensas ganas de darle un golpe a su hermano.

—No es así, Emmie. Joseph es así. No es solo contigo, por favor, no lo tomes personal. Por si no lo notaste, ni a Sebastian ni a mí nos ha dirigido la palabra durante todo el desayuno, lo único que dijo antes de que llegaras fue *buen día*. No es exactamente un gran conversador.

Emmeline pareció desorientada.

—¿Cómo alguien puede ser así? ¿Y has escuchado lo que dijo? Todos los días le dan igual, no puede ser posible —sacudió la cabeza con desaprobación.

—Oh, bueno, Joseph es un poco... particular. Pero es un buen hombre, ya lo notarás en este tiempo, créeme. Y si necesitas ayuda, no dudes en pedírsela. ¿De acuerdo?

Ella asintió sin estar muy de acuerdo. No creaba un juicio de las personas sin conocerlas, pero lo poco que había visto de él hasta ahora, no era muy alentador.

¿Que no es un gran conversador? ¿Y que es una persona bastante particular? Eso es poco decir, y entiendo a Beth por querer defenderlo, pero sigo pensando que hay algo mal en Joseph. Honestamente, ¿quién puede estar tan callado?

Yo no, al menos.

Quizá mamá lo consideraría el hijo perfecto, siempre con sus quejas acerca de la

cantidad de palabras que pueden salir de mi boca en un minuto...

Y todavía no puedo creer que considere que todos los días son iguales. ¿Qué clase de persona dice eso? Nada tan poco profundo como eso.

En fin, creo que he encontrado mi próximo desafío. Y ni siquiera tuve que buscarlo... Voy a descubrir qué hay en el corazón de ese hombre, porque finalmente creo haber descubierto algo acerca de las incógnitas de este lugar.

El mayor misterio de todos es simplemente él, Lord Thornehill, Joseph Whitmore.

CAPÍTULO 3

—Yo no creo que deba estar usando eso. No van a aprobarlo —susurró Jen luego de ver como quedaba Emmie enfundada en un vestido demasiado simple para una joven de alta cuna. En realidad, esa parecía la vestimenta de una de ellas, o cualquier criada de la cocina. Con una tela un poco más costosa y quizá tan solo un poco más cuidada y limpia.

Esa era la razón por la que había subido a su habitación luego de desayunar.

—Es lo que siempre uso cuando estoy en casa —argumentó—. No soy como mamá o Beth que pueden usar esos pesados vestidos todo el tiempo. A mí me gusta poder correr y moverme. También tengo pantalones si quiero montar.

Los ojos de Kat se abrieron de par en par.

—¿Usa pantalones como un hombre?

—Es mucho más cómodo si quieres montar. Tienes que intentarlo, es más divertido así. Puedes moverte mucho más, y estoy segura que el caballo lo agradece.

Las otras muchachas se miraron confundidas. Ya sabían que Lady Emmie estaba un poco loca, pero no imaginaban que tanto.

—¿Y cree que el Lord lo apruebe? —Insistió Jen—. No estoy segura de que vaya agradarle verla vestida de esta forma.

—Mucho menos con pantalones —agregó la más pequeña—. No creo que deba hacerlo enfadar tan pronto.

Emmeline soltó una carcajada y les devolvió la mirada.

—¿Qué creen que pueda decir Joseph? ¿Alzará las cejas? ¿Asentirá? ¿O dirá “bien” de alguna forma aterradora? No es que lo haya visto hacer u oído decir mucho más.

—No debería subestimar al Marqués, Lady Emmeline. Él puede enojarse, y mucho. No es algo que quiera ver.

Ella suspiró. Con eso no iban a convencerla de que se cambiara de ropa ni que se hiciera algún peinado elaborado como ellas deseaban. Beth no le había dicho nada acerca de salir ese día, así que se dedicaría a terminar de descansar del viaje y recorrer la casa y los alrededores. Había visto unos preciosos jardines desde su ventana que estaban esperando por ella.

Se giró haciendo que todo su cabello castaño y largo casi hasta la cintura se arremolinara a su alrededor. No iba a recogerlo, dos pinzas que sujetaran algunos mechones hacia atrás era todo lo que consentiría.

Bajó las escaleras dando brincos, disfrutando de sus zapatos blandos y planos. Oh, eso era vida. Se sentía libre de aquella forma.

Pero hasta ahí había llegado su suerte, se dijo cuando vio a Joseph parado al final de la escalera en una conversación con Sebastian y un criado al que parecían estar dándoles indicaciones.

Pensó en retroceder y regresar a su cuarto hasta que ellos se marcharan, pero Emmeline Laughton no era ninguna cobarde.

Continuó como venía bajando y se paró al lado de ellos en cuanto estuvo en el piso de abajo.

—Caballeros —dijo con voz cantarina.

Al mismo tiempo, los tres se giraron hacia ella, interrumpiendo lo que estaban hablando.

Sebastian apretó los labios, no lo suficientemente rápido como para que Emmie no notara como él reía.

—¿Qué le pasó a tus vestidos que has tenido que pedirle prestada ropa a tus doncellas, Emmie? —Preguntó divertido.

Ella se relajó sin saber que había estado nerviosa antes.

—Esta es mi ropa, Sebastian —levantó los brazos—. Me gusta estar cómoda mientras estoy en la casa. No te molesta ¿verdad? ¿Crees que Beth estará de acuerdo? Madre siempre se quejaba, pero ya poco me importaba lo que dijese, todo lo que yo hacía era una calamidad según ella.

—No lo creo, Emmie. Es algo nuevo, pero te ves bien. Aunque no podrías verte de alguna forma menos que maravillosa ¿no?

Ella sonrió ampliamente por el cumplido.

—Gracias —pronunció atrapando a Joseph justo cuando rodaba los ojos. Oh, algo nuevo—. ¿No aprueba como me veo, milord? —Preguntó con tristeza fingida. Sebastian también dirigió su mirada dura hacia él esperando la respuesta.

—Puedes vestirte como quieras —contestó el aludido.

—Pero no te gusta —susurró encogiéndose y bajando los hombros—. Iré a cambiarme. —Estuvo a punto de girarse cuando él volvió a hablar.

—No, Emmeline. Estás bien así.

Ella volvió a su usual expresión de felicidad

—¿De verdad?

Joseph asintió.

Emmie soltó un grito de alegría y lo abrazó con fuerza. Oh, los hombres eran tan predecibles, no era una manipuladora, pero a veces ser mujer tenía sus beneficios. Y más cuando ellos eran unos reales caballeros.

—¡Gracias, gracias! Oh, eres un ángel.

Sebastian soltó una carcajada ruidosa, el empleado bajó la cabeza para no hacer lo mismo.

—Eres la primera persona a la que escucho decir eso, Emmie. Beth tiene razón cuando dice lo ocurrente que eres ¿no es cierto?

Ella sacudió la cabeza un poco confundida y se despidió dirigiéndose por un pasillo que no tenía ni idea a donde la conduciría, lo que hacía que se sintiera más emocionada.

Sebastian esperó a perderla de vista para soltar un silbido.

—Creo que ni siquiera Beth te ha abrazado tanto en tan poco tiempo. —Le dijo a su reciente nuevo hermano.

Joseph no respondió, pero Sebastian supo que estaba de acuerdo y eso lo tenía desconcertado.

Emmie recorrió un poco el jardín y juntó flores del prado durante gran parte de la mañana y luego se dedicó a conocer al resto de las personas que trabajaban en la casa, incluso a los encargados de los establos mientras daba vueltas por todos lados.

¿Y quién iba a decir que el tiempo hasta el almuerzo pasaría tan rápido?

Ni siquiera había notado que tenía que ir a la mesa cuando la llamaron mientras estaba a punto de ir a cambiarse, esta vez, para ir a cabalgar en la montura que ella había

considerado perfecta, aunque cuando la había visto no había nadie cerca para preguntar cuál era su nombre y si podría utilizarlo.

Así que posponiendo esa travesía, se dirigió a la mesa en la que había desayunando.

Solo estaban Beth y Sebastian allí, sentados, esperándola.

Su prima se quedó mirándola cuando entró.

—Te lo dije —murmuró su esposo.

—Oh, no me digas que no te gusta. —Emmie levantó las manos y miro su vestimenta.

Ella lo consideró.

—No es que no me guste, pero...

—¿No es apropiado? Por favor, por favor Beth, no seas como mi madre —rogó sentándose en el mismo lugar que había ocupado antes—. Solo es para estar aquí, te prometo que si alguien viene y si tú lo consideras necesario correré a cambiarme.

—Bien —aceptó—. Si a ti te gusta, Emmie.

La muchacha vio como comenzaban a servir la comida.

—¿Joseph no se nos une? —Preguntó viendo que no lo esperaban.

—No, ha salido, volverá más tarde. Iba a almorzar con alguien más.

—Oh, ¿él tiene una novia? ¿O prometida?

La pareja rió con ganas.

—Nada parecido Emmie, y no es porque no haya interesadas.

—¿Y por qué no, entonces? —Quiso saber, sin poder apaciguar su apetito de información.

—Bueno, has conocido a mi hermano... ¿Eso no te dice nada? Ya te dije, no es así solo contigo. Pero mira, quizá esta noche puedas comprobarlo por ti misma. Hemos sido invitados a la fiesta de los Davenport, y Joseph tiene que ir. Ya ha rechazado suficientes invitaciones de esa familia.

—¿Entonces todos iremos? —Aplaudió emocionada. Su primera fiesta en la alta sociedad de Londres.

Elizabeth apretó los labios.

—No exactamente —murmuró—. Sebastian y yo no iremos. Mi relación con la señora Davenport no es la mejor y la verdad es que prefiero evitarla si puedo, después de todo, yo no tengo ninguna obligación en quedar bien con ellos.

La expresión de Emmie cayó.

—Pero Joseph siempre puede llevar compañía —agregó—. Aceptó en llevarte si tu quieres. El único problema es que al no ir yo, te quedas sin carabina, y en tan poco tiempo no creo poder conseguir una.

Emmeline agitó una mano en el aire, restándole importancia a ese tema —Eso es lo de menos —farfulló—. Pero, ¿Joseph y yo solos? —Gimió sin poder creerlo—. ¿Qué se supone que haga yo con él en una fiesta? Quedarme durmiendo puede ser más divertido.

—Habrà muchas personas más, Emmie. Será increíble, te lo aseguro. Pero no estoy muy segura de qué hacer sin una carabina, apenas has llegado, y no sé cómo afectaría eso a tu reputación, es bastante impropio —murmuró pensativa.

—Joseph se encargará de aclarar eso, cariño. —La calmó Sebastian—. Nadie se atrevería a desafiar a alguien como el Marqués de Thornehill. Además, es como si fueran familia, no hay que dar explicaciones acerca de eso. Él te acompañaba a ti muchas veces cuando tu madre no podía lograrlo.

Pero Emmeline estaba más preocupada por otro tipo de cosas muy diferentes a su

reputación y prácticamente no oyó el último comentario. —¿Qué hay si Joseph no me deja bailar o moverme libremente y conocer a los demás? ¿Qué si tengo que quedarme toda la noche sentada escuchando como hablan de aburridos negocios?

—Eso no ocurrirá. —Le aseguraron, pero Emmeline no estaba convencida del todo.

Entonces, las personas que trabajan aquí son maravillosas, la mayoría al menos. No tengo ningún tipo de queja acerca de eso, la cocinera no se mostró muy contenta cuando le dije que me gustaría poder ayudar algún día a preparar la cena o algo parecido, pero encontraré la forma de convencerla. Lo hice una vez en mi casa, ¿por qué no podría conseguirlo ahora?

Ahora, ese, no es mi mayor problema.

La fiesta de esta noche. Beth dice que es una gran velada y que aunque no tolere a la señora Davenport, reconoce que sabe cómo organizar una buena noche.

Ella está muy emocionada, al contrario de mí misma. No creo que sea una buena idea ir con Joseph, él no parece de la clase de persona que es buena compañía en eventos como esos. O quizá, como dijo Kat siendo magníficamente optimista, me sorprenda y sirva para que pueda conocer más de él y develar el misterio que me he planteado que tiene.

Bueno, creo que es hora que vaya a prepararme, con las chicas hemos encontrado el vestido perfecto para mi primera noche fuera en Londres, las tres dijeron que voy a deslumbrar, bien, yo solo espero sobrevivir.

CAPÍTULO 4

El vestido era de un color verde esmeralda, tenía un escote moderado aunque para algunas personas podría llegar a ser bastante tentador y amplio, y el corsé estaba tan ajustado que le costaba respirar. Era demasiado, Emmie sabía valorar la belleza de ese tipo de vestidos y cómo hacían que algunas mujeres captasen la atención de una sala entera y fuese admirada toda una noche.

Pero el precio a pagar era un poco alto.

Se quejó por octava vez mientras terminaban de anudarlo. —¿No puedes soltarlo un poco?

—Así es como debe estar, solo lo hemos apretado lo suficiente para que cerrara, Lady Emmie.

—Quizás ha comido demasiados pasteles esta tarde —sugirió Kat y Jen la golpeó en el brazo.

—No — contestó Emmeline girándose—. Esto ha sido un complot de mi madre, estoy segura que le ha ordenado a mi modista hacerlo un par de centímetros más entallados —respiró profundamente-o todo lo que consiguió-, y se enderezó—. No hay tiempo suficiente para buscar otra cosa, así que tendré que aguantar. Tal vez lo olvide si encuentro algo interesante que hacer en la fiesta.

—Estoy segura de que lo hará, Lady Emmie. Beth tenía razón cuando dijo que iba a deslumbrar, mañana por la mañana todos estarán hablando de usted —alabó Kat.

—Y llegará en compañía de Lord Thornehill —agregó como si fuese un punto realmente importante.

Se miró al espejo por última vez comprobando que su peinado estuviese bien, no era algo muy elaborado, lo llevaba en su mayoría suelto como siempre, pero Jen había logrado armar un semirrecogido con bucles, y se mantenía en su sitio con ayuda de unos diminutos sujetadores con piedras del mismo color que el vestido, incrustadas en cada uno, al igual que en el collar que llevaba colgado en el cuello.

Salió de la habitación y caminó por el pasillo hasta llegar a la escalera. Comenzó a bajar con lentitud levantando la falda para no pisarla. Esos zapatos sí hacían ruido y Joseph, que estaba esperándola junto a sus hermanos, no tardó en notarla.

—¿Estoy muy atrasada? Lo siento, es que tuve un pequeño problema con el vestido —habló sin mirar hacia ellos, más concentrada en no rodar hasta la planta baja.

Entonces, no pudo ver la forma en la que todos estaban contemplándola.

Sebastian le dio una palmada en la espalda al otro hombre y señaló con los ojos que fuese a ayudarla. Pero era muy tarde, ella ya estaba a dos escalones de llegar y lo único que pudo hacer fue extender su mano hacia ella desde abajo.

—Oh —dijo con una media sonrisa—. Gracias.

Se dio cuenta de que Joseph no estaba nada mal y tampoco tan diferente. Él siempre lucía impecable, como si no hubiese ninguna clase de imperfección en su cuerpo. Esa noche, su cabello castaño claro o rubio oscuro, quizá un intermedio entre ambos, estaba peinado hacia un costado. Iba por completo de negro excepto por la camisa blanca que se asomaba desde dentro de su levita.

Beth aplaudió.

—Estás maravillosa. Oh, como lamento no ir a esa fiesta ahora, todos van a

arrastrarse por ti.

—Por supuesto que lo harán. Pero tendrás mucho cuidado ¿verdad? —Dijo Sebastian arrugando la frente—. Hay muchos hombres con intenciones un tanto deplorables con señoritas preciosas como tú. No confíes en nadie, Emmie. Sabes todo eso ¿no?

Ella rodó los ojos, a la vez emocionada por la preocupación del hombre. Era increíble que en tan poco tiempo él la hubiese aceptado como parte de la familia y la protegiese de esa forma. Elizabeth había tomado una sabia decisión al casarse con una persona como aquella.

—Claro que sí. —Lo tranquilizó.

Y Beth dio un paso adelante mirando a su hermano.

—Pero Joseph estará vigilando, no te perderá de vista y te ayudará si lo necesitas — declaró mirándolo con severidad.

—Por supuesto —asintió y le ofreció su brazo acodado para marcharse—. ¿Lista, milady?

Si tan solo él pudiese sonreírle un poco más para darle ánimos, realmente lo estaría.

Según le habían informado, el camino hacia la fiesta duraría un poco más de la cuenta puesto que la mansión de Joseph no estaba ubicada en el centro de la ciudad. Pero esa ubicación era mucho más tranquila y tenía una serie de beneficios que superaban a las desventajas.

Ahora bien, si tenía que permanecer en silencio como lo estaba intentando, iba a volverse loca. Hacía un par de minutos que habían salido de la mansión y no habían mediado palabra. Además, pensó, estaban solos, no había forma de que él la ignorase.

—Ese peinado te sienta bien —dijo para empezar. Él desvió su vista de la ventanilla para mirarla y ella continuó—. Un poco rígido, pero es muy acorde a ti.

—Gracias, supongo —balbuceó confundido. No estaba seguro de que fuese un halago o una indirecta de la que las mujeres daban todo el tiempo.

—No es un insulto, Joseph. ¿Puedo preguntar si te hace feliz ir a esta fiesta? Beth me dijo que has evadido muchas invitaciones de esa familia, demasiadas, y sería una grosería hacerlo una vez más. Y si soy honesta, siento que tu descontento es abrumador.

Beth estaba cotilleando mucho acerca de él últimamente, pensó.

—Evitaría este tipo de reuniones si pudiera, y en cuanto a los Davenport, Beth tiene razón.

—¿Porqué? —Insistió—. ¿No te agradan? Ella dijo que la señora Davenport es un poco... intratable.

Emmie se sorprendió al ver como él curvaba los labios discretamente. ¿Era un amago de sonrisa? Eso solo le dio más intriga.

—Ella está obsesionada con convertir a su hija en la próxima Marquesa de Thornehill —escupió.

Los labios de ella formaron una perfecta “o”. Eso era interesante.

—¿Y tú no estás de acuerdo? —Se movió para no estar sentada frente a él, sino a su lado, y se inclinó para ver su rostro. Estaba oscuro y era difícil verlo con detalles—. ¿No te gusta su hija? ¿O es por el hecho de que no es de alta cuna? Sé que no son nobles, solo asquerosamente ricos.

Joseph se asombró por como ella no parecía darse cuenta de que esas cosas no se hacían. ¿Por qué no era capaz de mantenerse sentada en su lugar? Pero Emmie le había demostrado una y otra vez que estaba lejos de ser como cualquier otra jovencita a la que

hubiese conocido. La Condesa era todo un ejemplo del decoro y la hija, del descaro. Quizá era porque a sus diecinueve años todavía no había tenido que pasar por la experiencia de una temporada completa en Londres, le faltaba tiempo para pulirse.

Y Santo Dios, con suerte eso también pudiese solucionar el tema de la charla. Encontrar a alguien más con quien descargar esas insaciables ganas de conversar e investigar con alguna jovencita que compartiese la misma afición. No era que Emmeline le disgustara, era dulce y amable con todo el mundo y lo más importante, no se le había tirado encima o insinuado nada acerca de sus ansias de convertirse en Marquesa.

Notó que ella todavía estaba esperando su respuesta y le costó recordar cuál era el tema que trataban. —No, Emmeline. No es su condición social lo que me importa, solo que Portia es...

—¿Su nombre es Portia? —Se burló.

—Sí, ese es su nombre.

—¿Y qué tiene ella que no te agrada? Quiero decir, asumo que tiene una muy buena dote. Pero eso a ti no te importa. —Y era una afirmación, no una pregunta—. ¿Ni siquiera crees que podrías llegar a quererla un poco como esposa?

¿Quererla? Oh, ella no había conocido a Portia todavía.

—Me sorprendería si alguna vez pudiera llegar a tolerarla.

Emmie soltó una risita por el comentario. Wow, tenía que ser muy mala como para que Joseph hablara así de ella.

—¿Has intentado conocerla un poco? Quizá no es tan mala —sugirió.

Él se giró y sus ojos se encontraron.

—Emmeline, no hay nada bueno en esa joven, y te sugiero, que te cuides. Quizá no esté muy feliz de verte conmigo esta noche, ni siquiera hemos traído una carabina, lo que lo hace más llamativo todavía, no quiero que te haga pasar un mal momento por eso. —Y esa era probablemente la frase más larga que él le había dirigido. Estaba extasiada. Tendría que pasar más tiempo a solas con él para conocerlo mejor, sí, definitivamente era todo lo que necesitaba.

Aunque fuese por completo inapropiado.

—Gracias por el consejo —murmuró y se apoyó en el respaldar—. Sé que todos dijeron que estoy *deslumbrante* —articuló—. Pero nunca he estado en una fiesta en esta ciudad, y no estoy segura de estar a la altura. ¿Qué piensas tú? Y no digas nada que no sea honesto, no quiero halagos solo para sentirme mejor, quiero la verdad y tu pareces del tipo de persona que puede decirla.

Joseph ladeó la cabeza.

—Nadie te estaba mintiendo, estás mas allá que solo, *a la altura*. Tranquila.

Emmie tragó saliva sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—¿De verdad? —Apenas pudo pronunciar.

—Sí, eres hermosa, todo los arreglos solo son extras, Emmeline. Es lo mismo que siempre le dije a Beth, las señoritas como ustedes no necesitan de tanto.

Emmie quería gritar.

¿De dónde había salido *ese* Joseph? Y lo mejor de todo era que él no estaba coqueteando como los demás hombres que le habían dicho cosas así antes. Esos solo querían llevarla a un rincón oscuro para hacer el tipo de cosas que hacían un hombre y una mujer en lugares así. Por suerte, siempre había tenido a Francis a su lado para cuidarla y espantarlos.

—Gracias, Joseph. Eso es lo más hermoso que alguien me ha dicho nunca. —Se

limitó a decirle y besó su mejilla—. Me siento mucho mejor ahora. Gracias. En verdad creí que ni habías notado mi vestido.

Él hizo una mueca. ¿Cómo podría no hacerlo?

Cuando cruzaron el umbral de la mansión en la que se daba la fiesta y entraron en la gran sala, escaleras arriba, los invitados más cercanos se giraron hacia ellos y los contemplaron sin ningún tipo de reparo ni vergüenza mientras caminaban.

Eso era mucho más de lo que había imaginado.

Deseó que Beth estuviese allí para decirle qué hacer. No era como las que ella había asistido. No había tantas personas ni lujos. Y ella tenía a su madre que se movía como una reina en cualquier ambiente.

Solo le quedó aferrarse al brazo de Joseph con más fuerza.

—Tranquila —le susurró él mirándola de soslayo.

—No vas a dejarme sola ¿verdad? —Preguntó con la voz temblando—. Pareciera como si fuera a perderme entre tantas personas. Soy valiente, Joseph, oh Dios, no sé porque estoy actuando como una cobarde. Hasta me tiemblan las piernas. ¿Por qué no dejan de mirarnos?

Hombres y mujeres por igual, todos estaban atentos.

—Te miran a ti, nadie te conoce y además, ya te lo dijeron Sebastian y mi hermana, *los deslumbras* —comentó con diversión. Evitó mencionar que las mujeres, o mejor dicho, las damas solteras de buena cuna regularmente no entraban solas con un hombre sin nadie más que las acompañara. Él suponía ser su tutor transitorio, pero eso todavía no era de dominio público. También podrían considerarse primos por lo que a la sociedad respectaba, lo que lo haría un poquito más aceptable, pero solo eso. Era bueno que él ostentara de cierto poder y una limpia reputación. No causaría daños a la dama que tenía a su lado.

—No estás ayudando —masculló entre dientes.

Un hombre apareció delante de ellos casi por sorpresa.

—Lord Thornehill —exclamó con ganas. Era alto, un par de centímetros más que Joseph, pero más delgado y parecía estar cerca de sus cuarenta. Tenía algunas canas en el cabello y bigotes, y también algunas arrugas alrededor de sus ojos color miel. Era obvio que pretendía ser un noble, pero no lo lograba por completo a pesar de su costosa y delicada vestimenta y su porte elegante. Siempre estaba ese *algo* que los diferenciaba.

—Davenport —Joseph estiró una mano para estrechar la que le ofreció—. Gracias por la invitación —dijo como si en realidad estuviese feliz de estar allí.

—Me siento halagado por su presencia, le aseguro que Marieth también lo estará. —Emmie asumió que esa sería su esposa—. Y trae compañía...— Volteó hacia ella y la examinó por un momento con expresión ultrajada. El Marqués supo enseguida lo que estaría pensando, que Emmeline sería su amante, que él había sido lo suficientemente descarado como para pasearla por su velada. Tendría que aclarar de inmediato la realidad de las cosas, pero la forma tan grosera en la que la Davenport puso sus ojos sobre Emmeline lo molestó, y terminó por no hacerlo.

—Lady Emmeline Laughton. —La presentó con formalidad mientras el hombre tomaba su mano para besarla sobre el guante que le habían colocado, de un color tan solo un poco más claro que el del vestido—. Charles Davenport, nuestro anfitrión.

—Señor Davenport —musitó con dulzura y un leve movimiento de cabeza.

—Un placer, Lady Emmeline. —Y se volvió hacia Joseph nuevamente—. No sabíamos que traería a alguien, milord. Ahora que su hermana está casada, creímos que lo veríamos solo por un tiempo. ¿Ha venido ella?

—No, tenía otros asuntos que atender. —Lo evadió, e iba a dar un paso al costado para perder a ese hombre de vista por un rato, hasta que vio a alguien más acercarse.

Era una mujer, y tenía que ser la anfitriona. Iba ataviada en un vestido gigantesco color dorado y un peinado que parecía querer estirar todas las arrugas de su cara, con los labios pintados en un rojo brillante y demasiado polvo para su piel tan blanca y cabello rubio.

Tenía que decirlo, ella parecía un payaso.

Emmie contuvo una carcajada y se permitió relajarse.

Marieth pareció encantada de ver a Joseph, hasta incluso, le pareció que no la había visto a ella.

—¡Lord Thornehill, que alegría! —exclamó con verdadero fervor y una alegría para nada fingida.

—Señora Davenport. —Emmie pudo jurar que eso era un gruñido más que un saludo cordial. Pero como era predecible, la mujer ignoró el tono y estiró su mano hacia él. Joseph la llevó a sus labios y alejó con rapidez. No la soltó en el proceso y eso la alegró. Luego la acercó un poco más al frente y volvió a presentarla. —Señora, ella es Lady Emmeline Laughton, Emmeline, la señora Davenport.

Emmie volvió a sonreír. Esta vez conteniendo la risa que de verdad quería soltar. La expresión de la señora se desfiguró y transformó en algo que Emmeline no supo identificar, pero se parecía mucho al desprecio. Era claro que si quería a Joseph para su hija, no le agradaba en absoluto verla a ella ahí, con él.

—Hermosa fiesta, señora Davenport. Es un placer conocerla —recitó con educación.

La mujer la miró de pies a cabeza antes de hablar.

—No fuimos informados que traería compañía, milord. —Prácticamente escupió.

Emmie quiso bufar, y se contuvo.

¡Qué grosera! Ni siquiera había tenido la cortesía de responderle. ¿Y qué estaba queriendo decir? ¿Qué no era bien recibida? Emmeline estaba a punto de explotar y él pareció notar lo porque colocó una mano sobre la suya que se sujetaba de su brazo y le clavaba las uñas sin darse cuenta.

—Fue algo de último momento. Pero entendería por completo si le molesta —argumentó con calma—. Podemos marcharnos. No me ofendería y tampoco Lady Emmeline.

—Oh, no. Nada de eso. Estamos encantados con su presencia, milord. —Se apresuró a decir—. ¿Quiere que la lleve a buscar algo de compañía más acorde para usted, milady? —Ofreció y Emmeline no supo qué decir. Ella no quería que la llevara a ningún lado. Después de cómo la había tratado, no se extrañaría si la conducía a algún lugar lejano y la encerrara para poder encajarle su hija a Joseph.

—Ella ya tiene compañía —dijo Charles casi jadeando por lo grosera que se estaba mostrando—. No ha venido con Lord Thornehill para que luego se la quites, por muy bonita que sea.

—Por supuesto, mis disculpas. Continuaré saludando a los recién llegados, los veo más tarde. —Puso la sonrisa menos genuina que Emmie hubiese visto antes, y se marchó.

Si así era toda la sociedad londinense, Emmeline no creía querer conocer a nadie más. Quedarse encerrada en la casa hablando con Beth y Sebastian, Kat y Jen, o intentando sacar algo más del misterioso hombre que tenía al lado parecían una mejor idea.

CAPÍTULO 5

Emmie miró de costado hacia donde se encontraba Joseph y pensó que seguramente él no tendría unos pequeños calambres en las mejillas como ella, por obligarse a sonreír a cada uno de los caballeros a los que era presentada. O los pies, de tanto bailar.

Él ni siquiera había intentado una de las dos cosas. Lo único que había hecho había sido hablar con un montón de hombres de los cuales no podía recordar un solo nombre y permitirles a quienes se lo pedían *-que habían sido demasiados-*, bailar con ella.

Oh, y claro, la había observado mientras lo hacía. No había despegado sus ojos de la pareja asumiendo al máximo la responsabilidad que Beth y Sebastian había puesto sobre él con tanto fervor. Si tenía que ser honesta, había sido un poco perturbador.

Y ahora se encontraba sentada con un grupo de chicas de su edad, algunas un poco más jóvenes, entre ellas, Portia Davenport.

Portia tenía el cabello rubio al igual que su madre con quien también compartía unos ojos celestes y el mismo carácter arrogante. Lo único que la diferenciaba de la señora Davenport era su belleza, Portia era muy hermosa. Por fuera.

Emmie había aceptado la invitación de esta a pasar el tiempo con ellas, porque estaba intrigada por las razones del rechazo que Joseph sentía hacia ella. Y no había tardado en descubrirlo, Portia era una típica niña rica que creía que el mundo y todo lo que en él se hallaba le pertenecía. Era mala y petulante, y su voz chillona estaba cansando los oídos de Emmeline que deseaba poder escaparse.

—Así que te criaste en una granja —murmuró por tercera vez—. ¿Y quién te educó? Es que simplemente no puedo entenderlo querida, quiero decir, una granja ¿Con animales y todo?

Emmie apretó los dientes. Nunca antes había sentido tantas ganas de presumir su título. Ella era hija de un Conde, y actualmente, la hermana de otro.

—Dije que no es una granja, Portia, que viva en el campo, alejada del ruido y olor de la ciudad, no quiere decir que sea una granja. Es un ambiente mucho más sano y tranquilo. Como una casa solariega, pero de uso permanente. Y tenemos todas las comodidades. Los únicos animales que había, eran unos perros y los caballos en el establo —volvió a fingir una sonrisa e inhaló profundamente.

Estaba harta del interrogatorio y comenzaba a ponerse furiosa. No había hablado con una persona que no dejase de hacerle todo tipo de preguntas, las mismas, una y otra, y otra vez. Incluso los hombres con los que había bailado la habían interrogado, pero la mayoría había dicho más cumplidos vacíos que otra cosa. Eran exactamente como Sebastian le había dicho. Peor de los que había conocido alguna vez.

Dudaba mucho que su futuro esposo se hallase allí, entre todas esas personas que había conocido.

Lo único bueno que había sacado de allí era información que consideraba valiosa para Joseph. Portia pensaba que si ella podía lograr que los encontraran, al Marqués y ella, en una situación comprometedor, él se vería obligado a casarse con ella por cuestión de honor. Según Portia, no había otra salida, dado que él no parecía tener prisa para pedirselo.

Las chicas eran tan cotillas, pensó. ¿Cómo pensaban que contarle eso, justo a ella, iba a ayudar? O quizá lo que menos querían era ayudar a Portia.

—Vivir con el Marqués debe ser increíble ¿no? —Preguntó otra que si no se

equivocaba, era Lady Margarite—. Puedes verlo todo el tiempo, y hablar con él. Oh, qué envidia.

Emmeline vio a la rubia escondiendo su enfado. Era seguro que estaba más que celosa.

Como si Emmie estuviese interesada en Joseph.

—Joseph no es muy conversador —repitió las palabras de Beth—. Y he llegado hace un día, así que no lo he visto demasiado tampoco. Siempre está muy ocupado con sus asuntos.

—Pero viniste con él a la fiesta. Has podido viajar a solas con él, mucho más de lo que alguna de nosotras podría tener nunca —agregó otra que parecía muy joven—. Aunque no es muy apropiado —murmuró con un toque de desaprobación, y olvidó el tema enseguida—. ¿Has visto su habitación? ¿Cómo es?

—No, nada de eso, chicas. Ya se los dije, no estoy interesada en husmear entre sus cosas. —*Solo en que me hable como una persona normal*, guardó el pensamiento.

Una pelirroja que estaba sentada justo frente a ella, y al lado de Portia la miró suspicaz.

—No entiendo cómo puede no interesarte. ¿Es qué estás buscando casarte con alguien en especial y por eso es que has borrado a Lord Thornehill de tu lista? Porque una oportunidad como la tuya no la tiene nadie, querida.

—No conozco a Joseph Whitemore lo suficiente como para saber si quiero casarme con él, no he conocido a nadie más tampoco, y no tengo prisa por hacerlo. Al menos que mi hermano cambie de opinión y quiera imponerme a alguien, estoy bien —aclaró satisfecha.

—¿Hermano? —Preguntó de nuevo la más joven, llamada Ashleigh, hija del Conde Weston—. ¿Tienes un hermano mayor? ¿Está casado? —Y de pronto todas parecieron más interesadas en eso—. ¿Cómo es?

Ella sonrió recordándolo. —Su nombre es Francis, Lord Welltonshire, es Conde y no está casado. Es el mejor hermano que una chica pueda tener. Excepto cuando se enoja, pero casi siempre es mi culpa y él tiene razón. Ahora está de viaje con mi madre. Regresarán en unos meses.

—¿Crees que quizá se quede un tiempo por aquí?

Lo dudo, pensó de nuevo y lo retuvo. En cambio, mintió como pocas veces lo hacía. Pero ella tenía la firme convicción de que una mentira para alegrar a alguien no era algo malo.

—Quizá —aventuró.

Todas suspiraron.

—¿Es guapo? —Preguntó otra—. Si es primo de Joseph Whitemore, por más lejano que sea, tiene que ser guapo. Y mucho.

Emmeline soltó una risa.

—Bueno, siempre ha estado robando suspiros, así que asumo que lo es.

Ashleigh golpeó a la otra chica en el brazo.

—Tan solo mira a Emmeline, si es su hermano, no hay forma de que sea una persona fea.

Emmie le sonrió en agradecimiento. Quizá la maldad de Portia no había contagiado a todas aún.

Lo siguiente que sucedió, fue algo que Emmeline jamás espero que pasara. Podría pensar que la tonta niña Davenport no tendría el valor de hacer algo así...

Una de las criadas pasaba con una bandeja llena de copas de vino, muy cerca de

donde ellas estaban sentadas. Portia debía de haber encontrado la oportunidad perfecta para vengarse de ella por tener la atención de Joseph esa noche -por decirlo de alguna forma, ya que ni siquiera la había invitado a bailar-, y estiró, con perfecto disimulo, aunque no el necesario para que Emmie no la viese justo en ese instante, el pie derecho cubierto por las capas de tela de su vestido, haciendo tropezar a la muchacha.

El vino saltó por todas partes y cayó sobre el vestido de Emmeline y el de la castaña Margarite a su lado.

La segunda gritó con horror.

Emmeline ni se inmutó. Hasta que Portia se puso de pie y pisó la mano de la empleada.

—¡Mira lo que has hecho! —Gritó.

Si había algo que Emmie no toleraba era el maltrato. Eso hizo que ella también saltara de su asiento y se pusiera a la altura de Portia, por no decir sobre ella, siendo era un par de centímetros más alta.

Al verla, Joseph comenzó a avanzar, acercándose. La atención de la fiesta entera estaba en esa escena.

—¿Lo que ella ha hecho? —Chilló.

—Oh, cariño, lo siento mucho, no te preocupes, ella va a pagar por arruinar tu vestido y el de Maguie —ronroneó Portia con una sonrisa falsa, igual a la de la bruja de su madre.

Las palabras resonaron en la cabeza de Emmie.

¿Pagar por lo que hizo?

—No fue su culpa, Portia y lo sabes bien. Vi como pusiste el pie en su camino para hacer que tropezara a propósito. —La aludida se llevó una mano al pecho y abrió la boca y los ojos de par en par—. Oh, no, a mi no me engañas, yo te vi —separó cada una de las tres últimas palabras con efusividad.

—Eso no es cierto, estás confundida. No puedes acusarme de algo como eso.

Emmeline apretó los puños.

—Además de mala, grosera y petulante, eres mentirosa —soltó mirándola con el ceño fruncido.

—¿Lady Emmeline? —Preguntó Joseph con cautela—. ¿Está bien?

—Oh, Lord Thornehill. ¿Ha oído cómo me llamó? —Lloriqueó Portia aproximándose a él.

Emmie rodó los ojos.

—Lo siento mucho, milady —susurró la criada con ojos tristes y asustados, entregándole un paño seco—. De verdad lo siento.

Ella se sintió terriblemente mal. Era tan solo una niña.

Suavizó la mirada y apoyó la mano en su hombro.

—No te preocupes, no fue tu culpa. —Le sonrió.

—Por supuesto que lo fue. Es torpe y tonta —espetó la rubia, llena de furia por el silencio de Joseph.

Los ojos de Emmeline brillaron iracundos.

Dio un paso adelante y apoyó un dedo en el pecho de la chica.

—La única tonta aquí, eres tú. Y deja de soñar con Joseph, no estás a su altura —masculló. Todos alrededor jadearon por el atrevimiento y la valentía que eso requería.

Joseph apoyó una mano en la espalda de la castaña y bajó la voz aún más que antes.

—¿Quieres salir de aquí? —Preguntó.

A ella le tomó un momento enderezarse y recuperar el aliento.

—Si no te molesta, sí, por favor.

Él asintió y le ofreció su brazo. Emmie descubrió que iba a necesitar apoyarse en él para poder caminar.

—He estado esperando que lo pidas desde que llegamos —susurró Joseph cuando se alejaron de la escena desastrosa.

Si tan solo ella lo hubiese sabido...

Emmie se desplomó en el asiento del carruaje y cerró los ojos. —Lo siento mucho, Joseph. No quería avergonzarte, pero no pude evitar defender a esa pobre niña. No puedo soportar ver como humillan, maltratan o pisotean a alguien inocente —explicó a punto de que le salieran lágrimas.

—Está bien, no te preocupes. La única que se ha avergonzado aquí es Portia, créeme.

—Beth se va a decepcionar tanto. ¿Qué si ya nadie quiere que vaya a sus fiestas? A nadie le gustan los escándalos, puedo ser del campo, pero sé como son las cosas.

—En realidad, a la mayoría les gusta los escándalos. ¿De qué hablarían sino? En cuanto a lo demás, no debes preocuparte —compuso él. Si tan solo lograra entender lo que había causado. Todos los hombres se habían desesperado por obtener un permiso para bailar con ella. ¿Y qué podía decir Joseph más que aceptar hasta aquellos a los que pensaba que a Emmie no le agradarían? Era la primera vez de la joven en un lugar así, y negarse habría despertado *más* habladurías.

—Solo quieres hacerme sentir bien. Y no es que haya disfrutado mucho hoy, pero mamá estaba tan emocionada con esto que no quiero decepcionarla.

—Creí que habías dicho que yo no diría cosas solo para hacerte sentir mejor —murmuró él.

Emmeline sonrió.

—Cierto, olvidé que eras tú —bromeó—. Pero quién sabe, quizá esté equivocada contigo. —Se acomodó en el asiento—. Me dijiste que iba a deslumbrar a todos, pero el que deslumbra aquí, eres tú. Por Dios Joseph, todas esas chicas no paraban hablar de ti, su adoración va más allá que cualquier otra cosa. Parece como si nada tuviese sentido si no tomas a alguna de ellas como esposa. ¿Qué les has hecho?

—Ninguna me conoce, Emmeline. No ven más allá de mi dinero y mi posición.

—Eso y que eres irremediablemente guapo y todo un caballero —agregó pícaro—. Oh, y tengo algo de información para ti.

—¿Información para mí? No puedo imaginar que podría ser eso —contestó divertido.

Ella entrecerró los ojos. —Hey, solo trato de ser una buena amiga y ayudarte.

—¿Amiga?

—Bueno, sí. Yo quiero ser tu amiga, como de Beth y Sebastian. Vivimos en la misma casa y así va a ser por un tiempo. No me sentiría cómoda si fuese de otra forma. Ya sé que solo aceptaste porque tu mamá te lo pidió, pero sería más cómodo si, bueno, fuésemos amigos —repitió.

—Bien, ¿y cuál es esa información?

¿Es que esa era la respuesta a su discurso? ¡Qué hombre tan inexpresivo!

Sacudió la cabeza, exasperada y se dijo que si así era él, bien, aprendería a tratarlo a su manera.

—Portia tiene un plan para que te veas obligado a comprometerte con ella y pedirle matrimonio. Dice que si puede llevarte a algún lugar y hacer que los atrapen en una situación comprometedora, entonces luego las cosas deberían suceder solas.

Joseph soltó una carcajada que sorprendió a Emmeline. Así que él podía reír. Pero eso no era algo gracioso.

—¡Joseph! —Lo regañó—. Esto es serio, mira si en realidad ocurre. ¿Casarte con ella? No puedo ni siquiera imaginar algo tan horrible —estiró una brazo y como de costumbre tocó el dorso de su muñeca—. No creo que merezcas eso, no hay nada como un matrimonio infeliz —susurró y él se preguntó qué podría saber una señorita acerca del tema.

—Tranquila Emmeline, nada de eso va a suceder. Pero te agradezco tu preocupación.

Permanecieron en silencio hasta que el carruaje se detuvo anunciando que ya estaban en la casa.

Uno de los conductores la ayudó a salir y esperó por Joseph para seguir hasta dentro.

—¿Me prometes que tendrás cuidado? Sé que eres un hombre inteligente, pero...

—Ella no lo logrará. —Le aseguró—. Lo prometo, tranquila. No es algo por lo que ninguno tenga que preocuparse.

Aliviada, y agradecida de haberlo ayudado, como también le habría gustado ayudar a esa pobre niña a la que Portia seguro castigaría después, por algo que no había cometido, se permitió relajarse cuando cruzó la puerta principal.

—Gracias por todo. —Le dijo a Joseph al pie de la escalera y lo abrazó—. Ahora tengo muchas ganas de encontrarme con mi cama. Dulces sueños, Joseph querido. —Sonrió y comenzó a subir.

Bueno, estoy tan cansada que no creo que aguante mucho escribiendo esta noche. Y tengo taaaantas cosas para decir.

Mi primera fiesta en Londres ha sido toda una locura. Guardaré los detalles para mañana, aunque no creo que los olvide jamás. Pocas cosas buenas he obtenido hoy:

Conocer personas, no voy a decir si fueron buenas porque sería decepcionante pensar en las pocas rescatables que había.

Pero hablar con Joseph fue definitivamente lo mejor de todo. Quizá es que no tiene escapatoria cuando estamos solos, o solo se siente más cómodo con menos gente, no lo sé. ¿Será que es tímido?

Su risa es arrebatadora voy a reconocer, es taaaaan masculina.

Y me asombra la forma en la que nada le afecta o preocupa. También me conmovió la manera que cuidó de mí esta noche, vigilando a cada hombre con el que bailaba. Hubiera sido interesante si él hubiese sido uno de ellos, pero una chica no puede pedir todo en esta vida ¿cierto?

CAPÍTULO 6

Al despertar a la mañana siguiente, la sorprendió un día lo bastante feo como para desear quedarse durmiendo. Y la noche anterior se había acostado tarde, cosa que también ayudaba a reforzar esa idea.

Pero dormir hasta el mediodía no era algo propio de Emmeline. Para ella, eso era holgazanear, desperdiciar tiempo valioso. ¡Con tantas cosas que había para hacer en la vida!

Entonces saltó de la cama.

¿Dónde estaban Kat y Jen cuando las necesitaba?

Buscó un vestido sencillo, y se lo colocó sola, y tomó el peine para acomodar un poco su cabello. Se ocuparía de arreglarse mejor luego de desayunar y encontrar a alguien que le subiera agua caliente para tomar un baño.

Bajó con sigilo la escalera para constatar que no hubiese nadie extraño en la casa, de otra forma, se vería obligada a regresar y vestirse más apropiadamente.

—Buenos días —murmuró cuando entró al comedor para ver a los tres ya desayunando.

—¡Emmie! —Saludó Beth con alegría—, creímos que ibas a dormir esta mañana, les encargué a Jen y Kat que no te molestaran.

—No lo hicieron, pero yo no puedo quedarme en la cama toda la mañana.

Sebastian y Beth se sonrieron entre sí, pensando al mismo tiempo que debieron de haberlo imaginado.

—¿Lo has pasado bien anoche? —Preguntó él, de pie a la espera que ella hiciera lo mismo—. ¿Fue una velada agradable?

—Mmm, algo así. —No quería decepcionarlos.

Tomó asiento en su autodenominado lugar y miró a Joseph que al igual que Sebastian estaba regresando a su sitio, esperaba un poco más de él esa mañana. Habían compartido un viaje y una charla animada, eso debería de haber supuesto un cambio en su actitud.

—Buenos días, Joseph —repitió para llamar su atención. Era increíble lo rápido que podía concentrarse en leer el diario. O fingir hacerlo.

—Buenos días, Emmeline —dijo bajando el papel de sus ojos—. ¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Un poco más tranquila, quizá?

Ella sonrió.

Bien, al menos se había interesado por saber cómo estaba.

Podía anotar eso como su victoria del día.

—Algo así. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú? ¿Todavía no te ha llegado ninguna queja formal por escrito de parte de esa horrible familia?

Beth se ahogó con la comida.

—Queja formal por escrito—repitió llena de horror.

—Nada de qué preocuparse, hermana —aseguró Joseph—. Anoche tuvimos un... pequeño altercado con Portia Davenport, pero nada más. Algo que habías predicho si mal no recuerdo.

Ella suspiró aliviada. Sebastian miró a Emmeline con admiración.

—¿Qué fue lo que hiciste? Esa jovencita es la representación de la grosería mal

disimulada. Tanto tiempo y dinero, desperdiciados en una educación inexistente, es una pena.

Emmie volvió a recostarse en su silla y comenzó a relatarles su noche para pesar de Joseph, que después de media hora sin que ella se detuviera ni un segundo, ni siquiera por las risas de Beth y Sebastian, se sentía un poco fatigado.

¿No necesitaba respirar?

Su cabeza estaba a punto de explotar.

Si tan solo hubiese tenido una buena noche lo toleraría un poco mejor.

Se masajeó los ojos con dos dedos y luego la frente.

—Emmeline —dijo más grave de lo que quiso sonar. Bajó la voz de nuevo—. ¿Podrías, por favor, hacer silencio por un momento? —Pidió con amabilidad. Pero ella era tan susceptible que siempre estaba tomando todo como si él estuviese molesto, cuando no era cierto.

Emmie se sorprendió ante ese pedido y no pudo negar que también se ofendió.

—Sí, lo siento —balbuceó tomando un trago de jugo y comenzado a comer el desayuno en un silencio pétreo con la cabeza baja. Ni siquiera se molestó en mirarlo.

Beth y Sebastian lo regañaron con la mirada. Pero él no les estaba prestando atención. Solo miró a Emmie por un tiempo y lamentó haberle hablado así. Él no estaba acostumbrado a tanto parloteo a la hora del desayuno. Nunca estaba de buen humor por la mañana puesto que sus horas de sueño eran reducidas o a veces nulas.

Ella no dijo nada ni siquiera cuando se levantó para marcharse al terminar.

—A veces eres tan obtuso, hermano —dijo Elizabeth.

—¿Qué quieres que haga? No quise ofenderla, pero no podía escuchar una palabra más, es muy dulce, pero es imposible. Elizabeth, por favor, ya sabes cómo es esto —masculló.

—Pero ella no —compuso Sebastian.

Joseph soltó un bufido.

—¿Y qué quieren que haga?

Beth volvió a mirarlo furiosa.

Apuntó con la mano hacia la puerta y como si fuese lo más obvio del mundo, señaló: —Ve y pídele disculpas. Recuerdas como se hace eso ¿verdad?

Fulminándola con la mirada, se puso de pie y caminó detrás de la muchacha que estaba a punto de subir las escaleras junto a sus doncellas.

—Emmeline —habló antes de que se alejara más. Ella se giró y no pudo ver ninguna sonrisa en sus labios—. ¿Podemos hablar un minuto, por favor? —Pidió con tono de súplica. Quizá Beth estaba en lo cierto, pensó, estaba perdiendo la capacidad de pedir disculpas. ¿Y porqué eso tenía que ser tan raro? Él era un Marqués, no eran muchos los que se encontraban por encima de su rango, y aunque no sintiera gran satisfacción de llevar un título tan poderoso por todas las obligaciones con las que cargaba, reconocía que tenía sus beneficios.

Jen y Kat hicieron un reverencia ante él y se marcharon tan rápido como pudieron. Emmie las miró sin poder creer su cobardía, pero solo se quedó de pie, si él quería hablar, tendría que acercarse.

—Creí que no querías hablar —gruñó cuando lo tuvo a un paso de distancia.

Joseph hizo una mueca de dolor. A Emmeline no parecía importarle su título a la

hora de tratarlo, se refería a él como a un igual y como si lo conociera desde siempre, pero al mismo tiempo era respetuosa y amable. Ella inspiraba confianza, pero no se tomaba más atribuciones de la cuenta.

—Creo que te debo una disculpa, no quise ofenderte —ofreció solemne.

Ella sonrió, pero no de la misma manera fresca y sincera que siempre, sino más como la señora Davenport lo había hecho la noche anterior.

—Oh, no lo hizo, Lord Thornehill —canturreó con voz chillona. Era obvio que todavía estaba molesta y no le creía ni un ápice.

—Emmeline, lo siento. Estoy hablando en serio.

—¿Y cuando no lo haces? —Replicó mordaz.

Joseph sintió ganas de largarse a reír. Ella estaba enojada, tenía la nariz arrugada, el ceño fruncido y apretaba los labios con fuerza cada vez que terminaba una oración.

Pero reírse solo lo empeoraría, y Sebastian tenía razón, ella se merecía al menos una explicación, y quizá si se la daba, las cosas mejorarían a la hora del desayuno desde ahora en adelante.

Se sentó sobre los primeros escalones y estiró una mano para invitarla aunque no fuese algo muy galante por su parte.

—¿Puedes sentarte conmigo? Imagino que no tienes problemas en... —No alcanzó a terminar la frase que ella ya estaba a su lado—. Bien.

—¿Vas a contarme algo? —Preguntó con una actitud que le recordó a la de un niño al ver un regalo, ansioso por ver qué hay dentro.

Soltó un suspiro.

—Tengo problemas para dormir, Emmeline. Desde siempre, y las mañanas suelen ser un suplicio. Como una gran resaca, aunque no espero que entiendas ese término. Es una sensación de malestar muy profunda. No puedo controlarlo.

El corazón de ella dio un vuelco. ¿Quién mejor para entenderlo? Ella tenía pesadillas desde los ocho años, con la sola diferencia que amaba las mañanas porque ya no tenía que seguir durmiendo con miedo a volver a despertarse de aquella forma tan terrible.

—Oh —susurró—. Oh, Joseph. ¿Por qué no me lo dijiste? Lo siento mucho, yo... —suspiró—. No he ayudado exactamente ayer y hoy. Lo siento.

—Está bien, lo sabes ahora. —Le dio una pequeña sonrisa y se puso de pie para ayudarla a ella a hacer lo mismo—. ¿Puedes disculparme?

Emmie sacudió la cabeza y sonrió.

—Nada que disculpar por mi lado. En cambio tú... No volverá a suceder, lo prometo.

Podía hacer eso por él. Claro que sí.

Y a la mañana siguiente, Joseph comprobó cuan en serio ella se había tomado ese trabajo. Entró casi de puntillas al comedor con uno de esos vestidos simples que usaba para estar en la casa y recorrer los jardines, y el calzado que hacía que pudiera deslizarse en cualquier lugar tan sigilosa como un verdadero espía.

Solo les sonrió a todos cuando los hombres se levantaron para recibirla. Joseph, que había decidido que no decir “*buenos días*” cuando Emmie saludaba, solo lo hacía ver peor de lo que ella creía que era, y que quizá tendría que darle algo a cambio de su dulzura, se quedó esperando a que abriera la boca.

Pero ella, solo lo hizo para gesticular sin ningún sonido un “gracias” a quien le sirvió el desayuno.

Entonces, para asombro de los otros tres, y hasta para el mayordomo, hizo lo que Emmeline cada día. Estiró un brazo y tocó el dorso de su muñeca, sobresaltándola.

—Buenos días, Emmeline —dijo con firmeza.

Ella dejó de masticar y lo observó en silencio, sorprendida, antes de tragar de golpe.

—Buenos días, Joseph —musitó con voz apenas audible. Beth sonrió y se llevó una mano al corazón, Sebastian negó con la cabeza mirando a su esposa.

El aludido esbozó una sonrisa como nunca antes y tomó su mano llevándosela a los labios.

—Eres la mujer más dulce que he conocido en toda mi vida —musitó—, pero no es necesario que no digas nada en absoluto. A decir verdad, me siento como un ogro si por mí dejar de hablar —aclaró.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, está bien. Yo puedo hacerlo por ti —sonrió de manera tranquilizadora y continuó comiendo en silencio, algo con lo que no estaba cómoda. Lo odiaba.

El silencio, el maldito silencio.

La asustaba, le traía unos recuerdos horribles, cosas que prefería olvidar. En su mente solo había gritos y sollozos cuando nadie estaba hablando.

Antes de retirarse de la mesa, Beth la llamó para recordarle que tendría que cambiarse de ropa porque nuevamente, como el día anterior, tendrían visitas.

Emmeline suspiró, otra tediosa jornada la esperaba.

Esto es como una tortura, Sebastian me advirtió que era muy probable que después de la fiesta, todos los que él llama “mis pretendientes”, comenzaran a aparecer. El problema con todos ellos es que son iguales entre sí, y a todo lo que odio en un hombre.

Puedo notar desde lejos de qué tipo son.

¿Porqué creen que ser Conde te hace mejor persona que ser un barón? Honestamente, no veo la diferencia. Y quizá podría plantearme acercarme un poco más a alguno de los que no tienen un título, pero estos, al ser inmensamente ricos por cuenta propia, son incluso más petulantes que los anteriores.

Beth dice que quizá tendría que conocerlos mejor, o al menos a alguno de ellos, que con los días podría aceptar dar un paseo por algún sitio y así aprovechar para conocer la ciudad. Y quizá debería hacerlo, algún día, podría intentarlo, algún día...

CAPÍTULO 7

La noche era tormentosa, húmeda y calurosa. Los truenos resonaban en la gran mansión y hasta parecían hacer eco en esas gigantescas habitaciones.

Quizá no había sido una buena idea que le otorgaran a ella la habitación más grande de todas. Preferiría una pequeña y menos aterradora. Una en la que los relámpagos no dejaran a la vista las siluetas fantasmagóricas que se dibujaban en las paredes.

Cuando luego de despertarse, toda sudada por una pesadilla, estuvo más de una hora sin poder volver a dormir, decidió que un vaso de leche ayudaría.

Con el farol en la mano bajó con cuidado de no pisarse el camisón y rodar por las escaleras, y se acercó hasta donde había descubierto que siempre guardaban un poco de leche. No se molestó en calentarla, siempre le habían dicho que de esa forma el efecto era mejor, pero la leche caliente le resultaba asquerosa.

Se sirvió en un vaso, se sentó en un banco y apoyó la cabeza en la mesa. Allí se quedó escuchando como el cielo enviaba su usual castigo a los londinenses.

Pensó en esos quince días que llevaba allí y suspiró rezando para que por la mañana siguiera lloviendo y no tuviese que soportar otra visita. Esas molestias no habían cesado como había creído al comienzo, sino que cada vez eran más. Alguien había dicho una vez que los hombres eran como las ovejas, donde va una, van todas. Y era cierto. Oh, *tan* cierto.

Y asistir a un par de fiestas más, esta vez sí con Elizabeth y Sebastian, lo habían empeorado. Joseph también iba, y realizaba el mismo trabajo que había hecho en la primera, y era muy lindo por su parte, pero ella deseaba poder pedirle que comenzara a negarse.

En la última a la que había ido, tres hombres la habían incordiado hasta hastiarse, entre ellos George, el hermano mayor de Portia, que era tan molesto y petulante como ella. Y por alguna razón, siempre acaba por encontrárselo. En sus paseos por la ciudad con Beth, en las fiestas y hasta en su casa. Joseph no lo soportaba, como no era de extrañarse, pero para él era fácil ignorarlo, un lujo que Emmie no podía permitirse.

Estaba tan enfrascada en sus pensamientos, que cuando sintió una mano en su hombro casi gritó del susto. Y lo habría hecho de no ser porque se giró con rapidez y pudo distinguir a Lord Thornehill detrás de ella.

—¿La tormenta te ha quitado el sueño? —Preguntó con una media sonrisa—. Creí que te gustaban estos días, algo así como que tenían cierta magia... —Intentó recordar sus palabras exactas de la primera mañana que habían desayunado juntos.

—Así que estabas escuchando después de todo —murmuró ella y se enderezó—. Pero me refería a los días lluviosos. No las noches.

—¿Te asustan los truenos?

—No sé si asustar es la palabra correcta —sonrió con amargura—. Pero odio las noches, estén como estén. Odio el silencio de ellas y mucho más los ruidos que puedes llegar a escuchar. No me molestarían si consiguiera dormirme, pero en noches como estás, siempre me cuesta hacerlo después de una pesadilla.

Eso pareció llamar la atención de él.

—¿Pesadillas?

—No eres el único con problemas para dormir —señaló—. Tengo pesadillas desde los ocho. Todas las noches.

El Marqués tomó asiento a su lado y también se sirvió un vaso de leche.

—¿También te ayuda a dormir un poco? —Preguntó Emmie apuntando con la cabeza hacia su mano.

—Nada me ayuda a dormir.

—Quizá si la calientas... Aunque te aseguro que solo te darán ganas de escupirla, es asquerosa.

Joseph sacudió la cabeza sin distraerse del tema original, ella tenía la capacidad de encontrar palabras para todo, y en cantidades. A veces hasta pensaba que tenía algún problema de concentración.

—¿De qué van las pesadillas? ¿Quieres hablar sobre ellas?

Emmie se asombró porque él estuviese dispuesto a escucharla parlotear a esa hora de la madrugada.

Se encogió de hombros.

—No puedo recordar a la mayoría. Solo la sensación que me dejan. A veces me despierto llorando, a veces tengo mucho frío o demasiado calor. Nunca es agradable.

Él asintió.

—Pero vuelves a dormirte.

Emmeline soltó una risa corta y amarga.

—No es tan así. Pueden pasar horas sin que lo haga, y cuando por fin me vuelve a dar sueño, tengo miedo de volver a despertarme así. Y por más que sé qué va a suceder, siempre tengo miedo. ¿Qué hay de tus pesadillas?

—No tengo pesadillas, yo solo no puedo conciliar el sueño.

—Oh. Insomnio, ¿verdad?

—Así parece. Y si lo hago, no es por mucho tiempo.

—¿No has consultado con algún médico, Joseph? Podrían darte algo, ellos siempre tienen algún líquido oloroso, viscoso y repugnante para curar todos los males.

Dijo lo último arrugando la nariz de una forma graciosa que terminó por sacarle una sonrisa al Marqués.

—He intentado con algunos, pero la mayoría te deja idiotizado por el resto del día también y terminé por descartarlos.

Emmie hizo una pausa, como estudiando el caso.

—Muchos dirían que es porque no estás en paz contigo mismo —comentó—. Recuerdo a este hombre que trabajaba en nuestra casa, solía contarme, cuando nos encontrábamos por las noches en la cocina yendo por nuestro vaso de leche, que a él le pasaba eso mismo después de haber matado a una persona. Al parecer fue por defender a una mujer para la que él solía trabajar, pero aún así. Era un ancianito, y todo eso había sucedido cuando era muy joven, una vida difícil con esa carga en tu conciencia...

Ella sí que adoraba hablar, pensó Joseph mientras la escuchaba. Pero a esa hora no tenía ningún malestar y oírle era más fácil y menos cansador. Una distracción no le venía nada mal.

—¿Has matado a algún hombre, Joseph? —Finalizó Emmeline.

El Marqués solo se la quedó mirando por un segundo.

—No es que te considere capaz de hacerlo por diversión, sé que no eres un hombre cruel, pero a veces, ya sabes, parece ser la única salida —aclaró por miedo a ofenderlo.

Pero él seguía sin contestar. Desvió la mirada hacia la ventana y ella lo oyó soltar un suspiro, como si estuviese recordando algo doloroso.

—No maté a ningún hombre —respondió para tranquilidad de Emmeline, pero eso

no mejoró la expresión de él.

—¿Qué ocurre Joseph? ¿En qué estás pensando? Es lo que te tiene así ¿no? Cuéntame, prometo que no le diré a nadie, ya sabes que puedes confiar en mí.

Él la contempló bajo la luz que provenía de los incansables relámpagos. Esa situación era de lo más cuestionable, lo que Joseph debería de haber hecho, era acompañarla hasta su habitación y pedirle que continuasen esa conversación cuando estuviesen adecentados, con más ropa encima, y preferiblemente, con la luz del día.

Pero no supo si fue la dulzura con la que ella le hablaba, sus dedos acariciando el dorso de su mano casi sin darse cuenta, o la profundidad de esa mirada que Emmeline tenía, lo que hizo que olvidara las reglas y hablara. Emmie era mágica, como si quisiera comprender todo para intentar arreglarlo. Sí, así era ella de maravillosa. Pero su problema no era de los que se pudiesen arreglar.

—¿De verdad quieres saberlo? —Preguntó.

Ella asintió varias veces.

—Por supuesto.

Joseph se puso de pie y le tomó la mano comenzando a caminar.

—Vamos a la sala, necesito un trago. No me sueltes, puedo caminar por estos pasillos sin verlos—explicó.

Cuando llegaron a la sala que él había elegido, Emmie se sentó en un sofá y subió las piernas cubriéndolas con su largo camisón mientras esperaba a que él volviese.

—¿La bebida te ayuda? —Preguntó cuando lo sintió sentarse de regreso.

—No, tampoco. Pero lo hace más llevadero a veces.

—¿Tu carga? ¿Te hace olvidar?

—Nunca puedo olvidar —espiró por las narinas y se dirigió a ella con suavidad—. Tú sabes que mi mamá no es en verdad mi madre de nacimiento ¿verdad? ¿Sabes cómo murió mi verdadera madre? ¿Lo has escuchado alguna vez?

Ella levantó una mano en el aire para frenarlo, pero después la llevó a su brazo porque no estuvo segura de si él la veía.

—Espera, ¿qué? —Preguntó dándole un apretón.

¿Qué su mamá no era su verdadera madre? No, ella no sabía nada acerca de eso y ni siquiera lo había sospechado.

—¿No lo sabías? Emmeline, nosotros, en verdad no somos primos de sangre.

Ella pestañeó sin poder creerlo.

—¿Porqué nadie me lo ha dicho? Ni mi madre, ni Francis, ni siquiera Beth. Sé que no es algo fundamental, porque al final, la sangre no es tan importante, pero me gustaría haberlo sabido. —Estaba indignada con todos. ¿Qué les pasaba? ¿Por qué la habían mantenido en la oscuridad con ese tema?

—No lo sé, yo creí que lo sabías.

—No, no lo hacía —gruñó—. Pero olvida eso, quiero oírte a ti. Continua. ¿Qué le pasó a tu madre? —Se preparó para escucharlo y se acercó más para no perderse nada.

—Ella murió pocos días después de que nació. Por la fiebre que le provocó el parto. —Soltó con amargura y Emmie supo que nunca había oído hablar a alguien con tanto dolor en su voz. Y Dios Santo, eso quizá también era lo más triste que había escuchado.

—Joseph —susurró.

—Papá siempre me culpó por eso, cuando me mira sé que está pensando en que tendría que haber sido yo y no ella. La quería mucho. Cuando se casó con la actual Duquesa, yo tenía un año y medio, Beth era un poco mayor. Pero la adoramos desde el

segundo en que pisó esta casa, todos lo dicen, ella era joven, hermosa y extraordinaria. No conocí otra madre más que ella y no podría querer a alguien más. Pero a veces...

—Te preguntas como sería ella, tu madre —coincidió Emmie ante el silencio de él.

—Papá siempre le dice a Beth que es igual a ella, tiene su cabello, sus ojos, incluso la forma de hablar. Trato de imaginarla cuando no puedo dormir, me gustaría tener algún recuerdo que no fuese material.

Emmie se acercó lo más que pudo y rodeó uno de sus brazos con los de ella, apoyando la cabeza en su hombro. Quería reconfortarlo, pero no podía hacer mucho. Se sintió como un tonta, tantas veces tratando de comprenderlo antes, nunca lo habría imaginado. Era mucho peor de lo que creía.

—No creo que tu padre crea eso que dices, Joseph —murmuró—. Yo apuesto a que él también se culpa a sí mismo por no haber sido capaz de hacer nada. A veces, hay cosas que están fuera de nuestro alcance.

—No lo has visto, Emmeline. Eras una niña cuando lo viste por última vez, ¿no? No lo habrías notado. Y cuando mamá está presente, hace su mejor esfuerzo. Por ella.

No era tan niña, quiso corregir.

—Al menos la tienes a Clarisse —dijo refiriéndose a la prima de su madre—. No estuviste solo Joseph, estaba ella y Beth. Tienes buenos recuerdos acerca de ella, y si tu padre la quería como dices, también tienes eso. No tienes que castigarte por nada.

—No es tan fácil como decirlo —compuso mirando al frente, dejando que ella se apoyara en él e intentara confortarlo. Había momentos en los que uno podía burlar las reglas de la sociedad, nada malo ocurriría. Además, era lindo sentir ese tipo de amor y calma que ella transmitía.

—Yo lo sé. Y te entiendo, a diferencia de ti, yo no tengo buenos recuerdos de mi niñez, solo este montón de imágenes terroríficas en mi cabeza. Gritos, sollozos... Creo que a veces también oigo un látigo. Francis dice que eso no es posible, pero de nuevo, solo quiere ocultarme cosas para hacerlo más leve. Piensa que así voy a olvidar más fácilmente. Pero yo no puedo olvidar nada de eso —suspiró con la voz temblante y no se dio cuenta de que estaba aferrándose al brazo de Joseph cada vez más y con más ímpetu—. Y no es porque no lo intente, pero cuando me miro al espejo, todavía están esas marcas y...

Joseph la detuvo. Se había perdido al comienzo, aunque no la había hecho parar porque parecía como si necesitara soltarlo todo de una vez. Pero ya no podía seguirla.

—¿De qué estás hablando? —Preguntó girándose para ponerse frente a frente y la tomó de los brazos para sostenerla.

—Mi papá tampoco fue todo un ejemplo, Joseph. —Estaba sollozando, pero tenía el mentón alzado y continuaba hablando—. Tú no lo recuerdas ¿verdad? Yo no sé si lo conociste alguna vez, pero él no demostraba quién era delante de los demás. Era el mejor esposo y padre para todo el mundo, y una persona increíble. Todos siempre me dicen eso cuando lo recuerdan. Tantas veces quise decirles la verdad. Pero sería una vergüenza para mamá, la destruiría si los demás supiesen. Él era malvado, cruel...

Thornehill pudo imaginar la situación, había oído hablar de hombres que golpeaban a sus esposas e hijos. Pero el dolor de Emmie era tanto que hasta creyó sentirlo también. Deseó no haberle contado lo suyo, ella no necesitaba más sufrimiento que con el que ya cargaba.

—Háblame. —Le pidió, ella decía que hablar le hacía bien al alma, lo había escuchado una tarde cuando Emmie estaba junto a su hermana observando cómo tejía para su próximo hijo. Joseph no estaba en total acuerdo, pero si a Emmeline la hacía sentir de

aquella forma, él no era nadie para juzgarla—. ¿Quieres hablar de ello conmigo?

Ella ni siquiera lo pensó, Joseph tampoco creyó que Emmie pensara en las palabras que salían de su boca. Estas simplemente fluían. —Todos en casa le temían, las criadas tenían a sus hijos alejados de él. Cuando no estaba de buen humor, lo que según recuerdo, era todo el tiempo, él golpeaba a cualquiera que se cruzara en su camino. O a veces, si no había nadie, iba a buscarlo. Mamá y Francis siempre eran los primeros. Ella por haberle dado un hijo tan débil, y él, bueno, según mi padre, *Francis* era un debilucho. Pero no era cierto, él aguantaba todos sus golpes, nunca gritaba, a veces me obligaba a verlo mientras lo hacía. Me decía que de esa forma, con suerte, me haría más fuerte. De esa y otras más...

—¿También te golpeaba?

Emmie asintió.

—Nunca golpeaba a nadie en el rostro, allí las marcas no se podían ocultar con tanta facilidad —comentó con asco y se giró corriendo su cabello hacia un lado. Eso estaba mal, no debería estar mostrándole su piel a un hombre, lo sabía, ni siquiera tendría que estar con él en ese momento, si alguien los descubriese, sería exactamente el tipo de escena que Portia había planificado. Pero Emmeline no estaba pensando en eso—. Sé que no puedes verme y que está mal que haga esto, pero dame tu mano, no hay otra forma de entenderlo si no lo ves o lo sientes. —Tanteó en el sillón para encontrarla y la llevó a la parte alta de su espalda, por debajo del cuello.

Joseph podía ver solo cuando un refucilo iluminaba la sala, la lámpara que ella había llevado consigo la habían abandonado muy lejos de dónde se encontraban, pero sí pudo sentir con la yema de sus dedos. La perfecta y suave piel de Emmeline estaba interrumpida por todas esas cicatrices, algunas que parecían producto de heridas bastantes profundas.

Detuvo su mano en una de ellas. ¿Era eso una quemadura?

Ella se lo confirmó sin que tuviese que formular la pregunta. —Recuerdo cuando hizo esta, todavía puedo sentir el atizador quemándome. Lo puedo ver, rojo, acercándose a mí... No quería gritar, pero era insoportable, no podía respirar y...

—Basta. —La cortó quitando la mano de allí. Hizo que se volviera hacia él y le corrió el cabello de regreso a su lugar, tirando del camisón y la bata para volver a cubrirla. Y nunca lo había hecho, él nunca había tomado la iniciativa en algo así, pero la abrazó y acercó a su pecho. Podía sentir el corazón de la chica, acelerado, como si quisiera escapar—. No pienses en ello, no te lastimes más.

Emmeline dejó escapar el llanto. Hacía meses que no lloraba así.

Él estaba incómodo, sin saber qué hacer. Acarició con torpeza su espalda, evitando aquel lugar y esperando no estar tocando otras, no por nada más que no fuese la propia Emmie. Subió hasta su cabello y bajó, no supo por cuanto tiempo, solo hasta que ella volvió a respirar con normalidad.

—Tiré el atizador cuando volví a verlo una vez hace años. Lo arrojé a un río profundo que hay de camino a la casa de uno de los amigos de Francis.

—Basta Emmeline, no tienes que seguir.

—Pero no he terminado de contarte, Joseph. Es por eso que le tengo miedo a la oscuridad, al silencio. Nunca era solo silencio, siempre habían ruidos de todo tipo, se que él también abusaba de algunas de las criadas. Algunas tuvieron hijos suyos dentro de ellas, esto es algo que yo comprendí cuando fui mayor, pero nunca llegaban a nacer. Papá lo notaba, y entonces hacía lo que siempre, lo que hizo cuando mamá estuvo embarazada por tercera, cuarta y quinta vez. Ellos nunca llegaban a nacer, él era un asesino. Hasta que

murió.

—¿Puedo preguntarte que le sucedió? ¿Lo sabes?

Emmie asintió.

—Papá sabía cabalgar muy bien, siempre fue extraño para todos, los criados siempre dijeron que fue una bruja quien lo provocó, pero ellos no saben la verdad, solo Francis y mamá. Y lo hicieron después de meses. Yo no podía hablar sobre ello, hasta que ya no pude ocultarlo. Cuando fue a buscar a su caballo, este tenía una pata lastimada y era imposible sacarlo, y si había algo que él adoraba, era a ese caballo. Entonces decidió dejarlo haciendo reposo con más comodidades de la que sus hijos tenían. Y tomó otro. Salía de casa, a todo galope, como siempre. Yo recuerdo que era un día precioso, estaba debajo de una planta jugando con uno de los cachorros y me escondí al oírlo. Mi cachorro se escapó y se cruzó en su camino, no se si el Conde llegó a verlo, pero el animal desde luego que sí. Se asustó y terminó por tirarlo. Todo fue muy rápido, aunque en mi mente está cada detalle. El caballo estuvo en dos patas y luego en cuatro, solo que tenía dos sobre él... Pudín, mi perrito, regresó a mí como si nada hubiese pasado, y el cuerpo quedó allí. Inerte, cubierto en sangre.

Joseph abrió la boca y la volvió a cerrar.

¿Qué podía decir ante semejante confesión?

Eso era más de lo que cualquier persona pudiese soportar. Y allí estaba ella, la joven que siempre tenía una sonrisa en su rostro y los ojos brillantes.

Entendió la razón por la que había explotado cuando Portia había maltratado a la criada y porqué odiaba a los hombres que los visitaban y eran groseros y maleducados con el servicio, ordenando de manera brusca y despectiva, como si tuviesen ese derecho sobre los demás.

—No tienes que decir nada, Joseph. Pero me gustaría que me abrazaras un rato más, es muy lindo, hace mucho que nadie me abraza así. Y ahora estoy extrañando a Francis, él es quien me consuela siempre. ¿Puedes hacerlo? No estoy segura de poder volver a dormir todavía.

Se miraron a los ojos por unos segundos y él abrió los brazos sin conseguir darle la sonrisa de aliento que se merecía. Pero sí sintió nacer esa nueva necesidad de protegerla de cualquier mal que la rondara.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, Emmeline se despertó en su cama, arropada, cálida y desconcertada. Miró por la ventana y descubrió que ya no estaba lloviendo. Entonces soltó un chillido. Eso era mala suerte.

Pero no tardó mucho en olvidarse de eso cuando recordó la noche anterior.

Se llevó la mano a la boca y la cubrió para no gritar, esta vez más fuerte.

¿Qué había hecho? Le había contado todo a Joseph, y él también se había sincerado con ella. Eso era algo que nunca había esperado, ni tampoco su confesión. Nunca le había contado a nadie, ni siquiera quería hablar con su madre cuando intentaba tocar el tema. ¿Por qué se había soltado así con Joseph? De todas las personas...

Sus pensamientos no pudieron ir más lejos cuando Kat y Jen llegaron a ayudarla a prepararse para el desayuno. Ya ni se molestaba en ponerse algo cómodo, porque siempre el trabajo de cambiarse terminaba siendo doble. Tenía que desayunar y volverse a poner otro vestido para recibir a quien los visitase ese día. Luego de una semana, se había resignado a bañarse y estar siempre lista antes de abandonar su habitación.

—Buenos días —saludó con voz suave al entrar al comedor, pero todos notaron que algo andaba mal. Su rostro estaba dominado por las bolsas debajo de sus ojos, que todavía se notaban a pesar de que se había empolvado más de lo normal para ocultarlas. Y su saludo había sido apagado, casi sin ganas. También estaba su expresión triste y la ausencia de la sonrisa que la caracterizaba.

Beth bajó los cubiertos y la contempló mientras se sentaba.

—¿Emmie, está todo bien? —Pero la aludida no mostró señales de oírla. Parecía perdida en sus propios pensamientos—. ¿Emmie?

Elizabeth pidió ayuda a su hermano que estaba más cerca de la chica.

—¿Emmeline? —Dijo él, pero podía imaginar porqué ella se encontraba así. La noche anterior no había sido fácil, para ninguno.

Ella lo miró.

—Lo siento. ¿Dijiste algo, Joseph?

Este arrugó la frente. ¿Había cometido algún error con ella? ¿Tendría que haber actuado diferente? No tenía idea.

—¿Emmeline estás bien? —Preguntó Beth con vehemencia—. ¿Qué te pasa? Me estás asustando, cariño.

Ella sacudió la cabeza y miró a Joseph. Se había acostumbrado a guardar las conversaciones con Beth o Sebastian para después del desayuno y así no molestar con su parloteo y posibles chillidos o risas.

—Olvídate de él y su silencio por un momento, Emmie —espetó.

—Estoy bien, Beth. No me gustan las noches de tormenta y no pude dormir demasiado.

Elizabeth soltó un suspiro.

—Oh, menos mal. Por Dios, creí que estabas enferma. Pero alégrate, es un día hermoso.

—Y esa es la otra mitad del problema —agregó sin querer, dándole un sorbo a su té. Ese pensamiento tendría que haberse quedado en su cabeza.

—¿Qué sea un día hermoso es un problema? —Preguntó Sebastian.

Emmie guardó silencio, no sabía cómo decir aquello, porque a Beth le encantaban las visitas y que los hombres revolotearan alrededor de ella y la cortejaran con sus palabras y todos los regalos.

—Es que esperaba que estuviese lloviendo también por la mañana y así no tendríamos ninguna visita hoy —decidió decir la verdad—. Estoy agotada de todas esas personas aquí hablando por horas. Me agotan, me están sofocando, Beth. No estaba acostumbrada a esto antes de venir aquí y ha sido un cambio muy brusco, todo tan de repente. Siento que no tengo tiempo ni para respirar, además, no me siento cómoda con ellos.

—¿Con ninguno? ¿Ni siquiera uno? —Preguntó Beth con una mínima esperanza.

Pero Emmeline sacudió la cabeza en una negación.

—Bien, hoy no tendrás visitas si no quieres. Nadie va a presionarte, no hay ninguna necesidad —escuchó decir al Marqués y se giró hacia él—. Ni mañana, ni pasado.

—¿Enserio puedes hacer eso? ¿No se molestarán? ¿No es una descortesía?

Él se encogió de hombros, y ella pensó que no era algo propio de Joseph. No iba con su imagen. Luego esbozó una sonrisa malvada.

—¿A ti te molestaría que se enojaran? Porque a mí me daría igual, no es como si no fuesen a regresar, no tenemos *tanta* suerte —puntualizó.

El rostro de Emmeline se iluminó y saltó de su silla para acercarse a él.

Lo abrazó y besó su mejilla.

—Gracias, gracias Joseph. Gracias.

Pero recordó que no estaban solos y miró hacia Beth mientras regresaba a su lugar.

—Pero puedo verlos si a ti te hace feliz, Beth —susurró.

La rubia se sorprendió con esas palabras.

—Emmie, esto no es por mí. No tienes que hacer lo que a mí me haga feliz, sino a ti. Además, yo solo soy feliz porque tú lo eres, creí que te entretenías con las visitas y todos esos tontos vestidos como pavos reales tratando de impresionarte, con sus poemas, las flores y los chocolates.

—Desde luego que parecen pavos reales —murmuró Sebastian—. Así que necesitas tomarte un respiro. ¿Qué te gustaría hacer? ¿Hay algo en lo que podamos ayudar?

Ella sonrió. No sabía con exactitud lo que deseaba, pero no más que relajarse y poder ser ella misma por un tiempo.

—No lo sé, quizá caminar un poco al aire libre. En el jardín estaría bien, o ayudar en la cocina, cualquier cosa, Sebastian. Necesito recordar quién soy.

Joseph tampoco supo en ese momento qué lo llevó a decir aquello, pero simplemente se escuchó a sí mismo hablando. —Con Sebastian vamos a cabalgar hasta el límite de nuestras tierras para comprobar que está todo en orden después de la tormenta de anoche.

Sebastian también se sorprendió. Pero lo tomó como un permiso para invitarla.

—¿Una cabalgata te recordaría quién eres?

Beth aplaudió.

—Eso sería perfecto, dar un paseo. Y hasta podemos hacer un picnic. Almorzar al aire libre. Es una idea estupenda, mi amor.

¿Cabalgar? Emmie quiso saltar de alegría, aunque solo se puso de pie de una forma rápida y para nada elegante, casi sin darles tiempo a los caballeros a levantarse.

—Iré a cambiarme —anunció.

Elizabeth la observó.

—Pero estás preciosa. No necesitas ponerte un traje de montar, no será un paseo tan largo y nadie nos verá.

—No se necesita verse bien para cabalgar Bethie, el caballo no lo notará. Solo tienes que estar cómoda y ligera, eso, créeme, lo agradecerá.

Casi brincó hasta su cuarto. ¡Al fin podría usar los pantalones y esa camisa tan cómoda que habían estado esperándola en su baúl!

Cerró los ojos cuando esa brisa post tormenta golpeó su rostro. Era en verdad un día precioso y no podía esperar para disfrutar todo de él, y justo cuando miró hacia el frente, vio ese magnífico caballo negro que había decidido que tenía que montar en su primera y única visita al establo.

Allí solo estaba Sebastian junto a otro animal, que si bien era imponente, y debía ser uno de los mejores, no se acercaba a la perfección de la otra montura.

—Bueno, y yo que creía que me tardaba mucho. ¿Dónde están los demás? — Preguntó sobresaltando al hombre que se giró de inmediato.

Sus ojos se ampliaron y recorrieron su cuerpo con asombro. Ella tenía una camisa blanca que le llegaba a medio muslo, con un cinto ceñido a la cintura, que resaltaba todas sus curvas y unos pantalones de cuero, quizá un poco más grandes que su talla normal, que se introducían dentro de unas botas negras.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Qué estás usando, Emmie? —Dijo casi en un susurró.

—Ropa cómoda y ligera. Oh, vamos Sebastian, tu sabes que hay que estar así para montar, imagínate subiéndome a un caballo como ese con un vestido. Y la ropa de montar para damas es igual de incómoda y entorpece el movimiento —comentó mientras se acercaba al semental, era tan hermoso.

Sebastian no pudo contener la risa.

—¿Es que pensabas subirte a este? —Lo señaló.

—Lo vi el primer día que llegué aquí y decidí que tenía que montarlo. ¿No es precioso?

—Sí, lo es. Pero...

Joseph apareció al otro lado de las monturas, lo que hacía que todavía tuviese fuera del campo visual a Emmie y su particular atuendo.

—Pero es mío. —Terminó por su cuñado.

Emmeline asomó la cabeza.

—Estás bromeando. Oh, claro que no, —se quejó—. Tú no bromeas, y debí de haberlo imaginado. ¿De quién más iba a ser sino?

—Exact... —No alcanzó a terminar de hablar, porque cuando el caballo se movió para recibirlo, dejó a la chica al descubierto. Sus ojos se ampliaron—. ¿Qué rayos estás usando, Emmeline?

Bufó. Tenían que ser hombres. —Ropa adecuada para lo que vamos a hacer, no puedo montar con un vestido, lo intenté una vez y no funcionó. Entonces me hice esto — levantó las manos para que pudiera ver su ropa—, mejor dicho, ordené que lo hicieran, no es lo que tenía en mente, pero funciona. Y tengo otros muy parecidos. Los hombres no lo

entienden, ustedes siempre están muy cómodos. Y algunas damas, como mi madre, se escandalizan profundamente al verme, pero ellas no saben disfrutar de las cosas bonitas de la vida.

Joseph la contempló sin poder creerlo, pero luego cayó en la idea de que era Emmie con quien estaba hablando, una de las mujeres más impredecibles del mundo. Parecía que nunca iba a dejar de sorprenderlo. Ese pensamiento lo hizo sonreír y sacudió la cabeza mientras se acercaba a ella un poco más.

—Oh, mira y hasta te he robado una sonrisa. Me gusta mucho más ahora que antes —canturreó victoriosa y volvió a lo importante—. Así que tuyo ¿eh? ¿Y no crees que podrías, no sé, prestármelo solo por hoy? —Pidió.

Joseph y Sebastian se miraron.

—¿Quieres montar a *Fuego*, sola?

—¿*Fuego* es su nombre? Wow, es el nombre perfecto. Que ingenioso, Lord Thornehill. —Y cuando él creyó que ella iba a ignorar su pregunta: —Oh, sí, me gustaría si estás de acuerdo. Sé cómo son los chicos con sus caballos, Francis ama el suyo más que a nada. —Hizo una mueca—. Bueno, no de esa forma —aclaró pensando en su padre y Joseph la entendió—. Tú entiendes.

—¿No crees que puede ser peligroso, Emmie? —Insistió Sebastian ignorando a lo que ella se refería con su última frase.

Se puso las manos en las caderas y dejó todo el peso de su cuerpo apoyado sobre un pie.

—Tenía uno muy parecido a este en mi casa, Sebastian. Podríamos competir si mamá no me hubiese prohibido traerlo —dijo cada mitad de la oración mirando hacia uno y luego el otro—. Soy muy buena amazona. Mi padre no quería una niña débil y tonta, así que una de las pocas cosas buenas que hizo por mí, fue enseñarme a cabalgar como se debe.

—Aún así no vas a montar sola al loco animal de Joseph, Emmie. Y mejor no voy a hacer ningún comentario acerca de tu atuendo —sentenció Elizabeth que llegaba cargando una canasta y dejando a todos sin palabras. Beth era más del tipo dulce y no era usual que fuera tan brusca.

Emmeline no estaba acostumbrada a recibir muchas órdenes, y mucho menos a cumplirlas, pero era Beth y no alguien con quien pudiese discutir acerca de mucho. Oor lo general era más tierna y nadie sentía ganas de replicarle algo. Además, últimamente estaba bastante susceptible, cosa que solo podían atribuirle al embarazo.

—Por favor no me hagas montar un poni o una yegua lenta y aburrida—casi rogó.

Elizabeth sacudió la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro que no, montarás con Joseph, como yo con Sebastian —señaló.

¿Qué? ¿Tenía que montar como una tonta que no podía sostenerse sola? ¿Y con Joseph? Se dio media vuelta para verlo.

—Pero yo sé montar, Joseph —dijo haciendo morritos.

Él dio unos pasos hacia ella para que su hermana, que ya estaba muy ocupada acomodándose con su esposo, no los oyese.

—Y no lo dudo —susurró—. Pero dale esta victoria a Beth, ya sabes cómo se preocupa. Ella odia montar, le aterrorizan los caballos, solo lo hace si es con Sebastian.

—Bueno, pero a mí no me asustan. Sé que puedo controlarlos —aseguró y lo pensó mejor—. Bajo condiciones medianamente normales —agregó de nuevo pensando en el hombre que había visto morir y en su confesión la noche pasada.

El Marqués se mantuvo firme pensó a todos sus argumentos.

—Voy a aceptar bajo una condición —dijo entonces cruzándose de brazos. Joseph levantó una ceja—. Que me dejes cabalgar en Fuego alguna vez. Sola.

Él debió imaginarlo.

—¿Sola?

—Puedes acompañarme en otro, pero quiero montarlo yo sola. Tiene que ser increíble, por favor Joseph. Por favor.

A regañadientes asintió.

—Pero tú vas a prometer que mi hermana no va a enterarse. Jamás.

Ella alzó los brazos y los estiró hacia él para abrazarlo fugazmente.

—Como que me llamo Emmeline Laughton, ella no va a saberlo.

Dos horas después, Emmeline tenía la espalda apoyada sobre el duro pecho de Joseph y los ojos cerrados a punto de dormirse. Había intentado ser del todo correcta al principio, se había mantenido recta y casi sin rozarlo, pero después de un rato largo se había rendido y relajado, a Lord Thornehill no parecía haberle importado dado que no le había llamado la atención, y eso le gustó muchísimo, marcaba cierto acercamiento, más confianza, una que necesitaba si iban a pasar tanto tiempo juntos por los siguientes meses.

A ese paso lento nunca iban a terminar de recorrer la propiedad en un día. Esa no era la aventura que había imaginado cuando le propusieron salir. No estaba ni cerca de serlo.

—¿Podemos detenernos por aquí? —Preguntó Sebastian ocasionando que Emmeline abriese los ojos. ¿Detenerse? Era lo último que necesitaban. ¿Qué iban a hacer? Oh, sí, recordó que Beth había propuesto un picnic. Pero ella no quería un picnic, ni siquiera había conseguido pasar el desayuno.

—Sí, pueden quedarse y descansar por aquí, a la sombra de los árboles mientras caminamos hasta el arroyo a echar un vistazo.

¿Descansar de qué? ¡Santo Cielo! Quiso exclamar su opinión pero al final se contuvo.

Beth necesitó ayuda de Sebastian para bajar del animal, pero no así Emmie, que había saltado mucho antes de que Joseph pudiese moverse.

—Bueno, yo estoy más que preparada para dar una caminata. —Sonrió doblando las piernas una a una, habían estado tan quietas por esas horas que habían llegado a dormirse.

Joseph y Sebastian volvieron a mirarse entre sí, pero fue Beth quien habló.

—Oh, Emmie, no seas tonta, los hombres van a caminar y mientras nosotras armamos el picnic aquí.

¿Qué? ¡Oh, no! Tenía que estar bromeando.

Buscó a los hombres con la mirada en busca de ayuda. Una ayuda desesperada.

Sebastian la captó primero.

—¿Quizá Joseph y Emmie quieran ir hasta el arroyo y nosotros descansamos aquí, juntos? —Sugirió a su esposa.

—¿Ellos dos solos? —Se mordió un labio, su prima la observaba con esperanza desesperada—. Eso no es muy decoroso, Sebastian.

Fue el turno de Sebastian de rodar los ojos y Emmie pensó en que a Beth le daría un ataque de saber que habían pasado la mitad de la noche hablando a solas, a oscuras y con

ella usando nada más que un fino camisón.

—Es tu hermano, Beth. Creo que podemos confiar en que no hará nada imprudente. Y nadie más que nosotros lo sabrá.

Ella todavía parecía dudarlo.

—El arroyo está todavía un poco lejos, Emmie. ¿Estás segura de que estarás bien? No hemos traído una sombrilla.

—No me molesta el sol.

Nada podía ser peor que solo sentarse allí y... bueno, hacer nada más que yacer sobre una manta. Elizabeth no tuvo más remedio que rendirse.

—¿Por qué no podemos cabalgar? Sería más divertido.

Joseph la miró de soslayo.

—Estarías presionando a Beth demasiado. Te hice una promesa y la voy a cumplir Emmeline, pero no hoy.

—Bien, lo siento, tienes razón. Es solo que ella y yo no coincidimos en muchas cosas. Supongo que es la forma en la que nos han criado.

—Sí —dijo Joseph curvando los labios—. Mi hermana siempre ha seguido todas y cada una de las normas. Hasta que conoció a Sebastian.

Emmeline se giró y caminó delante de él, en reversa.

—He oído algo sobre eso, algunas personas creen que ella se merecía algo más que Sebastian.

—Mi padre incluso. Es la hija de un Duque, imagínate el matrimonio que podría haber conseguido.

—Bueno, ellos son idiotas. —No eran muchos los que se atrevían a insultar al Duque, ni siquiera en su ausencia, pero algo le dijo a Joseph que Emmeline no tendría ningún problema en hacerlo tampoco en su presencia—. Yo supe que Sebastian y Elizabeth estaban hechos el uno para el otro desde que lo conocí. ¿Y qué hay de ti? ¿Por qué todavía no tienes una esposa?

—Quizá no quiera una.

Emmie soltó una risa.

—En algún momento tendrás que tenerla, necesitas herederos, como todo hombre. Es extraño que tu padre no te haya presionado. Mamá lo hace todo el tiempo con Francis. Pero cuando quiere es tan terco como yo.

—Si fuera por mi padre estaría casado desde hace más de diez años. Me ha encontrado al menos siete posibles prometidas adecuadas en este último tiempo.

—¿Y las has rechazado a todas? —Quiso saber con su eterno espíritu curioso.

Joseph asintió.

—Me puede imponer muchas cosas, nunca la mujer con la que pasaré el resto de mi vida y será la madre de mis hijos.

A ella le pareció lo más dulce que podría haber escuchado.

—¿Y tú por qué no te has casado todavía? No es que te hagan falta pretendientes en ningún sitio al que vayas.

Emmie volvió a ponerse a la par de él y caminar normalmente.

—Solo no he encontrado al adecuado, ya sabes. Yo no soy de las que se conforman con un hombre que se vea bien, elegante, guapo, arrebatador, como las chicas dicen en las fiestas. Tampoco con su posición o dinero, yo quiero más.

—¿Más?

Lo miró como si estuviese loco.

—Sí, Joseph. Amor, quiero amor. Quiero estar enamorada, y que esa persona lo esté de mí. Que me quiera y me respete. No quiero un esposo como mi padre, sobretodo. Que me imponga incluso como tengo que vestir y peinarme. Además, ya te mostré mis cicatrices y no son las únicas. —Bajó la voz y suspiró—. Están en todas partes, Joseph. Imagínate, ¿qué hay si cuando las ve, me desprecia por estar marcada? ¿Qué pasaría si ya estuviese casada y no pudiera hacer nada al respecto? Tendría que vivir toda mi vida con alguien a quien le doy asco.

No se dio cuenta de que se había detenido hasta que paró de hablar. Dejó caer los hombros para inhalar profundamente y soltar el aire con lentitud.

—Un hombre de verdad no haría algo así. —Le dijo Joseph posando ambas manos sobre sus hombros y clavando sus ojos en los de ella.

—Pero todavía tengo que encontrarlo ¿no?

Él ladeó la cabeza.

—Confío en que lo harás. Nunca te detienes hasta conseguir lo que quieres ¿no? — Eso la hizo sonreír—. Y no podemos decir que George Davenport es algo parecido a eso, pero ya llegará.

Al oír el nombre de ese payaso petulante hizo una mueca.

—Eres dulce, Joseph. Y creo que no te he dado las gracias por lo de anoche. Yo... Nunca lo hablé con nadie y creo que fue... liberador.

—Yo también lo creo. ¿Te sientes un poco mejor?

—Sí. ¿Pudiste dormir luego? Yo no recuerdo ni haber llegado a la cama

Él sonrió y continuó caminando.

—Eso es porque te dormiste antes de llegar, y no, yo no volví a dormir más que un rato.

—¿Y me llevaste a mi habitación? —Jadeó.

—Bueno, no iba a dejarte en el sofá, Emmeline.

Ella se preguntó si alguna vez iba a llamarla Emmie, pero no iba a corregirlo de nuevo. Al final, el apodo no era nada comparado con las cosas que le había dicho y lo mucho que había logrado confortarla. Además de lo especial que la hacía sentir el ser dueña de su atención, una atención que no era muy tendiente a repartir a nadie.

Caminaron en silencio un rato hasta llegar al pequeño arroyo que, según le habían explicado, era el límite entre sus propiedades y la de los vecinos. Era toda una suerte que los Whitmore no tuviesen una mansión en el centro de la ciudad, y aunque les tomase más tiempo llegar cuando querían ir a algún sitio, nada podía compararse con la tranquilidad que ese lugar les brindaba. Algo que Mayfair no les daría jamás.

Eso era bueno, le había ayudado a que el cambio no fuese tan brusco, desde su casa solariega permanente, a su nueva y temporal residencia. El aire siempre era puro y limpio, no contaminado con el ruido y los olores de la urbanización.

Se sentaron un momento a descansar y Emmie decidió quitarse las botas y meter los pies en el agua. Era fría y cristalina, de lo más relajante.

—Ven conmigo Joseph, está hermosa —propuso y él negó con la cabeza—. ¿Crees que pueda venir alguna vez más? Me gustaría sentarme a escribir en este lugar.

—¿Escribir?

Emmeline asintió.

—Me gusta escribir. Lo hago siempre que puedo, en especial en las noches cuando estoy sola.

—¿Qué escribes?

Ella lo pensó.

—Sobre la vida.

—¡Ah! Qué específica, milady. —Se burló.

—Es más como un diario personal, cada cosa que me ocurrió, que pensé o sentí en el día está allí. Quiero, un día lejano, poder sentarme a leerlos y reírme o llorar con esos recuerdos. No quiero que nada quede en el olvido. Por ejemplo, esto, ahora, tú y yo, no voy a olvidarlo jamás, y si nunca te vuelvo a ver, tampoco voy a olvidarte, o cada cosa que me dijiste. —Aunque no era algo que necesitara anotar para tener en su memoria, pero eso no lo dijo.

—Eres especial, Emmeline Laughton, diferente, cada día me cercioro más —murmuró observándola, ella le sonrió y volvió su atención al transitar del agua rozando sus pies.

CAPÍTULO 9

Joseph se ubicó al lado de Emmeline después de revisar los alrededores en el arroyo y comprobar que solo tenían que hacerse unos arreglos mínimos. Miró, al igual que la chica, como corría el agua y se quitó las botas para descansar los pies.

Emmie lo observó detenidamente por un rato, su cabello castaño claro parecía volverse dorado con el sol. Sus facciones siempre duras eran igual de bellas a cuando estaba tenso, siempre lucía perfecto, como si nada le afectara. Pero ella sabía que eso no era cierto. Ahora lo sabía.

Algo resplandeció en su cuello bajo los rayos del sol, algo que llamó la atención de Emmie quien entrecerró los ojos para asegurarse de no haber visto mal.

—¿Qué es eso Joseph? —Preguntó—. Colgando en tu cuello —señaló cuando él se giró a verla.

Joseph llevó las manos al colgante que se le había escapado al tener la cinta de la camisa floja. Era una fina cadena de plata de la cual colgaba lo que parecía ser un anillo. Emmeline se acercó para verlo mejor, y extendió una mano para tocarlo. No había visto un objeto así antes, era muy valioso, eso podía decirlo. Tenía una diminuta piedra en el centro, que tenía que ser un diamante. —Es hermoso —susurró Emmie—. Nunca te lo había visto. Parece... Un anillo de compromiso.

—Lo es —coincidió.

—¿Por qué tienes un anillo de compromiso, allí? —Preguntó desconcertada y ávida de información.

Él sacó los pies del agua y se levantó, ayudándola a salir a ella también aunque no lo necesitase. Emmeline creyó que iba a quedarse sin una respuesta, pero Joseph respondió mientras caminaban para escurrirse el agua.

—Era de mi madre —contestó con la misma voz cargada de amargura.

Oh, ella se arrepintió de haber preguntado. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Debería de haberlo imaginado, quería golpearse en la frente.

—Lo siento. No debería haber preguntado. No quiero arruinar tu buen humor.

Joseph sonrió de medio lado tocando el anillo.

—Me gusta recordarla Emmeline, creo que no se merece quedar en el olvido. Mi padre apenas la nombra, Beth finge que nunca existió... No es justo. No había podido hablar de ella con nadie antes.

Eso la animó.

Se acercó caminando con solo una bota puesta y apoyó una mano en su brazo dándole una sonrisa suave.

—Puedes hablar conmigo cuando quieras. Tal vez...—aventuró—. Si nos encontramos alguna otra noche como la de ayer... Quizá hablar de ella te ayude, ya sabes, a dormir, liberarte... Me gustaría ayudar.

Joseph clavó sus ojos en la mano de ella. Cualquier hombre habría entendido eso como una insinuación de otro nivel, inapropiada y provechosa para cualquiera, por supuesto. Pero él había descubierto que Emmeline era bastante ingenua en ese tipo de cosas y no parecía, casi nunca, darse cuenta de lo que era correcto, o no. Era muy extraño, ignoraba la mayoría de las reglas, pero era capaz de comportarse cuando era necesario y podría estar a la altura de la misma reina.

—Gracias —asintió y no agregó nada más—. ¿Regresamos? Beth va a querer salir a buscarnos si tardamos mucho.

Ella soltó una carcajada.

—No lo dudo.

Emmeline continuó toda la tarde pensando en el colgante de Joseph, le habría gustado seguir interrogándolo, pero no le parecía justo. Asumía que lo llevaba allí porque era un permanente recordatorio de su madre, a quien no había conocido. ¿Se lo daría a la persona con quien se comprometiese? Sería una chica afortunada, pensó.

También quería saber más sobre ella, era una joya costosa, pero él no había dicho nada acerca de que fuese el anillo de compromiso de su madre, uno que el Duque Harsburn, padre de Joseph, le había entregado a su esposa, o solo una joya que él había rescatado de las cosas de su madre.

Y si era así, ¿de dónde lo habría sacado el Lord? ¿O de dónde lo había sacado la Duquesa? ¿Alguna reliquia familiar? ¿Sería la madre de Joseph de alguna familia importante?

Si había algo que Emmie odiaba era quedarse con dudas.

¿Alguien molesto? Ese tiene que ser George Davenport. Puede que todos crean que es un gran caballero, pero Ashleigh no se equivocaba al decirme que debía de cuidarme de él, famoso por sus amoríos deshonorosos para chicas como nosotras. Portia trata de defenderlo diciendo que las mujeres son su pequeña debilidad y no puede resistirlo, que mejorará cuando encuentre a la persona adecuada para casarse, pero para ser honesta, lo dudo.

Y estoy tan cansada de los que son como él, han tratado de besarme en las últimas fiestas a las que he asistido, más de una vez por noche, y es casi intolerable. ¿Por qué todos creen que soy una tonta y enamoradiza? Quizá debería ser menos amigable y un poco más remilgada. A algunas les funciona, he visto como los hombres las evitan como si fueran la peste. Tal vez debería intentarlo.

Hoy pude sentir al bebé de Beth pateando en su vientre. La cosa más maravillosa del mundo, ella dice que Sebastian pasa horas por la noche esperando a que ocurra ¿No es eso dulce? Cada vez falta menos para tener a la pequeña -porque presiento que así será, una niña- con nosotros, y estoy muy emocionada.

No así Joseph. Está aterrado, y aunque intente disimularlo, sé que duerme menos cada noche, y que, mientras la barriga de su hermana se hincha más, él se encuentra más intranquilo. Teme por Beth y lo entiendo. Quisiera ayudarlo, pero no veo cómo. Por otro lado, mis pesadillas no son tan frecuentes desde que hablé con él. Es cierto, ahora lo confirmé, hablar es un remedio para el alma.

Emmeline dejó la pluma en un costado y apoyó el rostro en su mano, rebobinando el tiempo un par de noches, cerca de cuatro semanas atrás. Su pesadilla había provocado que se despertara sudada y con el corazón acelerado, después de dar vueltas en la cama por más de veinte minutos, había pensado en ver si Joseph estaba despierto.

Y así lo encontró, en su despacho, revisando un montón de papeles a los que ella no

podía hallarles sentido. Era buena con las cuentas, pero en cuanto a negocios de hombres se trataba, prefería mantenerse al margen.

Había golpeado la puerta suavemente al ver un poco de luz por debajo de ella y luego entrado sin esperar una respuesta.

Esa había sido la primera vez que entraba en la guarida de Joseph.

Todo estaba ordenado en el despacho, no como el de su hermano Francis que tenía montones de libros y cosas por todos lados. Joseph la había mirado demostrando estar sorprendido por su visita y luego sus facciones se habían relajado cuando mencionó a otra de sus pesadillas.

—¿Puedo hacerte compañía? —Preguntó Emmeline—. Prometo hacer silencio. ¿Necesitas ayuda en algo?

Él sacudió la cabeza. —No, Emmeline. Gracias.

—¿Puedo buscar un libro? Beth dijo que tenías una biblioteca impresionante.

—A Beth no le divierte leer —sonrió con cariño—. ¿A ti sí?

Sus ojos brillaron en la tenue luz. —Sí, me encanta. Tanto como escribir, quizás más. Bueno, no lo sé, la verdad no podría decirte. Es difícil escoger entre ambas.

Y se había detenido al darse cuenta de que comenzaba a parlotear como loca.

Joseph no había hecho ningún comentario, solo señalado a su espalda.

—Puedes tomar lo que quieras.

Y esa había sido una gran invitación. A partir de ese momento, Emmie pasaba cada segundo libre allí, y Beth, a pesar de no tener ningún interés, había estado acertada acerca de la gran colección que su hermano poseía.

Y allí estaba de nuevo, Joseph apenas había llegado, ya sin sorprenderse de verla. A veces, ella se despertaba primero y ni siquiera intentaba volver a dormir, simplemente se levantaba y se cubría con una fina bata para bajar hasta el despacho y sentarse a leer o escribir en su diario. Joseph podía estar allí, o llegar diez minutos, una hora o a veces nunca llegaban a encontrarse porque ella decidía volver a la cama y descansar los ojos antes del amanecer. Aunque una vez, incluso se habían encontrado en la puerta de sus habitaciones, que por cierto eran contiguas. Ella había soltado una risa al darse cuenta de que se enteraba de aquello después de llevar más de tres meses viviendo allí.

Ahora, lo tenía enfrente. Levantó la vista disuadiendo sus pensamientos para descubrir que estaba observándola.

—¿Sí, Joseph? —Dijo alzando las cejas y cubriendo un bostezo con su mano.

—Parecías muy concentrada en tus pensamientos —comentó.

—Solo pienso en el tiempo que llevo aquí. Parece mentira que hayan pasado casi cuatro meses —suspiró.

Él ladeó la cabeza.

—¿Extrañas a tu familia? —Preguntó con ojos preocupados.

Oh, su mamá y Francis. Le habían mandado varias cartas y a veces algunos regalos.

—Sí, claro que sí. Pero me gusta estar aquí, mucho más de lo que imaginé. —Se animó—. Estoy ansiosa por conocer al bebé de Beth y me encantaría estar aquí y ayudarla a cuidarlo. Los extrañaría si tuviera que irme, a ella, a Sebastian, a Kat y Jen aunque vivan para regañarme más que mi madre, y a ti Joseph, por supuesto. Me gusta esto, y que sea un secreto lo hace más emocionante —farfulló con una sonrisa pícaro—. ¿Tú me extrañarías? Sin nadie que te acompañe por las noches... Dime que no te has acostumbrado a esto.

Oh, si ella supiese como había sonado eso...

Pero de nuevo Emmie parecía no notarlo. Alguien que lo acompañase por las noches... Nadie lo creería inocente si oyesen esa frase en los labios de una mujer tan hermosa como Emmeline. Para Joseph no habían pasado desapercibidas las curvas de su cuerpo que se marcaban con las finas ropas que usaba por la noche, pero nunca había pensado ni siquiera acercarse a comprobar si eran iguales a como se las imaginaba. Ella solía apoyar la cabeza en su hombro, parada detrás de su silla y espiar lo que estaba leyendo, hacía comentarios acerca de ciertas palabras nuevas para su vocabulario, y Joseph sentía como el vello del cuello se le erizaba con su aliento rozándole la oreja.

Emmeline no tenía ni idea.

—¿Me extrañarías, Joseph? —Insistió al ver que no respondía.

—Sí, creo que sí —susurró más para sí mismo que para ella.

Emmie amplió su sonrisa y se puso de pie, rodeando el escritorio para abrazarlo cubriendo su cuello desde atrás y besando su mejilla.

—Mi dulce Joseph, creo que ahora voy a extrañarte más.

CAPÍTULO 10

El día había comenzado de manera terrible, después de dormirse muy tarde por la madrugada había tenido más pesadillas, lo que era un poco extraño, puesto que desde que pasaba las noches leyendo en compañía de Joseph, dormirse luego no era un problema.

El humor de Emmeline estaba lo bastante mal cuando salió de su habitación, como para tener que darse cuenta que estaba cerca del mediodía.

¿Qué rayos había pasado? ¿Y cómo era que nadie la había despertado? Ni siquiera tenía a Jen o Kat cerca para ayudarla a cambiarse por lo que buscó un simple vestido y se lo colocó como pudo.

Molesta y confundida, bajó las escaleras tomando el camino de siempre al comedor, que por cierto, estaba vacío.

Soltó un bufido.

—Buenos días dormilona —oyó decir a Sebastian detrás de ella—. Te extrañamos en el desayuno hoy. ¿Estás bien?

Ella se giró enfurruñada.

—Me quedé dormida, desearía que alguien me hubiese despertado. Odio perderme el desayuno —masculló cruzada de brazos—. ¿Dónde están Jen y Kat?

Sebastian la miró con cariño.

—Bueno, Beth creyó que quizá querías dormir un poco más para estar descansada para la fiesta de esta noche.

El rostro de Emmie se ensombreció. La maldita fiesta, organizada como celebración del compromiso de Margarite, un compromiso misteriosamente apresurado, según comentaban. Poco le importaban a Emmeline los chismes, casi siempre mal infundados y comenzados por la supuesta amiga de la joven, Portia Davenport. Quien detestaba a Emmie y siempre buscaba alguna forma de hacerla sentir incómoda, o al menos mencionar que ella era una campesina que ignoraba las reglas de la alta sociedad cuando Emmeline cometía o decía algo inapropiado o fuera de lugar.

—Creí que estarías emocionada, Emmie. Hace casi una semana que no asistes a ninguna. Además, ustedes parecían llevarse bien.

—¿Con Margarite? Si, ella no está mal. —Se encogió de hombros—. Supongo que tendré que buscar algo que hacer hasta la hora del almuerzo —sonrió con picardía—. Quizá ayudar en la cocina... —Se propuso a sí misma—. Sí, eso es lo que haré. Te veo luego, Sebastian.

Pero ayudar en la cocina no fue una buena opción. No había nada que ella, y al parecer sus torpes manos, pudieran hacer allí.

Entonces, sin ningún cambio en todo el resto del día, al llegar la tarde y tener que cambiarse para la fiesta, sus ánimos solo estaban para ir a la cama y rogar por no tener más de una pesadilla por noche.

El vestido era uno de los regalos que su madre le había enviado desde Francia hacía una semana con una de sus *no demasiado informativas* cartas. Era, por supuesto, bastante más ajustado de los que ella usaba regularmente, y muy voluminoso, lo que lo hacía extra incómodo. Pero era bello y eso no podía negarlo, de un color rojo sangre con volados negros en la parte más inferior y un moño trasero a la altura de la cintura.

Jen y Kat estaban encantadas, la peinaron y arreglaron por más de una hora, las que para Emmeline parecieron muchas más.

Finalmente estuvo lista para bajar.

Como era costumbre, los tres estaban aguardando su llegada en el pie de las escaleras. Los ojos de Beth se abrieron más de lo normal por un segundo y luego sonrió con placer. Sebastian tenía esa mirada de un padre orgulloso y a la vez dudoso por dejarla salir estando tan bella.

Joseph, por su lado, se quedó estático en su lugar, incapaz de reaccionar. Y así permaneció hasta que Sebastian le dio una palmada en la espalda.

Parpadeó y respiró con los labios entreabiertos.

—¡Qué linda! —Festejó Beth cuando estuvieron cerca.

—Sí —susurró Joseph tomando su mano para llevarla a sus labios. Eso no era algo común, no solían ser tan formales entre ellos. Pero ese gesto, acompañado de la sonrisa que Joseph tenía, hizo que por algún extraño motivo, ella casi llegara a sonrojarse. —Estás preciosa.

—Gracias Joseph, tú estás impresionante como siempre —respondió con una sonrisa cálida decidiendo no darle mayor importancia a la razón del color de sus mejillas—. Ahora, estoy lista para irnos.

A pesar de estar bastante incómoda en el vestido, Emmeline disfrutó de los elogios que había recibido. En una parte le hacía feliz no ser, por una vez, el centro de atención solo por ser la jovencita que Joseph Whitmore tenía bajo su tutela, o porque había dicho o hecho algo que una dama como ella no debería.

Pero todavía seguía pensando que ese no era precisamente su día.

Un joven que había conocido recién esa noche, la había invitado tímidamente a bailar, y para su sorpresa ella había aceptado gustosa y no obligada. Pero pronto deseó no haberlo hecho. El pobre era un muy mal bailarín y la había pisado dos veces, y en la última, podría haber rodado por el piso de no ser porque George Davenport la había rescatado justo a tiempo.

Emmeline no podía decidir qué era peor, quedar desparramada en el piso o tener que compartir otro baile con el imbécil declarado su pretendiente número uno. Pero lo más molesto, era que él pensaba que dedicándole su tiempo y atenciones, le estaba haciendo un favor, y era algo muy evidente.

—Hola de nuevo —musitó él sonriéndole mientras la ayudaba—. Tú, desaparece. Mira lo que casi has causado, podrías haber avergonzado a Lady Emmeline frente a todos —ladró. El chico intentó disculparse con Emmie, pero el rubio no dejó que pronunciara una palabra. Emmie solo le sonrió con ánimos, esperando que no se sintiera tan mal. También quería gritarle a George que no era necesario ser tan grosero, pero se contuvo decidida a no armar un escándalo aunque fuese solo por una vez.

—Gracias, Señor Davenport. Ya estoy bien.

—¿Quieres bailar con alguien que sepa lo que hace? —Preguntó extendiéndole una mano.

Dios, no. —Creo que iré a tomar un poco de aire a alguno de los balcones. Estoy un poco cansada y mareada, hay mucha gente esta noche, esto está muy atestado. —Señaló

con la esperanza de que la dejase en paz.

Pero no tenía ni idea de que lo que había hecho era todo lo contrario.

—Oh, perfecto. Vamos, te acompañaré.

Emmeline apretó los puños. ¿Qué rayos...? Buscó en su mente una excusa para deshacerse de él, pero nada llegó a tiempo. No le quedó otra que asentir y dejarse conducir hasta un balcón vacío.

Ella habría preferido, para estar en compañía de George que el balcón hubiese estado repleto de personas. No le agradaba estar a solas con ningún hombre en esos lugares, ninguno era de confiar.

—Es una noche bellísima —comentó él.

—Sí, lo es —coincidió apoyándose en el barral. Si no podría relajarse, al menos tendría que inspirar un poco de aire fresco para aclarar su mente.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás esta noche? El rojo te sienta muy bien, resalta el color de tu cabello y el brillo de tus ojos. —Él estaba muy cerca, el estado de alerta se activó en Emmeline—. Y tú perfume...

—Todo es cortesía de mi madre y una costosa modista francesa —respondió como si no captase el tono sugerente y seductor que el joven Davenport estaba utilizando.

—No, no todo —susurró. Ella levantó la cabeza e intentó retroceder al tenerlo tan encima, pero su cuerpo estaba pegado al barandal y no había forma de que pudiese dar un paso atrás sin caer del primer piso. George llevó una mano a su cabello y enredó un dedo en un mechón que caía deliberadamente en el rostro de Emmeline—. Tú, eres la mujer más exquisita que he conocido en toda mi vida, y no sabes lo mucho que he deseado hacer esto, Emmeline.

A ella le había parecido linda la forma en la que Joseph insistía en llamarla por su nombre completo, pero en ese momento, en los labios de otro, no le sonó en absoluto bonito.

¡Y él estaba a punto de besarla!

Arrugó la nariz y estiró el cuello hacia atrás lo más que pudo para retrasar lo que parecía inevitable. Pero cuando su pie chocó contra la barandilla, una idea invadió su mente. Con dificultad, se recogió el vestido, levantó una pierna, y clavó la punta de su zapato en la de él.

George retrocedió, confundido. No podía imaginar que ella lo había golpeado de esa forma tan brusca, pero Emmie lo ayudó a comprender cuando se plantó frente a él y le apuntó con un dedo directamente al pecho.

—Eres un grosero sin una pizca de vergüenza ni caballerosidad. Nunca, jamás, intentes volver a besarme, Davenport. ¿Está claro?

George no respondió y la miró como si estuviese alucinando. A Emmie no le importó, envuelta en una furia difícil de controlar, salió disparada de allí sin mirar atrás.

Caminó levantando su vestido para no tropezarse, esquivó a todos a pesar de que algunos intentaron detenerla para saludarla, y se detuvo al fin, al llegar a la mesa donde Joseph estaba enfrascado en una conversación con dos hombres mayores. Solo se paró allí esperando ser notada para no interrumpir la conversación. Y no tuvo que esperar mucho, puesto que apenas se presentó, a espaldas del hombre por el que aguardaba, los otros dos se quedaron en silencio observándola con la boca abierta. Joseph se giró.

—Lady Emmeline. —Debió imaginarlo, pensó. Ella tenía ese efecto en muchos hombres, incluso en él, esa noche al verla se había sorprendido a sí mismo cuando no había podido respirar por unos momentos. También, podía adjudicarle a eso, el hecho de pasar

tanto tiempo con ella por las noches, cuando Emmie solo llevaba un fino camisón con una bata para cubrirla. Él no era un santo. Cualquiera podía decir que la joven intentaba hacerlo caer en la tentación, pero Emmeline era demasiado inocente para algo como aquello.

—Lord Thornehill —dijo sin estar muy segura de qué decir. No podía contarle delante de todos lo que había sucedido.

Él notó el rubor en sus mejillas, lo mucho que apretaba la mandíbula para hablar, y cómo había pronunciado las palabras. Estaba enojada, molesta como mínimo. —¿Estás bien? —Preguntó más como una formalidad que como una pregunta verdadera, la respuesta era obvia. Se puso de pie disculpándose con los demás y la alejó un par de pasos—. ¿Qué ocurre? —Susurró.

—Me gustaría ir a casa cuando te desocupes, Joseph. Por favor —pidió.

Él asintió. —¿Estás bien? ¿Qué ocurrió? Estás alterada.

—Estoy furiosa —masculló—. Me temo que George ha colmado mi paciencia. Todos los hombres de este lugar me tienen harta. —Ella frunció el ceño al ver al aludido salir del balcón, Joseph miró hacia allí.

—¿Qué te hizo? —Volvió a preguntar inspirando profundamente.

Ella levantó las dos cejas al observar cómo se tensaba. —No ha logrado hacer nada, Joseph, pero ha sido bastante grosero y... —suspiró—. Olvídalo, solo quiero ir a casa cuando tú estés listo. Me quedaré cerca de ti, si no te molesta, no quiero hablar con nadie más por esta noche, ni bailar, mis pies no lo soportarían.

—No es un problema, nos vamos ahora mismo. Espera a que me despida, ven, no voy a dejarte sola.

Le dio una débil sonrisa y aceptó.

Para cuando estaban sentados a solas y en el oscuro carruaje, Emmie no había logrado calmarse. Estaba enojada e inquieta. Su madre le había preguntado montones de veces en sus cartas si había conseguido a un posible candidato y ella siempre le había dado negativas. ¿Y cómo iba a ser de otra forma?

No podía rescatar a ninguno, todos los hombres eran iguales, no podía darse el lujo de pensar que conocía a alguno en lo más mínimo porque todos estaban tan desesperados por agrandar que realmente no se mostraban cómo eran en verdad. Solo había uno que nada tenía que ver con ellos, el hombre frente a ella.

Entonces recordó lo que había dicho minutos antes y se sintió como una tonta, aunque esperaba que Joseph hubiese entendido que no se refería a él.

—Espero que no te hayas molestado con lo que dije acerca de los hombres de la fiesta, tú no entras en esa categoría, está más que claro —dijo solo por las dudas.

—Nunca lo consideré —murmuró con arrogancia, volviendo su atención a Emmie—. ¿Estás bien?

—Sí. —Soltó otro suspiro apoyándose en el respaldar de la butaca—. Solo que... Nunca he besado a nadie y pensar que el primero fuese robado y aún más, de alguien por quien siento algo parecido al asco... No es lo que quiero.

Joseph no supo qué responder. Ella ignoró su silencio, como siempre. Mientras estuviera escuchándola, cosa que había constatado varias veces que hacía, aunque no pronunciara ni una sola palabra, Emmie se conformaba.

—Quiero recordarlo, poder escribir sobre ello y cuando lo lea en veinte años, poder sonreír porque fue algo que disfruté. No espero que sea con mi esposo, porque a esta altura dudo que llegue a casarme... Solo pediría que fuese alguien con quien...

Se detuvo.

Una idea se formó de manera repentina en su cabeza. La mejor idea de toda su vida.

—¿Joseph? —Aventuró.

—Dime.

Juntando un poco de coraje, se sentó junto a él en el mismo lado del carruaje. —Me gustaría pedirte algo —balbuceó— Quisiera...

Joseph arqueó una ceja ante su vacilación, algo bastante inusual en ella.

—¿Si?

—Quiero que me beses. Tú. Ahora.

CAPÍTULO 11

Por segunda vez en esa noche, Joseph contuvo el aliento.

Emmeline lo miró con una súplica en sus ojos. A pesar de que estaba oscuro, él podía verla por las esporádicas luces de las farolas de las calles que atravesaban.

—Tú eres la persona indicada, por favor. Mira, solo te pido eso, y nadie lo sabrá, solo tú y yo. Lo juro, no le contaré a nadie, no tendrás problemas por nada. Solo un beso, no estoy buscando comprometernos de ninguna forma —aseguró entusiasmada.

—¿Por qué quieres algo como eso?

—Ya te lo dije, quiero recordarlo como algo lindo, con alguien especial.

Joseph se podría haber atragantado con sus palabras.

—¿Y yo soy... *alguien especial*?

¿Es que acaso tenía que preguntarlo? Emmie arrugó la frente, pero luego sonrió. El Marqués era bastante incapaz de ver ese tipo de cosas por sí solo.

—Por supuesto que lo eres. Para mí sí, Joseph. No lo dudes. —Se inclinó más hacia él para verlo a los ojos cuando el hombre bajó la vista. Pero él era muy consciente de la cercanía de la joven, tanto como en las noches en las que apoyaba la cabeza en su hombro y no lo dejaba concentrarse en nada más—. Quiero que me beses, es perfecto. No solo será con alguien a quien aprecio, sino a quien también admiro, respeto y con quien compartí mucho más de lo que habría imaginado compartir con nadie. Y tú también me has contado algo. Dijiste que no habías hablado de eso antes, ¿no me conviertes en alguien especial a mí también? —comentó más para sí misma que como una verdadera pregunta.

El parloteo no logró distraerlo. La voz de Emmeline pidiéndole que lo besara seguía dando vueltas en su cabeza, y todavía estaba con ese pensamiento cuando apoyó un dedo en su barbilla.

El corazón de ella se detuvo para, enseguida, comenzar a palpar con fuerza.

¡Iba a suceder!

En ningún momento de ese tiempo en que la mantuvo de aquella forma, mirándolo directamente a los ojos, con sus dedos debajo del mentón, Emmie tuvo dudas. Nunca olvidaría eso, ni siquiera tenía que anotarlo, sería difícil, la verdad, describir todas las cosas que estaba sintiendo al mismo tiempo.

¡Y él parecía esperar que ella se retractara!

Algo que nunca sucedería.

Emmie pensó que el Lord estaba a punto de soltarla y dejarla esperando, cuando sin previo aviso, la boca de Joseph estuvo sobre la de ella.

Sus labios se estaban tocando, y Emmeline estaba lejos de sentir asco o miedo como le había sucedido cuando George se le había acercado.

Y así, tan rápido como se acercó, se alejó.

Había sido corto, fugaz.

Se dio cuenta de que estaba decepcionada cuando sintió el frío de nuevo. ¡Ni siquiera había cerrado los ojos!

De todas formas, parpadeó.

—Gra... gracias —dijo sin poder permanecer en ese silencio incómodo.

Joseph se removió en el asiento, todavía con los ojos clavados en sus labios, imperturbable. —Eso no es algo por lo que tengas que agradecer. Me parece que no fue lo

que pedías ¿no?—agregó lo último después de soltar un suspiro muy parecido a un bufido. ¿Por qué tenía la voz tan rara?

Emmie no tuvo tiempo a preguntar qué era lo que quería decir.

Joseph volvió a acercar la mano a su rostro, pero esta vez, posándola en su mejilla. Los labios de él volvieron a cubrir los suyos. Los sintió calientes sobre ella y de nuevo sintió que esa sensación extraña la invadía. No tenía ni idea de qué hacer. ¿Iban a repetirlo? No dejaría pasar el momento de nuevo, solo por las dudas, cerró los ojos deprisa.

Entonces quiso imitar a Joseph y colocó una mano en la mejilla de él, acariciando su barba que apenas estaba volviendo a nacer luego de que, seguramente, se afeitase por la mañana. Se sentía bien, apenas rasposa sobre sus dedos, parecía querer hacerle cosquillas. Encerró cada uno de sus labios entre los de él y hasta pudo sentir su lengua acariciándola. No supo que estaba suspirando ni que esa fue la causa de que Joseph utilizara sus dos manos para sujetarla por la cintura y atraerla hacia su cuerpo.

Emmeline descubrió que no quería que dejara de hacer todas esas cosas y que probablemente fuese la experiencia más maravillosa y confusa que tuviese en toda la vida. Algo le decía que los besos no duraban tanto y que ella no había pedido que la tomara de aquella forma, que debería detenerse, pero otra parte, la más fuerte y la victoriosa, le sugería que se olvidara de todo lo demás.

Dejó de acariciarle el rostro y bajó hasta sus hombros, deslizando ambas manos con lentitud. Pero ya no podía controlarlas, volvió a subir y enredó los dedos en su cabello necesitando algo más profundo todavía. Emmie sentía todo lo que él estaba haciéndole, el trabajo con su boca, y también con las manos que recorrían su espalda entera y se movían sobre sus hombros desnudos.

Pero un pozo que el cochero fue incapaz de esquivar rompió todo el hechizo cuando los obligó a separarse por el brusco movimiento.

Ambos jadeaban como si hubiesen estado corriendo.

—Eso fue... —Emmie no sabía que palabra adjudicarle. Estaba mostrando una sonrisa inmensa, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados. Estiró un brazo y acarició su mejilla otra vez, reprimiendo las ganas de volver a besarlo para darle las gracias—. Ahora puedo agradecerte Joseph. No creo que alguien lo haga mejor que tú, no me equivoqué, ya ves. Espero no haberlo hecho tan mal, no tenía idea de qué hacer. —Aunque Emmie no era tan tonta como para no darse cuenta de que él se habría alejado si lo hubiese considerado terrible.

Joseph todavía no era capaz de controlar la respiración, y más que eso, estaba luchando para no volver a tomarla entre sus brazos, tocar sus hombros y bajar hasta arrancarle el vestido. Verla como una niña ya no era ni remotamente posible.

Ella no tenía idea de lo que le había provocado. Algo que ya no sonaba extraño.

Emmie dejó de sonreír. ¿Por qué no le decía nada?

—¿Joseph? —Susurró—. ¿Qué ocurre?

Él se atrevió a mirarla. Llevó con lentitud una mano a su mejilla y deslizó el pulgar por sus labios hinchados.

Al final, le sonrió para tranquilizarla. —¿Estás segura de que nunca lo habías hecho antes?

La chica sacudió la cabeza a ambos lados sin saber si debería sentirse ofendida o alagada por el comentario.

—¿Eso quiere decir que no fue tan malo? —Preguntó esperanzada.

—Lejos de eso, Emmeline. Lo volvería a hacer una y mil veces más —susurró

inclinándose hasta casi rozarle los labios. Pero no lo hizo, puso a prueba su autocontrol y se retiró antes de volver a caer en la tentación.

Emmie se relajó, esa espera había sido una tortura. Quiso golpearlo en el brazo, pero no hizo nada de eso. Joseph todavía tenía los dedos en sus labios, ella quería decirle que volviera a hacerlo, que le daba permiso, pero tampoco lo dijo. Se miraron fijamente, en silencio. El golpeteo de su corazón estaba calmándose, pero no del todo.

Deseó acercarse más, quería volver a sentir lo mismo que hacía unos minutos atrás.

Pero el carruaje se detuvo y tuvieron que separarse. Ella volvió a su lado, frente a él, antes de que un lacayo abriera la puerta.

—¿No subes? —Preguntó cuándo estuvieron de pie al lado de la escalera.

—En un momento. Ve tranquila.

Emmie asintió con la cabeza todavía obnubilada. ¿Qué le había pasado? Se acercó a él y posó los labios en su mejilla manteniéndolos allí por un momento.

—Buenas noches, Joseph. —Se despidió sin muchas ganas y resistió las ganas de mirar hacia atrás cuando comenzó a subir.

Esa noche, no hubo pesadillas, pero por el solo motivo que no pudo dormir en absoluto. ¿Qué rayos le ocurría? ¿Por qué no podía pensar en otra cosa? Una parte de ella quería bajar las escaleras y comprobar que Joseph estuviese allí, pero la otra, le decía que era preferible mantenerse alejada por el resto de la noche.

¿Qué estaría pensando él? ¿La estaría esperando? Joseph nunca se lo decía directamente, pero muchas veces la esperaba con un vaso de leche, una jarra de agua fresca o hasta a veces un poco de vino.

Eso era importante para Emmie. Ese último tiempo había pensado que tenían algo especial, pero no de otra forma más allá que solo amigos.

¿Había cometido un error al pedirle que la besara? ¿Cambiaría eso las cosas?

Así estuvo en su cama, dando vueltas una y otra vez hasta que los primeros rayos de sol inundaron la habitación. Era muy temprano todavía, su cabeza latía tan fuerte como su corazón, y su humor estaba incluso peor que el día anterior.

Pensó en Joseph de nuevo. Creyó entender ese malestar que tenía por las mañanas, aunque últimamente no parecía afectarle tanto, cosa que ella atribuía a la compañía que tenía por las noches.

Fuese como fuese, no estaba segura de tener ganas de oír ni hablar con nadie.

¿Qué voy a hacer? ¿Cometí un error? No tengo idea. Definitivamente no estoy enamorada de Joseph. Nadie puede enamorarse solo por un beso ¿no?

Me gustaría tener alguien con quien hablar, pero conociendo a Beth se escandalizaría y se enojaría con Joseph. No es su culpa, en todo caso, sería mía. Pero ella no lo aceptaría. La conozco.

Creer que soy una niña que necesita protección, y Sebastian me recuerda tanto a Francis que estoy segura de que querría obligarlo a casarse conmigo.

Cuando Jen y Kat entraron, cerró el cuaderno con rapidez, como si estuviese escondiendo algo que ellas no podían ver.

Las muchachas la miraron con curiosidad.

—Está despierta —murmuró Jen, que ya no tenía necesidad de abrir las cortinas o despertarla. Emmeline había hecho todo por ella. Kat comenzó a buscar en los baúles y sacó un vestido color amarillo pastel.

—¿Qué tal este, Lady Emmie? —Preguntó extendiéndolo para que pudiese verlo.

La castaña se encogió de hombros y se puso de pie sin hacer ni una mueca ni decir nada como acostumbraba. Ambas la miraron con asombro, pero no se atrevieron a pronunciar ni una palabra mientras la peinaban y cambiaban.

Cuando llegó a la mesa para desayunar, se contuvo y no miró a nadie. Murmuró un casi inaudible y general “*buen día*”.

Elizabeth se quedó esperando que Emmeline dijese algo más, pero no lo hizo. Estaba ansiosa por saber los detalles de la noche anterior, aunque Emmie no diría mucho mientras Joseph estuviera en la mesa. Se tomaba muy en serio todo lo que él decía y desde que le había contado su problema por las mañanas, ella procuraba que todo estuviese tranquilo y silencioso.

—¿Te sientes bien, Emmie? —Preguntó.

Ella levantó la cabeza. —Perfectamente.

—¿Cómo estuvo tu noche? ¿La pasaste bien en la fiesta?

Emmeline no pudo evitar hacer una mueca, no iba a esconderle eso de ninguna manera.

—No, en realidad —suspiró—. George Davenport es un... No hay palabra adecuada para describirlo, Beth. Idiota, aprovechado, grosero, soberbio, todas son incorrectas, no pueden expresar lo que pienso de él.

Sebastian apoyó una mano en la mesa y se giró hacia Joseph pero continuó hablándole a Emmie.

—¿Qué te hizo? ¿Y qué estaba haciendo Joseph? Se supone que debía estar cuidándote.

Joseph lo fulminó con la mirada, pero se mantuvo en silencio.

—Joseph no puede estar todo el tiempo vigilándome, Sebastian. No es mi carabina, ni mi padre. Además, Davenport no pudo hacer nada, puedo defenderme, no soy una tonta —remarcó lo último dejando notar su pésimo estado de ánimo.

—Nunca lo dudé, Emmie —agregó el otro en tono de disculpa.

Ella asintió, pero no articuló palabra. Y así se mantuvo hasta que terminaron con la comida y se levantó con sigilo.

Joseph la siguió, levantándose y dejando a todos sin habla. Elizabeth y Sebastian se vieron obligados a mantenerse al margen. Al parecer ninguno de los dos creía que fuese de su asunto, y eso no era algo que a Beth le agradara.

—¡Emmeline! —Llamó Joseph avanzando hacia ella—. Espera un momento, por favor.

Ella se detuvo y giró con lentitud hacia él. No podía evitarlo y salir corriendo hacia su habitación, no estaría bien, estaría actuando como una niña tonta.

—¿Sí, Joseph?

—¿Estás bien? ¿Qué es lo que ocurre? —Sus ojos se mostraban cansados y preocupados, ella no pudo evitar sentirse un poquito culpable.

—Mala noche, eso es todo. —Quiso sonreír pero una mueca extraña apareció en su rostro.

Él levantó una ceja, denotando que no creía que eso fuera todo.

—¿Es por lo de anoche? —Preguntó en un susurro, acercándose más—. ¿Fui muy brusco? ¿Te asuste? Lo siento, Emmeline.

La sangre comenzó a bullir en sus venas, y sintió las mejillas calentarse. Emmie estaba escandalizada por su propia reacción, no podía avergonzarse más frente a él.

—Estuvo más que bien —murmuró tímida—. Me... gustó. Y estoy bien, solo que me hubiese gustado dormir un poco más anoche. No pegué un ojo y mi cabeza... —Se llevó una mano a la frente—. Ahora entiendo tu malestar. Nunca me había sucedido, ya sabes, usualmente duermo un par de horas antes...

Y estaba parlotando sin cesar de nuevo.

Él extendió una mano y la posó sobre la piel de su brazo descubierto.

—Te extrañé anoche —dijo con una media sonrisa—. Pero pensé que quizá no habías tenido pesadillas y me alegré por ti. Necesitabas descansar.

Ella no podía estar más sorprendida. ¡Le había dicho que la había extrañado! Como por arte de magia todo su malestar desapareció. El día pareció mucho más hermoso.

Sonrió mostrando todos sus dientes. —Es muy dulce que me digas eso... Pero creo que esta noche no fallaré, la única razón por la que no tuve pesadillas fue porque no dormí en absoluto.

—¿Por qué no?

Porque estuve pensando en la forma en que me besaste y cómo me tocaste. Cómo me sentí y cómo estarías sintiéndote tú.

—No lo sé, estaría alterada por la espantosa fiesta, quizá.

—Bueno, al menos has tenido tiempo para escribir. Ya sabes, para no olvidar. —Y ella podría haber dicho que él estaba bromeando. Era algo *tan* extraño y a la vez *tan* divino, que escribiría sobre eso también.

Emmie se llevó un dedo a la frente y picó en la sien. —Todo aquí. —Y luego bajó a su corazón—. Y aquí —señaló—. Siempre. Pero ya está todo en mi cuaderno también. Un momento tan memorable no podía faltar.

Joseph abrió la boca para decir algo, pero uno de los criados se paró cerca de ellos, esperando a que él terminara.

—Espero que te sientas mejor, ahora, creo que tengo asuntos que atender. —Se despidió.

Emmeline soltó un suspiro odiando al empleado que los había interrumpido sin realmente saberlo. La asaltó la sensación de ansiedad, no podía esperar a que el sol cayera y todos se retiraran a sus cuartos. No sabía por qué, ni para qué, solo deseaba pasar un tiempo a solas con él, Joseph Whitmore.

CAPÍTULO 12

Cerca del mediodía, Jen buscó a Emmie en los jardines. La joven se encontraba recostada sobre una manta intentando aliviar su malestar, esa ansiedad que no podía calmar.

Joseph quería verla en su despacho, y al parecer era porque habían recibido una visita, pero la criada, a quien Emmie había interrogado sin piedad durante todo el camino, no había llegado a ver de quien se trataba.

Ella no estaba de humor para visitas de ningún tipo, habría estado feliz de ser llamada si fuese para tener una conversación a solas, pero no con alguien más.

De todas formas, estaba intrigada. ¿Por qué recibirían a una visita en el despacho? Así que se sacudió con rapidez la amplia falda del vestido amarillo que se había colocado ese día y se dirigió al estudio del Marqués.

Un lacayo abrió la puerta de par en par para que ella entrara y apenas vio quien estaba dentro se frenó en seco y sus ojos se ampliaron.

¿Qué rayos?

No pudo evitar hacer una mueca de disgusto y desagrado al ver quién era el visitante.

—Buenos días, mi querida Lady Emmeline. —Sonrió George con esa mirada siempre sugestiva, tomando su mano y llevándosela a los labios—. Encantadora como siempre.

Ella dio un paso al costado para ver a Joseph de pie, en su lado del escritorio.

—Ven, Emmeline. Pasa, por favor.

¿Pero cómo iba a hacer eso si el imbécil de Davenport no se movía? Cosa que notó, y enseguida se hizo a un lado con gesto cordial.

—¿Está todo bien, milord? —Preguntó tomando asiento y observando de soslayo como el otro hombre se sentaba en la silla de al lado.

—Bueno, no lo sé —respondió cansino—. Davenport aquí, quiere hablar con nosotros, ambos. Asumo que es para disculparse por su terrible comportamiento contigo anoche. —Lo fulminó.

George pareció encogerse ante esa mirada y Emmeline quiso soltar una carcajada. ¿Dónde estaba el hombre fuerte ahora?

—Sí, por eso. Lo siento, Emmeline. —Se giró y le sujetó una mano—. Espero que puedas aceptar mis disculpas, creí que era lo que querías, al menos eso era lo que parecía. Lo siento mucho. De verdad. Pero espero poder recompensarte, he venido a arreglarlo todo.

¿Recompensarla? La única recompensa válida sería que dejase de hablarle y mirarla.

Se giró hacia Joseph quien seguía mostrándose tan ignorante como ella.

Davenport se enderezó en la silla y continuó hablando. —Sé que esta no es la forma más usual de hacer las cosas, pero con lo que ha ocurrido recientemente, Lord Thornehill, creo que esta es la forma más apropiada de proceder. Estoy aquí para solicitar la mano de Lady Emmeline.

Emmie se quedó sin aliento.

—¿Qué? —Chilló sin contenerlo.

Joseph seguía calmo y en silencio. Su rostro no tenía expresión alguna, continuaba imperturbable.

Emmeline quiso golpearlo, pero esperó a que él dijese algo primero. Pasaron varios segundos hasta que por fin un asomo de sonrisa apareció en su rostro. Parecía burlona si cabía.

—No tengo el poder para otorgarte tal cosa, Davenport.

La expresión de satisfacción de George desapareció y ensombreció. Emmie no sabía si estar aliviada o decepcionada, eso no era lo que esperaba que dijera.

Joseph prosiguió.

—Que esté a mi cuidado, no quiere decir que tengo tanto poder de decisión sobre ella. Ese es el deber de su hermano mayor, el Conde Welltonshire.

Una idea deambuló por la cabeza de Davenport y volvió a sonreír.

—Ese no sería un problema. ¿Puede comunicarse con él? Estoy seguro de que podría ir hasta donde se encuentre para pedírselo. Podríamos llegar a un valioso acuerdo.

Emmeline contuvo la respiración y miró a Joseph suplicante.

Él sonrió.

—No creo que necesites hacerlo, no vas a casarte con ella de todas formas — musitó—. Francis jamás dejaría que su hermana contraiga matrimonio con alguien como tú, al menos que ella estuviese demasiado decidida y gustosa. Y por lo que he observado y oído, no lo está.

George frunció el ceño y volvió a mirar a Emmeline.

—Pero como mi esposa, Emmeline, serías muy feliz. Nos entendemos muy bien, ¿no es cierto? Puedo darte todo lo que necesites, querida. Quizá no un título, pero jamás te faltará nada, mi padre es un hombre muy poderoso y yo estoy siguiendo sus pasos, por supuesto.

Joseph se vio obligado a contener una risa cuando vio como Emmie perdía todo el color de su rostro. ¿Es que creía que él sería capaz de entregarla a alguien como ese imbécil? ¿Y qué Francis la dejaría? No, ni en sueños. ¿Por qué se preocupaba siquiera?

—Yo... Humm —tartamudeó—. No quiero ofenderlo, pero no estoy interesada, Señor Davenport.

George volvió a lucir casi devastado, pero sacudió la cabeza levemente y estiró un brazo para tomar la mano de la chica.

—Oh, querida. ¿Tienes miedo? Es totalmente comprensible, pero yo te daría tiempo, para terminar de conocernos, como es debido. A excepción de mi garrafal error de anoche, nunca te he tratado mal, ¿no es cierto?

Ella no sabía qué decir, no quería ser grosera a pesar de que se lo merecía, pero eso quizá pusiera en situación incómoda a Joseph y era algo que no deseaba provocar. El pobre tenía ya demasiado con tener que aguantar a alguien que le desagradaba con enormidad a esa hora del día.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero voy a declinar —dijo ya sin dulzura alguna.

—Has escuchado a la dama, Davenport. Ha tomado su decisión.

Pero él no parecía estar dispuesto a darse por vencido.

—Verás, no siempre las mujeres, ¿o debo decir niñas? Saben lo que es bueno para ellas —murmuró soltándola—. Creo que tu hermano debe pensar de la misma forma.

Indignada e insultada, Emmeline se giró hacia el Marqués, quien ya estaba con ambas manos apoyadas en el escritorio y poniéndose de pie.

—Recomiendo que te largues, si no quieres que haga que te echen, George. —A Emmie le asombró la reacción del hombre y sonrió, no por lo que había dicho, sino por el hecho de defenderla. Era una acción que parecía honesta y no un deber.

Estaba orgullosa y se sentía querida.

—No vas a conseguir nada mejor para ella, Thornehill, y lo sabes. No con el carácter que tiene y no se molesta en ocultar. Pero les daré tiempo a ambos para pensarlo y recapacitar, no se preocupen, no soy un hombre rencoroso.

Joseph dio un par de pasos rodeando el mueble que los separaba, y se inclinó cerca de George, dejando atrás a Emmie, que se había parado también.

—Retírate y mantente alejado. ¿Me has escuchado? No te acerques, no le hables, ni siquiera respire a metros de ella o voy a tener que encargarme de hacerte cumplir utilizando otros recursos.

El tipo le dio una mirada asesina, pero fue lo suficientemente inteligente como para mantenerse callado. Era consciente de que Lord Thornehill tenía un poder mucho mayor que él, perteneciente a una familia sin títulos, solo con una cantidad exagerada de dinero que le permitía poder moverse en esa presuntuosa sociedad.

Se giró sobre sus talones y desapareció, no sin antes darle a Emmeline una mirada que le pareció tenebrosa.

Joseph se volvió hacia ella.

—Maldito idiota —masculló con los dientes apretados—. ¿Estás bien? Si hubiese sabido que esto era lo que quería, no te habría hecho venir.

Ella se lanzó hacia atrás, cayendo sentada en el sillón de al lado de la forma menos delicada.

—Lo habría golpeado si no hubieses estado presente —gruñó con el puño cerrado—. ¿Y oíste lo que me dijo? ¿Qué no conseguiría alguien mejor que él? —Resopló—. Eso no puede ser así... —Pero se detuvo dudando—. ¿No?

Joseph se colocó con gracia a su lado.

—¿Es una pregunta seria?

Ella respondió con silencio y una mueca que demostraba su inseguridad.

—El mismísimo rey caería rendido a tus pies, Emmeline. —Dijo con una sonrisa.

—Estás siendo amable, Joseph. Y exagerado.

—Si alguien te conociera una décima parte de lo que yo te conozco... Estúpidos como él solo se fijan en tu belleza externa, y míralos, todos quieren tenerte. Sabes muy bien a lo que me refiero, ¿no?

—¿Crees que si fuera yo misma me querrían un poco menos? —Comentó—. Supongamos que yo aceptase su proposición, ya te dije esto una vez, si él viera mi cuerpo, mis marcas, las cicatrices... Imagina su furia al descubrir que no soy como imaginaba, ¿y mis pesadillas? No estoy segura de que alguien lo soportaría... Que me amaría de esa forma.

Joseph estrechó los ojos y apretó los labios viendo como ella se encogía a medida que iba a avanzando la conversación.

—Todo eso es una tontería, Emmeline.

—No, no lo es —articuló levantando la voz que le salió quebradiza. Se hundió aún más y se abrazó a sí misma. De pronto se sentía débil y asustadiza. El matrimonio era algo que siempre había visto tan lejano que no se había molestado en pensar en ello más allá de sus expectativas, siempre altas para la época.

Joseph no lo pensó dos veces, más bien, ni siquiera una. Extendió sus brazos, se sentó más cerca de la joven y la atrajo a su pecho. Emmie no retrocedió ni dudó, se apoyó en él y cerró los ojos. Se prometió no llorar, y lo consiguió concentrándose y respirando profundo, soltando el aire por la boca. Estaba claro, además, que tenía mucho que ver con

que precisamente ese hombre la estuviese sujetando tan cerca de su cuerpo, dándole calor y fuerzas.

El golpe en la puerta, si lo hubo, no se oyó, lo cierto es que cuando lo notaron, Elizabeth y Sebastian estaban de pie en la puerta, contemplándolos, en silencio, con los ojos como plato, en espera de una explicación.

—Beth —susurró Joseph al verla. Em dio un respingo y se enderezó en el sofá—. ¿Es que has olvidado tu educación? —Inquirió él sin mosquearse—. Se debe golpear una puerta antes de ingresar a un espacio privado.

—Nos enteramos que Davenport estuvo aquí, y que luego se marchó furioso. Queríamos saber qué sucedió. —Su voz era dura, glacial, al igual que la mirada de ambos que recaía en especial sobre el Lord.

Pero él no se inmutó.

—Vino con una propuesta de matrimonio —escupió.

La boca de Beth formó una perfecta “o”, Sebastian dio un paso adelante, pero Joseph no lo dejó hablar.

—Hemos declinado, por supuesto. Y luego, claro, enfadado y con su orgullo dañado, se encargó de insultar a Emmeline.

—Ese bastardo...

Elizabeth regresó a la realidad.

—¿Y es por eso que estabas abrazándola? —Su mirada se había suavizado, ya no era reprobatoria o confundida. Parecía un poco más animada y divertida—. ¿Qué te ha dicho George, Emmie?

—Nada que merezca ser recordado —contestó Joseph en su lugar y se volvió hacia la aludida esperando verla recompuesta. Y ella lucía de esa forma, pero era difícil decir si la razón de aquello era la presencia de su hermana o si era real.

—Demos una vuelta por el jardín para despejarte, Em. Olvidarás el mal rato —propuso Beth.

Ella asintió y se levantó junto con Joseph.

Sebastian y su esposa salieron de la habitación caminando delante de ellos, lo que los dejó nuevamente a solas por unos segundos.

—Gracias —susurró la castaña deteniéndose de frente a él—. Por todo, Joseph. Lo digo en serio. —Antes de marcharse tocó su mejilla con la yema de los dedos, palpando su corta barba y evocando recuerdos y deseos indecorosos en la mente de ambos. ¿Sería siempre así con él? ¿Siempre sentiría esas incontenibles ganas de tocarlo, se le contraería el estómago cada vez que lo hacía? ¿Pasaría cada segundo cerca de él deseando que la besara?

Si tan solo pudiese encontrar un hombre que fuese una décima parte de lo que era él, entonces, sería feliz.

CAPÍTULO 13

Emmeline había quedado tan alterada después del disgusto que Davenport le había causado, que luego de la cena que había compartido solo con Sebastian y Beth ante la ausencia de Joseph, no podía dejar de pasearse por su habitación en busca de una forma de ofenderlo de la misma forma que él lo había hecho.

Joseph le había asegurado que nada de lo dicho era cierto, pero Emmie le había creído poco, había pensado todo el día en que él lo negaba solo porque la quería y no le gustaba lastimar sus sentimientos.

Pero ella podría tener algo mucho mejor que George Davenport por dos razones. Una, por todo lo que el Marqués le había dicho. Y dos, porque era la hermana de un respetado y acaudalado Conde y su dote era más que generosa, Francis se había encargado de establecer aquello.

Esta segunda opción era, sin duda, la más probable.

Debería estar durmiendo, lo sé. Pero también sé que no voy a lograrlo. Mi cabeza no ha dejado de trabajar en todo el día, y no solo por alguien a quien no voy a nombrar, puesto que no se merece ni un lugar en mi cuaderno nunca más, sino también por lo que creo que es el llamado de atención de mi corazón.

¿Qué me está pasando?

Recuerdo cómo me sentía hace años, cada vez que veía a Lord Parker cuando él visitaba a mi hermano y me traía regalos. Parker era inteligente, guapo y amable, eso era todo lo que sabía y lo único que necesitaba para decir que estaba enamorada de él. Pero no se compara con lo que pasé anoche, las sensaciones en mi cuerpo cada vez que Joseph se acerca o cuando me abrazó esta tarde.

Él es dulce, inteligente, y no voy a negar que es guapo, es mucho más que eso, claro que sí. Y también siento que en realidad él me entiende. Puedo hablar con Joseph a sabiendas de que no va a burlarse o restarle importancia a mis palabras. Confío en él con toda mi alma y solo hace unos meses que lo conozco, ¿es eso posible? Asumo que sí, porque es cómo las cosas están ahora.

Sé que al principio me molestaba su carácter, su silencio, sus perfectos modales, tan rígidos. Pero no puedo imaginarlo de otra forma, y creo que me encanta como es. Si él fuese una dama, los hombres se referirían a eso como “parte de su encanto”, y tal vez sea así como lo veo yo.

Dios mío, ¿qué me está pasando?

Yo no estoy enamorada de Joseph. Lo quiero, sí. Eso lo sé. ¿Pero enamorada?

Cerró el cuaderno de un golpe seco, era medianoche. Todos estarían durmiendo ya. Beth y Sebastian en su casa desde hacía horas. ¿Habría llegado Joseph del White’s? No lo había oído entrar a la habitación continua. Quizá estaría en el living o en su despacho.

Una repentina necesidad de comprobarlo surgió desde dentro.

No lo pensó, se colocó la bata y bajó a la planta inferior. El living estaba en penumbras y no le pareció ver a nadie entre las sombras, así que se dirigió al estudio.

No se molestó en tocar la puerta, en ese horario ya no era necesario. El Marqués sabía que ella podía aparecer, Em no veía la razón por la que debería anunciarse. No era

como si Joseph fuese a estar desnudo.

—Lady Emmeline —murmuró él con una media sonrisa al verla entrar. Todavía estaba vestido con la misma ropa que lo había visto marcharse. Tenía en sus manos un montón de papeles, lo cual no era noticia, y en la otra un vaso lleno de un líquido dorado—. No te esperaba tan temprano. ¿Ya te has despertado? —Dejó los papeles sobre el escritorio y miró el reloj con el ceño fruncido—. Es muy pronto.

—No he podido conciliar el sueño, así que decidí ver si habías regresado. ¿Qué tal te fue? —Inquirió apoyándose en la puerta. No tenía ganas de leer. Si bien no había intentado acostarse ni dormir, los ojos le pesaban.

—Como de costumbre, bastante aburrido. Debe haber algo extraño conmigo, ya no encuentro estas reuniones interesantes. Los juegos, las apuestas han perdido... emoción.

Emmie sonrió con cariño.

—Tal vez deberías buscar un cambio —propuso.

El Marqués la miró con interés, sin saber qué era lo que ella proponía. Aunque tenía el presentimiento de que ella no tenía ninguna segunda intención detrás de sus palabras, era algo que le encantaba de ella.

—Quizás debería —compuso dedicándole una mirada abrasadora de la que ella no se enteró. El rumbo de sus pensamientos se estaba volviendo pecaminoso, dejó de mirar las curvas de su cuerpo y optó por cambiar de tema—. Oh, casi lo olvido. Hoy tuve el placer de encontrarme con el padre de tu pretendiente.

Los ojos de la chica se agrandaron.

—No me digas que ese hombre te acusó de algo —soltó acercándose a la silla del otro lado de la mesa.

—Al contrario, Emmeline. De esa forma habría sido más llevadero, puesto que ante una palabra insultante de su parte hacia mi persona o hacia ti, habría pedido que lo invitasen a largarse del club. Eso me habría facilitado mucho las cosas, créeme.

—¿Entonces no estaba enojado?

—No conmigo al menos, con su hijo sí. Según dijo. Ellos no poseen un título, solo dinero. Pero no sería de mucha ayuda si yo declarase mi desagrado por esa familia, o los acusara de algo. Además, todavía está el hecho de que están obsesionados con que me case con su hija —murmuró sacudiendo la cabeza al pronunciar lo último.

Emmie adoraba que él se expresara tanto con ella. No lo había visto tener conversaciones largas con su hermana o con Sebastian, bueno, con este último quizá sí, pero siempre era sobre trabajo.

Soltó una risa.

—Eso es tan absurdo como que yo deseara casarme con el inepto de su hermano. —Mostró una expresión de desagrado antes de levantarse para tomar un vaso y agregar un poco de eso que Joseph estaba tomando.

El líquido ambarino quemó en su garganta, pero se giró para no demostrar lo débil que era ante esas bebidas tan fuertes. ¿Cómo podía él, tomar eso sin siquiera inmutarse? Volvió a intentar con otro trago, quizá si se acostumbraba, no le molestaría tanto.

Tenía que probar, que más le daba, se iría a la cama luego. Con suerte un poco de alcohol en su circulación la ayudaría a dormir.

Con el vaso todavía en la mano se paseó sin hacer el menor ruido por la habitación. No pensaba en nada y a la vez en un poco de todo.

Pronto descubrió que beber más no ayudaba a que la quemazón remitiera, pero sí a que el sabor fuese un poco más placentero. Casi sin notar, había terminado y se había

servido un poco más.

Tan solo un poco más...

Se aproximó a la parte trasera de la silla de Joseph. Él continuaba leyendo con el ceño fruncido. Apoyó la barbilla en el hombro del hombre y estrechó los ojos para leer. Pero no lo logró. Todo se veía borroso y para ser honesta, el tenerlo tan cerca, casi rozando su piel, no la dejaba interesarse en otra cosa que no fuese el mismísimo Joseph.

Algo la obligó a tener que respirar con los labios entreabiertos.

—Joseph —susurró sin contenerse.

Él ya no estaba concentrado en los escritos, no desde que Emmeline se había detenido detrás. No había esperado que se apoyara en él, y menos que susurrara su nombre de aquella manera tan... íntima.

Todos sus pensamientos se borraron y una sola cosa se colocó en su cabeza: Ella.

Soltó de golpe todo lo que había en sus manos y se giró, poniéndose de pie. Frente a frente, se miraron por un segundo sin siquiera respirar.

La mirada de ella era suplicante. Necesitaba algo, pero no estaba segura de qué era con exactitud. Él sí.

—Joseph —volvió a decir embargada por la confusión.

Un asomo de sonrisa apareció en el rostro del muchacho.

—Lo sé —murmulló, y prosiguió a dar un paso adelante, la rodeó con sus brazos colocándolos en su cintura, atrayendo el cuerpo delgado y pequeño de Emmeline contra su pecho. Sin desprender los ojos de los de ella, fue acercándose a sus labios. Nada lo habría detenido en ese momento, era algo que ambos deseaban hacer con fervor desde la noche anterior.

Joseph colocó los labios sobre los de ella, con suavidad en un principio. Pero no pudo contenerse más al oír el jadeo que salió de la muchacha. Podía reconocer un jadeo de placer en los labios de una mujer, aunque fuesen los de una inocente como ella.

Introdujo la lengua en su boca para encontrarse con la de Emmie que lo buscaba dubitativa, queriendo imitar los movimientos de la noche previa. Con una mano se enredó en el cabello suelto y largo de ella, y con la otra recorrió la espalda de la chica, más descubierta que la última vez, solo llevaba el camisón y una fina bata, que en opinión de Joseph, era lo mismo que si no la llevase. Era demasiado fina, demasiado tentadora. Él quería tocar su piel y tenía el fuerte deseo de arrancar todo lo que se interponía en su camino.

Emmeline no logró pensar en nada, a diferencia de la primera vez que había sido besada, ahora no tenía conciencia de nada más que del contacto caliente de Joseph. Las manos de ella buscaron recorrerlo de la misma manera que las de él se desplazaban, pero Joseph tenía demasiada ropa, y ella también ansiaba tocar su piel.

Las llevó al mismo lugar en que antes habían estado tan cerca. Enganchó los dedos en el pelo del Marqués y recorrió también la parte baja de su nuca, acarició su mejilla, su frente, todo lo que pudo tocar.

Pero no era suficiente.

Él se separó de su boca y los labios comenzaron a moverse por el rostro de ella, delineó su mandíbula, y se escondieron detrás de su oreja produciendo un estimulante cosquilleo que se extendió por todo su cuerpo. Y luego descendió hasta su cuello.

—Joseph —murmuró extasiada.

Lo sintió sonreír.

—Me gusta tu piel. Eres muy suave y sedosa, quisiera... —Se detuvo de repente,

como si recién hubiese tomado conciencia de lo que estaba haciendo y la miró fijamente a los ojos.

Emmie parpadeó decepcionada.

—Me gustaba lo que estabas haciendo —confesó sin remordimientos.

—Y a mi —coincidió sin expresión—. Pero lo siento, Emmeline. Perdí el control.

Las cejas de ella se elevaron a la vez.

—Tienes una forma divina de perder el control, Joseph.

Él la contempló entre incrédulo, indignado y algo más que Em creyó que era ternura.

—Se supone que es mi deber evitar que alguien pueda hacerte algo así. —Dio un paso atrás y ella lo siguió sin dejar que pusiera más espacio entre ellos—. Emmeline... Esto está mal. Tú hermano me mataría, y Beth, incluso Sebastian.

—Ninguno de ellos está aquí —protesto—. Y no te estás aprovechando de mí, si es lo que estás pensado. Deja de ser tan correcto, Joseph. Y puede que esté mal, pero se siente tan bien... —Sonrió suspirando al mismo tiempo. Estaba avispada por la bebida que lejos de darle sueño la había despertado aún más.

La sonrisa que él le devolvió no era de felicidad.

—Lo sé, Emmeline. Pero....

Un dedo se posó en sus labios, silenciándolo. Emmie cerró la distancia entre ambos y se puso de puntillas sosteniéndose de sus antebrazos para remplazar ese dedo por su boca.

Fue un beso casto y dulce. Presionó los labios contra él y los mantuvo por un tiempo antes de retirarse rozando sus narices. Emmeline todavía estaba sonriendo y él se contagió de esa ternura. Ella era perfecta, decidió. Tenía tanto afecto para dar, y no deseaba que nadie más lo recibiera. Nadie que no fuese él, el solo hecho de pensarlo por un instante lo enfermaba.

El tambaleo de ella al volver a posarse con todo el pie sobre el piso lo devolvió, de nuevo, a la realidad. Arrugó la frente mientras la ayudaba a estabilizarse, sujetándola con fuerza por los dos brazos.

Emmie soltó una risita. —Creo que esa cosa que tomé me está haciendo efecto.

Joseph se fijó en el vaso vacío que había junto al de él en el escritorio.

—¿Qué tan lleno estaba?

—Bastante —admitió—. La segunda vez un poco menos, pero aún así...

¿Segunda vez?

Dejó escapar una carcajada y la sostuvo contra su pecho. Em estuvo lejos de resistirse, cerró los ojos y le devolvió el abrazo.

—Creo que alguien va a sufrir unas pequeñas molestias mañana por la mañana —murmuró pasando los brazos por debajo de sus rodillas y la levantó acunándola como un bebé—. Te llevaré a tu habitación, no estás en condiciones de subir las escaleras en este estado.

—Oh, no. —Se quejó levantando la cabeza—. ¿No podemos quedarnos aquí un rato más? No quiero estar sola Joseph, después de lo de recién, creo que me voy a sentir muy fría y sola en la cama.

Tanto como él se sentiría al acostarse, pensó con amargura.

—Un ratito en el sofá. ¿Por favor? —Insistió—. Me gusta estar así —ronroneó con la voz amortiguada debajo del cuello de hombre.

¿Y quién... quién era Joseph para negarse?

CAPÍTULO 14

Para Emmeline, todo parecía dar vueltas cuando se sentó en la cama ante los insistentes llamados de sus doncellas.

—Buenos días, Lady Emmeline. ¿Desea seguir durmiendo?

—¿Ya es hora de levantarse? —Gruñó mientras las miraba.

Kat y Jen rieron con disimulo.

—Solo si usted lo desea —compuso la primera—. Ya sabe que Lord Thornehill y la señora Elizabeth no tendrían ningún problema en dejarla dormir un poco más y saltarse el desayuno.

Emmeline terminó de despertarse e ignoró todos los dolores que la molestaban. Y todo gracias a que Kat lo nombrase.

Lord Thornehill. Solo Joseph para ella.

Sonrió mientras salía de la cama y dejaba que las muchachas comenzaran a prepararla. Asintió a las propuestas de ellas para la ropa que utilizaría ese día sin siquiera verla, y las instó para que se dieran prisa con el armado del peinado, logrando que le dejaran el cabello suelto como a Em más le gustaba.

Salió casi corriendo de la habitación, tan rápido que se chocó a alguien ni bien estuvo en el pasillo.

—¡Oh, lo siento! —Exclamó. Pero cuando levantó la vista, no era ningún sirviente quien estaba ahí—. Joseph —articuló.

El Marqués estaba todavía sorprendido, pero sonrió al ver a la alborotada dama.

—Buenos días, Emmeline.

Em no había podido aclararse las ideas acerca de lo que había sucedido la última vez que se vieron, recordaba el beso, las caricias... Pero no cómo había llegado a la cama, de nuevo.

—¿Bajas a desayunar? —Preguntó al no tener una palabra.

—Sí, sí —balbuceó.

Joseph le ofreció un brazo para sostenerse y así escoltarla hasta el comedor.

—¿Cómo te sientes? —Susurró cuando las doncellas y su ayuda de cámara estuvieron lejos—. ¿Tu cabeza?

Se giró con lentitud para verlo, porque temía que si lo hacía más rápido iba a marearse y caer por las escaleras.

—Me siento horrible. ¿Por qué tú bebes tanto y no te afecta?

—No estás acostumbrada. Y el whisky que bebiste era muy fuerte, escocés puro, el mejor. Una buena elección, pero era demasiado para una principiante.

—Supongo. —Se quejó—. Y Hmm, ¿Joseph?

—Volviste a dormirte en el sillón y te llevé a la cama —dijo él sin necesidad de que formulase la pregunta.

El color invadió las mejillas de una señorita que pocas veces se ruborizaba.

Emmeline cerró los ojos, avergonzada.

—Lo siento —articuló.

Thornehill soltó una risa ahogada y con disimulo se acercó a su oído.

—Para mí es todo un placer, milady, no lo sienta.

Ella dio un respingo y abrió los ojos como plato. Clavó los zapatos en el escalón,

obligándolo a detenerse a él también, que ya tenía un pie en el siguiente.

—No estoy bromeando —siseó manteniendo la voz baja—. No te burles de mí.

Joseph se paró en el escalón subyacente al de Emmie para poder tenerla a la misma altura.

—Emmeline, no estoy bromeando —aseguró, serio—. Y volvería a hacerlo, tantas veces como fuera necesario.

Contuvo el aliento.

—¿Lo harías? —Repitió.

Él asintió.

—Por supuesto.

—¿Y lo de antes? ¿Volverías a hacer eso también?

Debería de haberlo negado, debería haber tenido un poco más de consciencia o al menos ser más sensato y precavido.

Pero no podía mentirle mirándola directamente a los ojos. Era, simplemente, imposible.

—Sí, Emmeline. Lo haría. Lo deseo. Pero no está bien. No puedo, no debemos.

El rostro de ella se iluminó.

—Pero lo hicimos. Pudiste —puntualizó.

—Emmeline —pronunció en tono de advertencia.

—Joseph. —Se burló y miró algo por encima de su hombro—. Oh, creo que tenemos que bajar. Beth y Sebastian acaban de llegar. —Los divisó en el pasillo sin que la vieran a ella, todavía—. Pero no hemos acabado esta conversación —sentenció mientras volvía a tomar su brazo para continuar el camino.

Elizabeth los observó con atención cuando llegaron al mismo tiempo que ella y su esposo al comedor. Eso sí que era inusual. Regularmente, su hermano habría estado sentado en la mesa desde hacía rato leyendo su diario, arrugando el entrecejo y gruñendo como siempre.

Pero ese día... Oh, ese día estaba sonriendo como un bobo mientras conducía a Emmie dentro de la habitación.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —Masculló Sebastian mientras la ayudaba a sentarse.

—No tengo ni idea —murmuró ella con la misma incertidumbre.

Emmeline sonrió para todos y aceptó que Joseph acomodase su silla también.

—Buenos días, Beth, Sebastian —saludó el Marqués con calidez.

Sebastian no pudo hacer otra cosa que una mueca no muy amable.

—¿Estás bien, hermano? —Beth se inclinó en la mesa—. ¿No tendrás fiebre? ¿O es que estás ebrio? Por favor, dime que es lo último...

Emmie dejó escapar una carcajada. Joseph las contempló confundido, primero a una y luego a la otra. Buscó ayuda en los ojos de su cuñado, pero él también lo estaba viendo raro.

—¿Qué pasa conmigo? —Replicó—. ¿Qué pasa con ustedes? Por supuesto que estoy bien, Elizabeth. No tengo fiebre, ni tampoco he bebido, por Dios.

—Es que... Bueno, luces muy alegre. ¿Has dormido bien? Quizá sea eso, no lo sé. No creo haberte visto así antes.

Em quería saltar de su asiento y decirles que eso era probablemente por lo que habían hecho la noche anterior. Sí, seguro que lo era. Y ella podría estar así también, si no hubiese tomado tanto de ese whisky del que Joseph presumía.

—Quizá, me costó dormirme, pero lo logré y no me he despertado hasta hace un rato.

Beth sonrió llena de alegría.

—Eso es maravilloso.

—Sí —respondió él dándole un vistazo a Emmie—, lo es.

Elizabeth, había salido para reunirse con una amiga y pasear por Hyde Park, aprovechando el tiempo que le quedaba antes de que salir fuese demasiado peligroso para su bebé.

Em había rechazado la propuesta argumentando que no se sentía muy bien. Le dolía la cabeza y tenía sueño. Claro que lo último no era muy cierto, pero sí le proporcionaba la oportunidad de escapar de un paseo con alguna de las estiradas amigas de Beth.

Estaba recostada en la cama cuando un golpe en la puerta la hizo abrir los ojos.

—¡Adelante!

No fue el vestido de ninguna de sus doncellas lo que Em vio primero. Sino un reluciente zapato masculino.

—¿Puedo...? —Preguntó el Lord entrando, y deteniéndose al lado de la puerta abierta.

—Oh, hola. Pasa. —Estaba confundida. Él nunca había entrado a su habitación, no cuando ella estaba despierta, pensó avergonzada. Si quería verla durante el día para informarle algo, o entregarle alguna carta de su hermano o su madre, enviaba alguien a llamarla para que bajase a su despacho donde se encontraba la mayor parte del tiempo—. ¿Todo está bien?

—Sí. Solo que estuve pensando, Beth no está y tú sí. Eso no es algo que suceda a menudo.

—De día, al menos —agregó inconscientemente.

Joseph sonrió.

—Bien dicho —asintió—. La cuestión es que creo recordar que te hice una promesa hace un tiempo y hoy es un día bastante bueno para salir...

—¿Una promesa? ¿Salir a donde?—Demandó entusiasmada.

—Creo que a Fuego le hace falta un poco de ejercicio y...

No necesitó decir más. Emmeline se puso de pie en un salto, olvidando todo su malestar y festejó.

—¡Oh, Joseph! ¿Cómo es que todavía te acuerdas? ¡Fue hace meses! Creí que lo habías olvidado.

La frente del hombre se arrugó.

—Yo nunca olvido mis promesas, Lady Emmeline, me ofendes —compuso.

Ella sacudió la cabeza, acercándose hasta donde Lord Thornehill se encontraba, pegado a la puerta que todavía no había cerrado.

—Por supuesto que no —coincidió con voz suave.

—No habíamos tenido la oportunidad. ¿Por qué hoy has rechazado la invitación de Beth?

Ella lo miró con culpa.

—No me agradan sus petulantes amigas. Y dado que tenía la excusa de mi molestia.

—Se llevó una mano a la cabeza con dramatismo—. No estaba mintiendo, solo exagerando un poquito. ¿Eso no está tan mal no?

—No, claro que no —pronunció divertido—. Entonces... No te sientes bien para ir al centro, pero un paseo al aire libre, una pequeña cabalgata por las cercanías, quizá ayude ¿no es cierto?

—Podría ser —comentó con aire cómplice—. Hmm, creo que definitivamente podría ser. Y, dígame, milord —dio otro paso adelante. Ya estaban casi rozándose—. ¿Sería usted tan amable de acompañarme? Ya sabe, solo por si acaso me siento mal de repente, o algo parecido.

La mirada de Joseph se tornó peligrosa cuando habló de nuevo.

—Sería un placer, milady. Todo un placer —murmuró estirando un brazo, y en un rápido movimiento, la apresó contra su pecho.

Emmeline jadeó por la sorpresa. Pero no le llevó más de un segundo acostumbrarse a ese abrazo. Estaba cómoda. Pero más que eso, se sentía... No tenía ninguna palabra para definir aquello. Estaba mareada y el corazón latía al ritmo de galopes.

Él clavó los ojos en los de ella, y vio sin demoras la respuesta que necesitaba.

Usó la mano libre para acercarla a su boca, y así, devorarla.

CAPÍTULO 15

Joseph escondió una sonrisa al ver a Emmeline enfundada en sus pantalones y todo el resto de su ropa masculina. Ella parecía calzarse de manera natural en ese atuendo como en un pomposo vestido de noche, aunque si lo pensaba mejor, no dejaba de quejarse de lo molestos y apretados que eran estos últimos. El afán de su madre por conseguirle un esposo era excesivo, y estaba bastante equivocada si creía que Em cazaría a uno, solo por usar ropa que resaltara de una manera exuberante todas sus curvas. Ella no escogería a quien se fijase justamente en ese detalle.

—No entiendo porqué Beth dice que es un caballo peligroso y loco. A mí me parece bastante bonito —comentó Emmie acariciando el hocico de Fuego.

—Elizabeth tiene un serio problema con todas las monturas, pero por lo general Fuego no es tan amistoso con nadie —sonrió como un bobo mientras la observaba—. Quizá seas tú.

La joven se giró y lo miró interrogante.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quizá lo has cautivado a él también, como a la mayoría de los hombres.

Em quiso acercarse y preguntarle si eso lo incluía a él también, quería que le demostrase de qué forma lo había cautivado, pero no estaban solos y lo único y más osado que podían hacer, era cuchichear y utilizar el arma de seducción que eran los ojos.

—Preguntaría si necesitas ayuda para subir, pero... —prosiguió.

—Quizá necesite ayuda para bajar, luego. Cuando estemos lejos de aquí —parpadeó con coqueteo—. ¿Me ayudará, milord?

El Marqués rió.

—Será un placer, milady.

Joseph se montó en el semental de Sebastian. Con la mirada atónita de todos los sirvientes que se encontraban cerca, ante la perfecta forma y la soltura de Emmeline para montar, Lord Thornehill los condujo a los dos, unos dos kilómetros alejados de la mansión principal y también de la casa del administrador.

Cuando se detuvieron, las mejillas de Em estaban rosadas por la excitación y el movimiento.

—¡Wow! —Soltó entre risas—. Eso ha sido increíble. No me había dado cuenta de cuánto lo extrañaba hasta ahora.

—Eres una amazona excelente —compuso orgulloso.

—¿Lo dudabas? No presumo nada que no soy, mi querido Joseph —guiñó—. Ahora —suspiró—, si es tan amable, Lord Thornehill, ¿me ayudaría a poner mis pies en el piso?

Deslizó una pierna para juntarla con la otra y estiró los brazos hacia él, que ya estaba de pie. Se agarró de sus hombros y dejó que posara las manos en su cintura antes de impulsarse hacia abajo.

Pero sus pies nunca tocaron el pasto. Estaba flotando, su cuerpo escasamente cubierto con la camisa y el chaleco de montar, rozaba el pecho de él, y sus rostros se encontraban, de esa manera, a la misma altura.

Iba a decir algo divertido, pero cuando abrió la boca, no salió nada de ella. ¿Y qué podía decir si su cabeza había dejado de funcionar? Quiso reír, pero tampoco lo consiguió.

Entonces, una sola cosa se instaló en esa mente en blanco que tenía.

Sin dejar de mirarlo a los ojos acercó su boca y no se detuvo hasta que sintió los labios de él debajo de los suyos.

Joseph había estado aguardando aquello, porque cuando se tocaron, no se supo cuál de los dos fue quien inició el beso. Emmie subió sus manos para acariciar ese cabello que tanto le gustaba y lo sintió también desenredando el de ella con los dedos.

Se sobresaltó cuando, luego, lo sintió en su trasero. Joseph rió por lo bajo y le mordió levemente el labio.

—¿Puedo hacer eso también?—Preguntó avergonzada—. Tocarte, así... Cómo tú lo haces. ¿Es correcto?

—Nada de lo que hacemos es correcto, pero puedes hacer lo que quieras.

—Mmm —ronroneó con los brazos cruzados detrás de su cuello, y estirando la cabeza hacia atrás para verlo directamente—. No creo que eso sea cierto.

—¿Por qué no?

—Porque ahora, como anoche, quiero sentirte más cerca. Sin toda esta tela de por medio —confesó con una sonrisa tímida—. Y estoy segura de que no podemos hacer eso ¿no?

La mirada de Joseph se tornó oscura y dio un paso atrás para que ella no se percatara de cómo su miembro parecía querer escaparse del pantalón. Esas, eran el tipo de cosas que nunca deberían de salir de la boca de una señorita inocente. Pero esa era la misma razón por la que Emmeline lo decía. No tenía ni idea de lo que podía llegar a provocar.

—¿Joseph? —Susurró asustada.

Él inspiró profundamente por la nariz y soltó el aire retenido.

—Lo siento —apretó los labios—. No quería hacerte enojar ¿tan malo es lo que dije?

—¡Emmeline! —Apoyó las manos en sus hombros para tranquilizarla—. Hey, no es nada de eso.

—Pero me dejaste, me soltaste y te alejaste... Quizá debí de...

La silenció posando sus labios sobre los de ella. Otra vez.

—No eres la única que quiere quitar toda esta tela de encima, Emmeline —explicó con humor—. Pero sí, creo que tenías razón cuando dijiste que no podemos hacer todo lo que queremos. Incluso cuando estamos solos.

—¿Pero por qué te alejaste? —Insistió.

¿Y cómo rayos iba a explicarle algo así?

—Porque —dijo con cautela—, el hecho de que tú lo digas de esa forma, de saber que también lo deseas... Me hace... Desear a mí también, demasiado, y eso no es bueno. —No era la mejor elección de palabras, pero se sintió aliviado de haber podido explicarlo de alguna manera.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza volviendo a aventurarse y abrazarlo de la forma en que se encontraban antes. Él volvió a cerrarlos los brazos en torno a ella y Emmie respiró aliviada de que no los hubiese separado de nuevo.

—Porque no puedo perder la cabeza a tal extremo, Emmeline. ¿No lo entiendes? Esto no está bien. Eres una dama, y estás a mi cargo. Ya te dije, mi deber es protegerte. Incluso de mí mismo. Y lo que estoy haciendo ahora, lo que hice anoche, incluso cuando te besé en el carruaje, o si me dejabas decirlo, cuando permití que pasáramos las noches, solos, sin ningún acompañante, estuve muy mal —suspiró y arrugó la frente. Todo estaba muy mal—. Es indecoroso, incorrecto, inapropiado. Como quieras llamarlo. Sobre todo para una jovencita como tú, si nos descubren... —Negó con la cabeza sin querer pensar en lo que

podría ocurrir—. Dañaría tu reputación.

—Y eso es lo peor que le puede pasar a una dama de mi clase —citó las palabras de su madre queriendo imitar también su voz.

—Emmeline, esto es serio —advirtió.

—Nadie nos va a descubrir, Joseph. Deja de preocuparte. Somos cuidadosos. Y nadie dudaría de ti, eres el Marqués de Thornehill, hijo del Duque de Harsburn, un Whitemore.

—No soy yo quien me preocupa, Em. Eres tú.

Una sonrisa se formó en el rostro de la chica.

—Eres muy dulce —musitó apoyando la frente en la de él—. Y me has llamado *Em*.

—¿Te gusta que te llame así? —Preguntó suavizando la voz.

—Me gusta que me llames como sea. Cuando alguien me dice *Emmeline*, se siente como si estuvieran regañándome, pero no en tus labios. —Los acarició con los suyos—. Y te dije que me llamas *Emmie*, como todo el mundo. Pero no lo has hecho nunca.

—Tal vez porque no soy como todo el mundo —propuso y ella soltó una carcajada.

—No, no lo eres —coincidió.

—*Emmie* —probó—. *Emmie*... No, me gusta *Emmeline*. Voy a seguir llamándote así. Es un nombre hermoso, como quien lo lleva.

—Con halagos no se llega a ningún lado, milord —canturreó.

—¿No? —Alzó las cejas—. Pero no importa que los diga de todas formas ¿cierto? Que diga que me encanta tu cabello, especialmente cuando lo llevas así, como ahora, suelto, sin adornos ni nada. Es tan largo y sedoso, y huele de maravilla, como tú. Tampoco importa que te diga que me cautivan tus ojos y la forma en la que me miras con ellos. Me gusta cómo te quedan estos pantalones, y aunque estés dejando muy poco a la imaginación para un hombre, voy a admitir que disfruto la vista con enormidad. —Y deslizó ambas manos de nuevo hasta las curvas de su cintura, bajando por las caderas, hasta llegar al trasero redondeado y marcado solo con la tela de esa prenda—. Y he descubierto que es mucho más placentero tocarte así que si tuvieras un vestido.

Emmie no tenía palabras para responder. Se había quedado sin aliento desde la primera palabra, y ahora no podía hacer más que respirar entrecortadamente sintiendo su tacto ardiente.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué se ponía de aquella manera cuando la tocaba?

—Bésame —articuló sin parpadear.

—Con gusto —contestó él con voz ronca y procedió.

Pasaron más de dos horas antes de que el Marqués decidiera, a regañadientes, que era hora de regresar. Y no era por gusto, pero Beth no tardaría mucho más en llegar y no iba a arruinar su buen humor con el escándalo que su hermana pudiese armar.

Emmeline estaba de acuerdo, pero de igual forma protestó y corrió por los alrededores como si fuese una niña y lo instó a perseguirla. En realidad, lo que ella buscaba, además de extender el tiempo que pasaban juntos, era hacer que él se soltara más y dejara de pensar en lo que estaba bien y lo que no.

El regreso también lo retrasaron, pero esta vez y por decisión consensuada, mantuvieron los caballos casi pegados uno con el otro para poder ellos, a su vez, disfrutar

de la proximidad.

No hablaron casi nada, era un silencio cómodo y agradable. Era como si no necesitasen más palabras para comunicarse. Emmeline no tenía idea de que eso podía suceder, pero se dio cuenta, en ese viaje, que más que posible, era algo bello y parecía un acto bastante íntimo.

En las caballerizas, no pidió ayuda de Joseph para bajar y saltó tan ágilmente como él.

Se sonrieron cuando estuvieron con los pies sobre la tierra, quizás, pensando y recordando los dos, lo mismo, al mismo tiempo.

Atravesaron una puerta que los conducía directo a la sala, cuando una criada se cruzó en el medio impidiéndoles el paso.

—¡Oh, milord! —Exclamó con voz baja y una expresión aterrorizada—. Qué bueno que ha regresado.

—¿Estás bien, Maddie?

—Queríamos ir a buscarlo, excelencia. Pero no sabíamos si usted deseaba que lo molestasen, y además, cuando decidimos que quizá esto valía la pena, nadie sabía con exactitud a dónde se había ido. Solo que se habían llevado los caballos y...

—Maddie —repitió—. ¿Qué ocurre?

—Es que ha llegado hace más de una hora, de repente y sin aviso, milord. Y nadie sabía muy bien qué decirle. No teníamos aviso que vendría, ni mucho menos para quedarse.

CAPÍTULO 16

—¿Ha llegado mi sobrino? —Una voz que el Marqués no tardó en reconocer llegó a ellos antes de que Maddie pudiera responderle su anterior pregunta—. Oh, ahí estás Joseph querido.

Emmeline miró interrogante a la criada que se encogió de hombros y suspiró antes de escabullirse.

—Tía —murmuró Joseph relajándose—. ¡Qué sorpresa! No te esperábamos...

La señora de curvas exuberantes llevaba un vestido verde manzana y un peinado demasiado llamativo cantando la última moda. Em se resistió a hacer una mueca. Si era honesta, era bastante gracioso.

—Tu hermana necesita alguien quien la cuide, cariño. Y entonces, me propuse venir y serles un poco de ayuda. Y estamos a mitad de temporada, por lo que también podría disfrutar un poco de este escandaloso Londres —sonrió y pasó una mano por la mejilla de su sobrino—. Te veo bien, Joseph.

—¿Por qué iba a ser diferente?

Ella levantó las cejas y no respondió, dejando a Emmie con las ganas de conocer la respuesta. Pero eso se fue de su mente cuando la extravagante señora reparó en ella.

—¿Qué tenemos por aquí? —Dio un paso hacia adelante y el Marqués tuvo que hacerse a un lado. Los ojos de la señora se pasearon desde la cabeza a los pies de Emmie, quien deseo poder esconderse, o por primera vez, quizá, quiso estar mejor vestida—. ¿Quién es esta hermosa criatura, Joseph? ¿Es que pensabas esconderla de mí?

—No, tía. —Se aclaró la garganta y tomó la mano de Emmeline para acercarla—. Es Lady Emmeline Laughton, Emmeline, ella es mi tía, Lady Claire Whitmore.

Emmie sonrió. Tenía un vago recuerdo de la señora. Intentó hacer una reverencia, pero el llevar pantalones se lo dificultaba bastante. Soltó una risita por su incompetencia momentánea.

—¡Oh, Lady Emmeline, por supuesto! Como has crecido, jamás te habría reconocido. No te he visto desde el funeral de tu padre, eras una pequeñita por ese entonces. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Once años —soltó cortante.

Sintió como Joseph apoyaba una mano en la parte baja de su espalda y lo miró. Era como... Si le estuviese dando ánimos y ella se lo agradeció en silencio.

La mujer asintió. —Ahora lo recuerdo, la Duquesa me dijo que Annabeth iba a emprender un viaje con su hijo por una temporada y Elizabeth había aceptado que te quedases con ella. Bueno, ahora tengo compañía asegurada cuando quiera salir. Será divertido, niña. Pescaremos un esposo para ti, ¿o es que ya tienes alguno en vista?

Los ojos de la chica se ampliaron.

—Tía, la estás incomodando. ¿No deberías descansar? Estoy seguro de que ha sido un viaje muy largo.

La señora frunció el entrecejo.

—Incomodarla no es mi intención. —Sacudió la mano restándole importancia—. Hablaremos de eso luego, podemos tomarnos una taza de té. Pero ahora dime, ¿por qué una dama como tú, está usando ropa de hombre? ¿Y donde han estado ustedes dos en la última hora que llevo esperando?

—Fuimos a cabalgar, milady. —Y enderezándose por completo para no parecer más avergonzada de lo que estaba, prosiguió—. Es más cómodo, para mí, y para mi montura si no llevo metros y metros de tela con la que enredarme. —Sonrió orgullosa.

—¿Se fueron solos? —Inquirió Lady Claire, incrédula—. ¿Estuvieron solos todas estas horas?

Emmeline la observó como si esa pregunta no tuviese sentido.

—Señora, Lord Thornehill es un caballero, no debe preocuparse por mí.

—Oh, bueno. Yo no soy nadie para cuestionarlo, especialmente conociendo a mi sobrino. Pero... No todos serían tan considerados. Una señorita como tú...

—Todo está bien, tía Claire. Además, nadie más va a enterarse. Y el servicio es leal, no va a andar cuchicheado y chismoseando acerca de nada.

Emmeline lo detuvo cuando recordó algo.

—Y quizá, usted podría hacernos un pequeño favorcito también. —Se arriesgó—. Verá, Beth no sabe nada de esto...

La señora soltó una carcajada.

—Mi Elizabeth siempre le ha tenido terror a los caballos. Asumo que eso continúa igual que antes. No te preocupes, no oírás nada por mi parte. Pero tú y yo debemos tener una conversación en algún momento. Ahora, si me disculpas, iré a tomar una siesta.

Y sin más, se giró y caminó con paso elegante y seguro hacia las escaleras.

Emmeline y Joseph se miraron y rieron.

—Te compadezco. Nos compadezco a ambos —agregó él—. Tía Claire es un poco... particular. Y ha mencionado el encontrarte un esposo —apretó los labios, ya no tan divertido.

—Creo que utilizó la palabra *pescar*.

—Sí... Tía Claire siempre consigue *lo que quiere*. —Le advirtió—. Y es implacable.

Emmie torció el gesto. —Mamá estará encantada cuando le cuente de su visita entonces —murmuró—. ¿Por casualidad no tienes que ir a Thornehill House, Joseph? Quizá pueda acompañarte unos días...

—Yo cuidaré de ti, Emmeline —susurró dedicándole una sonrisa—. Lo he hecho hasta ahora ¿no? Aunque estos últimos días no me he comportado como debería, creo que lo hice bien antes de eso.

El humor de la joven mejoró considerablemente.

—A mí me gusta cómo has cuidado de mí, especialmente anoche y hoy. No te lo he agradecido —ronroneó—. Quizá... ¿Esta noche? ¿Puedo agradecerte esta noche, Joseph?

El lord se obligó a respirar y contenerse.

—Emmeline.

—Esta noche será —sentenció.

—Me estás tentando demasiado. Si no te conociera mejor, diría que ya has practicado esto antes —comentó.

Emmie arrugó los labios.

—¿Practicar qué?

—Seducir —pronunció.

¿*Seducir*?

—Yo no te estoy seduciendo —replicó ofendida—. Ni siquiera sé cómo se hace.

—¿Ah no? ¿Y qué estás haciendo conmigo entonces? —Preguntó divertido. Ella no sabía qué responder, ¿qué estaba haciendo exactamente? No se había detenido a pensar en

eso. Abrió la boca y la volvió a cerrar—. Me está seduciendo, Lady Emmeline —declaró—. Y descaradamente, debo agregar.

—¿Descaradamente?

—Oh, sí —coincidió—. Pero creo que me gusta ser descaradamente seducido —agregó al ver la confusión marcada en el rostro de la chica—. Sí, me gusta bastante.

—¿Me aconseja que no me detenga entonces? —Cuestionó con una sonrisa coqueta.

—Mi deber, sería aconsejarte todo lo contrario. Pero mi deseo es otro... —*Muy a su pesar*—. No tengo fuerzas para decirte que te detengas, que no lo hagas mas —confesó tomándola por una mano para dejarla sobre su brazo y así, conducirla a la habitación. Elizabeth no tardaría en llegar y Emmeline tenía que estar lista para entonces.

—Joseph —giró la cabeza para estudiar su perfil—. Por una vez en tu vida, relájate.

—No es tan fácil, Emmeline —apretó los dientes—. Además, mientras más personas tengamos rondando por aquí, más cuidado debemos de tener. Si alguien nos ve en alguna situación comprometedor... Las noticias vuelan rápido y la gente ama los escándalos.

Estaba exagerando y adelantando catástrofes que no sucederían.

—¿Por qué no puedes tener pensamientos felices? —Se detuvo en la puerta de su habitación para mirarlo con seriedad—. Eres exasperante a veces, Joseph. ¿Lo sabías? Siempre le miras el lado feo a las cosas. No es así como conseguirás ser feliz.

Wow. Al parecer, estaba molesta. Él no era reprendido muy a menudo y que una jovencita con voz suave y rostro de ángel lo hiciera, especialmente aquella que había estado besando por dos horas, lo dejó anonadado. No se suponía que era lo que debía hacer, por lo general, las mujeres a las que besaba -entre otras cosas-, luego se comportaban de una forma más melosa y dulce que antes. Claro que su intención era recibir una segunda ronda, o con suerte, un bonito regalo.

Pero de nuevo, debió de reprenderse por comparar a Emmeline con otras mujeres. Ella no tenía nada que ver, ni jamás lo haría, con las demás. Joseph no permitiría que tal atrocidad fuese cometida.

Se encontró admirándola en silencio mientras la expresión de la castaña se mantenía firme.

—¿Me has oído? —Insistió.

—Quizá no merezca serlo, Em. Quizá esta es la forma en la que soy porque la felicidad y toda esa luz que tú tienes no están hechas para un hombre como yo.

El enojo se transformó en una profunda melancolía y tristeza ni bien oír aquello. Se encogió ante sus palabras y la garganta se le cerró en un nudo.

—¿Cómo puedes decir eso? —Articuló con la voz ronca.

El Marqués se inclinó hacia ella.

—Emmeline, ya sabes por qué. Oh, no. No vayas a llorar. Cariño... —Miró hacia los dos lados del pasillo para comprobar que estuviera vacío y abrió la puerta de la habitación metiéndolos a ambos dentro del cuarto de la chica.

Cerró la puerta detrás de él y se apresuró a abrazarla. Dejó la cabeza de ella contra su pecho y bajó los labios hasta su cabello.

—Odio que digas algo como eso —murmuró levantando la cabeza para mirarlo a los ojos y agarró las solapas de su chaleco—. Quisiera darle un pisotón o un puñetazo a tu padre por hacerte sentir de esa forma. ¿Cómo puedes creer que no mereces ser feliz?

—Em... —Quiso detenerla, pero ella lo sujetó con más fuerza y tiró de él hacia abajo.

—Eres un buen hombre. Y tienes un montón de personas que te quieren y se preocupan por ti. Yo soy una de ellas, y me lastimas, Joseph. Diciendo todas esas cosas sobre ti, me haces daño. ¿Eso es lo que quieres? ¿Hacerme daño?

¿Qué?

El lord estaba perdido y perplejo.

—Claro que no, Emmeline. ¿Qué estás diciendo?

—Que te mereces ser feliz. Que tienes muchos motivos para serlo. Sé que no puedes olvidar lo demás, todas las cosas feas. Pero dime, ¿tú crees que yo sí puedo? —Soltó la prenda que tenía agarrada y se alejó un par de pasos girándose para darle la espalda—. Porque no es cierto. No cuando tengo todas estas marcas en mi cuerpo. Marcas que impresionan a un médico o a cualquier doncella que quiera ayudarme a colocarme un vestido.

Sintió un par de manos sobre sus hombros y se detuvo. De hablar y de caminar. Cerró los ojos cuando esas mismas manos fuertes descendieron por sus brazos y la hicieron retroceder, chocando contra el duro muro que era de pecho de Joseph.

—Emmeline —susurró contra su oído. Sin poder resistirlo, aprovechando esas finas telas que los separaban y le daban más libertad que los amplios vestidos regulares de una señorita, la rodeó con los brazos a la altura de su vientre para acercarla más, si eso era posible—. Lo siento. No me gusta que pienses así. No digas esas cosas. No te lo permito.

Ella reaccionó enseguida ante la demanda, aunque con un tono de voz dulce por parte del Marqués. Se zafó de su agarre y volvió a girarse hacia él.

—Y yo no te lo permito a ti —siseó—. Dame tu palabra que vas a dejar de hacer eso. Deja de torturarte, Joseph.

—Eme...

Lo interrumpió de nuevo, sin mediar palabra, solo con una mirada aún más furiosa. Joseph suspiró.

—Lo intentaré. —Se apresuró a decir. —Te doy mi palabra en que lo intentaré, por ti, lo haré. Pero no puedo prometerte nada más, Emmeline. —Volvió a cerrar la distancia entre ambos. Se detuvo a centímetros de su rostro—. Pero no vuelvas a derramar una lágrima por mí. Eso, te lo prohíbo yo —señaló pasando el pulgar por una solitaria lágrima restante que caía por su mejilla.

—No puedo prometerte eso —susurró—. Cuando alguien se preocupa por una persona, es imposible hacer tal promesa.

Él no estaba seguro de querer saber eso.

—Yo me preocupo por ti —musitó.

Eso la hizo sonreír.

—Lo sé.

Estaban demasiado cerca, sus miradas no eran capaces de desencontrarse. Joseph quería tocarla, pero estaba conteniéndose. Tenía el pulgar apoyado en una de sus mejillas luego de quitarle la pequeña gota de agua salada que había descendido desde sus ojos, pero no quería hacer más. Temía no poder contenerse. A decir verdad, había sido un arduo trabajo mientras estuvieron alejados de la casa, y aunque habían estado solos, había sido al aire libre.

Pero ahora estaban encerrados en un cuarto con una gran cama a pocos metros que los llamaba a gritos.

Emmeline por su lado, tenía unos pensamientos y unas ideas diferentes con respeto a eso. Estaba ansiando que la tocara y mucho más, que la besara. Y no esperó más. Se

inclinó para acercarse a él, mejor dicho a su boca y la rozó con la suya.

Ese fue el detonante para que Joseph perdiera la cabeza. Que ella tomara la iniciativa lo excitaba mucho más de lo que podría llegar a pensar. La asió contra su pecho transformando ese beso inocente en uno profundo, deseoso, devorador. ¿Qué rayos le ocurría? No quería pensarlo, ni siquiera su amante más experimentada había conseguido hacerlo sentir tan descontrolado. ¡Y eso era tan solo un beso! Bueno, decir *tan solo un beso* no era hacerle justicia a aquel acto. Pero de todas formas...

La hizo retroceder hasta que la parte posterior de las rodillas de la chica chocaron contra la cama y sin soltarla, fueron recostándose, hundiendo el cochón en el proceso.

Emmeline no debería dejar de usar pantalones. Eran perfectos y sin duda muy cómodos, para algo más que cabalgar. Podía ubicarse entre sus piernas, como lo estaba haciendo, sin necesidad de incordiarle con capas y capas de seda.

Abandonó su boca y continuó por las mejillas, el ángulo de la mandíbula y la garganta. Mientras lo hacía, descubrió también que los leves suspiros de ella le gustaban más que los gruñidos o jadeos desesperados de cualquier otra.

Acarició su abdomen sacando de a poco la parte de la camisa que se hallaba metida dentro de los pantalones. Se deleitó tocando su piel ¡Por fin podía hacerlo! Y quería probarla... Posó ahora, la boca en su vientre suave y liso, estaba seguro que era tan perfecto como el de un bebé.

—Eres tan hermosa —murmuró acariciándola con la nariz. Sentir su miembro palpitar, rogando por salir lo había alertado y devuelto a la realidad. Tenía que detenerse. Pero no podía alejar sus manos, o ninguna parte de su cuerpo del de ella.

Volvió a subir y tomó su boca, esta vez, con dulzura y lentitud.

—Muy hermosa —repitió.

—Yo también quiero tocarte, Joseph —reclamó acariciando sus mejillas y deslizando las manos hasta la cintura de los pantalones donde se introducía su camisa para tironearla—. Déjame tocarte.

—Si dejas que haga eso, o si continuo haciéndolo yo, no voy a poder detenerme, Em. No puedo perder tanto el control.

Ella apretó los labios y asintió. Sabía que estaba mal, que no deberían hacerlo, y también presentía que cada vez que daban un paso más, se acercaban a aquello que estaba prohibido para una dama soltera como ella.

—La próxima vez voy a ser yo quien te toque a ti. Quiero acariciarte. —Hizo un puchero con el labio inferior.

¿Próxima vez?

—Oh, Emmeline. No creo que esto sea sensato, es peligroso. Deberíamos...

Ella se apresuró a poner un dedo en los labios de él.

—No lo digas —chistó—. Dijiste que te estaba seduciendo, y que te gustaba. Y si te gusta, te hace sentir bien ¿no es cierto? Y yo quiero que te sientas así, que te sientas bien. Quiero que seas feliz y lo voy a conseguir.

—¿Sentirme bien? —Pensó, y no notó que lo estaba diciendo en voz alta—. Es mucho más que solo sentirse bien.

Emmie le dedicó una amplia sonrisa y enredó los dedos en su cabello para atraerlo cerca de su rostro.

—¿Lo ves? No tienes idea de cuánto me alegra escucharte decir eso. Ahora yo también soy más que feliz, Joseph, y todo gracias a ti.

CAPÍTULO 17

Con tan solo unos minutos con Lady Claire, Emmie supo que esperaría con ansias que la mujer se marchara de regreso a su casa. Y también, que todos estaban de acuerdo con ese pensamiento.

Y no era que la dama no le agradase, porque hasta le parecía divertida, sino que hacía demasiadas preguntas acerca de cosas que Emmeline prefería evitar. Beth le había explicado que la mujer, por su edad, creía tener el poder y derecho para tocar cualquier tema y obtener lo que quisiera.

Para Emmie el peor momento, había sido cuando había hablado de su padre y la muerte de este.

Joseph había sido su salvación.

—A Emmeline no le gusta recordar esas cosas, tía, por favor. —Había dicho con voz firme, sin lugar a réplicas. Un cosa sorprendente para todos, puesto que él no había pronunciado una palabra antes de eso mientras cenaban.

La joven había bajado la cabeza y atacado su comida para esconder la sonrisa de satisfacción que se le había formado. Lady Claire, en cambio, había dejado los cubiertos sobre la mesa y contemplado a ambos sin reparo alguno, dejando en claro lo que pensaba.

¿Qué era eso? Ella tendría que averiguarlo.

Pero en los días que le siguieron, y como cualquier otro antes de su llegada, Joseph y Emmeline no daban lugar a ningún tipo de habladurías para quienes los veían durante el día. Elizabeth le había explicado a su tía que su hermano parecía estar cambiando con la presencia de Emmie en la casa. Ella salpicaba a todos con su amabilidad y vitalidad, y hasta el mismo Joseph se había contagiado. Eran una especie de amigos. Y Claire había asentido y sonreído con eso. Sí, podía notarlo. Pero era de lo último de lo que no estaba tan segura. ¿Solo amigos? Los hombres y las mujeres no podían ser amigos. Y mucho menos unos que vivían bajo el mismo techo.

Las noches eran una cosa distinta. La tía del Marqués dormía plácidamente y ellos podían permitirse seguir con su rutina habitual.

En un rato iremos a la fiesta que ha organizado la Condesa Weston y estoy contenta de asistir, la hija del lord, Ashleigh me agrada mucho. Es dulce y amable, y no le agrada Portia.

Lady Claire ha decidido acompañarnos y, ¿quiénes somos nosotros para decirle que no? Sé que necesito una carabina. Elizabeth ha dejado las fiestas y las salidas definitivamente hasta luego del parto. Y no es muy... sensato de nuestra parte ir solos. O al menos es lo que Joseph dice. A mí no me importa. Pero sé que voy extrañar compartir el viaje con él, mucho más ahora que estamos tan... unidos.

Me está mirando ahora mismo, y yo sonrío como una tonta. Es tan guapo que quita el aliento. No me había dado cuenta de eso antes. Iluminado solo por la luz de las velas es simplemente arrebatador.

Y también sé que quiere saber lo que escribo. Me lo ha dicho muchas veces.

Pero no va a suceder.

Emmeline cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesita del living. No estaban solos, Kat se encontraba bordando en una de las esquinas de la habitación, concentrada en su

trabajo. Ya la habían ayudado a cambiarse y arreglarse, pero ahora no era la única mujer a la que había que esperar. Y Lady Claire no parecía tener noción del tiempo, excepto cuando era ella la que tenía que esperar.

Desde el sofá de enfrente, Joseph miró a Kat para comprobar que no estaba prestándoles atención y se inclinó más cerca de ella, y susurró: —¿Te he dicho que estás hermosa? El rojo me vuelve loco, pero el dorado te hace parecer una reina.

Wow.

Emmie estaba anonadada.

Los cumplidos no eran algo que saliera de la boca de ese hombre con frecuencia.

—Gracias —compuso.

—No se merecen. Estás deslumbrante como siempre.

Los zapatos de Claire resonaron en las escaleras y Joseph ayudó a Emmeline a ponerse de pie para apresurarse a salir y llegar a la fiesta antes de que acabara.

El camino de ida a la velada del Conde Weston se hizo más largo que de costumbre. La señora no dejaba de hablar y preguntarse a sí misma cómo estarían sus antiguas amistades, a las que no veía hacia más o menos un año.

Ni siquiera era tanto el tiempo que había pasado.

—¿Y tú has hecho amigas, cariño? —Preguntó a Emmeline, que miraba distraída por la ventanilla—. Debes de tener cuidado, las jovencitas suelen ser tramposas y engañosas, si te descuidas, terminarán quedándose con el hombre que quieres atrapar.

La castaña rodó los ojos.

—Yo no quiero atrapar a ningún hombre, Lady Claire.

—Oh, bueno. Veo que no te gusta la palabra. Pero tienes que casarte algún día, niña. Estoy segura de que tu madre espera eso de ti. Es una vida muy solitaria para una solterona, Emmie. Tómalo de mí, sé de lo que hablo.

—Lo entiendo —asintió.

Pero la verdad era que ella no quería pensar en otro hombre que no fuese el que estaba sentado frente a ambas.

Por su lado, ese mismo, apretaba los puños para no abrir la boca y hacer callar a su tía. ¿Por qué no dejaba de insistir con lanzarla a los brazos del primer imbécil que apareciera? ¿Es que no entendía que Emmeline no era de ese tipo de mujer? Ella era sensible, con un pasado que la atormentaba, era deslumbrantemente hermosa y divertida. Era especial. Necesitaba alguien que comprendiera todo el sufrimiento que llevaba dentro y que fuese capaz de curarle las heridas.

Y ese *alguien*, no era ni George Davenport, ni ninguno de los animales lascivos que habían conocido hasta el momento.

—Y es un consejo que tú también deberías tomar, Joseph. ¿No te parece? Eres joven, pero querrás tener tiempo para preparar a tu heredero antes de estar hecho un viejo rezongón.

Los ojos del muchacho se ampliaron y enseguida arrugó la frente.

—Tengo veintiséis, tía.

—¿Y cuántos más piensas esperar? Uno tiene que asegurarse y tener varios hijos... Tu padre ha tenido la desdicha de perder a su primer esposa muy pronto, y que su segunda no fuera fértil... Pero tú tienes la oportunidad de remediar eso y casarte pronto para tener muchos hijos. Con alguien joven, así como Emmeline, sí, exactamente como ella.

—Tía —gruñó.

La mujer levantó las manos en el aire.

—¡Solo es una comparación, Joseph! No insinuaría nunca que tendría que ser ella. Ustedes dos son solos amigos ¿verdad? No quisiera arruinar eso, ya es lo bastante raro por sí solo.

Pero nadie dentro de ese carruaje se lo creyó ni por un segundo.

Entre las dos mujeres a las que escoltaba, el Marqués de Thornehill ingresó al amplio y lujoso salón del Conde Weston.

Cuando este se acercó, Lady Claire no tardó en engancharse a su brazo para que recorrieran juntos y saludaran a todos los invitados. ¿Y quién era el Conde para negarse a un pedido de la hermana del Duque?

Joseph estaba aliviado. Eso la mantendría ocupada por un tiempo y los dejaría a ambos en paz.

—Lo siento, no puedo controlarla —susurró al verla partir.

Emmeline sonrió.

—Lo sé. No te preocupes.

—Pero lo hago. No quiero que te sientas incómoda en casa, ni cuando sales. Es mi trabajo asegurarme de eso —suspiró.

—¿Tu trabajo? —Inquirió.

Oh, eso no había estado bien.

—Por supuesto.

—Yo no quiero ser el trabajo de nadie.

¿Qué? Ahora Joseph estaba mareado. Eso no había sido lo que él...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando ella se soltó y comenzó a caminar, alejándose. Reprimió sus ganas de correr detrás de ella, sujetarla contra su pecho con fuerza y hacerla entrar en razón a besos.

Pero no podía.

Lo único que podía hacer era alcanzarla, con disimulo, sin armar un escándalo. Las damas de sociedad eran tan complicadas, cualquier cosa podría armar un escándalo a su alrededor y arruinar su reputación, despertando rumores inciertos o exagerados.

—Emmeline, ¿qué estás haciendo? —Caminó sin tocarla y habló tan bajo como pudo—. No es eso lo que quería decir.

—Es eso lo que dijiste.

—Emmeline...

Ella sonrió de repente, pero no lo miraba a él.

—¡Ashleigh! —La hija del Conde caminaba con rapidez dentro de su diminuto cuerpo enfundado en ese vestido que parecía pesar el doble que ella, y sin duda le costaba controlar. Ashleigh era incluso más joven que Emmeline, más pequeña y con una apariencia bastante frágil. A Joseph le asustaban las chicas como ella. ¿Por qué los padres insistían en darse prisa para casarlas? ¿No se daban cuenta que estaban conduciéndolas a su propia muerte en un parto por el que sin dudas tendrían que pasar unos meses luego de unirse en matrimonio con alguien?

¡No era más que una niña!

La chica de ojos verdes y una sonrisa gigante e inocente, abrazó a Emmie hasta que se dio cuenta de su presencia.

—Lord Thornehill —hizo una reverencia nerviosa—. Que placer tenerlo aquí, gracias por acompañar a Emmeline, tenía ganas de verla.

—El placer es mío, Lady Ashleigh. —Besó su mano y la soltó con rapidez.

Al menos no le había gruñido como a todas. Pensó Em. Ash era linda y dulce, y un poco asustadiza también. Varias veces había dejado claro que Joseph la intimidaba y no comprendía como todas querían convertirse en su próxima esposa.

—Lady Emmeline y yo tenemos que terminar una conversación —agregó mirando a Em directamente.

—Oh. —La más joven pareció asombrada—. Bueno, yo voy a...

—Lord Thornehill y yo, no tenemos nada de qué hablar. ¿Damos una vuelta, Ash? Me gustaría ver un poco tu casa si no te molesta. Es muy hermosa.

—Humm... —Ahora además de asombrada, estaba confundida y temerosa de provocar la ira del Marqués.

—Emmeline —advirtió él apretando los dientes.

Pero ella estaba molesta y no podía permitirse desahogarse lo suficiente frente a todos los invitados.

—Vamos, Ash. No queremos robar el *valioso* tiempo del ocupado Lord Thornehill. —Le dio una sonrisa falsa a Joseph, no acostumbrado a ser desobedecido y tomó el brazo de la hija del Conde para marcharse.

Esa mujer... Iba a volverlo loco.

Lady Claire hizo que Emmeline se sentara entre ella y Joseph a la hora de la cena. Estaba dispuesta a aprovechar cada oportunidad que tuviera para averiguar lo que ocurría entre esos dos.

Le había presentado varios hombres a la joven, pero ella ya los conocía a todos y arrugaba la nariz cuando estos le recordaban que les debía un baile y no aceptarían un no como respuesta esa noche.

Muchos de ellos eran guapos, acaudalados y respetables. Y estaban completamente locos por ella. ¿Qué le ocurría a esa niña? Lo único que ella podía pensar, sin conocer más de la situación, era que Emmie tenía los ojos puestos en alguien más y no quería decirlo.

—¿Todavía estás enojada? —Susurró Joseph tomando asiento junto a Em—. ¿Por qué te fuiste? Te dije que teníamos que hablar.

Ella no lo miró. Demasiado disgustada estaba por no poder sentarse junto a su amiga y charlar con ella recuperando el tiempo que Lady Claire les había quitado para mostrarla ante todos los hombres solteros disponibles en la fiesta.

—Yo había acabado de hablar —murmuró.

—Pero yo no.

Giró la cabeza con una ceja arqueada.

—Creí que no era muy conversador, milord.

—Emmeline...

—Estás muy gruñón esta noche —dijo sin poder evitar sonreír. Se estaba burlando de él, claro. Y todavía estaba bastante molesta y dolida, pero...

—Solo porque tú te has molestando por nada y te estás comportando como una niña.

El tono de voz de ambos había subido un poco y Claire, que estaba junto a ellos, estaba al tanto de toda la conversación. Se estaba deleitando. No iba a detenerlos a menos que llamasen la atención de alguien más.

—¿Una niña? —Bufó—. Si te molesta tanto, y te da tanto trabajo tenerme en tu casa, quizá deberías pedirme que me marche.

¿Qué?

Joseph estaba ahora, más confundido que antes.

Quiso hablar, pero ella había dejado en claro que la conversación había terminado.

¿Cómo podía pensar algo así?

La contempló cortar su comida y revolver el contenido de su plato de un lado al otro.

¿Qué había hecho?

Por Dios. Se sentía como un asno. Y no podía hacer nada, no con todas esas personas sentadas observando cada detalle e intentando buscar a la próxima víctima de sus descontrolados cotilleos.

Pero no podía verla así, se sentía tan miserable e inapetente como ella.

Maldita fuera su tía Claire, ni siquiera tenía el consuelo de tenerla solo para él durante el trayecto a casa. Y esperar hasta la madrugada, o quizá la mañana para hablar iba a matarlo.

Con disimulo llevó una mano por debajo de la mesa y la posó en el muslo de la chica, ni muy arriba ni tan cerca de la rodilla. Quizás en el medio. Ella dio un respingo y abrió los ojos como plato observándolo directamente a él.

Joseph le sonrió como si nada estuviese ocurriendo.

Y ahora, era ella quien se sentía desconcertada.

Ese hombre iba a volverla loca.

CAPÍTULO 18

Al momento del baile, Emmeline buscó la forma más rápida y el lugar más adecuado para esconderse. Estaba molesta y confundida, esa noche no le apetecía en absoluto soportar un pisotón. Su cabeza daba vueltas y comenzaba a dolerle.

Pero Lady Claire, a su lado, no le permitiría algo así. Estaba segura de ello por la forma en la que la estaba mirando justo en ese momento.

Vio a Sir Walter, uno de los barones que había conocido en su primera noche en Londres, en la fiesta de los Davenport, acercándose desde un lado, y a John, otro noble, desde el otro. No eran malos, pero igual se sintió acorralada. ¡Parecían depredadores!

Hasta que oyó unos pasos detrás de ella. Unos inconfundibles pasos. Seguros. Firmes. Sí, inconfundibles. Así como la voz que sonó cerca de su oído e hizo que un escalofrío recorriera toda su columna y se estremeciera cuando una mano se posó sobre su cintura.

—Lady Emmeline, ¿me concede este baile? —Pronunció rodeándola y dejándose ver.

Emmie estaba lívida.

¿Ese era Joseph que la estaba invitando a adentrarse en la pista? ¿O era solo producto de su imaginación? Ella todavía estaba enfada, pero el hecho de que él se atreviera a tocar su muslo por debajo de la mesa, la había aplacado un poco. Le había parecido un acto íntimo, para nada vulgar, aunque sí algo escandaloso. No de la forma en que él lo había hecho, o con la intención que tenía. Y le había gustado. Encantado.

—No sabía que bailabas. —Había sido un pensamiento que se le había escapado y apretó los labios avergonzada.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Lady Claire jadeó con fingido y exagerado horror.

—Oh, no me digas que esta es la primera vez que la invitas a bailar, Joseph — regañó a su sobrino como si fuera un niño pequeño, y no el Marqués de Thornehill.

—En realidad, en todas las fiestas a las que hemos asistido, nunca lo he visto invitar a bailar a ninguna dama —agregó ella.

—Es preferible de ese modo, si invito a una, luego todas esperan que lo haga. Ya tengo suficiente acoso, no me gustaría hacer algo para exacerbarlo. Pero ahora te estoy invitando a ti. ¿Me va a rechazar, Lady Emmeline?

Emmie no quería invertir los papeles. No quería que él fuese quien se enfadara, no cuando el suyo propio estaba cesando.

Sonrió, con verdadera alegría y tomó la mano que él le ofrecía.

—Jamás haría algo así, milord —musitó.

Avanzaron juntos, pasando junto a Walter y John que se mostraban molestos por no haber llegado a tiempo. Pero no eran los únicos que se habían quedado contemplándolos sin poder creer lo que veían. Al parecer habían captado la atención de todos -o la mayoría- de los invitados. Portia Davenport y su hermano, por ejemplo. La joven rubia parecía a punto de explotar y fulminó a Emmeline con la mirada cuando estas se cruzaron. Em quiso hacerle una mueca de burla, pero no le apetecía provocarla.

Era un vals, y el favorito de Joseph. Emmie había creído que quizá él no fuese un

buen bailarín, pero se había equivocado. Con naturaleza y elegancia, su agarre era firme y delicado al mismo tiempo. Era perfecto, y no quería que acabase.

—Todos nos están mirando —masculló entre dientes.

—Por supuesto que sí. Pero, ¿a ti te importa? Ignóralos. —Su boca estaba tan cerca que podía sentir como le rozaba la parte posterior de la mejilla, muy cerca de la oreja—. ¿Todavía estás enfadada?

Emmeline volvió a sonreír.

—No, creo que esto lo compensa bastante bien.

Joseph le devolvió la sonrisa.

—Me alegro. Ahora, vas a decirme por qué te ofendiste.

—¿Es que no lo sabes?

—Y porqué dijiste eso acerca de que quería que te marcharas —agregó todavía sin comprender.

—Dijiste que era tu trabajo, tu obligación. Yo no quiero ser eso para nadie, mucho menos para ti. —Lo miró fijamente con el ceño fruncido—. Creí que éramos amigos...

La expresión de él cambió, se sentía culpable, pero no podía entender cómo ella creía que solo eran amigos. Eran algo más. Él lo sabía. Había algo entre los dos... Algo especial.

¿Por qué Emmeline no lo veía?

—No eres una carga, ni un trabajo, Em. Pero es mi obligación procurar que estés bien. Se lo prometí a tu madre y a tu hermano.

—Oh...

—Sí, *oh* —replicó curvando los labios hacia arriba—. Ahora disfrutemos esto, baila usted muy bien milady.

Emmeline podría derretirse cada vez que el comenzaba a hablar de aquella forma tan provocativa. La hipnotizaba.

—Creo que ese es usted, milord —pestañó con coqueteo hacia él—. Si soy honesta, no lo imaginaba. No parecías de los que bailan, nunca lo hacías ¿no te gusta?

—Te di una respuesta para eso hace un rato —murmuró.

—Sí, pero no todas son iguales. Muchas de las jóvenes de aquí son unas cabezas huecas, lo sé. Pero algunas pueden disfrutar de un lindo baile sin pretender que te les declares luego. Olvida a Portia, y toma como ejemplo a Ashleigh. Ella es dulce...

Joseph no quería hablar de otras mujeres.

—Si no me equivoco, tu amiga ha debutado recién esta temporada. Y... —La detuvo antes de que lograra interrumpirlo—. Sé que si invito a alguna de ellas a bailar, solo les estaré dando lugar a que piensen que las estoy cortejando, o que presento algún interés. Por más mínimo que sea, tendré...

—...a sus madres pisándote los talones hasta el día que te vean frente al altar, sea con quién sea —finalizó por él, con un toque de diversión.

—Estás encantadora. Podría besarte ahora mismo. Debería llevarte a un balcón y acorralarte.

—¿Y arriesgarte a un pisotón o una patada con mi bellos zapatos? A Davenport no le fue muy bien cuando lo intentó ¿sabes?

—Por ti, correría cualquier riesgo.

Los acordes marcaban que la sonata acabaría pronto y Emmie aún no estaba lista para soltarlo.

—¿Por qué no vamos ahora? No quiero bailar con nadie más, no podría hacerlo

después de estar contigo.

—Tentador —murmuró—. Pero todos tienen los ojos puestos en nosotros, no puedo arrastrarte a un lugar privado sin armar el escándalo de la década.

—No me importa. —Las palabras salieron de su boca en forma de imploración—. Si no, vamos a casa. Te necesito a ti, solo a ti.

El Marqués miró hacia el techo. ¡Diablos! ¿Cómo podía contener su deseo al oír la decir cosas como aquellas y de esa forma tan especial?

—Que lo sepas, esto no forma parte de mi forma de actuar. Pero creo que podríamos tramar algo para obligar a Tía Claire a regresar a casa antes de que la fiesta termine, y así, no tengas que soportar a alguno de estos idiotas ceñirse sobre ti.

Y él no tendría que soportar ver una escena de esas. Cada vez le costaba más no lanzarse sobre cualquiera que intentara seducirla.

Joseph no lo entendía. Esas sensaciones, esos sentimientos. Sabía que era algo especial, y sospechaba que no tenía solución, así como tampoco había podido evitarlo. Reflexionó en silencio luego de pedirle que dejaran de hablar y disfrutaran en paz, sin preocupaciones, el último minuto que les quedaba.

Emmeline llevaba con ellos ya más de cuatro meses. Joseph recordaba como se había sentido al verla por primera vez. ¡La había visto como a una niña! Había creído que era más joven, una niña a quien Elizabeth intentaría corregir sus modales y formas. Ni siquiera había pensado que podría llegar a considerarla parte de la familia. Mucho menos encariñarse con ella u odiar el pensamiento acerca de que tendría que marcharse algún día. Eso lo atormentaba.

¡Cuánto se había equivocado!

Los resultados habían sido muy diferentes a lo calculado.

Emmeline aún no había conseguido esposo, para lamento de su madre. Y si era honesto, ella pasaba más tiempo con él que con Beth.

Y a Joseph le gustaba que fuese así.

Necesitaba resolver el problema entorno a ambos. Si el momento en que ella debía de partir llegaba y aún no lo había hecho, la perdería, quizá para siempre. Se sentía un poco egoísta con ese tipo de ideas, pero no podía evitarlas. Sentía a Emmeline como suya, y definitivamente, él también le pertenecía.

Cuando salieron de la pista, Joseph no dejó que retirara la mano que llevaba sobre su brazo, posó la suya sobre la de ella, y no la alejó ni siquiera cuando Portia y su madre se aproximaron, parándose justo frente a ellos para no dejarlos continuar.

—¡Lord Thornehill! —Exclamó la extravagante mujer. Emmie rodó los ojos. La estaba ignorando nuevamente. ¡Qué mujer tan grosera! Lady Claire debería estar ahí para marcarle sus puntos.

—Señora, señorita, Davenport —saludó él con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo está usted, milord? —Preguntó Portia pestañeando efusivamente, tocándose un mechón de cabello—. Creo que nunca lo había visto bailar, ¿sabe?

Ella estaba sugiriendo con sus palabras que la llevase también, pero, o bien Joseph no captaba el mensaje, o fingía no hacerlo.

—¿Enserio? —Comentó alzando las cejas—. Bueno, ha sido un placer verlas, ahora, si nos permiten, tenemos que seguir nuestro camino.

—Oh, milord. La verdad es que esperaba comentarle algo. Quería hacer una invitación, si no es mucha molestia. —La bruja rubia no dejó de sonreír en ningún

momento, Portia solo lo contemplaba embobada, cuando no estaba dándole miradas asesinas a Emmie.

El Marqués no tenía escapatoria. Marieth Davenport no iba a dejar de hablar hasta que acabase. Pero le consolaba tener a Emmeline a su lado. Ella tenía un extraordinario sentido del humor, y también conseguía transmitirle un poco a él con solo encontrar su mirada.

—Por supuesto, señora.

—Bueno, dado que mi hijo menor, Jaques, irá a Oxford el año entrante, mi esposo y yo, consideramos que quizá un hombre tan importante como usted, graduado de la misma universidad, podría darle algún consejo a nuestro pequeño para estar listo —explicó la mujer moviendo sus manos—. Sería todo un honor para nosotros, y gran estímulo para mi hijo.

Como si Joseph tuviese tiempo que perder con niños malcriados que solo querían ir a la Universidad para escapar de sus padres, y poder hacer su vida libertina por un tiempo más luego de abandonar el colegio.

Marieth no aguardó una respuesta y prosiguió.

—Pensé en invitarlo a cenar algún día de la próxima semana, ¿qué le parece?

Oh, no.

Emmie quiso soltar una carcajada por la expresión de su acompañante. Ella lo había estudiado por semanas y podía notarlo, pero no así las dos mujeres frente a ellos. Joseph estaba horrorizado con la idea. Ahora comprendía de qué iba todo eso. Era una trampa, claro. ¿Qué más podría ser? Si iba a su casa, lo tendrían acorralado. No podría escapar fácilmente.

Le dio un vistazo de soslayo a Emmeline. Se mostraba impasible, aunque creía distinguir un asomo de sonrisa en su precioso rostro.

—Sería un placer, Señora Davenport, aunque quizás no la próxima semana —contestó entonces. La mujer y su hija estaban extasiadas. Pero entonces el Lord volvió a hablar—. Y si es usted tan generosa, me complacería que sumara a alguien a su lista de invitados.

Y sus rostros decayeron.

—¿Y puedo saber a quién, milord?—La mujer quiso ocultar lo mal que la noticia le había caído pero le resultó bastante... *imposible*.

—No puedo decirlo aún. Eso depende de cómo suceda todo en los próximos días. Así que... —apretó los labios—. Lo avisaré en su momento, o tal vez se entere antes.

Y Emmeline debía de confesar que estaba tan intrigada como ellas. Terrible e irremediablemente intrigada.

CAPÍTULO 19

Convencer a Lady Claire no fue una tarea difícil. Emmeline argumentó sentirse bastante indispueta, y Joseph dijo que la llevaría a casa. La tía del Marqués no dejaría jamás que una dama como ella se aventurara sola en un carruaje con un hombre.

Aunque claro, para ellos no sería algo nuevo.

De todas formas, despidiéndose de los anfitriones se marcharon horas antes de lo habitual. Y así estuvieron en la mansión en poco tiempo.

Emmie se sentía muy orgullosa de sus dotes como actriz, en lo que a ella respectaba, podría consagrarse en DruryLane.

Se despidió de ambos y subió a su habitación a quitarse el incómodo vestido en compañía de Jen y Kat, que todavía estaban despiertas.

—¿Necesita que le traigamos algo, milady? —Inquirió Jen.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo único que necesito es descansar —compuso con un asomo de sonrisa—. No se preocupen por mí, ¿saben? Creo que solo necesitaba marcharme de esa fiesta.

Kat soltó un suspiro.

—Yo no puedo imaginarme una fiesta que sea tan aburrida como para sentirse indispueta de aburrimiento.

—No, no es así... —Emmeline rió—. Yo solo... quería volver a casa.

Sus doncellas eran divertidas, pero casi nunca se tomaban demasiada confianza como para charlar animosamente con ella acerca de otras personas. Pero al parecer, esa noche, y debía ser porque era una noche especial para todo el mundo, Kat se atrevió a ir un poco más allá.

—Cuando Lord Thornehill se case, y todos esperamos que sea pronto, tal vez su esposa consiga dar una fiesta aquí también —comentó para horror de su hermana.

—¡Kat! —Exclamó susurrando con voz ahogada.

Emmie se quedó sin palabras. Ella sabía que Joseph se casaría en algún momento, al igual que ella. Pero oírsele decir a alguien más, sobretodo luego de haber bailado y mantenido esa tan hermosa conversación post discusión con él, hizo que el corazón le diese un vuelco.

Apretó los labios sin saber cómo interpretar realmente sus sentimientos.

Quería golpear a algo o alguien, quería llorar y quería gritar.

Y no podía hacer ninguna de las tres cosas.

—Es todo por hoy —expresó poniéndose de pie con una asombrosa rapidez, provocando que el cepillo que Jen estaba pasando por su cabello cayera al piso. Em no había querido sonar grosera, pero era la forma en la que las palabras habían salido de su boca. No sabía si su cabello estaba completamente suave y desenredado. Lo único que sabía era que quería estar sola y pensar sin el peligro de dejar escapar alguna palabra o información no apta para los oídos de sus doncellas.

Jen y Kat eran buenas, pero como todo el personal del servicio, aunque fieles, eran muy cotillas. Y lo último que Em deseaba era hacer quedar mal al Joseph ante los ojos de sus empleados.

Las chicas hicieron una breve reverencia y salieron a toda prisa del cuarto.

Se disculparía con ellas por la mañana.

Después de dar vueltas por alrededor de la cama, sentarse en ella, acostarse y volverse a levantar, decidió atacar su diario. Eso siempre le daba resultado, quizá no le diera las respuestas que necesitaba, pero siempre le ayudaba a poner todo en perspectiva.

¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?

Se mordió el labio inferior y arrugó la frente mirando la hoja con desconfianza.

¿Por qué me siento así?

Es tan extraño no entender.

Lo único que estoy segura de saber, es que esto no es correcto.

No, esto que hacemos no es correcto. ¿Pero cómo detenerlo? Debería, lo sé. Pero no puedo. No quiero, que es más importante.

¿Pero detener qué, en realidad? Se preguntó Emmeline levantando la vista de sus escritos. No tenía idea acerca de lo que Joseph y ella tenían. Les gustaba estar juntos. Les gustaba hablar. Les gustaba tocarse, acariciarse siempre que podían. Y por todos los santos, más que nada, les gustaba besarse.

Eso era, sin dudas, algo que Emmeline sabía que los dos disfrutaban. Joseph se lo decía a cada momento, aunque no fuera necesario.

¿Pero qué respuesta le daba saber todas esas cosas? Si era honesta consigo misma, ninguna.

No se habían declarado nada.

¿Lo amo?

Escribió, y volvió a mojar la pluma en la tinta.

¿Me ama?

Es un hombre increíble. Es honesto. Honorable. Guapo. Divertido (aunque cualquiera que me oyera decir esto último diría que estoy loca). No me importa el título que tiene, ni el que heredará, tampoco su fortuna ni sus propiedades infinitas. (Bueno, mejor digamos que extensas. No estoy segura de que alguien pueda tener infinitas propiedades). Admiro su fortaleza, y sus debilidades.

Joseph y yo estamos conectados. No se sí es por los tormentos que adornan nuestro pasado, o la forma en la que intentamos ocultarlo, pero esa conexión, que siempre estuvo ahí, y que juntos descubrimos la noche de la tormenta, no es algo que pueda pasar por alto. ¿Cómo sino, explicaríamos el habernos elegido mutuamente para confesarnos? No me imaginaba contándole eso a nadie, hasta que vi, a través de sus ojos, que su alma sería capaz de comprender la mía.

Esbozó una sonrisa molesta e irónica al leer sus propias palabras.

—Bueno, eso es bastante poético —murmuró.

—¿Qué es poético? —Oyó decir a una voz detrás de ella y dio un respingo antes de girarse con la mano sobre el corazón.

—¡Joseph! —Exclamó en un susurró—. ¡Casi muero del susto!

Él le dio esa sonrisa arrebatadora suya.

—Estabas muy entretenida. Ni siquiera me oíste entrar.

Emmie pestañó. Él estaba dentro de su habitación. Miró la puerta, que volvía a estar cerrada, tal y como Jen y Kat la habían dejado al marcharse.

—Estaba distraída.

—Estabas escribiendo. Y parecía que comenzaría a salirte humo por las orejas. ¿En qué pensabas tanto? —Inquirió acucillándose en el piso junto al banco en el que ella estaba sentada.

—En ti. En nosotros —respondió con franqueza llevando una mano a la mejilla del Marqués.

—Lucías preocupada, confundida. ¿Puedo hacer algo para cambiar eso?

Joseph estaba siendo tan dulce y suave que tenía ganas de llorar. No. Tenía ganas de lanzarse a sus brazos y apretarlo contra su cuerpo. Sabía que eso haría que se olvidara de todas esas tonterías que asaltaban su cabeza.

—A los hombres no les gusta perder el tiempo en tanto sentimentalismo femenino —agitó la mano en el aire para restarle importancia—. Ya lo resolveré yo sola. Sé que lo haré —asintió dándose ánimos.

—¿Por qué estás preocupada, Em? —Insistió—. ¿He... Hecho algo mal? ¿Te estás... arrepintiendo de algo?

—¡No! Claro que no. No estoy preocupada, solo confundida. Ya sabes...

Pero Joseph no lo sabía.

Ladeó la cabeza esperando otra respuesta y ella soltó un suspiro.

—Bien, quizá sí esté preocupada por algo. Por el futuro, más bien —soltó—. Yo... Hace más de cuatro meses que estoy aquí, Joseph.

—Sí, lo sé. Los mejores cuatro meses de mi vida.

La expresión de la joven se iluminó, pero su sonrisa seguía siendo tenue y cargada de melancolía.

—Lo sé. También han sido los míos. Y es por eso... Es por eso que...

—No quieres que se terminen —finalizó por ella.

Emmeline asintió mostrándose un poco más devastada ahora que alguien lo había pronunciado en voz alta.

El lord tomó su mano y le dio un apretón antes de tirar de ella para que ambos se pusieran de pie.

—No te preocupes por eso, Emmeline. Te ruego que no lo hagas —pidió mirando directamente a sus ojos.

—Pero no puedo evitarlo. Cada día me levanto esperando una carta en la que mi madre me diga que ella y Francis vendrán por mí para llevarme de vuelta a casa. —Y para conseguirle un esposo, pensó, pero no lo dijo. Un esposo al que no quería ni querría jamás.

—Emmeline, mírame. —Posó un dedo sobre su barbilla haciéndole levantar el rostro que ella había bajado al intentar esconder su tristeza—. Mírame, cariño —esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Confías en mí, Em?

—Claro que sí.

—Bien. Entonces, vas a dejar de pensar en todo eso y...

Sin poder contenerse lo interrumpió.

—Pero Joseph yo...

Él hizo que se callara apoyando un dedo en sus labios.

—Vas a dejar de pensar en todo eso y dejar que yo me ocupe —vocalizó—. Yo me encargaré de todo. Te lo prometo.

—No puedes pedirme que no piense en algo, Joseph. No puedes controlar mis pensamientos —replicó.

—¡Ah! —Él parecía divertido, y Emmie no tenía ni idea de porqué—. ¿Estás segura de eso?

—Por supuesto. Soy una mujer que piensa mucho, y nunca nadie ha podido controlar mi cabeza, te lo aseguro. No creo que alguien tenga la capacidad de controlar la mente de nadie ¿sabes? Ni de un hombre, ni de una mujer o de un niño. De nadie.

Y como si supiese algún secreto que ella nunca sabría, él sonrió. Tan hermoso, tan encantador, tan... Joseph.

—Yo creo que estás equivocada. Muy equivocada. Te aseguro que puedo hacerlo. Puedo hacerlo y tú también.

Ella soltó una carcajada. Y luego nadie creía cuando decía que el Marqués de Thornehill era divertido.

—¡Oh, Joseph! Estoy hablando en serio. Sí, aunque no lo parezca. No puedes controlar lo que piensa una persona.

—No, Emmeline. No puedo controlar lo que piensa cualquier otra persona, pero sí puedo controlar lo que tú piensas. Así como tú eres bastante capaz de dominar mis pensamientos —explicó con la voz ya un poco ronca—. Te lo aseguro, amor, tú eres una especialista en eso.

No tenía respuestas. Emmeline Laughton se había quedado sin palabras.

—¿Quieres que te demuestre como puedo hacerlo? ¿Te gustaría que te hiciera olvidar de todo? De absolutamente todo, excepto claro... —susurró asiéndola por la cintura, pegando ambos cuerpos y hablando muy cerca de su oído—. De nosotros.

No obtuvo respuesta y continuó.

Sus manos ya habían dejado de funcionar de acuerdo a las órdenes de su cabeza y recorrían la espalda de ella. Tenía puesto solo un camisón, ni siquiera una de las batas que ella usaba siempre cuando bajaba por las noches se interponía como barrera extra. Era increíble, así como disminuían las trabas para llegar a su piel, también se debilitaba su capacidad de contención.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Insistió antes de tomar entre sus dientes el lóbulo de la oreja a la que le hablaba.

—Por favor —dejó escapar Emmie con los ojos cerrados. Era puramente sensaciones flotando en una nebulosa de estremecimientos y... Y algo más para lo que no tenía una palabra que se amoldara a su descripción.

—¿Por favor sí, o por favor no?

Emmeline pudo sentir cómo Joseph sonreía contra el hueco de su cuello.

—¿Por favor, sí? —Dijo en un murmullo. Este levantó la vista y se enderezó, para ver sus ojos brillantes, tan deseosos como los de él.

Ya había tomado una decisión con respecto al futuro de los dos, una que en su corazón estaba bastante clara desde hacía mucho más. Pero tenerla se hacía cada vez más urgente. Y cuando lo miraba así...

Era imposible resistirse.

—Quiero tenerte, Emmeline —tomó su mano y la acercó a su corazón—. ¿Puedes sentir cuán rápido late mi corazón? Solo por ti, todo por ti. Te deseo.

—Ya me tienes...

Oh, ella no lo entendía. ¿Cómo podía hacerlo? Era una hábil lectora y destacaba en muchas cosas más que una señorita de su clase y edad no haría, pero era la persona más inocente que había conocido en su vida. Eso era bueno, era una de las partes que más adoraba de ella.

Y también adoraría corromper un poco de todo aquello.

—¿Tienes alguna idea de lo que sucede entre un hombre y una mujer, Em? ¿En una habitación, en privado? ¿Cuando llegan más allá, cuando continúan lo que nosotros siempre dejamos?

Mordiéndose un labio, sacudió la cabeza a ambos lados.

—Lo sabría si tú no nos obligaras a detenernos —comentó sin saber si era lo correcto.

Él soltó una ronca risa, y acarició su mejilla con solo dos dedos.

—Pero he tomado una decisión esta noche, Emmeline. Durante el baile... Sobre nosotros. —Había logrado captar su atención por completo—. Estoy cansado de tener que detenerme siempre. Te deseo tanto, de tantas formas diferentes... Pero, ¿sabes qué es lo que más deseo?

Emmie volvió a negar con la cabeza. —¿Qué?

—Deseo que seas mía para no dejarte ir nunca.

La joven contuvo el aliento.

—Yo tampoco quiero irme, Joseph.

—Solo hay una manera de lograrlo, Em. Solo una. —Ya no estaba sonriendo. No había hablado con más seriedad en toda su vida—. Y vamos a conseguirlo.

—¿Esta noche?

—Nada me gustaría más. Pero no es tan simple.

Ella frunció el ceño. Creía estar entendiendo lo que decía, pero necesitaba que fuese un poco más explícito al respecto.

—¿Entonces vas a volver a detenerte esta noche? —Inquirió.

—Sí tú me lo permites, me gustaría no hacerlo —musitó con el corazón latiéndole desenfrenado. El solo hecho de saber que ella estaba tan deseosa como él, tan intrigada, hacía que su sangre se calentara y llegara a partes peligrosas de su anatomía.

Se agachó hasta sus pies y acarició el dorso de cada uno con un suave toque, elevándose poco a poco, hasta los tobillos. No quitaba los ojos de ella y sus reacciones. No tenía idea de todas las cosas que quería hacerle, y temía poder asustarla o lastimarla. Habían llegado a un lugar muy cómodo, no arruinaría aquello por culpa de sus deseos carnales. Su experiencia con vírgenes era nula.

Siguió avanzando en el camino de sus piernas, levantando el camisón al mismo tiempo. No se detuvo hasta posar las manos en sus nalgas desnudas.

—¿Te gusta esto? —Preguntó asiéndola con un poco más de fuerza y apretándola contra él. No dejó que respondiera, acercó la boca a su cuello y depositó pequeños besos en toda la zona—. Voy a desnudarte, acostarte en la cama, besarte hasta perder la razón, y luego voy a hacerte el amor. —Fue diciendo—. A partir de esta noche, serás mía por completo.

—¿Y tú serás mío por completo también? —Emmeline logró articular.

—Por completo. En corazón, cuerpo y alma.

Y Joseph Whitemore, Marqués de Thornehill, nunca faltaba a su palabra.

Emmeline sonrió y levantó los brazos, envolviendo su cuello y poniendo todo su empeño para acercarse más a él.

—Hazlo, y no te detengas.

Suspiró contra sus labios cuando él volvió a besarla. Su boca era ardiente, y cuando se tocaban, entre ellos siempre parecían surgir chispas, igual a cuando dos troncos encendidos chocaban entre sí.

Joseph mantenía una lucha constante consigo mismo para no perder el control, era difícil, la deseaba tanto, pero lo que más quería era que ella disfrutara de su primera vez juntos y continuara con ese recuerdo toda su vida. Ya habría tiempo en el futuro para perder el control con ella, cuando Emmeline también estuviera en condiciones de hacerlo.

Cuando él introdujo la lengua en la suave y húmeda cavidad de su boca, el beso se

hizo más intenso, penetrante, hasta que ella comenzó a gemir apretándose más contra él. Así como la tenía, como si fuera parte de su propio cuerpo, retrocedió llevándosela con él hasta estar de pie junto a la cama.

A regañadientes, a pesar de saber que solo sería por unos segundos, la soltó y se agachó de nuevo para levantar el dobladillo del camisón. Sin esperar ninguna orden, Emmie alzó las manos para que pudiese quitarle la única prenda que llevaba puesta.

No dejó de mirarla a los ojos en ningún momento, incluso cuando quedó enteramente desnuda. Emmeline tenía los ojos abiertos de par en par y respiraba con dificultad al igual que él. Joseph se inclinó hacia ella y comenzó a acariciar con la nariz esa piel tan suave como el terciopelo, deslizándose por detrás de su oreja y terminando en la nuca, donde se detuvo para inhalar su aroma, esa fragancia que combinaba el caro perfume francés con la delicada esencia de su piel.

Emmeline se tensó cuando descubrió lo que pretendía al rodearla y ubicarse detrás de ella.

—Joseph —intentó detenerlo, pero él la retuvo envolviéndola desde atrás y cerrando los brazos por delante de su vientre.

—Shh —musitó con calma—. No hay nada en ti que no adore, todas estas cicatrices forman parte de ti, Em. Tienes que aceptarlas.

—Pero son tan feas —dijo con la voz ahogada, intentando contener el escalofrío que le producía la indagadora mano que se movía hacia arriba, casi rozándole un pecho.

—A mi no me lo parecen —compuso el Marqués sin dejar de recorrer con sus labios las cicatrices bordadas en la espalda de la joven—. Y ningún otro hombre va a verlas jamás.

Volvió a pararse frente a ella y le corrió hacia atrás todo el cabello que antes él mismo había enviado hacia delante para dejar al descubierto la superficie que quería explorar. Le tomó una mano mientras él se sentaba en la cama, y tiró de ella para sentarla sobre su regazo.

Emmie recuperó su usual brío. Joseph disfrutó de la mirada que ella le dio, traviesa y seductora, cuando comenzó a tirar de su corbata para desanudarla, y desprender los botones del chaleco. Cuando acabó, ella sola, sin decir ni una palabra, pero expresando mucho con la mirada, se colocó a horcajadas sobre él para quitarle la chaqueta.

El Marqués se dejó guiar y obedeció. La ayudó para quitarse también el chaleco y levantó los brazos en el aire de la misma forma en que ella lo había hecho minutos antes. Cuando por fin lo logró, Emmie posó la mirada en su pecho desnudo y lo tocó con la yema de los dedos arrastrándolas desde el ángulo del esternón hasta donde acababa su abdomen.

Al llegar allí, alzó la cabeza y le mostró su sonrisa complacida. Feliz de conseguir lo que había deseado por mucho tiempo.

—Al fin estamos aquí, así, piel contra piel.

—Sí —musitó entre dientes y se enderezó, encerrándola y asiéndola sobre él, sobre su calor que traspasaba la ropa que él aún llevaba puesta.

Emmie soltó un jadeo cuando su intimidad desprotegida acunó esa dureza del cuerpo de Joseph que ya había sentido en otras ocasiones en las que ambos estaban demasiado cerca e involucrados en ese juego de seducción. Pero nunca antes lo había sentido realmente así de cerca.

Él volvió a tomar su boca y dejó de tratar de mantener las manos quietas, permitiéndole vagar por todo su cuerpo. Empezó en la espalda y pronto alcanzaron la parte frontal, llegando a rozar sus pechos.

En ese momento, Joseph la tumbó sobre la cama con un rápido y ágil movimiento. Quedando ahora encima, bajó con su cuerpo hasta el de ella y sintió un cosquilleo recorrerlo por ese exquisito tacto. Se apropió de su boca con toda la intención de transmitirle toda la pasión que sentía por ella, pero sus manos contrastaron eso al recorrerla de forma cariñosa y tierna. Emmie se arqueó sobre su mano cuando él trazó un círculo sobre su pezón antes de inclinarse para tomarlo en su boca y succionar con delicadeza. Ella gimió cuando lo acarició con la lengua y lo abandonó para transportarse al otro pecho.

Con esa distracción, bajó una mano por su cuerpo, haciendo que una corriente de excitación la invadiera a ella tanto como a él. Emmeline abrió los ojos de golpe y su corazón se detuvo cuando sintió que apoyaba la palma entera sobre su vello púbico.

Él percibió esa repentina tensión y dejó de atender su pecho para elevarse y mirarla a los ojos. No dijeron nada, solo se contemplaron con intensidad. Él continuó moviendo esa mano hasta acariciar un lugar sumamente sensible, allí abajo.

Lo que sintió apenas la tocó, hizo que se ruborizara, y eso no era algo que a Emmeline le ocurriera muy a menudo. Sin dejar de observarla, siguió moviendo ese solo dedo, aumentando las sensaciones que la atravesaban sin remedio.

Estuvo a punto de decir algo, ya había separado los labios cuando él envió el dedo más allá, haciéndole percibir una humedad en ese lugar tan desconcertante, pero cualquier palabra quedó atascada en su garganta cuando él introdujo un dedo dentro de ella.

¡Santo cielo!

Con los labios separados como los tenía no pudo contener el jadeo que le arrancó desde lo más hondo de sus entrañas.

—Joseph —alcanzó a modular.

—Lo sé —respondió inspirando de modo que su tórax se hinchó, y Emmie estuvo segura de que pudo sentirlo temblar.

No aclaró ninguna de las dudas que ella tenía en la cabeza, pero incluso él gimió cuando volvió a hundir los dedos en su interior. Esta vez utilizó no uno, sino dos y lo hizo más profundamente. Lo sacó de allí y volvió a tocarla en ese punto de su intimidad al que se había dedicado primero. Emmeline no tenía ni idea de que solo un roce en una parte tan especial pudiera provocar tal efecto.

Con un último beso ardiente, él se alejó para desabrocharse el pantalón. Siempre ávida por ver y experimentar todo, Emmie se sentó para ayudarlo. Quiso quitarle las manos y hacerlo todo ella, pero terminaron con los dedos enredados y temblorosos.

Eso no impidió que ella buscara la forma de saltar sus intentos por disuadirla y consiguiera rodear su miembro con cuidado, pero estudiando su longitud y su suavidad, comparándola con la rigidez que tenía.

Lo acarició con asombro, sin notar el efecto que le estaba provocando a él.

Joseph no lo resistió por mucho tiempo. La obligó a recostarse de nuevo sobre el colchón y se libró por completo del pantalón y la ropa interior.

—Qué malo eres, yo también quiero tocarte. —Se quejó Emmie posando las manos sobre su pecho y moviéndolas hacia arriba, hacia sus hombros—. Me gusta cómo me tocas, quiero hacerte lo mismo.

—Tienes toda la vida para experimentar conmigo, Em. Solo que no esta noche.

Interrumpiendo cualquier pensamiento en la cabeza de Emmeline, Joseph reinició todo lo que había estado haciendo antes. Atacó su boca, caliente y húmeda como otra parte de su anatomía que Em no se atrevía a nombrar, sus dedos recorrían los costados de su cuerpo y al mismo tiempo el vello del pecho del Marqués le causaba un delicioso

cosquilleo sobre los senos. Era una suma de sensaciones que estaban arrasando con ella.

Emmeline pensó en sus palabras por menos de un segundo, porque concentrarse en algo excepto en lo que sentía era imposible. Joseph comenzó a descender y dibujó un círculo con la lengua cuando llegó a su ombligo. Fue un toque distinto, muy ligero, pero potenció todo lo que estaba sintiendo. Ella creyó que Joseph volvería a subir, pero la sorprendió cuando continuó bajando y aferró sus muslos con las manos.

Todas esas cosas... ella no tenía ni idea de que pudieran suceder. Lo que la llevó a preguntarse qué era lo que estaban haciendo en realidad, alguna vez había escuchado que el acto de unión entre un hombre y una mujer era doloroso. Pero allí había de todo menos dolor.

Joseph encontró con su boca ese mismo punto en el que antes la había tocado con el dedo. Y fue mucho mejor esta vez, más placentero, más intenso. Emmie sintió que se ahogaba con las oleadas de excitación que difundían a todo su cuerpo y tomaban control de cada célula. Farfulló montones de frases incoherentes y terminó suplicando para que parara.

Él no lo hizo, continuó con su tortura recorriendo toda la extensión de su intimidad, haciendo que algo fuese creciendo en su interior, sin control aparente, hasta que en un momento explotó. Emmeline estaba desconcertada y el chillido que se le escapó fue acallado por la boca de Joseph que estuvo sobre la suya antes de que ella notara que había dejado de besarla allí abajo.

Tenía las piernas a su alrededor y él la acomodó con una mano para que lo encerrara con ellas. Todavía atolondrada, consiguió abrazarlo y contemplar su bello rostro. Ahora él había empezado a penetrarla con algo que no era su dedo y ella intuyó de qué se trataba. Quería decir algo, hacer preguntas, pero hablar era difícil, las palabras no salían o directamente se desvanecían en su cabeza.

—Joseph... —consiguió balbucear.

—Lo sé, cariño —musitó dándole pequeños besos alrededor de sus labios—. Lo sé.

—¿También te sientes así? —No podía guardarse esas preguntas, dejar de intentar de comprender.

—Sí, amor mío. No tienes idea de lo mucho que me gusta tenerte así —jadeó entrando un poco más en ella, empujando más allá, haciéndola suya cada vez más.

Cuando cruzó la barrera de su virginidad no pudo hacer otra cosa que quedarse estático, con el corazón martilleando enloquecido. A pesar de todo lo que había hecho, el dolor que ella sintió y que expresó con un sofocado grito, fue inevitable. Emmeline cerró las manos alrededor de sus brazos, que era en dónde se habían hallado mientras lo acariciaba antes.

—Tranquila, tranquila —susurró distribuyendo caricias con los labios por toda su frente—. Lo siento, ya pasará. No volverás a sentirlo.

Aguardó mientras ella se adaptaba a la invasión y se distendía para él.

Oyó su respiración y estudió cada cambio en la expresión de su rostro, por pequeño que fuera. Hasta que vio que se moría por hablar, pero algo la estaba reteniendo. Él estaba luchando contra sus impulsos para no moverse de la forma descontrolada que deseaba, pero se las arregló para sonreír y alentarla a hablar. Si eso ayudaba a que se relajara y olvidara el dolor, sería bienvenido.

—Esto es increíble, te siento tan... mío.

Le arrancó una pequeña carcajada que se cortó cuando ella se removió debajo de él. Fue la señal que necesitaba para sucumbir de a poco a sus deseos. Comenzó a moverse con suavidad para no hacerle daño, pero no fue tan delicado con su boca cuando la atacó con

una avidez e intensidad que dejaron a Emmeline fascinada.

Se dejaron llevar, consumidos por la pasión, el magnetismo que los unía y la devoción que sentían el uno por el otro.

CAPÍTULO 20

Emmeline abrió los ojos por segunda vez ese día. Se había vuelto a dormir. Y ahora, tal y como Joseph había dicho, Kat y Jen estaban abriendo sus cortinas para despertarla.

Pero lo que Emmie menos deseaba era salir de la cama. Estaba cómoda, y cálida. Y podía jurar que sentía el perfume de Joseph en las sábanas y en su piel.

—¿Se encuentra bien, milady? —Preguntó Jen acercándose a la cama.

Ella sonrió.

—Perfecta. ¿Por qué?

De pronto comenzó a preguntarse si ellas habrían notado algún cambio. ¿Se vería diferente? Ciertamente se sentía distinta, pero no tenía idea de que los demás pudieran darse cuenta.

—Estaba suspirando —compuso la doncella mientras revisaba sus baúles—. ¿Qué quiere ponerse hoy? ¿Esperamos alguna visita?

—Algo sencillo, por favor. No pienso salir a ningún lado, y recemos, por favor, por no tener ninguna visita.

Jen asintió y Kat la ayudó a levantarse.

—Oh... ¿Lady Emmie? ¿Necesita algo para su uhmm... periodo? —Señaló hacia las sábanas de la cama. Una mancha roja interrumpía la blancura de la tela. Emmie sabía lo que aquello significaba y no era exactamente lo que Kat estaba pensando.

—Mmm, sí. Creo que sí —murmulló esperando que no se notara lo nerviosa que se había puesto de repente por la mentira que había pronunciado. Y no era que se avergonzara. Pero por más que supiera que esas muchachas eran de confiar, no podía decirle una palabra a nadie de lo sucedido. No quería arruinar su reputación, no si podía evitarlo. Y tampoco mancharía la de Joseph. La sociedad era mucho más permisiva con los hombres, pero él no se merecía ningún mal rumor sobre su nombre.

Además, él le había prometido que no tenía que preocuparse por nada. Que todo estaría bien. No le había dado ningún detalle, y ella no quería sacar conclusiones apresuradas. Aunque las tuviera, claro. Pero confiaba en su palabra. ¿Cómo no hacerlo?

De pronto la invadió una impetuosa necesidad de verlo, y con renovada energía, apuró a las chicas para qué le prepararan un baño y pudiera bajar a desayunar.

Durante el trayecto de su cuarto, hasta el comedor matinal, Emmeline analizó cómo se sentía. Estaba bien. Extremadamente feliz. Podía decir que era una mujer. O bien, decírselo a sí misma. Porque no había nadie con quien pudiera hablar sobre aquello. Además de Joseph, claro. Pero no comentaría eso con él.

Pero nada más había cambiado. Cuando se vio en el espejo, seguía siendo la misma Emmie de siempre.

Y era razonable, decidió con un suspiro.

—Buenos días —saludó Beth ya sentada frente a la mesa, junto a Sebastian que se puso de pie para recibirla.

Ella levantó la cabeza y les sonrió. Notó al instante que Joseph todavía no estaba

allí. Ni siquiera necesitó mirar hacia la punta de la mesa.

—Es un buen día ¿verdad? —Musitó.

—Sí, lo es. En especial porque no tenemos a Lord Gruñón en la mesa, y ustedes, hermosas damas, pueden hablar tanto como deseen.

—¿De qué estás hablando, Sebastian? —Preguntó inquieta—. No sabía que Joseph se ausentaría esta mañana.

Elizabeth contestó por su esposo.

—Mi madre ha enviado un mensaje. Al parecer era algo urgente y mi hermano tenía que estar allí lo antes posible —explicó.

—¿Todo está bien?

—No lo sé. La Duquesa es bastante exagerada a veces. Pero si no lo fuera, Joseph pospondría la visita una y otra vez. Él y papá no se llevan bien...

—Lo sé.

Por la mirada que Beth le dirigió, Emmie supuso que ella realmente no debería saberlo.

—Joseph me ha contado algunas cosas... —Agregó en voz baja bebiendo un sorbo de té y ocultándose detrás de la taza.

—¿Enserio? Qué extraño.

—Somos amigos.

—Sí, pero... —Beth movió la cabeza a ambos lados—. Olvídalo. Me estoy dando cuenta que tus habilidades con las personas son mejores de lo que creí.

Emmie no hizo ningún comentario acerca de eso. Era preferible que pensaran que ella tenía lo que fuese que Beth había querido decir con lo de habilidades, antes de que se enteraran de lo que tenía con el Marqués. Aunque lo sabrían, en algún momento, lo sabrían.

—¿Y Joseph tardará mucho en regresar?

—No tenemos idea. Estoy segura de que mamá me enviará una nota cuando llegue y me explicará sus motivos. Los verdaderos, claro. Ya te contaré.

—Oh, no. No quiero husmear. Solo me preguntaba por Joseph. Ya sabes, será extraño no tenerlo por aquí —comentó mordiendo su tostada, procurando mirar hacia cualquier otro lado que no fuesen ellos dos—. ¿Lady Claire no desayunará con nosotros? Hoy podría estar aquí, anoche volvimos temprano de la fiesta.

Se suponía que con eso el tema debía de desviarse, pero Elizabeth tenía otros planes.

—Sabes que a mi tía no le gusta madrugar, no importa a la hora que se duerma. Se han hecho buenos amigos ¿eh?

—¿Con Lady Claire? —Preguntó tontamente.

—Con mi hermano, Emmeline. ¿Cómo es que se han vuelto tan unidos?

Sebastian interrumpió aclarándose la garganta. —Cariño, ¿por qué no le contamos a Emmeline lo que hablamos anoche?

—¡Oh! Por supuesto. Queríamos contártelo a ti y a Joseph. Pero dado que él no está... Hemos escogido los nombres para nuestro bebé. Tanto si es niña como niño.

Emmeline volvió al presente.

—Esa es una buena noticia. Déjame oírlos. —La animó a hablar y así pasaron el resto del desayuno. Si había algo que hacía que Beth y Sebastian se olvidasen de todo lo demás, era su futuro hijo.

Emmie pronto descubrió que estaba cansada y necesitaba dormir un poco más. La noche anterior no podía decirse que habían dormido lo suficiente. Ninguno de los dos.

Pensó en Joseph. Sabía que el viaje hasta la casa solariega de sus padres, donde se hallaban en esos días, estaba a unas diez horas de viaje en carruaje. Quizá algo menos, dado que él no había llevado mucha compañía más que unos lacayos, que mayormente, cumplían la función de darle protección por si se presentaba algún inconveniente. Eso era una ventaja para acortar el tiempo, oh, y claro, también estaba el hecho que los hombres, según todos ellos se jactaban, viajaban más rápido si lo hacían solos. Sin mujeres.

Subió la escalera de nuevo y se metió en su cuarto. Habían limpiado y ventilado la habitación. Y cambiado sus sábanas.

Paró en ese detalle y sonrió sacudiendo la cabeza. Tenía puestos los incómodos paños, y ni siquiera los necesitaba. Todo fuera por proteger su secreto.

Su secreto.

Sin dudas tenía que escribir sobre eso. Era algo que tenía que quedar plasmado en su cuaderno, pese a que jamás lo olvidaría.

Pero cuando se acercó y abrió su diario, que todavía estaba donde lo había dejado olvidado la noche anterior al llegar Joseph y sorprenderla, algo llamó su atención. Estaba semi abierto, como si dentro de este hubiese algo que no dejaba que las hojas se encontraran.

Lo abrió, y su mandíbula cayó por la sorpresa.

No se atrevía a estirar la mano y tocar lo que había allí. Temía que si lo hacía, no podría palparlo y se daría cuenta de que todo no era más que un sueño.

Pero juntó la fuerza necesaria y lo hizo.

Y unas primeras lágrimas llenaron sus ojos.

Probablemente no sea lo más romántico del mundo, pero no tenía mucho tiempo.

Esto es tuyo Emmeline. Es una promesa. De ahora en más, te pertenece.

Espera por mí, amor. Y piensa en mí. Yo lo haré.

Volveré a ti pronto.

Tuyo, Joseph.

Sostuvo la cadena con el anillo con una mano, mientras leía una y otra vez la nota.

Era ese anillo. El de su madre. El que él siempre llevaba colgado alrededor de su cuello. ¡Y ahora ella lo tenía!

Lloró y rió a la vez. Si había creído que por la noche había sido inmensamente feliz, no había una palabra que pudiese expresar cómo se sentía ahora.

Sería perfecto, pensó, si él estuviese frente a ella. O cerca. En algún lugar donde pudiese alcanzarlo y lanzarse a sus brazos.

No había duda alguna. Ya no.

Lo amaba.

Punto.

Lady Claire estaba contándole a Elizabeth todo acerca de la fiesta de la noche anterior mientras tomaban el té.

Y había recalado varias veces cómo nadie había podido quitar los ojos de Emmie y

Joseph cuando bailaban. Beth se había sorprendido, y confirmado a su tía que era cierto que Joseph rara vez bailaba con alguien. Por no decir que nunca lo hacía. Pero por suerte para el aludido que no estaba presente, lo había defendido y dicho que era una medida que varios hombres acataban para dejar en claro que no les interesaba cortejar a nadie.

—Aunque no todas las madres entienden eso, claro. Algunas, Marieth Davenport por ejemplo, hacen caso omiso a las obvias señales.

Emmie soltó una carcajada.

—Oh, sí que lo hacen ¿no?

Y con un humor renovado, llevando la mano inconscientemente a la parte de su pecho donde colgaba el anillo, oculto por la tela del vestido, relató como la señora los había abordado e invitado al Marqués a visitarlos con esa pobre excusa.

—¡Deberías de haber visto su expresión, Beth! Era todo un espectáculo —comentó todavía riendo y provocando lo mismo en ambas mujeres que la oían.

Beth iba a decir algo antes de que un golpe en la puerta las interrumpiera.

El mayordomo entró ante la señal de aceptación y se dirigió a ella con su pomposa caminata.

—Ha llegado esto para usted, señora —pronunció entregándole una carta que Elizabeth no perdió tiempo en abrir luego de darle las gracias.

Leyó todo con una velocidad y concentración inusuales en ella.

Emmeline tomó unos sorbos de té, pero con toda su atención en la dichosa nota. Estaba convencida de que tendría noticias de Joseph. ¿De quién podría ser la carta para que Beth se entusiasmara tanto por leerla?

—¡Oh Emmeline! —Exclamó la rubia—. ¡Tengo grandes noticias!

La expresión de la joven se iluminó.

—¿Las tienes? ¿Qué dice tu madre?

—¿Mi madre? —Arrugó la frente—. No, no es mi madre, Emmie. Es la tuya. Estarán aquí mañana, han mandado esto desde una posada en la que se están alojando a unas horas de aquí. Al parecer enviaron un aviso hace días, pero algo debe haber ocurrido y no nos ha llegado.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir.

Toda la felicidad se borró y la invadió un extraño sentimiento muy parecido al terror.

El sueño se había convertido en pesadilla.

CAPÍTULO 21

Joseph llegó a la casa del Duque después de horas de cabalgata. Estaba agotado y lleno de polvo. Se había llevado tan solo cuatro lacayos con él, y no se habían detenido en el viaje para descansar.

Y si era honesto, no recordaba haber tenido peor humor en años, y tenía muchas razones. Para empezar, la noche anterior, cuando Emmeline había cerrado los ojos, él también lo había hecho. No recordaba haber tenido tanta paz en mucho tiempo. Y a pesar de que sabía que debía dejarla antes del amanecer, por el bien de su reputación, había planeado pasar el día solo con ella.

Bien, quizá no todo el día, debía de ponerse en marcha y escribirle, muy a su pesar, al Conde de Welltonshire, Francis, el hermano de Emmeline y pedir su permiso para casarse con ella.

Ella aceptaría cuando le dijera que la amaba.

Porque la amaba. Ella le había dado luz a su vida. Había hecho que deseara estar vivo. Con sus sonrisas, sus palabras, sus caricias y sus besos. Oh, sí. Sus besos.

Sonrió como un bobo mientras caminaba hasta la puerta de entrada pensando en la noche anterior. Debió de haberle dicho allí mismo lo que sentía.

Pero no iba a culparse por ello, nunca habría pensado que no podría verla cuando despertara. Lo que le recordó donde se hallaba y le devolvió su pésimo humor. El otro motivo, además del nerviosismo por el contenido de la carta de su madre, o más bien, la falta de este, era que tendría que ver a su padre. Eran pocas las posibilidades de no encontrárselo.

Si hubiera recibido la carta antes, quizá podría haber convencido a su tía Claire para que lo acompañase y así, haber llevado a Emmeline con él. A ella le gustaría. Y él sabría que si algo se ponía feo, como seguramente lo haría, siempre podría huir a sus brazos.

¿Cuándo había empezado a pensar de aquella forma?

La puerta se abrió antes de que pudiese tocar y el mayordomo apareció viéndose tan impasible como siempre. —Excelencia —dijo con un asentimiento de cabeza y le ayudó a quitarse el abrigo.

—¿La Duquesa está bien? —Inquirió con el ceño fruncido. Todo se veía igual que siempre, no había señales de que una catástrofe los hubiese azotado.

—¡Joseph!

El mayordomo no tuvo que responder, la Duquesa bajaba las escaleras a un paso acelerado. Ella aún era joven, y siempre tenía una sonrisa en su rostro, lo que la hacía verse más angelical todavía.

Abrazó a su hijo como si fuera, no un hombre, sino un niño y él no puso protesta alguna. Hacía meses que no se veían. En los últimos años, su madre evitaba La Temporada todo lo que podía y prefería quedarse en su casa de campo a unas horas de Londres.

—Mamá.

—¡Estoy tan feliz de verte, cariño!

—¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido? Recibí la carta a primera hora esta mañana y salí enseguida. Apenas si pude esperar a que Beth despertara y avisarle a donde me iba. Creí que te había sucedido algo...

—¡Oh! Yo estoy bien, mi amor. Pero podemos hablar de eso luego, estoy segura de

que desearás descansar. Hice que prepararan tu habitación. ¿Quieres que ordene que te preparen un baño?

Esas eran evasivas. Joseph sabía reconocerlas.

De repente ya no estaba preocupado, sino furioso. ¡Había caído de nuevo en la trampa de su madre!

¡Dios! La quería, pero eso se estaba volviendo difícil de tolerar. Podría haberse quedado con Emmeline todo el día, podría haberle preguntado cómo se sentía luego de hacer el amor toda la noche, podría haberle dado el anillo en persona. Todas esas cosas. Pero no. Estaba a horas de distancia de ella, por una trampa de su madre para, seguramente, hacer que tenga una conversación con su padre, más larga que un par de frivolidades en la mesa.

Clavó su mirada fija y enojada en ella.

—¿Por qué estoy aquí, madre?

—Espero que para verme, sobre todas las cosas. Y bueno, he organizado una pequeña fiesta para algunos vecinos, y esperaba que pudieras quedarte unos días.

Joseph apretó los puños.

—¿Entonces no hay una emergencia?

Con una sonrisa radiante, la Duquesa sonrió orgullosa. —La única urgencia, es el deseo de ver a mi hijo.

—Podrías visitarme también. Sé que eres la Duquesa de Harsburn, pero también eres mi madre. No me gusta ser manipulado.

La dama alzó las cejas. —¿Por qué estas molesto? ¿Tenías que hacer algo más importante en Londres que venir a tu casa?

—Esta no es mi casa —masculló doblando un brazo para dejarse conducir a través del vestíbulo de entrada hacia donde su madre deseara llevarlo. No podía someter a los lacayos, ni los caballos con los que había viajado, a una cabalgata de regreso tan pronto. Suponía que no todos estarían tan motivados como él para hacerlo.

—Estoy segura de que no has comido nada —comentó ella—. Ordenaré que te traigan algo. —Se detuvo junto a la mesa y se paró frente a él para mirarlo a los ojos y acariciar su mejilla—. Estoy feliz de tenerte aquí, cariño —sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Joseph le devolvió el gesto.

—No estoy tan lejos, mamá. Tía Claire está con nosotros desde hace unos días. Podrías haber ido con ella.

—Tu padre tiene cosas de las que ocuparse aquí. No voy a dejarlo solo —argumentó, provocando que él apretara los labios y desviase la vista—. No te pido que comprendas eso ahora, ya tendrás tiempo cuando tengas una esposa a la que no quieras perder de vista.

Sin darse cuenta, ante esas palabras, se encontró pensando en que muy probablemente estaría trabajando en eso si ella no lo hubiese alejado con pretextos falsos.

—¿Qué me estás ocultando, Joseph? —Inquirió observando su rostro mientras él estaba perdido en sus pensamientos.

Pero no iba a darle esa satisfacción.

Así que solo sonrió con sorna y musitó: —Solo estoy hambriento, mamá. Ha sido un viaje largo.

Emmeline miró a su madre y su hermano, mientras saludaban al resto de la familia. Hacía ya dos días que Joseph se había marchado, y uno que la Duquesa le había escrito a Beth que él había llegado bien y que intentaría retenerlo allí el mayor tiempo posible. Pero Beth le había asegurado que eso no sería demasiado.

Y Emmie estaba aliviada de que así fuera. No se había atrevido a preguntarle si en su respuesta, le había avisado a Joseph que su madre ya estaba allí.

No creía que ella intentara llevársela sin despedirse de él, y agradecerle por todo. Pero el solo hecho de tenerla allí, la ponía nerviosa y deprimida. Si ellos decidían que tenía que marcharse, no habría escapatoria.

Francis pasó un brazo por encima de su hombro y la acercó para abrazarla por segunda vez.

Siempre habían sido muy unidos. Él la había protegido con su vida cuando su padre estaba vivo, y ella nunca podría agradecerse lo suficiente. Era su héroe y su mejor amigo. Y ellos podían discutir o molestarse el uno con el otro, pero no había nada que consiguiera romper el vínculo que los unía.

—Imaginé que estarías saltando de felicidad al vernos —susurró discretamente.

—Estoy feliz de verlos. —Sonrió ella—. A ambos. Quizá esté un poco sorprendida, eso es todo.

—¿Y? ¿Cómo has estado? Mamá se ha quejado mucho de tus cartas. No eras muy informativa.

Ella hizo una mueca.

—Tan comunicativa como ustedes, Fran. Además, pensé que estarían muy ocupados disfrutando de su magnífica travesía como para leer acerca de mis días en Londres. —Se encogió de hombros. Estaba siendo un poco dura con él, y lo sabía.

—Emmie...

—Lo siento, no es... No quise decirlo de esa forma. Estoy muy bien aquí, Francis. La verdad es que estoy disfrutando mucho. Beth y Sebastian han sido muy lindos conmigo, y al parecer le agrado mucho a Lady Claire... No podría estar más agradecida con ustedes por permitirme quedarme con ellos.

—Lo dice la chica que atrasó horas el viaje por no querer venir.

—Estaba equivocada, muy equivocada. No voy a dudar de las palabras de mamá nunca más.

—Ay, no digas eso, no sabes cuándo podría jugarte en contra —murmuró su hermano entre risas y la picó en la nariz—. ¿Y qué hay de Thornehill? —Al parecer Francis había reparado en que ella no lo había mencionado. Y eso le preocupó—. ¿Él no ha sido amable contigo? —Preguntó con seriedad, y Emmie casi podía jurar que estaba apretando los puños.

Lo imitó arrugando la frente y enfrentándolo.

—Joseph ha sido el perfecto anfitrión y un gran amigo, Francis. Lamento decirte que no tienes ni la más mínima excusa para discutir con él.

Si obviaba la parte en la que se besaban todas las noches en su despacho, y a cada momento que podían estar a solas. Oh, y claro, no podía olvidar que él había tomado su virtud.

No iba a pensar en todo aquello. Correría el riesgo de sonrojarse y delatarse a sí misma. Tenía que hacer que Francis y Joseph consiguieran llevarse bien.

—Bien —asintió él.

—No seas huraño, querido. Si se tomaran un tiempo para conocerse, podrían llevarse muy bien. No sé cuál es el motivo de que no se toleren, pero ambos son hombres excepcionales.

—Wow, parece que de verdad te agrada —dijo con sequedad.

—Ha cuidado de mí, Fran. Me ha protegido muy bien y es a él, a quien más tengo que agradecerle de que la sociedad me haya aceptado. Yo no era de su agrado ¿sabes?

El rubio sacudió la cabeza.

—Tú le agradas a todo el mundo, Emmie. No le des méritos que no merece.

—Y tú no se los quites —apuntó.

—¿Por qué no está aquí, ahora? Un buen anfitrión estaría en casa para recibir a sus invitados.

Entrecerrando los ojos, Em decidió contenerse. ¿Por qué su hermano estaba siendo tan idiota?

—Beth lo ha dicho. Nos enteramos de que estarían aquí hace dos días. Y él había partido para la casa de sus padres hacía solo unas horas. Estoy segura de que volverá pronto. Además, —agregó más para convencerse ella que a él—, se fue por una razón importante, y debe de tener que resolver sus asuntos antes de regresar.

Lady Claire se acercó a ellos con las cejas alzadas.

—Basta de cuchicheos ustedes dos, es grosero —señaló.

—Mis disculpas, Lady Claire —musitó Francis con una sonrisa dulce—. Hace tiempo que no veía ni hablaba con mi hermana, entenderá lo mucho que deseaba hacerlo. La extrañé muchísimo.

La pegó más a su costado y le dio otro beso en la mejilla.

La mujer asintió y su mirada se suavizó.

—Admiro a un hombre capaz de admitir que ha extrañado a su hermana. Y solo por eso está perdonado —sonrió por un segundo antes de comenzar a caminar hacia el comedor a donde el resto se estaba dirigiendo.

Francis olvidó enseguida a la mujer, no había logrado distraerlo de sus pensamientos originales. No entendía qué era lo que Thornehill le había hecho a su hermana. ¿Cómo podía decir tantas cosas agradables acerca de él? Emmeline era inocente, pero no tonta. Ella tenía la capacidad para calar a las personas. ¿Qué le había nublado el juicio con Joseph?

No creía que fuese su título. Ni su dinero. Esas cosas no le interesaban. Pero entonces ¿qué otro atributo tenía el Marqués?

Tampoco podía pensar en que él se había dedicado a seducirla, puesto que no era de ese tipo de hombres. Y esa era la principal razón por la que había cedido ante las insistencias de su madre al dejarla en su casa al cuidado de Beth.

¿Pero qué era entonces?

—Te agradezco por esto, Beth —susurró Francis mientras esperaban a que su invitado entrara en la sala.

Ella sonrió. —No hay nada que tengas que agradecerme. Pero dime algo, Fran. ¿Cuándo van a contarle a Emmie? No creo que le agrade mucho ser la última en enterarse

de esto.

—Lo sé, Beth. Es solo que... Temo que si se lo suelto de golpe, no va a darle ni una pequeña oportunidad a la idea. No quiero tener que obligarla.

—¡Claro que no! —Le reprochó golpeando su brazo. E iba a decir algo más, pero el invitado ingresó a la habitación y dejaron la conversación para hacer las presentaciones adecuadas.

Lord Parker Holiday era, actualmente, un Conde. Y uno de los mejores amigos de Francis desde que ambos tenían memoria.

Era bastante guapo, pensó Beth mientras él se inclinaba para besar su mano.

Tenía el cabello castaño bien oscuro, a diferencia de los hombres a los que ella estaba acostumbrada a ver, como Sebastian, Joseph, e incluso Francis. Y también sus ojos eran marrones, y amables. A simple vista, no había nada malo en él. Y quizá tampoco lo habría en el interior, si se exceptuaban los aprietos financieros a los que se estaba enfrentado luego de asumir el rol de su padre como Conde de Brookshire.

—Oh, allí está —sonrió mirando hacia Emmeline que caminaba distraída en dirección a ellos.

—Aquí estoy —suspiró con cansancio y dibujando una falsa sonrisa en su rostro.

Hacía ya un día desde que su madre estaba con ella, y tres desde que Joseph se había marchado. Había descubierto que evitarla y *no* contar los minutos que él tardaba en regresar, eran trabajos realmente difíciles.

Y a eso, ahora tenía que sumarle que debía recibir a una nueva visita.

Como si estuviese de humor para estas cosas, había escrito en su diario antes de bajar a la planta inferior. Pero cuando levantó la cabeza para poner en práctica sus buenos modales, se encontró frente a alguien en quien no había pensado en lo que parecía mucho tiempo.

—Emmie —sonrió Parker dando un par de pasos para alcanzarle—. Mírate, que hermosa te ves. ¡Y cómo has crecido!

—¿Tú eres la visita a la que estaba esperando? —Preguntó sin poder creérselo todavía. Se había arreglado por más de media hora... ¿para Parker? Él, que la había visto con trencitas y llena de barro o colgando de algún árbol boca abajo mientras trataba de imitarlo a él y a su hermano mayor.

—Espero que sí. —Le guiñó y tomó su mano para besarla delicadamente.

—No sé si mamá te contó, Emmie, pero hemos estado pasando unos días en la casa solariega de Lord Brookshire antes de emprender camino hacia aquí.

Ella arrugó el ceño, extrañada.

—No, no lo ha hecho —comentó.

Francis se encogió de hombros.

—Bien, no es que tenga mucha importancia. Parker se nos ha unido en nuestro camino a Londres.

—Tenía asuntos que tratar —agregó el castaño con una sonrisa—. Y no podía negarme el placer de viajar con una buena compañía como la de tu madre y tu hermano. Hacía tiempo que no nos encontrábamos.

—Deberíamos pedir té —sugirió Beth—. ¿Le parece bien, Lord Brookshire?

—Por supuesto —coincidió y volvió a mirar a Emmeline con esa misma sonrisa—. De verdad estás preciosa, Emmie. Oh, lo siento. ¿Siguen llamándote Emmie?

—¿Por qué no lo harían? —Preguntó ubicándose en el sofá en el que creyó que Beth se sentaría. Pero eso no fue lo que sucedió, fue Parker, sin embargo, quien lo hizo en

su lugar.

Se sintió un poco incómoda. Años antes, habría estado encantada, pero ahora...

—Porque ya no eres una niña —musitó con calma.

Em miró a su hermano.

Él no parecía molesto en absoluto. Ni porque estuvieran tan cerca, ni porque su amigo se hubiese percatado, por fin, que ella no era una niña pequeña.

Es más, Francis parecía... Satisfecho.

—Bueno... Gracias por notarlo, supongo. —Curvó los labios hacia arriba.

—¿Cómo te ha tratado esta ciudad? —Volvió a preguntarle directamente.

¿No era eso un poco grosero de su parte? Solo hablarle a ella e ignorar a los demás.

—Bien, mi estancia aquí ha sido muy placentera. He conocido a muchas personas agradables.

Parker hizo una mueca.

—Has tenido suerte entonces, las personas de esta ciudad no suelen serlo. Pero asumo que estar bajo el cuidado de Lord Thornehill tiene sus ventajas. ¿Ha sido un buen tutor?

—Joseph no es, ni ha sido nunca mi tutor —replicó mordaz, y demasiado rápido para llamar la atención del resto de los presentes—. Es mi amigo —dijo bajando la voz cuando se dio cuenta de su error.

—Oh, sí, lo siento. Solo era una forma de expresarme —compuso el hombre.

—Joseph y Emmeline se han unido mucho en este último tiempo. Creo que mi hermano necesitaba alguien que no le tuviese miedo —comentó Beth sirviendo el té que recién habían traído—. Emmie lo ha puesto en su lugar varias veces. Algo digno de ver, créanme.

Francis rió por lo bajo.

—Mi hermanita nunca me decepciona —dijo hacia todos y nadie en particular al mismo tiempo.

Pero Emmie se sintió molesta, tanto por el comentario de Beth como por el de él.

—No creo que sea apropiado, ni educado, hablar de Lord Thornehill de esa forma cuando no está presente.

—¿Pero cuando podríamos hacerlo sino? —Bromeó Parker arrepintiéndose al instante ante la mirada furiosa de la chica.

—Sigue sin ser apropiado.

Y dicho esto, sin importarle lo que pudiesen pensar, se puso de pie, obligando a los hombres a hacer lo mismo.

—Creo que voy a recostarme. Me siento un poco indispuesta. —Se llevó la mano a la frente, aún sabiendo que nadie le creería. Pero si ellos podían ser groseros ¿por qué no ella?—. Siempre es un placer verlo, Lord Brookshire —asintió mostrándole una sonrisa que no le llegaba a los ojos y se marchó antes de que él pudiese devolverle el saludo.

CAPÍTULO 22

Emmeline estaba de mal humor. Lo había pasado terrible en la cena la noche anterior, y luego se había despertado aterrorizada con una de sus horribles pesadillas. ¿Por qué no podía dejar de tenerlas? ¿Es que nunca iban a irse?

Entonces, se había quedado en la cama hasta el mediodía y fingido dormir cada vez que alguien entraba.

Hasta que Jen comenzó a llamarla. Tenía que levantarse y cambiarse para el almuerzo puesto que tendrían invitados.

—Él es muy guapo —comentó Kat mientras la peinaba—. ¿La está cortejando?

Los ojos de Emmeline la miraron incrédulos y llenos de horror a través del espejo.

—¡No! Claro que no. —Y luego rio soltando un resoplido—. Es Parker, por favor.

—¿Qué quiere decir eso? —Preguntó Jen mientras armaba la cama.

—Solo que Parker jamás se fijó en mí, creo que me veía como si fuera su hermanita pequeña. Y es el mejor amigo de mi hermano. Nunca intentaría algo conmigo.

—Quizá se ha dado cuenta de que usted ya no es una niña, y que él no es su hermano.

Emmie arrugó la frente. Algo parecido le había dicho Parker el día anterior.

—Como sea. —Se encogió de hombros—. Yo no estoy interesada en él. Ya no.

Kat detuvo el recorrido del cepillo.

—¿Ha conocido a alguien especial, Lady Emmeline? —Inquirió con una sonrisa soñadora.

Con cautela, Em asintió.

—¿Es alguno de los caballeros que han venido a visitarla?

Su hermana mayor se acercó a regañarla y le quitó el cepillo de la mano para continuar ella con el trabajo.

—No seas entrometida.

—Oh, está bien —Emmeline hizo un movimiento con la mano quitándole importancia. Y mientras hablaba, se llevó la mano al sitio de su pecho en donde sentía el anillo colgando debajo del vestido—. Pero no puedo relevar su nombre todavía.

—Eso es tan... —Kat suspiró—. Romántico.

—Yo creo que es peligroso —murmuró Jen—. Solo tenga cuidado, Lady Emmeline. Los hombres son... bueno, son peligrosos, sin importar la clase a la que pertenezcan.

Emmie se preguntó qué le habría sucedido a Jen para hablar así. Pero asintió de todas formas y no hizo ninguna pregunta. Tampoco aclaró que *su hombre*, no tenía nada de malo, y que si supieran quien era, ellas tampoco lo pondrían en duda.

Pensar en él había mejorado su humor.

Pero este volvió a ser el mismo cuando estuvo en la planta baja.

Francis, Sebastian y Parker, quien ya había llegado, estaban enfrascados en una conversación al pie de las escaleras y se silenciaron al verla cerca de ellos.

Sebastian fue el único que no sonrió, sino que la observó con preocupación.

—Buenos días —musitó tranquila.

Parker se inclinó para besar su mano y luego le entregó un ramo de delicados jacintos.

—Oh. —Emmie casi se atragantó con las palabras al no poder dejar de pensar en lo que las doncellas le habían dicho minutos antes. Parker no podía estar cortejándola. *Él solo estaba siendo amable con la hermana menor de su amigo.*

¿Cierto?

Tenía que ser así.

Pero al mismo tiempo, elevó una plegaria rogando que Joseph regresara pronto. ¿Por qué tenía que estar ausente justo en ese momento?

—Gracias —consiguió decir—. Qué bonitas son.

—Me alegra que te gusten, espero que aceptes mis disculpas por lo de ayer. No era mi intención molestarte, Emmie. Lo siento.

Ella asintió y le dio una sonrisa tranquilizadora. Por el rabillo del ojo vio como Beth y su madre se acercaban, provenientes de la sala verde de la casa, no muy lejos de donde se encontraban ellos.

—¡Oh, buen día para ti! —La rubia la contempló con una sonrisa inmensa—. Me estaba comenzando a preocupar.

—¿Por qué?

—Porque no te levantabas. Nunca te pierdes la hora del desayuno.

Debió de suponerlo. Había sido un error preguntar. Y no quería tener que dar explicaciones, ni inventar excusas. Pero al parecer no le quedaba ninguna salida.

—Oh, eso... —Se removió incómoda—. Estoy bien, tranquila. —Sonrió—. No le hace bien al bebé que te preocupes.

Y bajó la mirada a su mano, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa.

—¿Estabas leyendo? —De verdad no quiso sonar tan burlona, pero no pudo evitarlo. Si había algo que Beth odiase más que lo que ella odiaba bordar, era leer.

—¡Oh! ¡Esto! —Le extendió una copia de Rookwood, una novela de William Harrison Ainsworth, que ella muy bien sabía que había sido publicado el año anterior. Había pasado unos cuantos días leyéndolo hacía unos meses. Pero enseguida se dio cuenta de que Beth no había podido estar leyéndola porque el libro estaba rodeado por una cinta, formando una cruz en la tapa y atado con un prolijo moño—. En realidad es para ti.

—¿Para mí? —Preguntó cada vez más extrañada.

—Me ha llegado una carta de mi madre, y otra de Joseph esta mañana. Te envía eso. Mencionó algo acerca de que a su copia le faltaban unas hojas al final y tú querías terminarla... —Pero Emmeline había dejado de oírla en cuanto había escuchado el nombre del hombre que no podía sacarse de la cabeza—. En fin. Tuyo. —Se lo entregó.

Annabeth, su madre, hizo una mueca.

—Oh, Emmeline. No me digas que has perdido tiempo leyendo tus tontas novelas aquí también. ¿Y le has dicho a Lord Thornehill que su libro estaba defectuoso?

Emmie estaba demasiado feliz y confundida como para enojarse. Rookwood no estaba defectuoso, y lo había terminado para luego discutir algunos puntos con el mismo Joseph.

Entonces ¿por qué le había mandando otra copia?

—Yo no creo que leer sea algo malo, milady —ofreció Parker.

Y fue allí, cuando Emmie no tuvo ninguna duda de que él estaba cortejándola.

Y que su hermano lo sabía muy bien. ¡Y lo apoyaba!

—Yo debería subir a mi habitación y dejar esto. Los alcanzaré enseguida. —Se disculpó y volvió a subir las escaleras a toda prisa.

En su habitación, deseaba con todas sus fuerzas quitarle las cintas al libro y abrirlo,

pero si lo hacía, y encontraba algo más, cosa que estaba segura que sería así, no volvería a bajar en un largo rato.

Así que lo dejó bajo su almohada y volvió a salir del cuarto con total desgana.

Estaba al comienzo de la escalera cuando se sobresaltó al oír una voz a su espalda.
—Algo curioso, ¿no?

—Sebastian —dijo llevándose la mano al pecho. El hombre, que había estado apoyado en la pared, caminó hacia ella con una sonrisa divertida en sus labios—. Me has asustado. Creí que estarían todos en la mesa.

—Solo quería un momento a solas contigo. Dime, Emmie, ¿estás segura de que el libro está dañado?

Una luz de alarma se encendió en ella. —¿Hmmm? —No podía hablar, la había agarrado tan desprevenida que no tenía ni idea de qué decir.

—Joseph conoce a Beth tan bien como yo, y creo que también tú, al juzgar por tu reacción de hoy. Ella no tiene interés alguno por leer, y por eso mismo, no tiene idea de que el ejemplar de Rookwood que tenemos, está en perfectas condiciones, yo mismo lo leí hace unas dos semanas. Y la verdad es que estoy casi seguro que aún no lo he devuelto a la biblioteca.

—Ah, yo... —Seguía sin palabras. Pero ahora estaba asustada y pálida.

A pesar de sus palabras, Sebastian parecía divertido y victorioso. —Al principio creí que Joseph estaba loco, o que simplemente se había equivocado. Pero luego, tú no corregiste el error. Entonces, te observé mejor, y lo supe.

—¿Supiste qué? —Inquirió sin aliento deteniéndose a mitad de la escalera.

—Que el libro era lo que menos importaba. Ambos saben muy bien que no hay nada malo con ningún ejemplar —declaró—. ¿Por qué estás tan asustada? No me mires así, Em, por favor. Solo soy yo, sea lo que sea, no voy a delatarlos. Ni siquiera con Beth.

—¿Seguro?

—No es nuestro asunto. Pero la verdad es que estoy intrigado. ¿Qué está sucediendo?

Apretando los labios, un poco más relajada, dejó caer los hombros y suspiró volviendo a respirar con normalidad.

—Sebastian yo... No sé qué decirte.

—¿Qué tal la verdad? Quizá pueda ayudarlos. Emmie, Joseph es mi hermano. Los he observado, puede que esté un poco distraído por el embarazo de Beth estos últimos meses, pero me doy cuenta de las cosas. He notado el cambio en él. Y sé que no hay nadie que sea más responsable de eso que tú.

—Somos amigos —susurró.

—No, eso es lo que yo creía. Hasta hoy. ¿Emmeline, él te ha seducido de alguna forma?

Dando un paso hacia atrás, y mirando hacia sus ojos preocupados, Emmie no pudo evitar ponerse a la defensiva. Todos optaban por creer que él era el malo de la historia.

—¿Por qué lo dices como si fuese algo malo?

—No, Emmie...

—Yo podría haberlo hecho. Yo podría haberlo seducido a él y no al revés como todo el mundo tiende a creer. No soy tan inocente.

—Tranquila, Em. Baja la voz, por favor.

Notando su error, respiró para calmarse.

—Entonces admites de que ha pasado algo entre ustedes. —Ella asintió porque ya

no valía la pena mentir—. Bien, bien. ¡Wow! No lo esperaba, lo siento.

Y ahora era Sebastian quien se había quedado sin palabras.

—No puedes contarle a nadie —suplicó—. Si Francis se entera antes de que Joseph regrese, me llevará lejos de aquí en un santiamén. Y todavía no estoy segura de que estemos el tiempo suficiente para que vuelva. Quiero creer que mi madre querrá agradecerle personalmente, pero...

—Lo sé, Emmeline. No lo haré, lo prometí.

—Ni siquiera a Beth.

—Ni a ella.

Retomaron el trayecto que los conducía al comedor, pero Emmie sentía que todavía no había terminado la conversación. Había algo que no cerraba, así que con una sonrisa sincera, se inclinó hacia él y susurró de forma casi inaudible.

—Lo quiero, Sebastian. Él necesita alguien que lo cuide, y quiero ser esa persona. Y él me quiere mí.

Pero Sebastian no parecía muy convencido de lo último, le dio una mirada de lástima que hizo que una pizca de ira brotara de nuevo. Emmeline volvió a detener su caminata.

Metió la mano en su vestido, por la parte superior de su cuello, y no necesitó hundir más que dos dedos para tirar de la cadenita que cuidaba más que a su vida. La extendió todo lo que pudo sin quitársela y le mostró el anillo.

—¿Lo reconoces?

—¿Él te lo dio? —Preguntó con incredulidad, aunque se recuperó rápidamente y sonrió aceptando la respuesta que no había recibido.

Así que contenta, volvió a guardarlo antes de ser descubierta y fue ella esta vez quien sonrió victoriosa.

Como si no fuese lo bastante obvio que Francis la estaba arrojando a Parker Holiday como si fuese un regalo, Beth los acomodó uno junto al otro durante el almuerzo. Y eso no hizo más que enfurecerla, porque le estaba dando a entender que ella también estaba colaborando en el plan.

¿Es que creían que iba a enamorarse de él, así sin más? No era la forma en la que las cosas funcionaban, y Elizabeth entre todas las personas debería de saberlo. Se había casado con el hombre del que se había enamorado a pesar de que no era lo que se consideraba, ni remotamente correcto, para una dama como ella.

—Estás muy callada, Emmie. ¿Segura que estás bien?

Su madre la contemplaba desde el otro lado de la mesa con los ojos entornados. La conocía bastante bien como para saber que estaba molesta y no enferma. Y con esa pregunta que le había realizado, Emmie llegó a pensar que esos meses que habían estado separadas, habían roto con lo que las había unido tanto.

Se sintió fatal.

¿Qué estaba sucediendo?

—Estoy bien —zanjó cortante.

Annabeth sonrió y miró a Francis, y luego a Parker.

—Bueno, parece que quizá alguien necesita dar una vuelta por Hyde Park —

comentó.

Lady Claire se sumó a la conversación.

—Esa es una buena idea. Es un día perfecto para un paseo al aire libre. No les molestaría que me una ¿verdad?

—Por supuesto que no —contestó Lady Welltonshire—. ¿Disfrutaremos también su grata compañía, Lord Brookshire?

—Será un placer, milady. Aunque solo sea por un rato, tengo un par de reuniones esta tarde.

—¡Perfecto!

Francis que estaba junto a Emmie, al otro lado de su amigo, se inclinó hacia ella y susurró en su oído.

—¿De verdad quieres ir, Em? —Al menos tuvo la delicadeza de preguntarle, puesto que su madre había decidido por ella, quien no lucía en absoluto contenta—. No tenemos que ir si no lo deseas, ¿lo sabes?

Podría haberle dado una negativa, pero entonces, estaba convencida de que nadie iría a ningún sitio, y la Condesa viuda estaría pisándole los talones y molestándola todo el día por una explicación acerca de su comportamiento.

—Sí, será bueno salir. ¿Vendrás?

Francis susurró cómplice y con una sonrisa juguetona. —Creo que tengo que ir, no puedo dejar a Parker con mamá y Lady Claire. No sería un buen amigo si lo hiciera, ¿no crees?

Pero en ese momento, a Emmeline le daba igual.

CAPÍTULO 23

Joseph:

Creo que necesitas regresar antes de que, si no me equivoco, sea demasiado tarde.
Sebastian.

Y con eso, dobló la hoja en dos y la metió en el sobre que ya tenía junto a él. No necesitaba poner nada más. Estaba seguro que a mayor brevedad de contenido, su cuñado estaría más intrigado y preocupado como para volver lo antes posible.

A Sebastian Greene no le gustaba entrometerse en asuntos que no le afectaban, pero esa vez, estaba seguro de que Emmeline apreciaría su ayuda. Todos, incluida su esposa, estaban presionando a Emmeline y Parker juntos, sin ningún tipo de sutileza. Incluso este último parecía bastante desesperado por tenerla.

¿Es que nadie se daba cuenta del desinterés de ella por ese hombre?

Desde un principio había advertido algo extraño en todo aquello, algo a lo que Elizabeth debía de estar ajena, puesto que si lo supiese, ella no estaría contribuyendo a aquella locura. Ambos habían aprendido a querer a Emmeline desde la primera vez que la habían visto hacía ya varios meses. Supieron que era lo único que le faltaba a aquel lugar para resplandecer. Y ella no los había decepcionado.

No habían pensado que se quedaría allí para siempre. Eso sería egoísta y ambos querían que fuese feliz. Y para eso, una mujer necesitaba una familia. Necesitaba un esposo, antes que nada. Pero ahora, con la nueva información que poseía, sabía que existía la probabilidad de que las dos cosas fuesen posibles al mismo tiempo, y no se consideraría una buena persona si no hiciera una pequeña contribución a la causa.

Además, no era solo la felicidad de Emmie la que estaba en juego. Si Joseph le había dado el colgante con el anillo de su madre a Emmeline, tenía que ser por un motivo. Uno muy especial.

Así que no tuvo más dudas y se apresuró a buscar un eficiente, reservado y rápido mensajero que se encargara de llevarle el mensaje a Joseph, lo entregase en sus manos y aguardase una respuesta. Aunque prefería que la única respuesta que recibiera fuese la presencia del Marqués en su casa.

Emmie tenía que reconocer que pasear por Hyde Park era bastante relajante. No había ido mucho por allí en el último tiempo. Había preferido quedarse en la casa y acompañar a Beth en lo que fuese que estaba haciendo, caminar por el gran jardín que tenían, leer uno de los tantos libros que Joseph guardaba en su biblioteca, Rookwood, por ejemplo, pensó con una mueca divertida, o simplemente escribir en su cuaderno. Cuando no estaba con Joseph, claro.

Le gustaba esa vida, era tranquila y la hacía feliz. Le gustaba esa paz que la acompañaba. Porque a pesar de no poder quitarse las pesadillas, en el lugar donde vivía ahora, no guardaba ningún recuerdo aterrador. Podía estar sola en cualquier cuarto sin estremecerse o que la recorriesen escalofríos cuando entraba.

Su madre y Lady Claire caminaban delante de ellos parloteando demasiado para su gusto. Ella adoraba hablar, pero en esos días no estaba de un humor particularmente bueno

para escuchar a nadie más. ¡Bien! La verdad era que estaba enfadada con su madre y no quería oír nada de ella, puesto que cada vez que abría su boca, era para empujarla a los brazos de Parker Holiday.

Entonces, por más retórico que pareciera, prefería la compañía de su hermano y Parker, que en aquel momento hablaban sobre algo que no la incluía en absoluto. Y eso era perfecto.

Miró hacia la vereda de enfrente y al instante reconoció a aquella pequeña jovencita que la contemplaba con la boca y los ojos abiertos de par en par. Nada propio de la dama que ella sabía que era.

Se frenó de golpe llamando la atención de los hombres que la acompañaban y levantó la mano hacia Ashleigh.

La chica le dio esa sonrisa tan dulce y propia de ella y comenzó a caminar en su dirección con una doncella tratando de seguirle el ritmo.

—¡Ash! ¡Qué sorpresa! —Se saludaron con un corto y efusivo abrazo. La última vez que habían hablado había sido en la fiesta de la casa del padre de la chica, cuando se había marchado tan repentinamente, y luego...

Em se quitó de la cabeza las imágenes que seguían.

—¡Sí que lo es!

—¿Estás paseando sola? Me extraña mucho que tu padre te haya dejado salir sola, con lo protector que es. —Emmeline sonrió pensando en el Conde. ¡Cuánto le habría gustado tener un padre como ese!

—Oh, él está hablando con su abogado en aquella casa de allí —señaló—. Me ha acompañado a hacer unas compras hoy. ¿Puedes creerlo? Y ha aguantado por mí, por horas, ya sabes cuánto me gusta comprar. Ahora es mi turno, aunque dudo que él se retrase mucho en su reunión. —Volvió a sonreír, miró hacia los hombres que la acompañaban, y luego volvió sus ojos hacia ella.

Emmie supo lo que deseaba, y lo que era correcto.

—Oh, lo siento. Ash, te presento a mi hermano, Lord Welltonshire, y a Lord Brookshire, un antiguo amigo. Caballeros, Lady Ashleigh Weston, mí más querida amiga aquí en Londres.

La joven hizo una reverencia sin ocultar su sonrisa y ellos la imitaron.

—Es un placer conocerlos a ambos, Emmie me ha hablado mucho de usted, milord —dijo ella hacia Francis. Y luego frunció el ceño mirando a su amiga—. Oh, lo siento, que descortés de mi parte, pero, ¿estás mejor, Em?

—¿A qué te refieres? —Preguntó extrañada, pero sin dejar de notar como su hermano se tensaba a su lado.

—La otra noche, en la fiesta... Te fuiste antes porque no te sentías bien —explicó como si fuese obvio—. Me quedé preocupada por ti. Iba a enviar una nota, pero bueno... Supongo que lo olvidé, las cosas han estado un poco... agitadas en casa.

—Oh, yo... Estoy bien, en realidad, no me sentía mal como dije. Solo que ya sabes, estaba de un humor especial y no tenía ganas de bailar con nadie. —Y se acercó un poco a ella para susurrar—. Y Lady Claire estaba bastante determinada a que lo hiciera. —Se encogió de hombros—. A Joseph se le ocurrió esa idea y me pareció fantástica.

Francis y Parker se miraron sin entender nada.

La joven soltó una risa. —Siempre me ha parecido que Lord Thornehill disfruta mucho más marchándose de las fiestas que entrando en ellas. Bueno, creo que yo también lo haría si tuviese a Portia Davenport pisándome los talones y planeando la mejor forma

para que me viera obligada a casarme con ella.

—Y olvidas a su madre —agregó Emmeline—. Esa mujer es de lo más grosera. Ashleigh asintió efusivamente.

—Y creo que ella te detesta porque representas un peligro para su misión. Ya sabes...

—¿Saber qué? —Inquirió Francis con repentino interés.

Ash abrió los ojos al percatarse de su error. Se había olvidado por completo de la presencia de esos dos hombres, aunque fuera extraño. No sabía cuál de los dos era más arrebatador.

—Hmmm —ladeó la cabeza. Se le daba muy bien fingir que no entendía lo que los demás decían cuando era conveniente—. ¿Perdón, milord?

—Oh, solo estoy interesado en eso que está hablando con mi hermana. Acerca de esta mujer, y su hija, y Lord Thornehill.

—¡Oh! Sí, lo siento. Lord Thornehill lleva mucho tiempo evitando a los implacables Davenport —comentó moviendo la mano como si no fuera importante.

Emmeline tenía que reconocer la inteligencia de la chica, siempre conseguía desviar la conversación. Y estaba segura que esta vez también lo conseguiría. Hasta que Parker habló.

—Entendimos eso, milady —dijo—, pero creo que mi amigo se refería a la razón por la que Emmie representa un peligro para esta señora...

Y lo había dicho con suficientes palabras como para que Ash no pudiera escapar. Molesta por haber fallado, lo miró con los ojos entrecerrados. El apuesto Lord, era además, inteligente. No se conseguían muchos de esos.

—Bueno, ella vive con el Marqués, milord. Tiene más posibilidades en un día que su hija en toda una vida.

—Mi hermana no vive con el Marqués, vive con su hermana —gruñó Francis—, momentáneamente.

—¡Fran! No le gruñas a mi amiga. ¿A dónde has dejado tus modales?

Ash sonrió. —Oh, no. Creo que he sido yo la que se ha explicado mal. El punto es que no hay forma de que Lord Thornehill se fije en Portia. Fin de la historia.

—¿Por qué no? —Preguntó Parker sonriendo hacia las mujeres—. ¿La señorita es tan desagradable?

—Sí. —Fue la respuesta unísona de ambas.

—¡Wow! —Ahora Francis estaba riendo—. ¿Es que le falta un diente? ¿O tiene pelos en la nariz?

Ashleigh soltó una carcajada.

—No habías dicho que era tan divertido —señaló a Em—. Pero lamento decepcionarlo, milord. Si somos honestas, Portia es bastante bella. No es su exterior lo que es tan desagradable.

—Ella es despreciable —murmuró Emmeline recordando el incidente de la primera vez que se habían conocido—. Es cruel y por demás de grosera. Y disfruta maltratando a quien pueda —dijo lo último mirando directamente a su hermano. Él sabría de lo que hablaba.

—Pero Emmie se encargó de ponerla en su lugar —murmuró Ash—. No es que le haya afectado mucho, pero fue algo muy divertido de ver.

Emmeline llegó a su habitación y no perdió tiempo para buscar el libro en el que

había pensado todo el día. Con delicadeza abrió las cintas, las examinó y al ver que no tenían nada extraño, las hizo a un lado para examinar el libro más detalladamente.

Al levantar la tapa, no se vio la primera hora, como era de esperarse, sino, un sobre sellado con la marca del anillo Thornehill. No había forma que pudiese confundirlo.

Todo se iluminó a su alrededor cuando abrió el sobre.

Era una carta. Y era la misma caligrafía con la que había sido escrita la nota que guardaba como un preciado recuerdo de su primer mañana como una verdadera mujer.

Mi querida y bella Emmeline:

He pensado mil cosas que decirte. Y créeme, si soy terrible pronunciando las palabras en voz alta, te sorprendería lo atroz que soy al escribirlas. Pero lo intentaré de todas formas.

Primero, me gustaría que sepas que jamás le he escrito una carta a una mujer que no fuesen mi madre o Beth cuando he estado alejado de ella. Así que, me disculpo por mi torpeza, y espero que eso me justifique ante ti.

Mi madre me ha atraído con falsas excusas, como debí de suponer. Ella está bien y no hay ninguna urgencia de la que deba ocuparme. Así que estoy atrapado en esta fiesta que ha organizado para, mayormente, presentarme jovencitas casaderas a montones.

Pero ella no te conoce, Em, si lo hiciera, sabría exactamente por qué no estoy interesado en ninguna de ellas. No pueden ser comparadas contigo, ninguna tiene tu luz, tu belleza, o tu bondad. De algunas apenas puedo recordar el nombre, pero eso no tiene importancia, dado que ante mis ojos, tú eres única.

Estoy desesperado por regresar a casa y pedirte disculpas por marcharme tan repentinamente. Te debo muchas cosas, Emmeline. Sin duda, no era como esperabas descubrir todo al despertarte. Pero cree cuando te digo que tampoco yo. Si me das la oportunidad, te recompensaré.

Lo que dije en la vergonzosa nota que dejé, es cierto. No he dejado de pensar en ti, en nosotros. Espera por mí, Em. Aunque parezca una eternidad, voy a volver contigo, cielo mío. Y luego, no habrá nada que te aleje de mi lado.

Me encantaría recibir una respuesta, pero este envío ha sido bastante arriesgado. Dudo que Beth haga preguntas acerca del libro, pero debemos de ser precavidos. Con mi madre rondando, es bastante difícil tener privacidad y no quiero perjudicarte.

Tuyo, J.

CAPÍTULO 24

Emmeline pasó el resto del día con una sonrisa en su rostro, y también la mañana siguiente. Era increíble lo que una carta podía hacerle a una chica.

Y estaba de tan buen humor, que no se molestó en sacar de su error a su madre y hermano, cuando, luego de la cena, por separado, manifestaron su alegría por verla tan radiante, y que estaban convencidos de que tenía algo que ver con su paseo aquella misma tarde, y la compañía.

Más específicamente, Parker. Aunque no lo dirían directamente, claro.

—Oh, buenas tardes, Lady Claire.

La señora sonrió hacia ella levantando la cabeza del bordado.

—Emmeline, ven querida, hazme compañía un rato. Con un día como este no creo que estés planeando pasar tiempo en el jardín ¿no?

Ella hizo una mueca y miró hacia la ventana. Como era normal, el cielo estaba gris y denso.

—No, está muy feo afuera. —Se dejó caer en el sofá frente a la silla en la que se hallaba la señora y contempló su trabajo.

—Eso es muy bonito —señaló—. Si yo fuese así de buena con la aguja, entonces quizá disfrutaría haciéndolo.

—La práctica, querida. Lleva mucho tiempo perfeccionar algo.

—Puede que tenga razón, pero también sé que hay personas que simplemente han nacido malas para eso. Yo lo he aceptado y prefiero escribir y leer. Soy mucho mejor en ese campo.

Claire sonrió.

—Eso he oído —asintió—. Te ves distinta hoy, Emmeline. Al igual que anoche. Me había parecido que no estabas muy contenta con el regreso de tu madre y tu hermano.

—Oh, lo estoy. Es solo que... Me sorprendieron. Ha sido bastante repentino.

—Eso y que además trajeran a un pretendiente con ellos ¿no? He notado que Lord Brookshire no es de tu completo agrado.

Ella dio un respingo.

Así que Lady Claire lo había notado.

¡Aleluya!

¿Por qué entonces Beth, su madre o Francis no lo hacían?

—No es que no me agrade, nos conocemos desde hace mucho y...

Levantando una mano, la mujer la interrumpió. Al parecer, ser mayor le daba esa autoridad. —Me agradas, Emmeline. No se conocen muchas jovencitas aristócratas por estos días tan inteligentes y sensatas como tú. O ni siquiera tan agradables.

—Gracias, Lady Claire, pero no creo estar...

—Y es por eso, y no por chismosa —prosiguió ignorándola—, que voy a contarte algo. Me temo, que tu madre y el Conde, ya han decidido por ti.

La boca de Emmie cayó. No es como si no lo hubiese pensado, pero que alguien más lo dijera en voz alta, no ayudaba a calmarla.

—Pero ellos sin duda entenderán que yo no lo acepte. No me obligarían.

—Tu hermano te adora, y no está ansioso por librarse de ti. Pero también sabe que tienes que casarte pronto. Lo normal, en realidad, habría sido que hubieses contraído

matrimonio hace un año o dos.

—Usted no lo entiende, Lady Claire. —Se inclinó hacia adelante—. Yo no puedo casarme con alguien que no me quiera y que yo no quiera, claro. Mi madre jamás dejaría que... —sacudió la cabeza. No podía revelar aquello—. La cuestión es que estoy segura que Parker es un buen hombre, pero no el indicado para mí.

—¿Y quién es el indicado para ti, cariño? ¿Ya lo sabes?

El rostro de Emmie se iluminó y no puedo negarlo.

—Sí, lo sé. Pero no puede decirle a nadie de esto, todavía. —Con interés y algo más que ella no supo identificar, la mujer la observó en espera de que se explicase mejor—. Es... complicado.

—Bien, eso explica porqué fingiste estar enferma para irte de la fiesta. Fue una artimaña muy buena para evitar a todos tus otros pretendientes.

Emmie se cubrió la boca para ocultar la sorpresa y también la risa. ¡La había descubierto! —Lo siento mucho, Lady Claire, pero...

—Oh, no. No te disculpes. Pero si tan solo me hubieses dicho la verdad, te habrías ahorrado mucho. —Hizo una pausa, estudiándola—. Pero entonces seguro yo te preguntaría quién es ese misterioso caballero y tú no podrías contestarme... Déjame hacerte otra pregunta.

La joven asintió preguntándose cuál era la gracia de hacer tantas pausas largas entre las frases.

—¿Por qué tú y Joseph se mantienen ocultos? Todavía no deduzco el motivo por el cual vivan escondiéndose. No es como si fuesen primos de verdad o...

Esta vez fue el turno de Emmeline de interrumpirla. Se puso de pie, pero se sintió mareada y volvió a desplomarse en el sillón.

—¿Cómo...? —Tampoco las palabras iban mucho más lejos que su garganta, ni el aire de los pulmones.

—Él podría haberte propuesto matrimonio hace tiempo, y entonces todo sería un poco más correcto. Te evitarías el escándalo, ambos lo harían. Y muchas otras cosas más, la verdad sea dicha. Tu madre no rechazaría la propuesta de un Marqués, futuro heredero de un ducado. Ella es una buena persona, pero sigue siendo la *madre* de una jovencita casadera.

Emmeline no podía hablar. Estaba conmocionada. La mujer no paraba de hablar y ella sentía que iba a desmayarse. Al menos estaba sentada.

—No te sorprendas tanto, Emmeline. Tengo años de experiencia observando a jóvenes como ustedes. Además, no es que hayan sido muy precavidos. Lo dudé la primera vez que los vi, pero no me llevó mucho tiempo comprender la verdad. Y creo que no soy la única, cualquiera con un poco de cabeza lo ha deducido después de verlos bailar en la fiesta de los Weston.

—Pero no hicimos nada malo o indecente —jadeó ella.

—¡Claro que no! Joseph jamás te pondría en evidencia. No intencionalmente —agregó lo último en voz baja, reflexionando—. Mi sobrino es todo un caballero, pero era evidente la forma en la que se miraban. Y no nos olvidemos de la atención que te dedica. No es normal, y menos en él.

—Solo tuvimos un baile. Creí lo permitido era dos, tres es escandaloso. ¡Solo fue uno!

—Emmeline, nadie te está acusando de nada —musitó Lady Claire con una pequeña sonrisa comprensiva—. Solo quería hacerte ver que tienen un problema. Tienen que hacer

las cosas de la forma correcta.

—Él no está aquí ahora —susurró Emmie—. Y no tengo idea de cuándo va a regresar, o si siquiera está enterado de que mi hermano ha vuelto. —Y soltó un gimoteo al pensar en su hermano—. Y Francis... Tengo miedo de que no lo acepte.

Quería llorar. ¿Por qué tenían que sacar ese tema ahora? No podía evitarlo para siempre, pero tenía más esperanzas si no pensaba en todo lo que podía llegar a salir mal.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Joseph es perfectamente razonable, te convertirías en Marquesa, y algún día en Duquesa. Y tu esposo te querría, es mucho más de lo que cualquier mujer puede pedir.

—Pero a él no le agrada Joseph. Son tan diferentes, y siempre se han llevado tan mal. Hasta parece que se odian.

La mujer agitó la mano en el aire.

—Tontería. Eso no tiene importancia. Tu madre puede convencerlo, ella no verá ningún problema.

—¿Usted cree? Francis es muy protector conmigo, y tiene sus razones.

Estirando un brazo, tomó la mano de la muchacha. —Y si ella no lo hace, siempre hay otras formas —guiñó la dama.

—¿Otras formas? —El rostro de Emmie dejó de mostrar abatimiento y la contempló con intriga—. ¿Cómo cuales?

—Eso no tiene importancia ahora. Solo te digo que no te rindas y no desesperes.

—Esos no son los consejos que dan las damas como usted. Mi madre estaría por completo escandalizada con sus consejos, Lady Claire —comentó Emmie, pensando que si Annabeth llegase a escuchar un segundo aquella conversación, no dejaría que se acercara a la dama nunca más—. Yo estaba segura de que usted era sinónimo de rectitud y...

—¿Por qué soy una solterona?

Agrandando los ojos, Emmie tosió. —¡No! No es eso lo que quise decir.

Suspirando entre divertida y con un toque de melancolía, Claire decidió cambiar de tema y centrarse en algo que no implicara hablar sobre ella.

—Ustedes me recuerdan a mi hermano y su esposa. ¿Joseph te ha hablado de su madre? ¿La verdadera Duquesa?

Em asintió, sin estar segura de qué revelar.

Claire continuó. —Él la amaba, se casaron por amor, pero fue una unión beneficiosa para ambos lados. Fue una lástima, y todos lamentamos perderla.

Emmeline sabía que debía morderse la lengua, que no debía preguntar, pero la tentación era muy fuerte. Quizá, si lo intentaba, podía curar a Joseph del mal que lo perseguía. Pero para eso necesitaba información, y luego, si la suerte estaba de su lado, una conversación sería con el Duque. Ella podía hacerlo, ella haría cualquier cosa por él.

—Joseph cree que su padre lo odia por causar la muerte de la Duquesa —soltó de la nada y esperó la reacción de una de las pocas personas que podrían ayudarla.

Hablar con Lady Claire había sido toda una revelación. La dama le agradaba, y mucho más ahora que sabía que en realidad no era tan remilgada como había pensado. O como todos pensaban que era.

Tampoco era una chismosa y no le preocupaba demasiado que supiese acerca de su

relación con Joseph. Si podía llamarse así, porque Emmie no sabía cómo denominar a lo que tenían.

Caminó sumida en sus pensamientos por los pasillos de la casa sin tener realmente un destino. Tenía tantas cosas en que pensar... Pero luego que pasara el susto que le había dado la tía de Joseph, una vez más, solo podía sonreír pensando en la carta que había recibido.

¿Podría alguien sentirse más feliz?

Supuso que el hecho de que él regresara cambiaría las cosas y lo sería aún más, pero por ahora, todo el mundo brillaba. Y las sombras se hacían pequeñas en comparación.

—¡Emmeline, allí estás! Te estaba buscando.

Pestañeó para encontrarse con su hermano caminando hacia ella, en dirección contraria por el mismo pasillo.

—¿Puedes venir conmigo y con mamá a la salita verde?

Ella asintió y lo siguió, sabiendo muy bien donde se encontraba esa habitación. Le gustaba estar tan familiarizada con la casa. Se sentía como un hogar.

Lo único que la sala tenía de color verde, eran las cortinas y los tapetes que cubrían el suelo. Pero siempre había pensado, que como en la mayoría de las casas, el nombre de las habitaciones había perdurado en el tiempo a diferencia de la decoración de estas.

Había un sillón largo, en el que cabían cómodamente cuatro personas, y dos más pequeños para una sola. Su madre aguardaba en el grande, frente a la mesa en la que se encontraba un juego de té.

—Madre —pronunció arrugando la frente. No tenía idea sobre qué trataba aquella reunión familiar, pero estaba segura que no le agradaría.

—Emmeline, ven aquí, siéntate a mi lado.

Ella obedeció sin apresurarse y en silencio.

—Tenemos que hablar —dijo Francis sin tomar asiento. Moverse de un lado a otro, mirar por la ventana y colocar las manos juntas en la espalda eran signos de que estaba nervioso.

—Por supuesto, pero primero... —La Condesa viuda comenzó con un amigable tono suave, pero Emmeline, que miraba a su hermano moverse cada vez más, vio primero como él se giraba hacia ambas y la interrumpía.

—Emmie, te hemos conseguido un esposo —declaró dejando salir las palabras como si ya no pudiese retenerlas.

—¡Francis! Esa no es la forma —retrucó Annabeth mirándolo ceñudo.

¿Y a quien rayos le importaba si era o no la forma? Emmeline no podía detenerse en nimiedades como esas.

Respiró hondo y elevó la barbilla al mismo tiempo que enderezaba la espalda. —Si te refieres a Parker, Francis, creo que ya lo he notado —musitó apoyando las manos juntas de su regazo.

—Oh, bien. ¡Muy bien! —Festejó Annabeth—. Qué bueno que lo has notado tan rápido. Parker siempre ha sido encantador, no tenía ninguna duda acerca de que su cortejo sería perfecto. ¿Y no estás encantada? Al final, ha sido bueno que no hayas encontrado un esposo por ti misma en estos meses.

—Aunque Beth me contó que habías tenido una propuesta —comentó su hermano—. Y que Thornehill lo rechazó.

—No. Quien rechazó a George Davenport en primer lugar, fui yo. Pero dado que se negaba a entender que no tenía ningún interés en ser su esposa, Joseph se encargó de

defenderme cuando me insultó y también de que no volviera a acercárseme nunca jamás — sonrió soñadora recordando aquel momento y lo que le había seguido.

La Condesa se aclaró la garganta.

—Bien, creo que tenemos mucho que agradecerle a Lord Thornehill —murmuró.

—Sí, tienen —articuló ella clavando los ojos en su hermano que no parecía muy contento con la idea.

—Pero ese no es el tema de conversación de ahora. A Parker le agrada saber que eres consciente de nuestro plan —masculló para cambiar de tema.

Entonces Emmie reunió el valor para decir: —No voy a casarme con Parker.

No miró a nadie en particular cuando habló. Solo lo dijo para que ambos la oyesen, consiguiendo que un pesado silencio reinara por unos segundos.

—Emmie, cariño, ¿qué estás diciendo? —susurró su madre.

—Me has oído, madre. No voy a casarme con él. Me prometieron que podría elegir.

—Pero el tiempo para eso ha caducado, Emmeline. Además, es Parker. Todos sabemos que es la opción perfecta. ¿Por qué no estás saltando de alegría? Hace años estabas totalmente encaprichada con él.

—Y ahora es un Conde —agregó Annabeth como si eso lo convirtiera en una mejor opción.

Sin poder creer lo que escuchaba, atisbó hacia los dos, repetidas veces.

—No —sentenció, y dirigió su mirada primero a Francis—. Si me hubieras dicho esto hace dos años, o tal vez, hace solo uno, habría aceptado. —Y luego a la Condesa—. Y no me importa su título, madre. Deberías saber que ser Conde no te hace mejor persona.

Annabeth jadeó.

—¡Emmeline!

—Es la verdad. —Se encogió de hombros—. Siempre me dijiste que podía ser honesta con ustedes. Y esa es la verdad. Durante el tiempo que he pasado aquí, he verificado lo que ya sabía. Tener un título o una cantidad exagerada de dinero no te hace mejor, ni más bueno, ni más apuesto, ni más educado.

Francis bufó.

—¿Podemos regresar al tema principal, por favor? Emmie, te adoro y siempre te he apoyado en todo, incluso en algunas locuras, pero esto es serio. Necesitas un esposo.

—Pero Francis, tú sabes que...

—Sí, Emmeline. Lo sé. ¿Cómo piensas que habría elegido a Parker si no confiase en que él te tratará bien? No va a repudiarte, si es lo que te preocupa. Él ha visto mis marcas, Em. Y son mucho peores que las tuyas. Sabe lo que padre nos hacía. Pero él no es de esa clase de personas, ni siquiera va a pensar en juzgarte por eso.

Con los ojos llenos de lágrimas por la indignación, jadeó horrorizada.

—¿Le dijiste sobre mis marcas?

—Tenía que...

—¡Se lo dijiste! —Gritó acusándolo.

—Va a convertirse en tu esposo, Emmeline. Tiene que saberlo. Además, Fran solo quiere protegerte —Annabeth acarició el dorso de su mano, pero no hizo más que enfurecerla.

—¡No! Ninguno de ustedes tenía ningún derecho a decirle algo como eso. —Y de golpe, se puso de pie—. Y no voy a casarme con él. Yo no lo amo, y él no me ama. Ni siquiera sé porqué querría hacerlo. No puede estar tan desesperado para tener un heredero.

—Emmie, no hay razón para que pierdas la calma.

¿Perder la calma? Ya había pasado ese límite bastante tiempo atrás.

—Pueden llegar a quererse con el tiempo, cariño. No será difícil, además, ustedes han sido amigos, y ayer parecían entenderse bastante bien. Parker me ha dicho que admira tu honestidad, y hasta ha aprobado tu tanpreciado gusto por la lectura.

—Mamá, no voy a casarme con él porque no podría llegar a quererlo jamás.

—Eso no tiene sentido, Emmeline. —Francis dio un paso para acercarse—. No hay razón por la que no puedas hacer tal cosa.

—Claro que la hay. Uno no puede amar a alguien cuando ya está enamorado de otra persona.

Los dos la miraron expectantes y confundidos.

—¿Es que tienes un pretendiente del que no nos has hablado? —Inquirió Annabeth con cuidado.

—Es más que eso —susurró viendo como Francis comenzaba a arder. Parecía furioso, y en unos segundos más, imaginaba que saldría fuego por sus ojos.

—Explica el *más*, Emmeline. Ahora.

—No puedo —replicó.

—No puedes —repitió—. No puedes.

—No, todavía no. Lo único que puedo decirte es que no voy a casarme con Parker.

—¿Quién es él?

—No puedo decírtelo, Francis.

Cerrando el espacio que había entre los dos, acercó su rostro al de ella de manera intimidatoria. Y normalmente Em se reiría y burlaría de él, pero por primera vez, tuvo el efecto deseado.

—¿Qué te ha hecho? Dime que te ha hecho este hombre al que voy a matar en cuanto lo encuentre.

—Francis, estás exagerando.

Pero al parecer no había sido la respuesta adecuada. O quizá, algo en la expresión de ella la había delatado.

Porque lejos de tranquilizarse, el Conde susurró de forma pausada y amenazante: —No voy a pedirte ningún detalle porque no quiero tener que matarte a ti también por tu insensatez. Pero es mejor que sepas que vas a estar frente al altar en un mes, menos si es posible. Y será Lord Brookshire, y no otro, quien esté a tu lado.

—No —deseó gritárselo con todas sus fuerzas, pero la palabra apenas se oyó—. No.

—Sí. Sí lo harás.

—No puedes obligarme. Lo prometiste.

—No, le prometí eso a mi hermana la inteligente, la sensata, la que no se... —Inhaló profundamente cerrando los ojos para no terminar la oración—. No hay vuelta atrás. Jamás debí permitir que te quedaras. Todo esto es mi culpa, tenía que protegerte y he fallado. Pero voy a arreglarlo.

—Francis. —Ya estaba suplicando. Él no podía hacerle eso. No cuando estaba tan cerca de tener todo lo que alguna vez había deseado.

—Vete, Emmeline. No quiero verte, ni escucharte ahora mismo. Has dicho suficiente.

CAPÍTULO 25

Emmeline corrió y corrió. Su único objetivo era alejarse lo más posible de su hermano. No pensó en un destino en concreto, solo siguió el camino de los pasillos, y ni siquiera se detuvo cuando la cocinera le advirtió que no era una buena idea salir al jardín.

Su cabello comenzó a mojarse junto con su vestido, y lo ignoró. Optó por desentenderse de todo mientras seguía corriendo lo más rápido que aquel molesto vestido le permitía.

Esa tarde Sebastian había decidido dedicar su tiempo al trabajo. Con Beth en los últimos meses de embarazo, la llegada de las visitas y la falta del señor de la casa, se había alejado de sus responsabilidades. Y el trabajo tendía a acumularse. No era que le preocupase que a Joseph le molestara, porque las cosas importantes no quedaban totalmente desatendidas, pero se tomaba lo bastante en serio sus obligaciones como para que ese día, se hubiese encerrado cinco horas entre montañas de cartas, papeles y libros.

—¿Cariño? —Elizabeth se asomó por la puerta y luego entró antes de que le contestara.

—¿Estás bien? —Fue lo único que pudo preguntar al ver su semblante preocupado—. Deberías estar acostada, Beth. Estás muy pálida.

—No es por eso. Es que... Emmeline ha desaparecido, la hemos buscado por todos lados y hace un rato, cuando la cocinera se enteró que no podíamos hallarla, dijo que la había visto salir hacia el jardín. Hace unas tres horas.

Sebastian se puso de pie.

—Está lloviendo hace más de tres horas. ¿Cómo es posible que haya salido por tanto tiempo?

—Creo que ella y Francis discutieron.

El rubio cerró los ojos. Era algo que debería de haberse previsto, en algún momento chocarían si el Conde seguía tratando de imponerle un esposo que no deseaba. Emmeline no aceptaría una orden como esa tan fácilmente.

—Iré a buscarla, si fue caminando, no puede haber llegado muy lejos.

—Francis ha mandado a que preparen los caballos. Pensaba ir solo, pero creí que dado que tú conoces mejor todo, serías de ayuda. Está muy frío afuera, sin contar que debe estar mojada. Mientras antes la encuentren...

—Lo sé, Beth. Lo sé. La traeremos de vuelta, no te preocupes. Tú quédate adentro, no quiero que ni siquiera asomes la nariz afuera ¿de acuerdo?

Ella sonrió y suspiró feliz a pesar de la preocupación. Nunca dejaría de pensar que no podría haber encontrado un mejor esposo que Sebastian. Todas las habladurías y demás a lo que se había enfrentado al casarse con un hombre de su posición valían la pena y volvería a soportar todo mil veces más. Las personas deberían de saber que el amor era más importante que el dinero o un título.

—Ya no sé a quién voy a estrangular primero —refunfuñó Francis debajo de la lluvia, por suerte, ahora no era más que una fina llovizna, pero no por eso dejaba de ser helada y empaparlos hasta los huesos—. ¿Qué le pasó a mi hermana?

—Ella tiene que estar cerca. Caminando no puede haber ido muy lejos.

—Eso no es a lo que me refiero —bufó apretando los puños alrededor de las riendas del caballo—. Ella no parece la misma. Desde que llegamos la he notado diferente, pero hoy... —Negó con la cabeza—. Siempre ha sido testaruda. Pero nunca estúpida.

—Emmeline no es estúpida —replicó Sebastian—. Deberías darle una oportunidad, no sé lo que ocurrió entre ambos, pero hemos pasado todos estos meses con ella y jamás ha actuado de esta forma.

Soltando una risa amarga y seca, el Conde se giró para mirarlo.

—Gracias a Dios, no creo que Thornehill hubiera estado muy contento buscando a una niña caprichosa en un día tan helado y debajo de la lluvia.

¿Y él se preguntaba dónde estaba su hermana? Emmeline debía de estar preguntándose lo mismo. Ese no era para nada el hermano que ella les había descrito.

—No sé que le han contado, milord. Pero Joseph no es un monstruo, y si estuviese aquí, la buscaría a nuestro lado, y no exactamente por obligación.

—Oh, pero si él hubiese hecho bien su trabajo, no estaríamos aquí ahora.

—Si pudiese ser más específico... —pidió. Pero si la hubo, no oyó la respuesta. Debajo de un árbol a unos cien metros, podía visualizar a la pequeña figura que representaba una delgada y acurrucada dama errante. Sin darle aviso, apaleó la montura y galopó hasta ella, saltando del caballo antes de que se detuviera por completo cuando le dio la orden para parar. Francis había quedado rezagado, pero sintió su llegada unos segundos después.

Emmeline tenía el rostro oculto entre sus brazos y apoyado sobre sus rodillas dobladas. Estaba temblando, claramente.

—Niña tonta, mira cómo estás —susurró con cariño haciendo que ella levantase la cabeza. Con los ojos grandes y totalmente abiertos, lo observó como si le costase identificarlo.

—¡Emmeline! —Gritó Francis—. ¿Qué estás esperando? ¿Es que quieres enfermarte? Si es que ya no lo hemos hecho los tres, sería bueno, que te levantes y podamos regresar.

Porque eso iba a serles de mucha ayuda, pensó Sebastian escuchando sus gritos y sintiendo como Emmie volvía a tensarse. Si el Conde hubiese tenido más delicadeza, se habría percatado de que sus gritos no hacían más que hundirla y tensarla, exactamente lo contrario a lo que estaban buscando.

—Ven, regresemos Em. Vas a enfermarte y Joseph va a matarme por permitirlo —susurró tomándola por los brazos, ayudándola a ponerse de pie—. Yo te llevaré, ¿de acuerdo? —Pronunció esta vez más fuerte.

—No, no. No te molestes. Emmeline puede cabalgar conmigo.

—Prefiero caminar —refunfuñó ella encontrando la voz quebradiza y tiritando, pero dejando que Sebastian la subiera a su caballo antes de que Francis pudiese abrir la boca de nuevo. Para estar tan apurado por poner un techo sobre su cabeza, no lo estaba intentando demasiado.

Joseph sintió como la calidez volvía a su cuerpo al ver la fachada de su casa tan cerca. No era la casa lo que estaba ansioso por ver, sino a quienes estaban dentro de ella.

Cuando había recibido la enigmática nota de Sebastian, había anunciado que partiría

de inmediato, pero su madre consiguió retenerlo hasta la partida del último invitado de su fiesta, un día después, para poder viajar con él.

Y si la Duquesa viajaba, también lo hacía el Duque.

Razón por la cual, se encontraba encerrado en un carruaje desde hacía horas junto a ellos dos.

Todavía estaba enfadado con su madre por ocultarle información importante. Ella había sabido por Beth, desde hacía días, que Francis y Annabeth Laughton habían regresado, y sin embargo, no había considerado importante contárselo. O eso era lo que ella había dicho. Clarisse Whitemore haría cualquier cosa con tal de retener a su hijo junto a ella unos días más.

—No pensé que Londres te gustara tanto —musitó Gerard, Duque de Harsburn, hacia su heredero.

—Creo que nuestro hijo extraña a su hogar, Gerard. No a la ciudad —dijo su esposa con una sonrisa cálida hacia él.

Joseph se abstuvo de contestar y agradeció que el carruaje se detuviera para evitar tener que abrir la boca. Ninguna conversación con su padre terminaba bien.

Emmeline estuvo envuelta en montones de mantas y cerca del fuego del salón en cuanto pisó el suelo de la cocina. Todos se habían movido tan rápido que no recordaba haber caminado hasta el salón, o quién la había cubierto con las mantas para secarla y hacerla entrar en calor.

—¿No deberíamos llevarla a su cuarto y quitarle toda esa ropa mojada? —Preguntó Beth.

—Están preparándole un baño caliente, cuando esté listo haremos que suba. Aquí tiene un poco más de calor —explicó Claire y la Condesa viuda asintió coincidiendo con ella. Estaba demasiado enojada y preocupada por su hija para mantener una conversación.

Emmie se mantenía en silencio y sin mirar directamente a nadie. Procuraba estar lo más cerca posible del fuego y conservar el poco calor que le quedaba. Pero cuando oyó voces acercarse, y aquellos pasos tan familiares, levantó la cabeza para buscarlo. Sin notarlo, sus pies se estaban moviendo solos hacia la entrada del salón, no muy lejos de donde se había encontrado hasta el momento.

Si alguna de las mujeres presentes dijo algo, ella no escuchó. En el momento en el que vio a Joseph cruzar el umbral, nada ni nadie podrían haberla detenido. Olvidó todas las reglas que había aprendido y se le habían impuesto. Tampoco recordó que no estaban solos.

Se lanzó a sus brazos, y apenas tocarlo no pudo guardar las lágrimas o encontrar la fuerza para apretar su agarre y asegurarse de que estaba allí, y no en sus sueños.

—Emmeline —Joseph soltó un suspiro y no tardó en devolverle el abrazo recuperándose de la sorpresa.

Ella estaba llorando. Estaba fría y temblaba. Un montón de mantas habían caído a sus pies dejándola con un empapado vestido de muselina fina.

—Tranquila amor, ¿qué te han hecho, Em? —Susurró acariciando su cabello, quería transmitirle calma, pero apenas podía contener las ganas de estrangular a alguien. Al responsable de que ella estuviese así. Se encontró furioso con todo el mundo, principalmente consigo mismo. Si hubiese estado allí antes...

—Estás aquí —consiguió formular entre tanto llanto.

—Claro que sí. Y no pienso volver a dejarte sola. —Ya no estaba hablando en susurros y por lo menos los duques estaban escuchándolos. No podía decir lo mismo de las

demás damas, no estaba seguro. Pero tampoco le importaría.

Pasó las manos por sus hombros y la alejó para poder ver su rostro. Había deseado y fantaseado con ese momento por un tiempo que le había parecido una eternidad. Y si era honesto, no era así como lo había imaginado. Ella debía de sonreír. No tener el rostro pálido y los ojos rojos. ¿Cuánto tiempo había estado llorando?

Se agachó y tomó las mantas para volver a cubrirla.

—¡Emmeline! —Annabeth no sabía si alguna vez se había sentido más mortificada y avergonzada por el comportamiento de su hija—. Regresa aquí, ahora mismo.

La chica apretó la mandíbula como si recién notase el alboroto que había armado.

El Marqués no quitó los ojos de ella ni la soltó. Continuó frotando las manos sobre los brazos de ella para pasarle algo de calor.

—Tranquila, todo está bien. Dime porqué estás así. Lo arreglaré, te lo prometo.

El llanto que había cesado hasta convertirse en unos pequeños espasmos y unos hipidos, amenazó con volver cuando le tembló el labio inferior. El lord no podía pensar en mucho más que tomarlo entre los suyos propios y besarla. Seguro que eso la calmaría.

—Emmeline, dímelo.

—No creo que tengas ningún derecho a obligarla a hablar —intervino el Duque—. Tu comportamiento ahora mismo está siendo...

Pero él no soportaría algo así en ese instante.

—Padre —gruñó—. Le ruego que no se meta en esto.

Pero entonces, otro grito masculino los azotó.

—¡Emmeline Laughton! ¿Qué crees que estás haciendo? —El Conde de Welltonshire había dejado de ser ese hombre sonriente y despreocupado que adoraba a su hermanita, para convertirse en todo un ogro en lo que a Emmie respectaba hacía unas horas.

Se dirigió hacia ellos y no se detuvo hasta poder sujetarla por los hombros con la intención de alejarla de las garras del otro noble.

—Te recomiendo que ni lo intentes —farfulló Joseph.

—Es mi hermana, quien está metida en un gran lío. El que recomienda que no te entrometas, soy yo.

Emmeline sacó las manos por debajo de los cobertores y se sujetó de uno de los brazos del Marqués.

—Quiere obligarme a casarme con Parker —articuló desesperada.

Entonces Joseph entendió todo. No sabía quién era Parker, pero era lo de menos. Comprendió cada uno de los sentimientos que ella tenía, pero también quiso reír. ¿Cómo podía pensar que él dejaría que algo así sucediera? Nadie sería capaz de arrebatarle lo único que deseaba y quería en la vida. Sin importar por encima de quién tuviera que pasar.

Le ofreció una media sonrisa y colocó una mano por sobre la de ella.

—Oh, Em... Eso no va a suceder, tranquila. Ya deja de llorar, por favor.

Francis bufó como un caballo relinchado furioso.

—Maldito imbécil, no tienes ningún derecho sobre ella. Y no es de tu incumbencia lo que *mi hermana* vaya a hacer o no. — Y posando los ojos sobre las manos unidas, metió un brazo entre ellos para separarlos—. Podría matarte por tocarla así. Emmeline, creo que deberías subir. Ahora. Tu baño tiene que estar listo. Nos marcharemos enseguida.

—¿Qué? —Ahogó un grito y retrocedió—. No. ¡No! No iré a ningún lado contigo. Ni con ella —señaló a su madre—. Los odio a los dos. Me abandonaron, me mintieron y ahora solo están actuando como padre solía hacerlo. Creí que eras mejor que él, Francis. Creí que te importaba, y ahora solo quieres deshacerte de mí, como dijiste que jamás harías.

El Conde retrocedió y quedó congelado a unos pasos de ella. Si habían palabras que podrían clavarse en él como un puñal eran esas, y el que hubiesen salido de la boca de la persona que más amaba en la tierra no hacían sino duplicar el golpe.

Clarisse, que estaba más cerca, sostuvo a Emmie antes de que se derrumbara. No tenía ni la más mínima idea de qué estaba ocurriendo, pero si había algo claro, era que ella estaba sufriendo. Lady Claire, su cuñada, le señaló la escalera con la mirada.

—Pobrecita niña. Estás helada, tenemos que quitarte ese vestido, vas a enfermarte.

Desconcertada, Emmie la observó.

—Soy la Duquesa de Harsburn, cariño. Déjame ayudarte. Vamos a tu cuarto.

—No deje que ella venga, por favor —rogó dejándose rodear por los brazos de la mujer y dándole una mirada agria a Annabeth que se apresuraba por acercarse.

CAPÍTULO 26

Kat y Jen estaban esperándola en su habitación, con la chimenea encendida y cargada para mantenerla lo más cálida posible. Hicieron una reverencia no muy elegante ni adecuada ante la presencia de la Duquesa y la libraron de su carga, esperando que se marchara enseguida, pero la mujer solo se limitó a cerrar la puerta.

Lady Claire quien la había acompañado también se había quedado dentro.

Emmeline estaba demasiado aturdida, cansada y helada para pensar en cómo eso la hacía sentir.

—Está demasiado caliente —sollozó al poner un pie dentro de la bañera. Estaba desnuda, que le hubiesen quitado el vestido no había ayudado mucho, pero era un comienzo. El agua picaba en su piel y temía derretirse.

—No, usted está demasiado fría. Tiene que aguantar un poquito. Tiene que calentarse —explicó Jen, presionándola para que bajase mientras que Kat llenaba una vasija y echaba agua caliente en su cabello.

—Arde —chilló, pero ninguna de las dos cedería ante sus quejas.

—Déjeme quitarle esto —intentó la menor de las doncellas buscando el precinto de la cadena donde colgaba el anillo.

—¡No! —Gritó sujetándola con fuerza—. No la toques. No puedo quitarla, podría perderse y... —Negó con la cabeza y volvió a hundirse más en la bañera. Esas cosas valiosas no se arruinaban con un poco de agua, pero sí podían perderse. Era importante para Joseph, y no lo decepcionaría perdiendo una de sus pertenencias más preciadas—. Tengo tanto frío, ¿por qué no se va?

Lady Harsburn se acercó a la bañera y arrodilló junto a ella, para sorpresa de las doncellas que retrocedieron.

Emmie tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre las rodillas que mantenía flexionadas contra el torso.

—El agua se está enfriando ¿quieres salir y meterte en la cama? —Preguntó con suavidad y levantó la cabeza hacia las chicas—. Deberían traer más mantas para la cama.

—Enseguida, Excelencia —musitó Kat y se escabulló.

Emmeline contempló a la mujer rubia. ¿Sabría ella? ¿Joseph le habría contado algo? Si no, ¿por qué estaba siendo tan amable? Recordaba las cosas que los hermanos Whitemore le habían contado sobre la Duquesa, y estuvo de acuerdo en que no parecía una típica madrastra. Era una mamá.

Tampoco parecía una Duquesa. Las pocas que había conocido eran arrugadas, viejas y creían que el mundo les pertenecía.

Incluso su madre era más intimidante que esta señora que la había rescatado del drama del piso de abajo.

—¿Te sientes mejor?

—Tengo mucho frío, pero ahora siento mis pies.

—Eso es bueno —asintió—. Y veo que estás más tranquila también.

Un poco avergonzada, apretó los labios y se encogió. Vaya escándalo había montado. ¡Delante del Duque de Harsburn, nada menos! Seguramente pensaría que estaba loca.

—Tienes un colgante muy bonito —agregó con una sonrisa formándose en los

labios.

La había descubierto. Clarisse tenía que saber a quién le pertenecía. Además, su expresión la delataba. ¡Lo sabía!

Y allí estaba ella, desnuda y encogida dentro de una bañera, cuando debería estar ataviada en sus mejores ropas para ser aceptada por esa mujer.

De pronto, todos sus problemas recientes se borraron. Parker, su hermano, su madre. Todo. Uno nuevo se instaló en su cabeza.

Estaba desnuda. Su espalda estaba descubierta y en ella, todas las horribles cicatrices y marcas. Ahora sí estaba perdida. Nadie aceptaría en su familia a una jovencita con esas horribles muestras de su pasado, ¿por qué querrían a una chica menos que perfecta? Los Whitmore eran importantes y poderosos. Algún día Joseph sería Duque y...

Jadeó y comenzó a respirar con dificultad para no largarse a llorar allí mismo, de nuevo.

—Oh, no. No tienes nada de qué preocuparte. —Se alarmó la mujer—. Llevo mucho tiempo pensando que mi hijo está demasiado solo, no estoy sino más que feliz de que haya encontrado a alguien especial.

—¿Cree que soy apropiada para él? —Susurró.

—¿Apropiada? ¿Por qué no lo serías? —Sonrió poniéndose de pie—. Sal de allí, tendremos tiempo para hablar cuando estés cómoda en tú cama. Además estoy segura de que allí abajo hay muchas personas preocupadas por ti. Será mejor que te adcentemos un poquito y puedan verte.

Ella no quería verlos.

Francis se la llevaría en cuanto pudiese y su madre estaría de acuerdo. Quizás entre los dos la arrastrarían hasta Parker y la atarían a él para siempre.

Emmie se dejó envolver por una toalla y moviéndose cada vez que se lo indicaban, se encontró pronto debajo de montones de mantas y sobre el cómodo colchón de su cama. El frío no se había ido del todo, pero podía sentir todas sus extremidades. Eso le dio calma. Ya no se sentía tan asustada o alterada.

Ahora estaba cansada. Oh, tan cansada...

Parpadeó sintiendo un molesto dolor de cabeza y calor. Mucho calor. Comenzó a quitar mantas de encima su cuerpo, una a una. Al menos el horrible frío había desaparecido. Debería estar agradecida.

—Oh, no, no, Em. No las quites a todas —advirtió una voz a un lado de la cama.

Joseph se estaba poniendo de pie desde la silla en la que había estado observándola sin que ella lo notase. Lucía bastante desarreglado, lo cual no era normal en él, siempre immaculado.

Volvió a coger las frazadas y colocó dos más sobre ella que se mantenía erguida apoyando los codos en el colchón.

—Hola —musitó con una sonrisa acercando el rostro cuando se agachaba para taparla.

—Hola —logró pronunciar—, Joseph.

Juraría que sintió su calor cuando se sentó en la cama sin dejar de observar sus ojos. Se mantuvo así por unos segundos, y luego deslizó la mirada hasta su cuello y el colgante

que no había dejado que le quitasen.

Él sonrió y sin darle tiempo a reaccionar se abalanzó hacia su boca. Colocó una mano detrás de su cuello y tomó sus labios con los propios. No fue duro, pero tampoco suave y delicado como habría querido. Había pensado y esperado por aquel momento, pero el verla tan frágil, yaciendo inconsciente en aquella cama que parecía demasiado grande para una criatura como ella, le había provocado un vuelco al corazón.

Y aun así, le costaba demasiado controlarse. Eran tantas las cosas que deseaba hacer...

—Estás aquí —gimió ella recuperando el habla y la fuerza para rodearlo con sus brazos—. Has vuelto.

El Marqués la estrechó entre sus brazos y contra su pecho.

—Y no pienso volver a marcharme a ningún sitio sin ti, amor. Lo siento, lamento todo esto que has tenido que pasar.

Em levantó la cabeza para mirarlo y estiró una mano para acariciar su rostro.

—Realmente estás aquí.

Ladeando un poco la cabeza para depositar un beso en su palma, soltó un suspiro de alivio como si también le hubiese costado creer que la tenía entre sus brazos de nuevo.

—Te he extrañado —confesó—. No he podido dejar de pensar en ti.

—Ni yo. Excepto cuando pensaba en matar a Francis... —Se le escapó una risa después de lo que pareció una eternidad, pero enseguida volvió la expresión seria y temerosa a su rostro—. ¿Dónde está? ¿Se ha marchado?

—No sé dónde se encuentra, pero él no se marcharía de aquí por nada. No si ti —farfulló—. Está muy decidido a matarme y luego casarte con Brookshire ¿sabías? —Soltó una risa amarga—. Siempre supe que era un idiota, pero no creí que tanto.

—¿Le has dicho que...? ¿Le has contado sobre nosotros? —Tragó saliva y habló con dificultad.

El Lord sacudió la cabeza negándolo todo. —Él no tiene porqué saber nada. Absolutamente nada que tú no quieras contarle. ¿De acuerdo? Puede ser tu hermano, pero no tiene que saberlo todo. Y yo no voy a ponerte en una posición en la que no tengas oportunidad de elegir o decidir sobre tu futuro.

—Pero él ya lo ha hecho. Lo has oído hoy, y antes —apretó los labios en un línea—, es por eso por lo que escapé. Necesitaba... Escapar de él. Dijo unas cosas muy feas, y su mirada... —Un escalofrío nada agradable le recorrió la columna—. Joseph, pensé en papá por un segundo cuando lo vi. Me asustó tanto, y no sabía qué hacer. Era como si me odiara.

—No pienses en eso Emmeline. Olvídalo, inténtalo. Nada va a sucederte ahora, no voy a permitirlo. Te lo prometo.

—Pero no puedes. ¿Cómo podrías? Tú mismo lo has dicho, está tan decidido...

Joseph volvió a darle una amplia sonrisa al mismo tiempo que desprendía el colgante y lo tomaba entre sus manos para quitar el anillo de entre la cadenita.

Dejó de prestarle atención a la joya una vez que la tuvo libre y se concentró de nuevo en la joven, la mujer, que tenía frente a él.

—Te amo, Emmeline —dijo sin rodeos—. Te amo más de lo que creí que fuera posible. Amo la forma en la que cambiaste mi vida, amo cómo me siento cuando estás cerca, amo saber que conozco el significado de la palabra felicidad gracias a ti. Amo tu risa, tu voz, tus ojos, tu cuerpo y en especial —bajó la voz al llegar al final—, en especial —repitió—, amo tu corazón.

No había mucho lugar y tampoco muchas formas de colocarse para quedar como

había deseado, pero no dudó ni por un segundo en arrodillarse en el suelo junto a la cama y levantar el anillo sosteniéndolo con una mano hacia ella.

—¿Me harías el hombre más feliz de este mundo y te casarías conmigo?

Emmeline se cubrió la boca sintiendo la ya conocida picazón de las lágrimas en sus ojos. Solo que esta vez, a diferencia de lo que le había ocurrido durante todo el día, era por felicidad. Inmensa y profunda dicha.

—Oh, Joseph.

Cubrió la mano libre de él con la suya porque necesitaba del contacto.

—No temas, amor. Solo tienes que contestar mi pregunta. No pretendo que digas nada más.

—Pero yo te amo. —Se apresuró a sacarlo de su error—. Te amo y soy tan feliz cuando estoy contigo. Más feliz de lo que nunca he sido. Y si ¡Sí! —Gritó dejando escapar una risa eufórica—. Quiero ser tu esposa. No hay nada que desee más que pasar toda mi vida contigo.

Con un nudo en la garganta, Whitemore agarró la mano izquierda de Emmie y la besó en el centro de la palma tal y como minutos antes. Colocó el anillo en el dedo correcto y entonces volvió a besarla, esta vez, en el dorso antes de llevarla hasta su pecho y apretarla contra su corazón.

—Por ti —dijo simplemente y con una seriedad increíble.

—Él no va a darnos su bendición, Joseph. —Se odió por tener que decirlo, pero no era más que una verdad que no podía ser ignorada.

—Diría que no me importa en lo más mínimo y que no la necesitamos, pero también sé que es importante para ti.

—Ahora mismo lo odio tanto. Pero él no ha sido así siempre, me ha protegido de todas las formas posibles. Por eso ahora no lo entiendo. ¿Por qué está siendo tan...? —No encontraba la palabra adecuada para escribirlo.

Joseph sí.

—¿Imbécil?

Sonrió sin poder evitarlo. Podría ser cierto.

—Pero Joseph, —insistió—, la dote...

—No me importa la dote, Emmeline. Tu hermano puede actuar como un imbécil, pero no lo es. Nuestra unión no es menos que ventajosa para él. Mucho más de lo que podría llegar a ser una con Brookshire. Su padre lo ha dejado en ruinas, no tiene un penique.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Lord Brookshire tenía montones de deudas y seguía acumulándolas. Incluso con mi padre. Y no son muchos los que van a olvidarlo solo porque el viejo Conde haya muerto. Su hijo tendrá que saldar las cuentas si no quiere que alguno decida cobrarlas por su cuenta.

—Pero... Francis tiene que saberlo. Ellos son amigos desde siempre. Por qué el... —dejó las palabras flotando en el aire al darse cuenta de que quizá podría saber lo que Francis pretendía. No supo qué pensar, si odiarlo más por usarla o perdonarlo por sus buenas intenciones.

La puerta se abrió y Annabeth Laughton entró con sigilo hasta darse cuenta de que su hija no estaba dormida.

Y que no estaba sola.

—¡Excelencia! —Exhaló sorprendida arrugando la frente—. ¿Están solos? La puerta estaba cerrada. —Inquirió mirando hacia todos los rincones.

Joseph estuvo de pie enseguida, soltando a Emmeline con reticencia.

—No se alarme, Lady Welltonshire. Quería comprobar cómo estaba Emmeline, estaba preocupado.

La mirada de la mujer se suavizó y se aproximó a la cama. Emmie no había olvidado que ella estaba del lado de Francis, así que mantuvo su expresión ofuscada y evitó mirarla a los ojos.

¡Tenían tanto de que hablar con Joseph! Que los interrumpieran no era bienvenido.

—¿Y cómo te sientes, cariño? Temíamos que te agarrase fiebre.

Em agitó la mano en el aire para restarle importancia, sabiendo que Annabeth odiaba que lo hiciera.

—Estoy bien.

—No creo que debemos temer, pero va a quedarse en la cama por las dudas. Estarás mucho mejor en poco, ya verás. —Le guiñó el Marqués aprovechando que la Condesa no estaba mirándolo. Estaba demasiado concentrada en...

El anillo.

Se guardó un suspiro antes de soltarlo.

Quería esperar a que Emmeline se recuperase y pudiesen hacer un gran anuncio juntos, ante todos y no repetirlo montones de veces. Pero no parecía una opción ahora que había tenido el descuido de no hacer que volviese a llevarlo colgado en el cuello y oculto.

—¿De dónde has sacado eso? —Preguntó la mujer.

Vaya, reaccionar le había tomado más tiempo del que había esperado. Siendo una *madre*, Lady Welltonshire no podría discrepar en aquella unión. Por toda su experiencia en Londres, Joseph sabía que *las madres* eran más felices cuanto mayor fuera la posición del esposo que *pescaban* para sus hijas.

Y Annabeth no sería la excepción, lo había dejado claro en sus cartas.

Emmie se miró el anillo y abrió la boca por un segundo antes de volver a cerrarla. No tenía idea de qué decir. Y si miraba a Joseph en busca de ayuda pondría en evidencia a la verdad.

—Es un anillo de compromiso, Lady Welltonshire —contestó él—. Pertenece a mi madre y ahora a mi futura esposa.

Annabeth se tomó su tiempo para procesar la información, y Emmie aprovechó para observar a *su futuro esposo* quien tomó una silla para acercarla a la cama y colocarse a su lado. Al parecer era hora de comenzar a mantener las formas delante de los demás. Todavía no era su esposa y no era adecuado, ni siquiera, que estuviesen dentro de la misma habitación cuando ella estaba acostada en la cama y usando un camisón.

Si tan solo los demás supieran cuántas normas habían roto juntos...

Estiró una mano hacia ella y Em posó la suya allí. El lugar donde debía de estar. Donde encajaba a la perfección.

—¿Mi hija? —Jadeó la mujer—. ¿Una Marquesa?

El Lord asintió con un asomo de sonrisa en sus labios.

—Mi Marquesa —recalcó él—. No puedo imaginar a nadie mejor.

—¿Es él de quien hablabas? —La mujer se llevó una mano al pecho—. ¿Lord Thornehill? ¿Por qué no me lo dijiste, Emmeline? ¿Tienes idea de todo lo que habríamos podido evitar? —La expresión de consternación se transformó en una gran sonrisa de felicidad cuando abrió los brazos para envolver a su hija de quien nunca antes había estado

tan orgullosa.

CAPÍTULO 27

—No creo que sea una buena idea que se levante, milady —dijo Jen en tono de ruego, esperando convencer a Emmeline para que se quedara en la cama. Pero para ella, dos días era el límite. El primero se lo había pasado durmiendo, y el segundo aburrida y sola en la habitación. Solo había visto a Joseph por unos minutos, y a su madre mucho más de lo que podría haber deseado.

Todavía estaba molesta con ella, y no quería ni pensar en Francis, quien por cierto, estaba esperando que ella se repusiera lo suficiente para sacarla de la casa.

—Dejé pasar el desayuno, pero no quiero almorzar en la cama. Ya me siento bien.

—Bien —suspiró Jen resignada—. Entonces será mejor que la ayudemos a prepararse. No puede ir vestida como siempre, el Duque y la Duquesa continúan aquí.

Y cuando vio el vestido que Kat estiró frente a sus ojos, consideró volver a la cama.

Pero dudaba que ellos se marcharan pronto. Y además, todavía tenía que conseguir la forma de tener una charla con Su Excelencia.

El vestido no era enorme, ni tan pesado, pero no sería su primera elección después de pasar tanto tiempo acostada. Aun así, accedió a todo lo que las doncellas le ofrecieron, y tan solo pidió que su cabello quedara solo medio recogido.

Bajó la escalera con cuidado, y caminó en dirección al comedor.

—¡Emmeline! —Lady Claire apareció delante de ella desde la puerta del salón dorado, el cual era realmente dorado—. Veo que te encuentras mejor, te ves muy bien.

—Me siento bien, Lady Claire, gracias. Me dirigía hacia el comedor. No han almorzado aún ¿cierto?

—No, déjame acompañarte. Yo también me dirigía hacia allí.

Emmie sonrió y caminó junto a la señora por el largo pasillo, notando recién ahora que estaba un tanto nerviosa. Y con un buen motivo. Varios buenos motivos. No tenía ni idea de qué esperar cuando entrase al comedor, cuando todos estuviesen allí.

Gimió por lo bajo y apretó la tela del vestido dentro de sus puños.

Lady Claire se giró para verla. —¿Estás bien, Emmeline?

Ella levantó la cabeza hacia ella.

—No lo sé. Estoy un poco nerviosa —suspiró—. Bastante nerviosa.

—¿Por qué ibas a estarlo? —La mujer sonrió y observó su mano mirando el anillo que Joseph le había dicho que no se quitara—. Veo que has hablado con mi sobrino. Mis felicitaciones. Al final, ya lo ves, no necesitamos tomar ninguna medida drástica.

—Oh, yo no estoy tan segura. Mi hermano... Él no va a aprobarlo. Yo lo sé, él no lo hará. Usted lo vio.

La dama sacudió una mano restándole importancia.

—Tú no te preocupes por eso.

Pero lo hacía. Emmeline realmente lo hacía, se preocupaba. Su hermano podría estar comportándose como un asno, pero seguía siendo su hermano. El único que tenía. El único que había soportado golpes con fustas, puños y otras cosas inimaginables por defenderla. No podía ignorarlo por siempre, tampoco podía ni deseaba expulsarlo de su vida.

Esos pensamientos la tuvieron distraída durante toda la caminata hacia el comedor, y una profunda melancolía comenzó a picarla por dentro. Se había olvidado de eso por los

últimos dos días. Su enojo había superado a todo lo demás, pero ahora que se sentía más calma en ciertos aspectos, todas esas cosas habían regresado.

Lo importante no era que Francis liberara su dote para Joseph, o que no armase un escándalo por su relación, lo importante era que él aceptara que ella era feliz y que el hombre que había elegido era el correcto. Pero no sería feliz por completo si él no la apoyaba. ¿Quién la entregaría en la iglesia?

—¿Qué estás haciendo, Emmeline? —Oyó la voz de su madre que estaba siseándole casi al oído—. ¿Por qué te has levantado?

—Ya estoy bien, madre. Nunca estuve enferma y estoy cansada de estar en la cama. ¿Está Francis aquí?

—Allí dentro, hablando con el Señor Green. —Emmie tardó en reconocer el apellido de Sebastian, no estaba segura si alguna vez ella lo había utilizado para llamarlo.

—¿Puedes decirle que quiero hablar con él un momento? Ahora.

—¿Ahora? El almuerzo está casi listo. Empezaremos cuando el Marqués llegue.

—¿Joseph no está allí dentro?

—No, pero el Duque sí. No quiero otro evento como el de hace dos tardes frente a él. No podemos ofrecerle un espectáculo tal si pretendes casarte con su heredero.

Emmie evitó hacer un comentario acerca de aquello.

—Por favor, pídele a Francis que venga al pasillo. Solo será un minuto —pidió con voz suave y sus mejores ojos tristes.

Francis estuvo con ella en cuestión de segundos. Lo había esperado un poco más allá de las puertas del comedor para que nadie pudiese escuchar *por casualidad*, lo que quería decirle. Ese día iba vestido de un color verde aceituna y una camisa blanca que se asomaba por debajo. Al parecer viajar, había mejorado mucho su sentido de la moda, desde que había llegado lo había visto utilizar varias prendas similares, que no habían sido características de él en el pasado.

Emmie estaba apoyada en la pared, con las manos delante de su cuerpo cruzadas entre sí.

Francis se acercó en silencio y se colocó a su lado, en la misma posición que ella.

—¿Cómo te sientes? —Preguntó sin mirarla, o eso era lo que ella creía. Desde que había llegado ella no lo había mirado por temor a lo que pudiera ver en sus ojos.

—Mejor —susurró.

Por un momento, él no dijo nada. Y Em creyó que ya no diría más, hasta que sintió como la rodeaba con un brazo y la sujetaba contra él, besándola en la sien.

—Bien. —Lo escuchó decir apenas—. Estaba preocupado. Y todas estas mujeres no me dejaban entrar a verte. ¡Soy tu hermano, por favor! ¿Qué podría hacer? —Se quejó apretándola un poco más.

Emmeline soltó una risilla sintiendo como las lágrimas le escocían los ojos.

—Lo siento, Francis —soltó sin poder guardárselo—. Lamento todo lo que te dije —gimió con dolor—, dije todas esas cosas horribles y... Tú no eres como el Conde —remarcó con firmeza refiriéndose a su padre—. Todavía estoy enojada contigo por lo que hiciste y algunas cosas que dijiste, pero...

—Shh, calla Emmie. Ya lo sé. Podemos hablar después, con calma, sin perder la cabeza. Te prometo que todo estará bien.

—No, no lo sabes. Yo te quiero y no podría vivir contigo molesto por siempre y sin hablarme. —Tomó un respiro mientras levantaba una mano y así callarlo antes de que volviese a abrir la boca e interrumpirla—. De verdad me importa mucho que me des tu

bendición para estar con el hombre que amo. —Y al decirlo, se percató que para su fortuna y no arruinar el momento, había levantado la mano contraria a la portadora de la sortija.

—Emmeline.

—Probablemente no te agrada saber quién es, pero te juro que me hace feliz. Y seré inmensamente feliz, Francis, si tú nos das tu apoyo. —Estaba apretando las manos de él con fuerza, y recién lo notó cuando terminó de hablar.

—¿Qué puedo decir cuando me estás mirando de esa forma, Em? —Suspiró el Conde.

—Que me quieres a mí, más que a Parker y dejarás de atosigarme para casarme con él, solo para ayudarlo en sus problemas financieros. Eso me duele Fran, me duele más de lo que puedas imaginarte. ¿Usarme para beneficio de tu amigo?

—Haces que suene horrible, Emmeline. No es así como lo pensé. Parker era una perfecta elección para ti. Él sabe todo de nosotros, es un caballero, te guarda mucho cariño y además, serías Condesa —explicó y sonrió victorioso ante la mueca enfurruñada de su hermana que dejaba ver que estaba un poco de acuerdo con su lógica. Pero esa sonrisa se borró en cuanto reparó en algo más—. ¿Cómo rayos te has enterado de los problemas de Parker?

Ella se encogió de hombros. —Joseph mencionó que su padre lo había dejado en la ruina, y con muchas deudas... No fue difícil unir los puntos correctos y deducirlo. Tú lo acabas de confirmar.

Francis maldijo por lo bajo.

—No soy una tonta, Fran.

—Dios, no —resopló él—. Eres la mujer más brillante que he conocido en mi vida —acarició su mejilla con cariño—. Solo espero que tu futuro esposo sepa valorarlo.

Ella jadeó y levantó la mirada iluminada al igual que su sonrisa.

—¿Lo aceptas? —Soltó un grito—. ¿Lo aceptarás? ¿Nos darás tu bendición?

—No lo sé, Emmie. Todavía tengo que conocerlo. No voy a permitir que te cases con un imbécil, un estafador o cualquier hombre que pudiera hacerte infeliz. —Esta vez fue el turno de él de levantar una mano para callarla—. Sé que ahora estás completamente segura de que te ama y todo lo demás. Pero... —bajando la voz se acercó más a ella—. ¿No crees que mamá también pensaba eso cuando conoció al Conde?

Entonces Emmeline lo entendió. Al fin lo comprendió. Toda la preocupación de su hermano que ella creía injustificada.

—Oh, Francis. Nunca había lo pensando de esa forma.

—¿Entiendes mi preocupación? Sé que eres inteligente y siempre has podido entender a las personas. Pero soy tu hermano y me preocupo por ti. Nunca puedo descartar que sea un experto mentiroso que quiere aprovecharse de tu belleza, tu dote, o peor, tu corazón.

Ella se secó las lágrimas que se le habían escapado y sonrió estirando los brazos para volver a abrazarlo.

—Te quiero tanto, Fran. No sé qué sería de mí sin ti.

—Nunca lo sabrás —murmuró contra su cabello—. Ahora vamos, regresemos. No queremos que el Duque crea que somos unos maleducados por ausentarnos por tanto tiempo.

Oh, el Duque. Otra de las cosas a las que necesitaba hacerle frente. No podía dejarlo marchar sin antes hablar con él. O quizá, podría tener una pequeña charla con la Duquesa y mencionarle el tema...

¡No! Gritó por dentro.

No sería una cobarde. Ella no se amilanaba con casi nada, y el hombre no era más que eso. Un hombre, sin importar su posición. ¿Qué daño podría causarle? Ninguno, se dijo a sí misma. Una inocente charla acerca de la relación con su hijo... Y no podía ser considerada entrometida, al fin y al cabo, iba a casarse con Joseph.

Estaba secándose las lágrimas frente al espejo del pasillo con su hermano al lado, cuando Joseph apareció doblando una esquina a unos metros.

Lo identificó antes de verlo. Conocía exactamente el ruido de sus pisadas. Pero al girarse, no pudo ocultar la tonta sonrisa que se formó en su rostro.

Él, en cambio, solo frunció el ceño acercándose con más rapidez y tomándola por un brazo para alejarla de Francis.

—¿Qué está pasando? —Demandó—. Has estado llorando.

Ella ya lo había olvidado, pero al parecer no había podido quitarse del todo las marcas de las lágrimas.

—Sí —contestó—, pero no es lo que piensas. Estoy bien. —Puso una mano en su brazo sin poder resistirse a tocarlo teniéndolo tan cerca. Él tampoco podía, y lo demostró colocando una mano cubriendo la de ella.

—¿Segura?

—¡Por supuesto que sí! —Exclamó Francis fastidiado—. Es mi hermana, Thornehill. Ahora, aleja tus manos de ella. —Y le dio una mirada petulante y burlona al decir: —No creo que a su prometido le haga mucha gracia que la toques, tú no eres realmente su primo, y lo sabes.

Joseph sintió arder la furia dentro de él. Ya había tenido suficiente de aquel molesto idiota. ¿Y cómo era que Emmeline decía que todo estaba bien cuando él seguía hablando de casarla con otro hombre?

Fue a abrir la boca, pero ella le dio un apretón para llamar su atención antes de que lo consiguiera.

—No es lo que crees, Joseph. —Se apresuró a decir observándolo con los ojos abiertos de par en par—. Casi he logrado la aprobación de Francis para estar con el hombre al que amo —comentó con una sonrisa cargada de amor y felicidad.

—¿Estar? —Repitió el Conde a su espalda y ella se giró para verlo—. ¿Estar? Espero que eso signifique matrimonio, porque tú no *estarás* con un hombre al menos que pasen por la iglesia. —Welltonshire creía que iba a volverse viejo en un tiempo demasiado precoz si tenía que seguir escuchando a su hermana hablar de aquella forma.

Emmie quiso corregirlo y aclararse, pero Joseph ya se le había adelantado.

—No deberías alarmarte, Welltonshire. Mi intención no es menos que convertir a tu hermana en mi esposa.

Los dos Laughton se quedaron como piedra. Em porque no esperaba que él diera a conocer su identidad en cuanto a su relación, y Francis, porque... Bueno, Francis tenía tantas cosas pasando por su mente en ese mismo momento que no podría decirse cual de todas era la razón exacta de su estado.

El Marqués disfrutó de aquello con una sonrisa plantada en su rostro. ¿Quién era el victorioso ahora? Miró a su preciosa prometida y tomó la mano en la que llevaba el anillo para llevarla a sus labios.

—¡Tú! —Bramó Francis recuperando el habla y abalanzándose sobre él—. ¡Eres tú! Maldito bastardo aprovechador, te voy a matar. —La única razón por la que todavía no lo había derribado de un golpe era porque Emmeline había sido más rápida y se había

interpuesto entre ambos—. Confié en ti para que la vigilaras y cuidaras. Maldito seas, sedujiste a mi hermana pequeña, ¿qué se supone que debo hacer contigo?

Sus gritos habían llamado la atención de todos los que se encontraban en el comedor y ya habían salido a toda marcha para ver qué estaba ocurriendo en el pasillo.

Aunque la escena que se encontraron fue un tanto decepcionante. Si no se equivocaban, era muy parecida a la que habían montado en la sala principal unos días atrás.

Pero Elizabeth, de las primeras en salir, había alcanzado a oír claramente las últimas palabras y dio un par de pasos hasta ellos.

—¿Joseph?

—Y tú eras su carabina en esta casa, Elizabeth. Espléndido trabajo has hecho —gruñó Francis dándole una mirada casi roja de ira.

—¡No le hables así! Beth no tiene nada que ver en todo esto —apuntó Emmeline—. ¡Y ya deja de gritar! ¡Todos te escuchamos muy claro, Francis!

Él la miró exasperado.

¿Por qué ella era tan testaruda?

—¿Es que no lo ves? ¿No has escuchado todo lo que te he dicho antes?

—¡Tú no lo conoces! —Se defendió.

El Conde puso los brazos en jarra. —¿Y tú sí?

—Por supuesto —replicó ofendida y suavizó la mirada—. No tienes nada de qué preocuparte —musitó con una sonrisa asomando en sus labios—. Y mamá lo aprueba también —miró hacia Annabeth esperando un poco de ayuda.

La mujer asintió desde su lugar junto a su prima Clarisse.

—Todo está bien, cariño. Deja a tu hermana y al Marqués en paz.

Pero Francis no se fiaba ni por un segundo en su madre. No en aquel asunto. Supo al instante que ella estaba cegada por el título de Joseph y la esperanza de convertir a su hija en una Marquesa, esposa del futuro heredero a un ducado. Annabeth quería a Emmie, pero como toda *madre*, siempre aspiraría a lo más alto a la hora de conseguir un esposo para su única hija mujer. Y claro, también estaba seguro de que el Marqués la había conquistado con alguna jugada bien hecha.

Pero no podía hacer mucho allí. No con todas esas personas observando cada uno de sus movimientos. Así que asintió con obediencia y se rindió levantando las manos.

Pero Beth no. No sabía lo que estaba sucediendo, y le molestaba que pareciera ser la única en la misma situación.

Continuó mirando a su hermano menor en busca de respuestas.

—¿Vas a explicarme algo, Joseph? ¿Qué está sucediendo?

Con una sonrisa de suficiencia, él volvió a tomar la mano de Emmeline y acercarla a sí.

—Lo que pasa, Beth, es que he encontrado a la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida. — Y no estaba mirando a su hermana cuando dijo esas palabras, sino a la misma de quien estaba hablando—. Voy a casarme con esta preciosa dama.

Emmie deslizó sus ojos de Joseph a Beth, quien parecía bastante afectada por la noticia.

Quizás eso no había sido bueno. Esa no debía de ser la mejor forma de darle la noticia de que habían estado engañándola por tanto tiempo.

—Iba a decírtelo Beth. Lo siento —murmuró—. Pero no hay nada de lo que debas preocuparte. Tú no debes preocuparte por nada.

Pero la rubia no parecía estar oyéndola. Y ahora, la preocupada era ella.

—¿Beth? —Sebastian se acercó a su esposa y la tomó por la cintura sosteniendo casi todo su cuerpo que parecía a punto de desmoronarse en cualquier momento—. ¿Cariño estás bien?

Ella hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a su hinchado abdomen.

Los ojos de Joseph se ampliaron con terror.

—¿Beth? —Repitió casi inaudible antes de oírla soltar un gemido que le hizo recorrer escalofríos de pies a cabeza.

—Oh Dios —masculló la mujer—. Creo que es hora.

Lo que siguió fue bastante confuso. Todos estuvieron en silencio por un momento hasta que Beth volvió a estremecerse con otra contracción y entonces se armó un revuelo de órdenes hacia los criados por parte de alguien, y muchas personas moviéndose en el no tan ancho pasillo que parecía unas diez veces más angosto de lo que en verdad era.

Sebastian siguió sujetando a su esposa por la cintura sin saber muy bien qué hacer.

—¿Estás segura de que es el momento, Beth? Creí que faltaban unas semanas — Emmie se acercó a ellos un poco temblorosa y mareada.

—Y faltan, pero estoy bastante segura de que no va a aguantar allí tanto tiempo.

—¿Es por mi culpa? —Preguntó mordiéndose el labio inferior—. ¿Te disgustaste tanto con la noticia que se adelantó la hora? ¿Le he hecho daño al bebé?

—No seas tonta, Emmie —respondió soltando una risita—. Me he sentido así desde que desperté esta mañana. No tiene nada que ver contigo. Aunque estoy un poco molesta con ustedes. Vamos a tener una conversación nosotros tres cuando todo esto termine.

Un poco aliviada, Em asintió y se giró para ver cuál era la respuesta de Joseph, pero se encontró con que allí no había nadie.

—Si estás buscando a tu querido Marqués, harás bien en saber que se marchado luciendo peor que su hermana —comentó Francis entre divertido e intrigado al mismo tiempo—. Creí que ese era tu papel. —Le apuntó a Sebastian que no estaba mucho mejor.

—Oh, no —suspiró Beth—. Creo que debería hablar con él.

—Tú no vas a ningún lado, excepto a la cama —intervino la Duquesa apareciendo de repente sin saber de qué estaban hablando.

—Yo iré, no te preocupes. —La tranquilizó Emmeline dándole una última mirada. Ya sabía que no iban a dejarla entrar a la habitación durante el parto, o ni siquiera antes de eso. Una joven dama soltera no debía de ver aquellas cosas. Algo que para Emmie era sumamente tonto, se suponía que todas las mujeres pasaban por lo mismo y no le vendría mal ver con sus propios ojos a lo que se enfrentaría.

Francis estuvo en segundos pisándole los talones.

—¿A dónde crees que vas? —Inquirió frenando la marcha y girándose para enfrentarlo.

—A donde tú vayas. No me fío de Thornehill.

—Voy a casarme con él. —Le recordó solo por si acaso lo había olvidado.

—Eso está por verse —gruñó el Conde.

Emmeline no se creía lo obtusa que podía llegar a ser una persona que compartía su misma sangre. Pero no iba a discutir con él, no allí, no ahora. Tenía algo más importante que hacer, y era no fallarle al hombre que amaba.

—Como digas, Francis. Ahora, si me disculpas, tengo que estar en otro lugar. —Y con eso, volvió a caminar hacia donde estaba convencida de que él había ido a parar.

Y cuando llegó a la puerta del despacho del Marqués, su hermano todavía caminaba

detrás de ella. No se molestó en decirle nada, porque sabía que sería inútil, así que abrió la puerta lentamente y se asomó un poco antes de entrar por completo.

Joseph estaba sentado no muy elegantemente en el sofá del que ella tenía muchos recuerdos, y tenía un vaso en la mano. A pesar de todo, Emmie quiso sonreír. Era una visión maravillosa, era tan guapo que quitaba el aliento, incluso cuando estaba un poco abatido.

El ruido en la puerta llamó su atención y se puso de pie en cuanto la vio. Le dio una tenue sonrisa mientras la veía acercarse a él, pero no fue lo mismo para Francis.

—No voy a tener ningún tipo de discusión contigo ahora. —Se adelantó a decir esperando inconscientemente que se marchara, pero sabía que era imposible hacer que se esfumara con unas palabras.

—Oh, ignóralo. No pude deshacerme de él —susurró Emmeline rodeando con sus brazos el contorno de su cuerpo y apoyando la cabeza en su pecho—. Ella estará bien, Joseph. Beth va a estar bien, y muy pronto tendremos un nuevo miembro en la familia. Un bebé al que todos amaremos, estoy segura. No temas.

Él dejó el vaso en la mesa y le regresó el abrazo.

—Es muy pronto. ¿Cómo puede estar bien eso?

—No lo sé. Beth dijo que no es nuestra culpa por darle una sorpresa, que ya estaba sintiéndose así desde la mañana —musitó esperando que eso le ayudase a sentirse mejor. Ella lo había hecho. No ser la responsable de que el parto se adelantara, le daba un poco de paz.

—¿Por qué no dijo nada? —Gruñó apretándola con más fuerza.

—Supongo que no quería preocupar a nadie —alejó la cabeza para mirarlo a los ojos y le sonrió—. Vamos al salón con los demás, estarán esperando al doctor.

Él asintió y aceptó.

Emmie siguió esperando sin abrir la boca, estaban tan cerca y tenía tantas ganas de besarlo. ¿Por qué él no la besaba ahora?

La contempló por un momento y curvó los labios hacia arriba antes de descender y posarlos sobre su frente.

—¿Solo eso? —Casi chilló.

Él señaló a Francis con la mirada, que todavía estaba allí, en la puerta, de brazos cruzados y con la peor expresión que ella podría haberle visto en toda su vida, y que al final, terminaba por parecerle divertida.

—No vamos a darle una razón para que piense que estoy aprovechándome de ti —comentó Thornehill.

Welltonshire soltó un resoplido, demostrándoles que no había dejado de oírlos en ningún momento.

—¿Más de lo que ya lo has hecho?

Emmie sacudió la cabeza. Ellos nunca iban a llevarse bien, sin importar cuanto lo intentara. Pero al menos, estaba segura de que por más pegas que su hermano pusiera a su matrimonio con Joseph, al final, terminaría por aceptarlo. Habían aclarado las cosas entre ellos, y tendría que entender y ver por sí mismo que ella solo sería feliz estando junto al hombre que amaba.

Cuatro horas más tarde, no había mucho que ellos pudiesen hacer más que seguir esperando. Elizabeth llevaba todo ese tiempo dentro de la habitación, junto a Sebastian a quien aún no habían sacado de allí, su madre, Annabeth y Lady Claire, que entraban y salían a cada rato para no atosigar a Beth con tanta gente alrededor.

Pero quién no salía del cuarto, y no por voluntad propia, era el médico.

El Duque había ido él mismo a buscarlo y asegurado así, que acudiese inmediatamente a la casa. Pero cuando este había llegado y comprobado que ella tenía bastantes horas por delante antes de que el niño naciera, y anunció que regresaría en un par de horas para comprobar cómo seguía, Lord Harsburn, lo había hecho regresar a la habitación y amenazado de una forma no muy agradable, con cuales serían las consecuencias si se marchaba en ese momento.

Ante Emmeline se había ganado varios puntos. Ella deseaba tener un padre como ese. Pero también quería que fuese así con Joseph, y no solo con uno de sus hijos.

—¿Desea que le sirva un poco de té, Excelencia? — Preguntó acercándose a él.

Hacía tan solo unos minutos que había entrado a la sala y se había sentado en un sillón, en silencio. Estaba tan afectado como Joseph, quien estaba ubicado en otro sofá frente al que el Duque había ocupado. Francis aparecía y desaparecía por momentos sin poder estar quieto en un mismo sitio y en silencio por tanto tiempo. Era algo molesto para la mayoría de las personas, pero Emmeline estaba agradecida por ello —además de que lo entendía, porque ella era igual—. Tenerlo observando cada movimiento que hacía si estaba cerca del Marqués, no era para nada cómodo.

El hombre levantó la mirada hacia ella. Ni siquiera los habían presentado formalmente, y ella no estaba segura si en esas situaciones seguía siendo un poco incorrecto que se dirigiera a él. Pero, ¿qué más podría hacer? No es como si pudiese pedirle a Joseph que la presentara ante él.

—Lo han traído hace solo un momento —agregó dándole una pequeña sonrisa.

—Lo agradecería, Lady Emmeline —asintió, por lo que ella soltó el aliento que había estado reteniendo.

—¿Leche? ¿Azúcar? —Preguntó feliz de poder servir de ayuda.

—Sin leche, una cucharada de azúcar, por favor.

Lo preparó con cuidado de no derramar ni una gota o pizca de nada y se lo entregó con suma precaución. No podía permitirse ninguna torpeza frente a ese hombre que la ponía tan nerviosa y ante quien quería dar la mejor impresión para luego poder abordar un tema tan delicado.

—Gracias —contestó el Duque con un asomo de sonrisa—. Así que... —dijo enderezándose al hablar. Ella ya había regresado a su lugar en el mismo sofá que Joseph. Estaban uno junto al otro, pero no tan juntos como les gustaría, había cierto espacio entre ambos—. La última vez que te vi, eras una pequeña damita que se escondía detrás de su hermano, y ahora, parece que vas a convertirte en la Marquesa de Thornehill muy pronto —comentó para confusión de Emmie.

—¿Usted me recuerda de antes? —Preguntó sin poder contenerse. No tenía idea de que los hombres tan importantes repararan en *pequeñas damitas que se esconden detrás de sus hermanos*.

—Sí, por supuesto. Conocía a tu padre, Emmeline. Si me permites llamarte por tu nombre. Podía engañar a todos, pero no a mí. —Le dio una mirada significativa que hizo que ella empaldeciera, hasta que él volvió a hablar—. Cuentas con mi admiración, al igual que tu madre y tu hermano.

—Gracias. —Se oyó decir, pero sin estar segura si había hablado lo suficientemente alto como para que él la oyese.

—A Emmeline no le agrada abordar ese tema, padre —masculló Joseph tomando su mano.

—Mis disculpas —ofreció.

—Está bien, Excelencia —musitó despejando la cabeza de cualquier pensamiento perturbador. No era la intención del hombre molestarla, aunque para Joseph no parecía estar muy claro.

El Duque bebió un sorbo de té, y siguió observándolos.

—¿Cuándo será la boda? —Inquirió después de darle un tiempo para reponerse.

El Marqués, lo miró exasperado y furioso. Joseph siempre estaba furioso cerca de su padre, pensó Em. Eso no era bueno para nadie, de ninguna forma. Y se había prometido que él sería feliz.

Pero de todas formas, fue él quien respondió.

—He logrado conseguir una licencia especial esta mañana. Así que si mi prometida lo desea, podemos casarnos en este mismo momento. Esta noche, mañana o dentro de un mes.

Se volvió hacia ella con una sonrisa sincera y espléndida por primera vez en horas.

—¿Podemos casarnos ahora mismo? —Em no podía creérselo. Soltó una risa de incontenible felicidad. Todo estaba tan cerca, tan cerca—. ¿Ahora? ¿Ya?

—Cuando quieras, amor.

Y ella estuvo a punto de decir: *De acuerdo*. Pero usó la cabeza y enseguida dedujo que muchos podrían tener sus quejas acerca del asunto.

Arrugó la frente.

Tampoco era el tipo apropiado de inicio de un matrimonio para el hijo de un Duque.

—Si tan solo dependiera de lo que yo quiero —suspiró—. Mamá ha planeado mi boda desde que era una niña, no podría arruinarle del todo esa ilusión.

—Lo sé, además, tú te mereces una gran boda —dijo tocando su nariz—. Pero tenía que tenerla, por las dudas de que se presentara algún inconveniente.

Ella soltó una carcajada pensando, sin saber porqué, en ciertas personas que no estarían muy contentas con aquello.

—Tenemos que invitar a los Davenport. Ellos serán los primeros en recibir nuestra invitación. —Y olvidando las formas y la compostura que había procurado mantener ante su futuro suegro, giró todo el cuerpo hacia su prometido y aplaudió divertida—. ¿Sabes cuál es una idea aún mejor que esa? Ir en persona a entregarles la invitación. Oh, será tan divertido. ¿Puedes imaginarte sus caras? —Volvió a soltar otra carcajada maliciosa.

Joseph pensó en cuánto la amaba y cuánto le gustaría que estuviesen solos. Si había algo que adoraba de Emmeline era su risa, y como hacía que todo desapareciera con ella. Podía olvidar hasta el último de sus males con verla tan feliz, y exterminaría cualquier cosa que perturbase su dicha.

Lamentablemente, su padre todavía estaba allí, bastante entretenido con ambos, a decir verdad, y no pensaba que fuese a marcharse pronto.

Tomó la mano de la chica y se la llevó a sus labios, lo único que podía hacer con el público no deseado que tenían.

—¿Qué es tan divertido? —La voz de la Duquesa cruzando el umbral de la sala hizo que Emmie dejase de reír de golpe.

Joseph sonrió y negó con la cabeza para tranquilizarla.

—¿Cómo está Beth, mamá?

—Igual, y creo que seguirá así por unas horas más. Gerard, ¿no te parece que deberíamos dejar al buen hombre marcharse y llamarlo cuando sea necesario?

El Duque levantó la mano.

—Esta es una discusión que no vamos a tener, se quedará y será recompensado si hace un buen trabajo.

Su esposa, al parecer, sabía cuando no tenía oportunidad de ganar y ni siquiera contestó. Se sentó a su lado en el sofá y posó una mano por encima de la de él. Emmie supo que había mucho cariño entre ellos. Gerard Whitmore era un buen hombre. Quería a su esposa, a su hija, y no podía creerse que no quisiera a su hijo.

Se puso de pie alisándose el vestido. —¿Té, Excelencia? —Volvió a preguntar, esta vez, a la Duquesa.

—Oh, sí, gracias. Leche y azúcar, por favor —indicó—. Y puedes llamarme Clarisse, serás también mi hija pronto —mencionó—. Veo que estás mejor, es excelente.

—Justamente estábamos hablando de la boda —agregó el hombre junto a ella—. El novio quiere una gran boda, y la novia preferiría firmar los papeles ahora mismo.

—¿Tienes una licencia especial? —Indagó la mujer antes de que el Duque terminara de hablar—. ¿Por qué la prisa?

—La conseguí esta mañana, no es para alarmarse, mamá. Solo me gusta estar preparado.

—Pero tendremos una gran boda —profirió Emmie—. Y muchos invitados —recalcó con una risita—. Y sería un honor que usted me ayudara con los preparativos. Yo no me creo capaz de hacerlo bien por mí misma.

Habían pasado cerca de seis horas desde que Beth había entrado en la habitación, cuando Sebastian bajó las escaleras, lamentablemente expulsado del cuarto. El bebé estaba por llegar, y los hombres parecían estar bastante concentrados en sus bebidas. Fue bastante emocionante, la verdad. He oído a personas comentar que los maridos se ponen muy nerviosos en los nacimientos de sus hijos, pero esto era mucho más especial. Todos temían por la vida del bebé y también por Beth.

Hemos esperado desde entonces por unos cuantos minutos que en realidad parecen ser horas. Estamos tan lejos de la habitación donde Beth se encuentra que estoy segura que no lograremos escuchar ni el llanto del bebé cuando nazca. Lo que es bueno, supongo, si no esperamos oírlo, no estaremos pendiente todo el tiempo de ello, lo único que resta es esperar a que alguien venga con nuevas noticias.

Oh Dios Santo, puedo verlo... Puedo ver al doctor bajando las escaleras mirando de una forma no muy agradable al Duque. ¿Me pregunto por qué será?

—Bueno, caballeros, ha sido un placer servirlos —dijo el hombre con su pose erguida y seria.

—¿Cómo están? —Sebastian fue el primero en acercarse.

—Los dos están muy bien —asintió solemne y con algo parecido a una sonrisa—. Puede subir a verlos cuando quiera —señaló y el nuevo papá no esperó ni un segundo antes de dirigirse a trompicones por las escaleras.

CAPÍTULO 28

Mamá está encantada con nuestra nueva residencia en Mayfair. Yo, no tanto. Mamá también está encantada con pasar todo el día de tienda en tienda. A mí tampoco me agrada eso, incluso cuando Ashleigh nos ha acompañado casi todas las veces. No estoy segura de saber a cuál de las dos les gusta más comprar y derrochar dinero en cosas sin sentido.

¿Por qué, para qué necesito tantos sombreros?

Hace dos semanas que nos mudamos a este lugar por orden de Francis y no pude oponerme. Seguir viviendo en la casa de Joseph no era muy adecuado ahora que mi familia está de regreso, y la suya ha decidido quedarse hasta la boda, aprovechando también, para pasar tiempo con el nuevo integrante de la familia.

El niño es afortunado. Muy afortunado. Como Sebastian y Beth me habían contado, lleva el nombre de Joseph Alexander Greene. No fue una sorpresa para mí, pero sí para su tío quien, aunque no lo diga, está encantado con ello. Elizabeth siempre dijo que si no fuese gracias a su hermano, ella y Sebastian nunca habrían podido estar juntos. ¿Y qué mejor manera de agradecérselo que poniéndole su nombre a su primogénito?

La boda es en dos semanas, y cada día estoy más ansiosa. Cuando luego del nacimiento de Joseph, todos tuvimos una larga discusión acerca de la fecha de la boda, alguien, que no puedo recordar quien fue, mencionó que la temporada estaba próxima a acabarse, y si queríamos una gran boda, sería más cómodo organizarla antes de que todos partieran de Londres hacia sus residencias solariegas.

Y fue perfecto.

Mi madre y la Duquesa habrían preferido tener unos meses para planear todo con sumo detalle, pero no me imaginaba tanto tiempo lejos de Joseph, viéndolo como ahora, en sus visitas diarias, y algunas fiestas a las que concurrimos por separado. Entonces un mes tenía que funcionar.

Y lo hace.

En dos semanas hemos hecho muchos arreglos, y mi vestido está casi listo.

Ahora, estoy esperando que Francis termine de escribir su correspondencia. Iremos a la fiesta de una Condesa viuda de la cual nunca puedo recordar el nombre.

—¿Él no ha llegado aún? —Inquirió Ashleigh—. Te ves apagada cuando no lo has visto.

Emmie rodó los ojos.

—No seas tonta, eso no es cierto.

—Sí, sí lo es. Pero, ¿quién va a culparte? Estás enamorada. —Sonrió la joven—. Todavía sigue dándome miedo, pero contigo es muy dulce—suspiró contemplando algo

detrás de Em quien estaba de frente a ella—. Oh, ¿no crees que Lord Brookshire es muy guapo?

Emmeline hizo una mueca.

—¿Parker?

—Es todo un caballero y... —Se cubrió la boca con una mano—. ¡Lo había olvidado por completo! —exclamó—. ¿Por qué no te lo conté antes? Fue a visitarme ayer por la mañana. Y llevó flores para mamá también. ¿No es dulce?

—Creo que hay algo que deberías saber de...

—Buenas noches, señoritas. —Joseph apareció ante ellas y no dejó a Emmeline terminar su advertencia—. Lady Ashleigh, Lady Emmeline.

—Lord Thornehill. —Ash saludó derrochando su típico encanto—. Yo debería... —Pero entrecerró los ojos de nuevo mirando algo por detrás de Emmie, y se corrigió—. No, si yo los dejo solos, Lord Welltonshire estará aquí en un segundo. —Joseph miró en la misma dirección y asintió en conformidad.

—Oh, que astuta, Lady Ashleigh. Pero si usted tiene que reunirse con alguien más —murmuró siendo pícaro, algo extraño en él—, Lady Emmeline y yo quizá deberíamos dar un paseo —propuso mirando a Em quien no perdió tiempo en aceptar y salir disparada lejos de Francis.

El salón era amplio y estaba lleno de gente, aún así, se podía caminar tranquilamente por el perímetro sin molestar a nadie.

—Me agrada tu amiga —musitó Joseph—. Pero todavía creo que es demasiado joven para estar buscando un esposo. Parece una niña.

—Sí, lo es. Pero su madre está enferma y quiere verla casada pronto. De otra forma tendrá que guardar luto y perderá mucho tiempo. —Emmeline suspiró. La historia de su amiga era bastante triste. Sus padres la amaban, pero la enfermedad de Lady Weston empeoraba cada día y la ponía débil, a tal punto que ya no podía salir de la cama sin ayuda.

—Esto es un poco frío, pero un año de espera, como mínimo, no le haría mal. Si no encuentra un esposo adecuado, y paciente... —El Marqués negó con la cabeza—. Una niña no debería tener hijos, es muy peligroso.

Así que de eso iba todo.

A pesar de que el parto de Beth había sido un éxito, Joseph seguía obsesionado con la idea del peligro que representaba uno. Varias veces había mencionado que no estaba seguro de querer ser padre si eso involucraba hacerla pasar por todo aquel calvario, y dado que no había otra forma...

Emmeline tendía a exasperarse con ese tipo de conversaciones y darlas por terminado antes de que comenzasen. No iba discutir sobre aquello cuando la boda estaba tan cerca y se encontraba cada vez más nerviosa.

—A mi no me preocupa tanto eso, sino que al parecer ha puesto sus ojos en Parker —susurró—. Ha ido a visitarla ayer, ¿puedes creerlo?

—No me sorprende, cariño. Ahora que no te tiene a ti, tiene que buscarse una esposa urgente, la temporada está acabando, como bien sabemos, y no creo que pueda esperar hasta el año próximo —explicó posando una mano sobre la de ella y dándole un apretón—. Preferentemente, tiene que ser una esposa con una gran dote.

Emmie gimió.

—Ash es única hija. Lord Weston no habrá escatimado en nada.

—Exactamente.

—Pero Joseph... —Se quejó en tono de ruego—. ¿Cómo puede casarse con ella

solo por su dote? Parker no es una mala persona, pero eso no es agradable. ¿Y si no la quiere?

—No creo que sea un mal hombre. Solo está desesperado y tiene que hacer algo pronto.

Pero Emmeline no estaba del todo convencida. Sabía que Parker no le haría daño intencionalmente, pero una joven como Ashleigh, tan dulce, llena de vida y sin una pizca de malicia en su ser, se merecía a alguien que la amase como Joseph la quería a ella.

Perdida en sus pensamientos y abatimiento, Em no se dio cuenta de que habían ingresado a uno de los balcones.

Las cortinas los separaban del resto de los invitados de la fiesta.

—¿Qué puedo hacer? ¿No podemos ayudar?

El Marqués suspiró y acarició con el dorso de dos dedos la delicada y suave piel de su mejilla.

—No podemos hacer nada, Emmeline. No es nuestro asunto. —Aunque por la expresión de la chica supo que ella no estaba de acuerdo—. No *puedes* hacer nada —dijo con más severidad, lo que en realidad quería decir “*no vas a hacer nada*”.

Emmie asintió a regañadientes. Sabía que por más que Ash fuese su amiga, ella no podía interferir. Si no quería ser escandalosa, tenía que mantenerse al margen. Y ella deseaba ser perfecta. Una Marquesa perfecta para el Marqués perfecto. Nadie esperaba menos, y no iba a darles un motivo para hablar mal de su futuro matrimonio.

—Te extraño —susurró ladeando la cabeza hacia la mano de él.

—Estoy aquí ahora —repuso Joseph.

—Sí, sí lo estás. Pero las noches... Ya no puedo recordar como era antes de conocerte. Me siento sola, y perdida. Era lindo saber que estarías allí cuando me despertara asustada y molesta en la madrugada.

—Lo sé, amor. Pero estamos cerca, pronto, nadie se interpondrá en nuestro camino. Ni siquiera tendremos que salir de la cama. —Su voz era tan baja que no lo habría escuchado si no estuvieran tan cerca.

Emmie se sintió sonreír como una tonta.

—Esto es irreal —musitó—. Ni siquiera estoy segura de haber visitado tu habitación alguna vez.

—Ah, pero eso no tiene importancia. No vamos a quedarnos en Londres después de la boda, Em. Thornehill te va a gustar, y te acostumbrarás enseguida. —Emmie no tenía dudas. Si estaba junto a él, creía que podría afrontar cualquier cosa—. La tierra es amplia, podemos salir a cabalgar y preparar esos picnics que le gustan a Beth.

—Pero Beth no estará allí ¿no? —Arrugó la frente pensando en que no tenía idea de qué sería de ellos.

—Bueno, el año anterior pasaron casi todo el tiempo aquí. Pero este, sin embargo... Creo que Elizabeth querrá darte la noticia. —Se cortó—. Voy a dejar que ella te cuente. Está muy emocionada.

—¿Emocionada por qué?

—Ella te contará cuando la veas. Mi padre ha sido muy generoso.

Casi protestó por dejarla con la intriga. No podía soltar algo así y luego cortarse. No era justo. Pero se contuvo y aprovechó para inclinar la cabeza y apoyarla en él.

Como había comprobado varias fiestas atrás, no podía descuidarse mucho y sobrepasarse con el contacto. Aunque estuviesen comprometidos, cualquier desliz iniciaría algún malicioso rumor para avergonzarlos, era de lo más indecoroso. Y dado que quitando

a un Marqués del mercado sin mínimo esfuerzo se había ganado la enemistad de muchas *madres* y jovencitas solteras que lo disimulaban poco, debía ser cuidadosa con lo que decía y hacía.

¡No más gritos con Portia Davenport en medio de una fiesta!

¡Y claro que no más pisotones a caballeros que en realidad no lo eran!

Las noches no eran tan divertidas si tenías que ser tan correcta, pero el esfuerzo valdría la pena. Ella sabía que sí.

CAPÍTULO 29

Emmeline estaba feliz. Tan feliz como nunca había creído que podría llegar a estar, y ella era una persona alegre.

La recepción de la boda primero, y el banquete ahora eran todo un éxito, Emmie estaba segura de que ningún invitado había fallado y hasta los que se encontraban residiendo más lejos en ese momento habían asistido.

Todo el mundo quería conocer a la nueva Marquesa de Thornehill, en la misma medida que estaban ansiosos por asistir a la única fiesta que el Marqués se había dignado a ofrecer.

Muchos comentaban que sería la última gran fiesta de la temporada, y no había muchos valientes que se animaran a hacer algo luego de aquello.

Emmie miró a Joseph que estaba en una conversación con un par de nobles con los que frecuentaba en las fiestas. Se había alejado a regañadientes cuando Francis había pedido un baile con su hermana. Pero ella, incluso en medio del vals, no podía dejar de mirar a su recién estrenado esposo.

—Soy tan feliz —murmuró al Conde que había pasado la mayor parte del tiempo gruñendo. Había estado tenso a la hora de entregarla en el altar, y de mal humor cuando se ubicaron para disfrutar de la abundante comida—. Me gustaría que entendieras eso, Fran.

Él suspiró.

—Ya veo, Emmie.

—Entonces alégrate por mí. Cambia esa expresión que has tenido todo el día —exclamó con una sonrisa inmensa.

Él sonrió a medias. —Sé que no lo parece, pero me alegro por ti, cariño. Soy feliz viendo esa preciosa sonrisa tuya ahora mismo. Solo espero no tener que matar al imbécil de tu esposo.

Ella abrió la boca y los ojos de par en par.

—¡Fran!

—No. —La interrumpió—. Prométeme algo, Emmeline. Si alguna vez llega a hacerte daño de cualquier forma, vas a enviar a alguien por mí y vas a dejar que te ayude.

—Eso no será necesario —afirmó.

—Emmeline, ¿tú crees que mamá no pensaba eso también? Que todo sería perfecto... No quiero que bajo ninguna circunstancia tengas que pasar por lo que ella y nosotros pasamos.

—Joseph no es como nuestro padre. Y jamás lo será. Es un buen hombre —soltó antes de que él llegase a acabar. Pero estaba de muy buen humor como para cambiarlo por lo que Francis le dijera. El día era demasiado hermoso como para siquiera molestarse.

—Aun así, me gustaría que me lo prometieses —insistió.

Exasperada, Emmeline asintió luego de rodar los ojos. No había forma de que pudiese enojarse con él por preocuparse e intentar cuidarla. No sería el hermano al que ella adoraba si no lo hiciera.

—Lo prometo, lo prometo. Aunque no tengo idea de qué podrías hacer en todo caso —murmuró. Su atención estaba dirigida ahora hacia su amiga quien había entrado a la pista para comenzar un nuevo baile con Parker. Ashleigh tenía una gran sonrisa y Emmie estaba segura de que estaba casi tan feliz como ella.

Pero no pudo observarlos por mucho tiempo, dado que la pieza había acabado y el Duque se acercó a reclamar el suyo.

Para ser honesta, Emmeline no había esperado que el noble bailara con ella. Pero parecía algo normal ¿no? Parecía lo correcto. También sería su padre ahora, y eso lucía como una forma de darle la bienvenida a la familia. Francis pareció más predisposto a dejarla en manos de Gerard que lo que había estado a la hora de dejarla con su hijo en el altar. No podía ser otra cosa más que gracioso. ¿Qué podía decir sino?

Le sonrió al Duque quien besó sus nudillos antes de comenzar.

—Estás muy bella Emmeline —dijo con su profunda voz ronca.

Y estaba en lo cierto. Emmie también se sentía de aquella forma. Su vestido era plateado y ostentoso. Tenía pequeños bordados en toda su extensión lo que lo hacían incluso más hermoso de lo que era. Y lo mejor de todo, era que le gustaba y se sentía cómoda en él.

Ya no necesitaba gigantescos vestidos apretados para cazar un buen partido. ¡Y era una Marquesa! Lo que significaba que aunque su vestido era bastante grande y levemente apretado en las zonas correctas, porque era lo que la moda dictaba, de ahora en adelante tendría el poder de decidir sobre su vestuario.

—Gracias, Excelencia.

El hombre arrugó la frente.

—Para este tiempo habría supuesto que me llamarías por mi nombre. ¿No es así como llamas a mi esposa?

—Bueno... Usted no me lo ha pedido, pero... —apretó los labios—. ¿Se ofendería si le dijera que usted me resulta bastante intimidante?

—Supongo que eso es bueno. ¿No crees? Uno de los beneficios de mi posición.

Ella lo pensó un momento mientras el baile los alejaba.

—Supongo —murmuró. Un Duque se ganaba respeto en la sociedad solo por el mismo hecho de serlo, pero eso no era lo que a ella le afectaba, sino otras cosas. Lo que la llevó a pensar en esa conversación pendiente que tenía con el hombre. No estaba muy segura de cuándo volvería a verlo, así que si no hablaba ahora, probablemente no podría volver a hacerlo en un largo tiempo—. ¿Puedo hacerle una pregunta, Gerard?

—Por supuesto —asintió aunque un poco dudoso.

—¿Por qué...? —Levantó los ojos hacia él, volvió a repetirlo en su cabeza y luego lo dejó salir por la boca—. ¿Por qué se lleva tan mal con su hijo?

Por un momento, Emmie no supo qué pensar acerca de la reacción del hombre, y luego creyó, por la forma en que la miró, que no iba a responderle.

Y se equivocó.

Le llevó más de un minuto procesar la pregunta, pero finalmente, el Duque habló.

—¿Por qué crees que me llevo mal con mi hijo?

Era una pregunta tonta. Y quizá tenía el propósito de evadir a la original, pero no iba a funcionar con alguien que llevaba tanto tiempo esperando.

Así que levantó las cejas pero se guardó de comentar si creía que era tonta.

—Joseph cree que usted lo culpa de la muerte de su madre —soltó esperando poder hacerlo reaccionar—. Estoy segura de que usted es más inteligente que eso, Gerard.

—Si lo crees, ¿por qué lo preguntas?

—Yo solo creo que debería darle una oportunidad. No voy a decirle que debería sentirse orgulloso de él, pero si estuviera en su lugar, yo lo estaría. Es honorable, una de las personas más honorables que he conocido. Y no digo esto porque lo ame —aclaró sin

miedo ni vergüenza a expresar en voz alta sus sentimientos—. Supe cómo era mucho antes de sentirme así.

Whitemore la observó en silencio, y sin moverse, dado que la pieza había finalizado. Ella esperó tan solo unos segundos antes de volver a abrir la boca para hablar, pero él se le adelantó.

—Bienvenida a la familia, Emmeline —dijo con una mueca que pareció una sonrisa, mientras asentía hacia alguien que se encontraba detrás de la novia y se marchó.

Si hubiese podido hacerlo sin llamar la atención, Emmie habría corrido detrás de él para demandar una respuesta mejor, pero nada de eso parecía factible.

Se giró cuando alguien se aclaró la garganta detrás de ella y descubrió a Parker aguardando de pie.

—¿Puedo reclamar un baile?

—Estoy cansada de bailar. Pero, ¿me acompañarías a buscar una bebida?

Caminaron en silencio hasta salir del lugar donde nuevas parejas se acomodaban para un minué, y ella buscó con la mirada a su recién estrenado esposo sin tener éxito alguno.

—¿Todavía estás enfadada conmigo, Emmie? —Inquirió Lord Brookshire rompiendo el silencio.

Si era honesta, no lo estaba. Al menos no por las mismas razones que antes.

—Ash es mi amiga —dijo en forma de respuesta.

Parker arrugó la frente. —Lo sé.

—Y si estás engañándola para casarte con ella y quitarle todo su dinero, como planeabas hacer conmigo, te voy a odiar para siempre.

—¡Wow! ¿De verdad crees que eso era lo que pensaba hacer contigo? —Se quejó ofendido.

Emmeline ladeó la cabeza hacia él.

—Ibas a casarte conmigo por mi dote. Con el conocimiento de Francis o no, el fin era el mismo. Nada lo hacía menos vil. Ni siquiera lo desesperado que estás. Ella no merece algo así.

Parker se habría molestado de no ser porque era cierto. —Me hacía mucha ilusión saber que compartiría mi vida con una mujer a la que podía llamar amiga. Es algo que no muchos logran. Nunca te habría hecho daño.

—No intencionalmente —suspiró—. Pero al final, habría dado igual. No me amabas, y tampoco la amas a ella.

—Podría llegar a hacerlo. Sí tú me hubieses dado la oportunidad, si ella me da la oportunidad. No soy tan malo como crees.

Emmie sacudió la cabeza a ambos lados. —No creo que lo seas, Parker, de verdad. Solo no me hagas cambiar de opinión.

Emmeline se topó con George luego de dejar a Parker junto a una de las mesas de bebidas. Ninguno de los Davenport se había perdido la fiesta, aunque a ella no le habría importado en absoluto que lo hicieran. Especialmente él.

Hizo una mueca dejándole saber que no estaba feliz de verlo. E incluso George, probablemente asustado porque Joseph lo viera tan cerca de ella, intentó evitar pasar a su lado para no verse obligado a parar y saludar a la anfitriona de la fiesta, pero Portia fue más rápida que los dos y se colgó del brazo de su hermano para acercarse a Emmeline.

—Lady Thornehill —musitó con una sonrisa tensa y del todo falsa en opinión de Emmeline que la contempló impasible.

—Señorita Davenport.

—Muy buena jugada Emmeline. Nos engañaste a todas con esa faceta de niña buena. ¿Quién iba a decir que serías tú quien pescaría al Marqués? ¿Pero dónde está él? No llevan ni un día casados y ya te ha dejado sola... ¿Tan rápido lo has aburrido?

Marieth apareció a un lado de su hija con un gesto que a Emmie le recordaba al de su propia madre cuando ella hacía algo completamente inapropiado. Sí, podía decir que era el mismo que había puesto cuando ella había abrazado a Joseph al llegar a su casa el primer día.

—Lady Thornehill —dijo la mujer esperando poder cubrir las palabras de su hija, aunque todos sabían que eso no era posible—. Está bellísima, si me permite decirlo. Y la fiesta es magnífica.

—Gracias, Señora Davenport —contestó con la misma indiferencia con la que ella había sido tratada. Pero en el mismo momento recapacitó y le dio una sonrisa. Ella no era la clase de persona que pagaba con la misma moneda, aún cuando a veces podía dejarse llevar por la parte oscura y dejar ver su lado maligno un poquito.

—Aquí estás —oyó decir a Joseph segundos antes de sentir su brazo rodeándole la cintura—. Señora Davenport, gracias por venir. Señorita, señor Davenport. —Él saludó, y además a George le dio un asentimiento acompañado por una mirada gélida—. Sabe, estuve pensando que no he recibido su invitación. Me había prometido una cena, ¿recuerda? —Dijo con una sonrisa que pocas veces había lucido ante ese público en particular. Emmeline lo acompañó, era claro que él estaba feliz de saber que seguramente ya no la recibiría. También se preguntó quién sería la próxima víctima de Portia y su madre en la temporada próxima.

Por su lado, no esperaba pasar mucho tiempo en la ciudad durante la temporada siguiente. No más del necesario.

—Oh, pensamos que estaría demasiado ocupado, milord —dijo la mujer con modestia.

Joseph no dejó de sonreír.

—Sí —dijo mirando a Emmeline—. La verdad es que lo estuve, pero a mi *esposa* y a mí nos encantaría concertar una velada con su familia... La temporada que viene, quizá. —Emmie se deleitó con la expresión de Portia, pero no miró hacia George, no iba a bajar ni una pizca su ánimo por ese hombre—. Ahora si nos disculpan, tenemos que marcharnos, los invito a seguir disfrutando de la fiesta, por supuesto.

Tomando a Emmeline por la cintura, la alejó del trío en la dirección contraria.

—¿A dónde vamos? —Preguntó posando una mano sobre la de él—. Quiero decir, si la fiesta sigue, ¿podemos... subir ahora? —Ella sabía lo que se suponía que sucedería esa noche, su madre le había comentado, bastante nerviosa, torpe y avergonzada lo que debía de suceder la noche de bodas.

Pero Emmie pensó que lo que su madre le había descripto con pocas palabras no tenía nada que ver con lo que ella había experimentado, a tal punto, que dudaba que fuese lo mismo.

—Podríamos si quisiéramos. —Le aseguró—. Pero vamos a ir a casa hoy. No quiero pasar nuestra primera noche sabiendo que tengo toda esta gente dando vueltas por mi casa. Nos vamos a Thornehill.

Los ojos de la chica se abrieron con sorpresa.

—¿A Thornehill?

—Sí, ya tengo el carruaje preparado, y Jen te ha armado el equipaje, enviarán el

resto la semana próxima.

Joseph tenía tanta calma en la voz y una sonrisa tan hermosa que ella intentó no ponerse nerviosa por la nueva noticia. No sabía si estaba lista o no para ocuparse de una casa como la de Thornehill a la cual aún no había conocido. Sabía que se irían, claro que sí, pero no esa noche.

—¿Pasaremos la noche viajando?

—Sí —respondió dudoso—. Pero cuando lleguemos, te darás cuenta de que fue lo mejor, ya verás. ¿Estás molesta, Em? —Llevó una mano hacia su mejilla, sin notar que varios ojos volvían a clavarse en ellos—. Quiero llevarte lejos de todo esto, todavía tengo esa horrible sensación de que alguien va a alejarte de mí.

—No estoy molesta. Solo... Nerviosa, creo —balbuceó.

—No hay nada que temer, Emmeline. No va a sucederte nada malo. Yo te protegeré. Thornehill es maravilloso, te va a encantar. Tengo pensadas tantas cosas que podemos hacer juntos que necesitaremos del resto del verano y quizá no sea suficiente.

—Juntos —repitió ella dándole una sonrisa pequeña, deseando poder abrazarlo allí mismo—. Me parece bien.

Cuando estuvieron listos para partir, a Emmie no le asombró ver a su madre y su hermano esperándolos junto al carruaje para despedirse, ni tampoco a la Duquesa, aunque tenía que admitir que no esperaba ver al Duque allí también.

Se habían despedido de Beth y Sebastian, y Em había estado un poco triste por no haber tenido la oportunidad de pasar más tiempo con el pequeño bebé. No tenía idea de cuándo volverían a verse, puesto que Lord Harsburn les había regalado una de sus propiedades con el nacimiento del niño e iban a mudarse tan solo en unas pocas semanas. Y por desgracia, Thornehill no estaba para nada cerca del lugar.

Lady Welltonshire abrazó a su hija susurrándole que todo estaría bien y que no debería temer a nada.

—¿Te veré pronto? —Preguntó con melancolía. No sabía si era el cansancio de un día tan largo o la aceptación del giro que acababa de dar su vida, pero no se había sentido de esa forma en mucho tiempo.

—Por supuesto que sí —exclamó Francis en respuesta—. Pasaremos a cerciorarnos que estés bien en cuanto podamos, Emmeline.

Y algunas cosas jamás iban a cambiar, pensó ella. Al menos, luego de darle un fraternal y protector abrazo, le estrechó la mano a Joseph, mirándolo fijo por un momento antes de gruñirle.

—Cuídala bien, Thornehill.

—Más que a mi vida. —Sonrió el Marqués mirando a su nueva esposa—. Son bienvenidos a Thornehill cuando lo deseen.

—Oh, los dejaremos disfrutar de su reciente matrimonio a solas por un tiempo —dijo Annabeth enseguida para disgusto de Francis.

—Confío en su sensatez, Lady Welltonshire —coincidió Joseph.

Clarisse también abrazó a ambos al despedirse, pero no alargó la charla viendo lo impaciente que su hijo se mostraba por largarse de allí. Había esperado tanto tiempo por verlo así de feliz que ella no intervendría ni un ápice en aquello.

Lo realmente extraño, fue que Gerard detuviera a su hijo un instante dándole un apretón en el hombro y mirando directamente a sus ojos.

—Les deseo un buen viaje, hijo. Cuídense mucho.

Y para los demás, eso no había sido ni siquiera relevante. Pero para Joseph, que no recordaba ni una sola vez en que ese hombre lo hubiese mirado de aquella forma, ni lo hubiese llamado así con una intención sincera, lo había significado todo.

CAPÍTULO 30

—Cualquiera podría pensar que esto no es romántico en absoluto, pero a mí me parece bastante lindo. —Emmeline se apoyó en el hombro de su esposo y cerró los ojos. Habían pasado toda la noche y parte de la mañana viajando rumbo a Thornehill luego de la boda, y ahora estaban a punto de llegar.

—Me gusta que pienses de esa forma. No quería que me odieras por hacerte pasar toda nuestra noche de bodas sentada en un carruaje cuando deberías estar cómoda y cálida en nuestra cama.

Nuestra cama. Emmie pensó que le gustaba como sonaban esas palabras.

Sonrió y se volvió a mirarlo.

—Pero yo he estado muy cálida y tus brazos son muy cómodos —musitó volviendo a subirse a su regazo y pasando los brazos alrededor de su cuello—. Y yo nunca podría odiarte. ¿Cómo podría hacerlo? Te amo, Joseph.

Pero toda la despreocupación de Emmie se esfumó cuando vio a Thornehill en todo su esplendor a metros de ella, y todos los sirvientes esperándolos fuera de la construcción.

—Oh, no. —Se quejó Joseph—. Había olvidado esto.

—¿Olvidar qué? — Inquirió Emmie con temor.

Él pasó un brazo por encima de sus hombros y se acercó pegando una mejilla a la de ella, guiándola para que mirasen juntos por la ventanilla.

—Todos ellos quieren conocer a la nueva Marquesa. Cuando nos comprometimos, le envié una nota a mi mayordomo, y hace dos días, le envié otra avisando de nuestra inminente llegada.

—No sé cómo llevar una casa como esta, Joseph. Es inmensa... No sé si mamá me entrenó para esto. Vas a ayudarme ¿cierto?

Él arrugó la frente.

—¿Por qué estás preocupada por eso, Em?

—¿Cómo no podría preocuparme por eso? —Replicó.

—Es demasiado pronto. Nos acabamos de casar, acabamos de llegar —explicó observando como ella abría más y más la boca en una clara señal de desacuerdo.

Fue a decir algo más para calmarla e intentar recuperar a la joven alegre que lo había acompañado durante todo el viaje, pero el carruaje ya se había detenido y reconoció a su mayordomo abriéndole la puerta.

—Bienvenido, milord —dijo el hombre alto y perfectamente arreglado sin ningún detalle al azar.

—Siggys —asintió el Marqués y le estrechó la mano con una sonrisa. Ese hombre lo acompañaba la mayor parte del año desde que se había marchado a Thornehill muchos años atrás, y lo consideraba merecedor de un gran respeto.

Bajó del carruaje y se volvió hacia adentro para mirar a Emmeline que parecía un poco asustada y nerviosa.

Estiró un brazo hacia ella y esperó a que tomara su mano para bajar. Y a pesar de

todo, Emmeline todavía recordaba que tenía que bajar y mostrarse ante todas esas personas. La primera impresión era la más fuerte de todas y no quería que la vieran como una Marquesa terrible incluso antes de conocerla.

Tomó su mano y descendió sintiendo como el aire fresco golpeaba su rostro sacándola de la somnolencia que no sabía que tenía.

Parpadeó y miró a Joseph que había soltado su mano para rodearla con un brazo alrededor de la cintura y también la estaba contemplando. Estaba molesta con él por no tomar en serio su preocupación, pero lo olvidó todo cuando le sonrió y la sorprendió con un beso en los labios de esos que la hacían sentir levemente mareada cuando se alejaba.

Tuvo que parpadear antes de volver a ser ella misma y se encontró con un hombre alto y elegante observándolos con curiosidad.

—Siggys, mi esposa Emmeline, Marquesa de Thornehill —indicó Joseph.

—Excelencia, bienvenida. —El hombre hizo una venia y ella sonrió al escuchar su título. No era como si fuese importante, pero significaba un nuevo comienzo. Uno muy alentador y estaba gustosa de recibirlo.

—Siggys es nuestro mayordomo, cariño. Cuando estés lista, él y nuestra ama de llaves te ayudarán con lo que necesites saber de la casa.

—Será un placer, milady —coincidió él.

—Pero ahora —anunció Thornehill hablando hacia todos los reunidos—. Mi esposa y yo estamos cansados después de tan largo viaje. Todos tendrán la oportunidad de darle la bienvenida cuando haya descansado y se encuentre mejor.

—¿No es un poco grosero? —Susurró ella.

—Ellos entenderán Em, créeme. Nos acabamos de casar, hemos pasado toda la noche en un carruaje. —Le guiñó un ojo y comenzó a caminar guiándola a través de todas las personas que hacían una reverencia a medida que iban pasando a su lado. Emmie intentó sonreírles a todos, un poco abrumada.

Observó todo a su alrededor admirando cada detalle que pudo y antes de que lo notara, estaban frente a la puerta de su nueva habitación.

Joseph abrió y le indicó con un galante gesto con la mano que entrara primero, y segundos después lo oyó asegurarse que quedara bien cerrada.

¿Había otra cosa que pudiese mirar que no fuese la cama?

Sin embargo, cuando oyó a su marido alejarse de ella no pudo evitar mirar hacia donde se dirigía. Él había abierto otra puerta, una de conexión en uno de los laterales del cuarto. Sin resistir su naturaleza curiosa, lo siguió y se situó detrás de él para observar por el pequeño espacio que él le dejaba, qué lo tenía tan ceñudo.

—¿Qué ocurre?

—Observaba lo mucho que se han esmerado en acomodar tu habitación —murmuró él haciéndole más lugar para que pudiese ver el otro cuarto no muy distinto al que se encontraban ellos—. Es una lástima —agregó segundos después y ella alzó la vista.

—¿Qué es una lástima?

—Todo el trabajo desperdiciado —dijo cerrando la puerta y trabándola también—. Tú no vas a utilizar esa cama ni ese cuarto cuando tenemos esta que es lo bastante grande para los dos. Una esposa no debería estar tan lejos de su esposo por la noche.

Ella sonrió y levantó los brazos para rodear su cuello.

—Hay algunos hombres que no lo prefieren —dijo para provocarlo, pero sabiendo que era cierto. Y que a veces, el tener habitaciones separadas era una bendición para algunas mujeres, como su madre por ejemplo, aunque no siempre era una barrera para lo

inevitable.

—Yo no soy esa clase de hombre —susurró el acercándose a su oído y quitándole el abrigo, dejándolo caer en el piso—. Amo a mi esposa, y no voy a permitir bajo ninguna circunstancia que duerma en otra habitación.

—¿Ni siquiera una siesta?

—Tú no duermes siestas. —Rio Joseph besándola en la mejilla luego de quitarle los pocos pasadores que tenía en el cabello para dejarlo libre por completo.

Emmie lo acompañó con la risa tirando del abrigo de él hacia atrás para quitarlo del camino, y cerró los ojos cuando sintió sus labios en su cuello y sus dedos buscando la forma de desprenderle el vestido que había utilizado en la boda.

Joseph no tardó en hacer que el vestido y el corsé terminasen acompañando al abrigo que le había quitado, en el suelo, dejándola con la fina y casi transparente camisola que llevaba debajo. Se inclinó para que sus bocas se rozaran por un instante y antes de separarse, ya la tenía en sus brazos y caminaba hacia la cama de dosel que no estaba muy lejos.

—He esperado por esto tanto tiempo —confesó acostándola sobre el colchón y las mantas—. Estar juntos sin romper ninguna regla y sin ningún tipo de peligro.

—Y sin temor a que nadie nos separe.

—Sí —suspiró—. Mi esposa. Mía y de nadie más.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—Demuéstralo, Joseph. Demuéstramelo.

Estiró los brazos para ayudarlo a quitarse la camisa, cumpliendo con la promesa que se había hecho a sí misma de tratar de no ser tan torpe como la primera vez. Ella estaba un poco nerviosa y todavía le costaba dejarse ver tan descubierta frente a él, pero no tenía ni una pizca de miedo ni vergüenza por sus marcas. Sabía que él la amaba a pesar de esas horribles cicatrices y no iba a preocuparse en ocultarlas de su vista. Joseph había besado todas y cada una de ellas en su primera noche juntos haciendo que dejase de odiarlas un poco, al menos. Porque olvidar lo que representaban no era tan fácil. Era así de complicado como hacer que las pesadillas desaparecieran para siempre.

Acostada con una mejilla apoyada sobre el pecho desnudo de su esposo, Emmeline mantenía los ojos cerrados a pesar de estar despierta. Estaba agotada y conservaba todas sus fuerzas al mismo tiempo. No tenía idea de qué hora era, pero debía de ser más de medianoche a juzgar por la luz de la luna que se colaba por la ventana y las cortinas.

Alguien les había llevado el almuerzo, algo de té y galletas por la tarde y una abundante cena por la noche sin necesidad que ellos la ordenasen. Incluso habían subido agua para un baño que habían compartido los dos.

No había forma de que esas personas no supieran lo que ellos habían estado haciendo todo el día y no sabía cómo iba a mirar a alguno de ellos cuando salieran del cuarto al mundo real de nuevo.

Cuando Joseph quisiera que eso ocurriese. Según él, pretendía pasar la semana encerrados en la habitación sin ver a nadie más, y si era honesta, ella no tenía ningún problema con esa decisión.

—¿Joseph? —Preguntó apoyando un codo en la cama para mirarlo. Tenía los ojos

cerrados y por un segundo creyó que él estaba dormido. Emmie tenía una pregunta rondando en su cabeza desde hacía horas y no conciliaría el sueño hasta tener su respuesta.

Pero la sacó de su error enseguida. —Creí que dormías —dijo él.

—Yo creí que tú estabas dormido.

—Difícilmente. Aunque estoy bastante cansado —sonrió de medio lado—. Si seguimos teniendo más días como este, quizás consiga dormirme con facilidad más a menudo.

—¿Vas a bajar a tu estudio todas las noches? —Inquirió.

Él frunció el ceño ante su cara de angustia.

—No voy a dejarte sola —aseguró enderezándose un poco—. Te prometo que si alguna pesadilla te despierta, siempre estaré aquí a tu lado.

—¿Seguro? ¿Qué harás toda la noche, despierto y acostado aquí? ¿No vas a aburrirte?

—Tú estarás aquí, para observarte, acariciarte, besarte, mimarte. —Levantó las cejas con una mano recorriéndole la mejilla—. ¿Cómo iba a pensar siquiera en marcharme a mí frío y solitario despacho?

Totalmente cautivada, se mordió el labio inferior y se arrimó para besarlo.

—Tengo una pregunta más que quería hacerte. Pero si lo pienso mejor, no es con exactitud una pregunta.

—Dime.

Ella inhaló y exhaló profundamente tan solo una vez antes de hablar.

—Quiero que tengamos hijos, Joseph. Quiero una familia contigo.

Al oírla, él imitó su gesto de antes, pero no para prepararse para hablar, sino por los sentimientos encontrados que le provocaba esa misma idea, una a la que él no era tan ajeno.

Emmie continuó. —Quizá es muy pronto, pero no puedo pasar los días pensando cuando es el mejor momento para abordar este tema. Necesito sacarme este peso de encima.

—¿No te asusta? —Susurró él con la mirada clavada en la de ella—. Te amo tanto, Emmeline. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Papá reemplazó a mi madre en un año cuando la perdió. Yo jamás podría reemplazarte.

Em sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero al mismo tiempo que conmovida, estaba entrando en desesperación.

—¿Y si te prometo que no vas a perderme?

—No puedes saberlo.

Ella bufó sin poder contenerse.

—¿No podría estar embarazada ahora mismo?

Él la miró sin pestañear.

—Bueno...

—Mamá me dio una explicación de lo más extraña acerca de lo que debía de ocurrir entre nosotros, y no estoy segura de haber entendido todo lo que dijo, pero sé que en una parte mencionó el hecho de *engendrar un heredero*. Lo que suena bastante feo, pero de todo lo que hemos hecho hoy, ¿no hay algo que incluya esa parte?

El Marqués rio por las palabras de Emmie y un poco más por su expresión. Era imposible no hacerlo.

Lo que no deseaba, era pensar en lo que Annabeth le había dicho a su hija acerca de la noche de bodas. Gracias a Dios, y nunca había estado tan agradecido, él se había

adelantado a demostrarle lo que realmente ocurría. Lo último que habría querido era una novia aterrorizada.

—Emmeline —pronunció despacio, para silenciarla antes de que siguiera con el discurso.

—Yo te amo —dijo ella finalizando. Pero se arrepintió y continuó—. Yo también quiero un bebé como el de tu hermana. ¿No te parece adorable el pequeño Joseph? Tan pequeño, tan frágil. Quiero algo así para mí, para nosotros. Algo que sea indudablemente nuestro. Tuyo y mío. Solo de los dos. Y no, no me asusta en absoluto, vale la pena arriesgarse si el resultado es tan hermoso.

—Tú eres hermosa.

Cambiar de tema no era una opción. Distraerla tampoco.

Y eso fue exactamente lo que le dijo la expresión de Emmeline cuando lo escuchó.

Cerró los ojos por un momento.

—Tienes toda la razón —articuló siendo sincero—. Pero no es fácil, Em. No me asustan muchas cosas. Pero el parto... ¿Por qué algo que da vida tiene que ser tan peligroso como para quitar otra?

—No lo sé —balbuceó—. Yo no sé qué fue lo que pasó con tu mamá, Joseph. Pero no fue tu culpa, ni la de ella. ¿Quizá no la cuidaron bien? ¿Quizá ella estaba enferma de antes y nadie lo sabía? He oído casos de esos... Pero el punto es que todos los nacimientos son diferentes. Mira a Beth, además de las eternas horas que tardó el bebé en llegar, todo fue perfecto. Ella estaba radiante después de tener un merecido descanso.

Él suspiró y volvió a recostarse mirando al techo y abrazándola para que se colocara sobre él.

—Uno —musitó un largo rato después—. No estoy seguro que mi corazón pueda aguantar más de eso. Y voy a tener a un médico lo más cerca posible todo el tiempo.

Los ojos de Emmie se abrieron de par en par y volvió a enderezarse olvidando que estaba completamente desnuda ante los ojos de Joseph, o quizá, ya no le importaba.

—¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente.

Y Emmie no sabía si reír, o llorar, pero cualquiera de las dos sería de pura alegría.

—Todos necesitan de un hermano, Joseph.

—Emmeline —advirtió.

Emmie negó con la cabeza y bajó hasta poder tocar sus labios. Tenía toda una vida para convencerlo de lo que ella creía que era lo correcto. O que él la convenciera de que estaba mal.

—Uno, cariño. —Logró decir Joseph, entre besos que había comenzado a depositar en toda la extensión de sus mejillas y bajando por su garganta.

—Por supuesto, amor. Por supuesto.

EPÍLOGO

Si tenía mis dudas, hoy terminé por confirmarlo. A Joseph no va a agradarle la idea. Quiero decir, ¿de nuevo? No quiero ser malinterpretada, estoy feliz, muy feliz. Como diría la Duquesa, es una bendición.

Pero conociendo a mi esposo, esto no va a sentarle muy bien. Se supone que el tiempo y la experiencia deberían hacerlo más fácil...

No lo hace. No es así como las cosas funcionan, lo he comprobado. En realidad, es más bien todo lo contrario. Creo que sus temores aumentan todavía más. Aunque también sé que le gusta la idea de volver a pasar tantos momentos bonitos, y la espera de muchos más.

¿Puede ocurrir eso?

¿Disfrutar de algo que te asusta tanto?

Emmeline apoyó el diario en la manta que tenía extendida en el jardín debajo de un árbol, el mismo que su hijo mayor, Jacob, de seis años, utilizaba para jugar y trepar, pero sobre todo, para provocarle un tremendo dolor de cabeza a quien fuera que lo estuviese cuidando. Gracias a Dios, ese día, y de momento, solo le explicaba su hermana, Aileen de cuatro, porque ella no debía de intentar imitarlo.

Em lo observó por un momento con una sonrisa en sus labios. Para pesar de Joseph, aunque no por eso lo quería menos, Jacob era físicamente una copia de Francis. Su cabello, sus ojos, incluso su nariz, eran iguales a los del Conde. Y Emmeline nunca le había dicho esto a su marido, pero ella estaba convencida de que también había heredado el carácter de su tío. Aileen en cambio, tenía el cabello del mismo tono castaño claro que su padre y también sus ojos, algo de lo que su él estaba bastante orgulloso. Pero ella tenía su sonrisa, o eso era lo que Joseph siempre repetía.

Miró hacia el otro lado, donde él paseaba de la mano de su otra hija, Julianne, de dos años y medio por los alrededores, sin alejarse mucho. La pequeña tenía el pelo oscuro a diferencia de sus hermanos mayores y conservaba también los ojos grises del Marqués.

Joseph era un padre encantador y dedicado. A pesar de sus montones de obligaciones, siempre tenía tiempo para sus hijos y especialmente para su esposa.

Pero cuando ella quedaba embarazada, su actitud cambiaba por completo.

Una de las consecuencias era que la falta de sueño, que habían podido combatir con el tiempo, regresaba. Pero en el fondo, él siempre estaba ansioso y contento por la llegada de un nuevo integrante de la familia. Y muchas veces, era la combinación de ambos, lo que lo atormentaba, ¿Por qué algo tan hermoso debía de suponer tanto riesgo?

—¿De nuevo escribiendo, mami? —Musitó Joseph con la niña en los brazos cuando estuvo cerca otra vez.

—Solo un poco.

—¿Quieres leernos algo? —Pidió él sentando a la niña en la manta junto a ellos.

Emmie pensó que eso no era una buena idea.

—En realidad, preferiría contártelo más tarde, cuando estemos solos —contestó con una sonrisa pícaro para distraerlo y cerrando el frasco de tinta para no correr el riesgo de que su hija se manchara el vestido. Joseph la miró dudoso, pero no dijo nada—. Pero he leído la carta de Beth —propuso cambiando de tema.

—¿Está bien?

—Perfectamente.

Por su expresión, él no parecía estar muy de acuerdo. Beth estaba esperando a su tercer hijo, y seguía pensando en tener al menos dos más. Joseph no estaba de acuerdo con esa idea, pero, ¿podían ellos acusarla de algo? Habían comenzado bastante después que ella y Sebastian, y ya los superaban en número. Y, si seguían de esa forma, lo más probable era que llegaran al quinto sin darse cuenta.

La residencia de Thornehill era preciosa y Emmeline podía entender perfectamente porqué Joseph la adoraba y cuidaba tanto. Pero le faltaba algo. Em nunca había estado segura de qué era realmente, pero creía que la razón por la cual prefería la casa de Londres, a la que solo iban unos meses por año, eran los recuerdos y la sensación de pertenencia que le generaban. Había sido allí, donde su vida había cambiado y para bien, allí donde se había enamorado y marcado el comienzo de una nueva etapa.

Una etapa sin dolor ni tristeza.

Claro que habían existido altibajos al principio, pero las cosas se habían solucionado y mejorado muchísimo. No era perfecto, porque la vida no era perfecta para nadie, pero ella jamás se quejaría y nunca dejaría de agradecer por haber encontrado algo tan maravilloso.

Bajó la escalera que era el doble de larga que la de Londres, y caminó con una lámpara en su mano para no chocar contra ningún mueble.

Era más de medianoche y había esperado a Joseph para dormir después de asegurarse que los niños estaban en sus camas, y desde eso hacía ya más de tres horas. Había leído un libro, pero cuando ya sentía que los ojos se le cerraban, había decidido ir por él a su despacho donde seguramente se encontraría trabajando.

Joseph había combatido el insomnio con los años y aunque no por completo, había sido todo un logro. Ella por su lado, ya no tenía pesadillas tan frecuentes, pero había noches en las que se empeñaban en regresar. Por esa misma razón, dormir juntos era mucho más práctico y bonito que encontrarse en el estudio. Claro que no tenía la misma emoción que cuando se encontraban en forma clandestina, pero había descubierto que había otras actividades capaces de provocarles el mismo efecto, o quizá algo mucho mejor, sin necesidad de salir de la cama.

No golpeó la puerta, solo se asomó un poco sin hacer ningún tipo de ruido y entró al comprobar que él estaba enterrado entre pilas de libros y papeles.

—Nadie va a decir que desperdicias tu tiempo —murmuró, provocando que levantara sus ojos hacia ella, que ya estaba apoyada en el escritorio a su lado—. Todos saben que trabajas muy duro.

—¿Por qué me estás mirando como si fuera Jacob y me hubiese escapado de la institutriz?

Ella rio.

—Porque es muy tarde para que estés aquí, deberías descansar. Te he esperado durante horas y no has subido.

—¿Y me extrañabas? —Inquirió dejando a un lado las carpetas y la pluma.

—Por supuesto que sí —respondió sentándose en su regazo cuando él hizo la silla

hacia atrás para invitarla—. Siempre te extraño cuando no estás conmigo.

El Marqués sonrió besando su nariz y manteniendo los labios pegados por unos segundos, hasta que retrocedió con el ceño fruncido.

—Oh, tú me debes algo —reclamó—. Esta tarde, noté algo extraño... Dijiste que tenías algo para contarme cuando estuviéramos a solas.

Ella asintió. ¿Cómo habría de olvidar algo así? Era en lo único que había pensando y no estaría tranquila hasta que lograra contárselo.

—Sí, lo sé —susurró.

—¿Qué es? ¿Es algo malo?

—No. No malo, es maravilloso —suspiró y se sentó mejor para poder mirarlo a los ojos—. Es una gran noticia.

—¿Una noticia? —Repitió, y Emmie supo enseguida que él ya sabía de qué estaba hablando.

—Exactamente lo que estas pensando —agregó tomando una mano de él y llevándola a su todavía plano vientre—. Estoy segura de que estoy embarazada, de nuevo. —Ella estaba sonriendo ampliamente y él tenía los ojos clavados en el mismo lugar donde se encontraba su mano.

—¿Estás completamente segura?

—Bastante segura.

Ladeó la cabeza esperando que se recuperara del asombro inicial, pero él siempre tardaba bastante tiempo en reaccionar en esas ocasiones.

—¿Cuanto hace que lo sabes?

—Llevaba sospechándolo hace unas semanas, hoy me he dado cuenta de que llevo razón. De todos modos quería decírtelo antes de llamar al doctor, él nos dirá si estoy en lo cierto. Pero amor, ya sabes, no me equivoqué con Aileen, ni con Julianne, no creo estar equivocada ahora.

—Habíamos dicho que Julianne sería la última.

Ella quiso decirle que en realidad él había dicho eso, y no ella. Y también, que lo había hecho el día que Jacob nació.

—Todo estará bien, Joseph. Nada ha salido mal antes, esta no será la excepción.

—¿Cómo es que no podemos controlarlo? Debería ser más cuidadoso.

Emmeline se encogió de hombros y sonrió mientras lo besaba en las mejillas.

—A veces es muy difícil mantener el control.

—Siempre fui muy capaz de mantener el control —resopló cerrando los ojos.

—Hasta que yo te encontré —señaló la Marquesa apoyándose en el pecho de su esposo que la abrazaba con fuerza y mantenía bien sujeta como si tratase de impedir que se marchara de su lado.

—Sí —murmuró cerrando los ojos y acariciando su cabello en silencio por un rato. Emmeline podría haberse dormido, no encontraría mejor sitio para hacerlo, pero logró mantenerse consciente—. ¿Crees que será un niño? —Preguntó de repente, haciendo que ella se sobresaltara por el sonido de su voz, aunque suave, en medio de tanto silencio.

—A Jacob lo haría feliz un hermano —compuso para él.

El Lord asintió en conformidad besando su frente.

—¿Cariño?

—¿Mhmm?

—Te quiero, Em —musitó con suavidad.

—Yo también te quiero, Joseph.

—Este tiene que ser el último, Emmeline. Luego de que el bebé nazca seremos más cuidadosos. —Y de nuevo, eso era lo mismo que había dicho al enterarse que ella estaba esperando a Aileen. Pero Em no se lo recordó.

—Por supuesto, cariño —dijo como muchas veces antes y entonces sí, cerró los ojos aspirando el perfume de su esposo que le garantizaba la seguridad de saber que todo estaría bien.

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

ÍNDICE